

Rihao

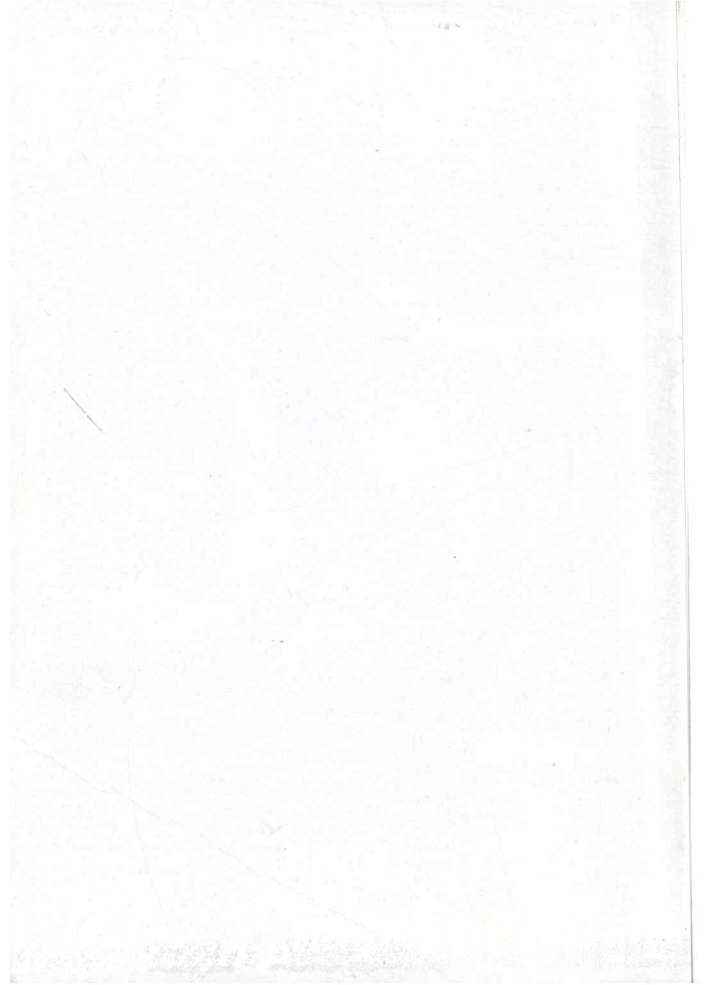
Revista del Instituto
de Historia Antigua Oriental
"Dr. Abraham Rosenvasser"

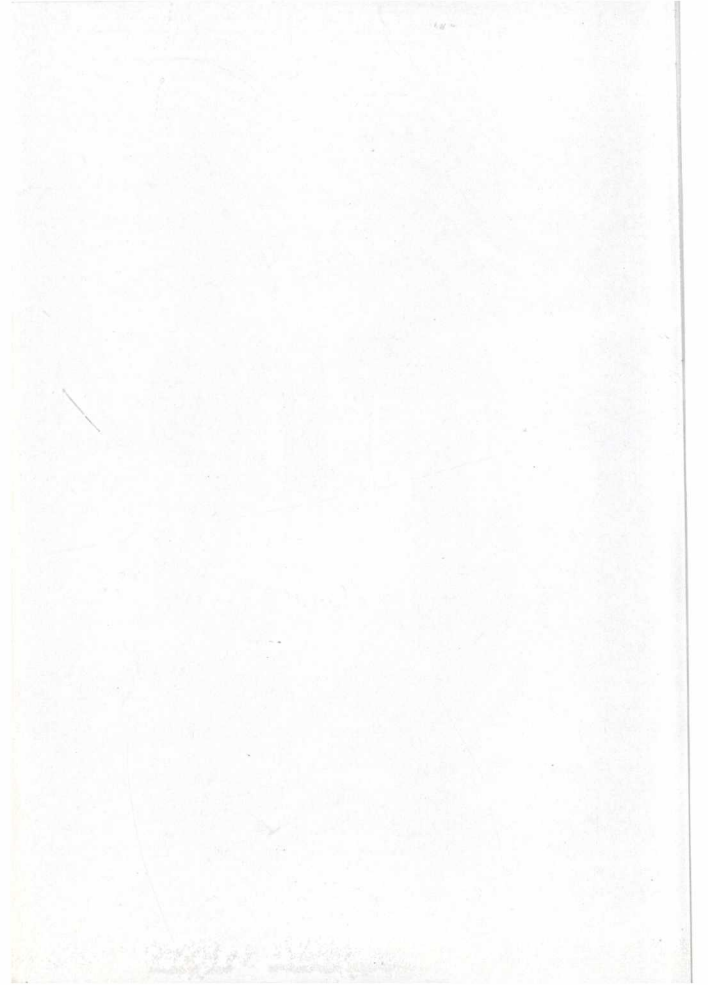
(Tercera Serie)

Volumen 14
(2007)



Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser"





Rihao

Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental
«Dr. Abraham Rosenvasser»

(Tercera Serie)

Volumen 14

(2007)



Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Historia Antigua Oriental «Dr. Abraham Rosenvasser»

Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser"
© 2007

ISSN 0325-1209

Dirección de Imprenta
Rosa Gómez

Diagramación y composición
Graciela Palmas

Correspondencia:

Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser"
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
25 de Mayo 217 3° piso
C1002ABD Ciudad de Buenos Aires
Argentina

Canje:

Biblioteca Central
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Puan 480
C1406CQH Ciudad de Buenos Aires
Argentina

www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/antoriental.htm
ihao@filo.uba.ar
(54 11) 43 43 11 96

Las opiniones vertidas por los autores de los artículos de Rihao corresponden a sus criterios personales. Rihao no se responsabiliza por ellas.

**Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires**

Decano

Hugo Trincheró

Vicedecana

Ana María Zubieta

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretaria Académica

Leonor Acuña

Secretario de Investigación y Posgrado

Claudio Guevara

Secretario de Hacienda y Administración

Jorge Alberto Vladisaukas

Subsecretaria de Hacienda y Administración

Noelia González

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil

René Girardi

Subsecretario de Publicaciones

Rubén Mario Calmels

Subsecretaria de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

Consejo Editor

Amanda Toubes

Maria Marta García Negróni

Susana Cella

Myriam Feldsieber

Silvia Delfino

Diego Villarroel

Adriana Garat

Marta Gamarra de Bóbbola

Instituto de Historia Antigua Oriental
"Dr. Abraham Rosenvasser"

Directora

Dra. Alicia Daneri Rodrigo

Secretario

Dr. Marcelo Campagno

Bibliotecaria

Eugenia Borgogno

Colaboradores

Dra. Roxana Flammini

Dra. Graciela Gestoso Singer

Lic. Emanuel Pfoh

Lic. Juan Manuel Tebes

Prof. Marina Méndez

Prof. Marcelo Zulián

Marcos Cabobianco

Augusto Gayubas

Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental
"Dr. Abraham Rosenvasser"

Directora

Dra. Alicia Daneri Rodrigo

Secretario

Dr. Marcelo Campagno

Comité de Redacción

Lic. Emanuel Pfoh

Lic. Juan Manuel Tebes

Consejo Asesor

Dr. Antonio Loprieno (Basel Universität)

Dr. Donald Redford (Pennsylvania State University)

Dr. Josep Cervelló Autuori (Universitat Autònoma de Barcelona)

Dr. Alejandro Botta (Southern Methodist University, Texas)

Dra. Mercedes García Bachmann (Instituto Universitario ISEDET)

Índice

RIHAO 14 (2007)

| | |
|--|-----|
| Las reformas fallidas de Akhenatón y de Muwatalli..... | 9 |
| <i>Itamar Singer</i> | |
| Egipto y Kerma en los inicios del II milenio a.C. Una lectura a través de las categorías de <i>centro y periferia</i> | 33 |
| <i>Roxana Claudia Flammini</i> | |
| The Historical and Archaeological Levantine Background of Sinuhe Examined Anew..... | 69 |
| <i>Ianir Milevski</i> | |
| Hatti y el Levante septentrional. Relaciones sociopolíticas de acuerdo con la evidencia textual..... | 109 |
| <i>Emanuel Pfoh</i> | |
| “Tú, el que habitas en las hendiduras de la roca, que ocupas lo alto de la cuesta”: Tribalismo en Edom durante la Edad del Hierro..... | 135 |
| <i>Juan Manuel Tebes</i> | |
| La arqueología y la Biblia reconsideradas. Un artículo de reseña..... | 179 |
| <i>Thomas L. Thompson</i> | |
| Reseñas críticas..... | 217 |
| Normas editoriales..... | 233 |

THE HISTORY OF THE

1780

1781

1782

1783

1784

1785

1786

1787

1788

1789

1790

1791

1792

1793

1794

1795

1796

1797

1798

1799

1800

Las reformas fallidas de Akhenatón y de Muwatalli*

ITAMAR SINGER

Universidad de Tel Aviv

RESUMEN: *Las reformas fallidas de Akhenatón y de Muwatalli.* En el quinto año de su reinado Akhenatón fundó su nueva capital, Akhet-Atón, en Egipto Medio, coronando así su reforma religiosa que intentaba promover el culto de Atón con exclusión del resto del panteón egipcio. Medio siglo después Muwatalli fundó su nueva capital en Tarhuntassa en la Tierra Baja, como el punto culminante de una reforma religiosa que promovía el culto del Dios de la Tempestad del Relámpago a expensas de otras deidades mayores de los Hititas. Ambas reformas acabaron poco después de la muerte de los reyes 'heréticos', pero Tarhuntassa continuó existiendo como la sede de un Gran Rey competidor. Se analizarán las semejanzas y las diferencias entre estas reformas religiosas importantes de la Edad del Bronce Tardío a la luz de las fuentes contemporáneas y de algunas analogías históricas.

ABSTRACT: In the fifth year of his reign Akhenaten founded his new capital Akhet-Aten in Middle Egypt, thereby crowning his religious reform intended to promote the cult of Aten to the exclusion of the rest of the Egyptian pantheon. Half a century later Muwatalli founded his new capital at Tarhuntassa in the Lower Land, as the apex of a religious reform promoting the cult of the Storm-god of Lightning at the expense of other major deities of the Hittites. Both reforms collapsed shortly after the death of the 'heretic' kings, but Tarhuntassa continued to exist as the seat of a competing Great King. The similarities and the differences between these major religious reforms of the Late Bronze Age will be examined in the light of the contemporary sources and some historical analogies.

PALABRAS CLAVE: Egipto – Hatti – Bronce Tardío – reforma religiosa – Akhenatón – Muwatalli

KEYWORDS: Egypt – Hatti – Late Bronze Age – religious reform – Akhenaten – Muwatalli

* El presente artículo es una versión abreviada de la original en inglés: The failed reforms of Akhenaten and Muwatalli, en: *British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan* 6, 2006, <http://www.thebritishmuseum.ac.uk/bmsaes/issue6/singer.html>. Traducción de Emanuel Pfoh. La publicación de la versión en español ha sido expresamente autorizada por el autor. La investigación fue financiada por la Israel Science Foundation. A menos que sea indicado de otra manera, todas las fotografías son del autor.

La fundación de una nueva capital ha sido siempre una de las medidas más radicales y subversivas en la historia de una nación. Desde Akhet-Atón y Tarhuntassa a San Petersburgo y Brasilia, la fundación de una nueva capital deriva de un cambio ideológico fundamental en la mentalidad del reformador, reforzado por un compromiso tenaz en función de un empeño complicado y riesgoso.

La Edad del Bronce Tardío presenció una oleada sin precedentes de nuevas fundaciones a través del Cercano Oriente –Dur-Kurigalzu en Babilonia, Akhet-Atón y Pi-Ramsés en Egipto, Dur-Untash en Elam, Tarhuntassa en Hati, Kartukulti-Ninurta en Assur. Todas estas nuevas fundaciones comparten rasgos comunes. Aun así, como trataré de demostrar, la comparación más significativa radica entre Akhet-Atón y Tarhuntassa, a pesar de la enorme disparidad entre la cantidad de documentación sobre las dos ciudades.

La reforma religiosa de Akhenatón es probablemente la reforma mejor documentada en el Cercano Oriente antiguo; en contraste, la reforma de Muwatalli ha sido sólo recientemente identificada como tal. La ciudad de Akhet-Atón en Tell el Amarna es uno de los sitios mejor excavados en Egipto; Tarhuntassa no ha sido siquiera localizada con certeza en el mapa de Anatolia. Akhenatón, a pesar de los continuados esfuerzos para borrar su memoria, se manifiesta con fuerza a partir de sus propias inscripciones y representaciones iconográficas; Muwatalli ni siquiera menciona a su nueva capital en los documentos que se han preservado. Sin embargo, a partir de los registros de sus sucesores y de los sutiles indicios presentes en sus propias plegarias y sellos, es posible reconstruir esta importante reforma que cambió irreversiblemente el curso de la historia hitita. El énfasis de este artículo estará puesto en la reforma menos conocida de Muwatalli, dentro del dominio de mi propia disciplina, y utilizaré la evidencia egipcia a partir de traducciones y fuentes secundarias.

Akhet-Atón

A pesar del hecho de que Atón, como una forma del dios-sol Ra, fue venerado mucho antes del ascenso al trono de Akhenatón (Gestoso 1991), su elevación a un estatus prominente está claramente asociada con el rey herético. Ha habido muchos intentos para detectar las causas subyacentes de este cambio, pero como ha sostenido Barry Kemp (1989: 262) “cómo y por qué Akhenatón llegó a trascender la mentalidad de su tiempo resulta un misterio que difícilmente podamos resolver alguna vez”. Ya en el comienzo de su reinado, construyó templos para Atón en Tebas y en otros lugares de Egipto y Nubia. Sin embargo, pronto tomó conciencia de la paradoja que significaba promover a Atón al punto de exclusivi-

dad dentro del dominio de su Némesis principal, Amón, y por tanto se dio a la tarea de dedicar a su dios una ciudad propia.

La noción de construir una nueva ciudad no era algo enteramente nuevo para Akhenatón, ya que presenció el ambicioso proyecto de su padre en el palacio-ciudad de Malqata, el antiguo Per-Hay ("La casa del regocijo"), a unos pocos kilómetros al oeste de Tebas. Pero el concepto de Akhenatón de una nueva residencia para él y para su dios era mucho más radical y subversivo.

Afortunadamente, tenemos el auténtico decreto de fundación de la ciudad grabado en la estela de frontera de Akhet-Atón (fig. 1). A partir de estas inscripciones (Murnane y Van Siclen 1993; Murnane 1995: 73-86), sabemos que en el quinto año de su reinado (1348 a.C.), Akhenatón convocó a sus funcionarios en Akhet-Atón y anunció solemnemente:

¡Mirad a Atón! Atón desea tener [¿una Casa?] construida para él como un monumento con un nombre eterno y perdurable. Ahora, es Atón, mi padre, quien me ha aconsejado acerca de ello. Nadie en toda la tierra me aconsejó acerca de ello, indicándome [un plan] para construir Akhet-Atón en este lugar distante. ... Mirad, es el faraón quien lo halló, sin que perteneciera a un dios o a una diosa; sin que perteneciera a un hombre o una mujer gobernante; sin que perteneciera a ninguna persona... Mi padre, Hor-Atón me comunicó: "Está destinado a pertenecer a mi persona, a ser Akhet-Atón continuamente y para siempre" (Murnane 1995: 75).

Este lugar distante en Egipto Medio, aproximadamente a medio camino entre Menfis y Tebas, cumplía el prerrequisito de no pertenecer a nadie, ya sea dios u hombre. Otros gobernantes a través de la historia, incluyendo a Muwatalli y Tukulti-Ninurta, eligieron fundar capitales nuevas en terreno virgen.

Con el beneplácito de sus cortesanos, Akhenatón fijó los límites de la ciudad situando estelas de frontera en sus cuatros extremos y afirmando su compromiso respecto de la nueva capital:

Construiré Akhet-Atón para Atón, mi padre, en este lugar. No construiré Akhet-Atón para él al sur, al norte, al oeste (o) al este de allí...

¡Que la Esposa Principal del rey no me diga: "mira, hay un buen lugar para Akhet-Atón en otra parte". Yo no la escucharé (Murnane 1995: 76s.).

A continuación, Akhenatón enumera varias mansiones que planea construir en la ciudad, concluyendo con el mayor compromiso que cualquier egipcio podía tener con respecto a una localidad: su lugar de entierro. Establece la ubicación de las tumbas reales en las colinas orientales, para él, para Nefertiti y para su hija Meritaton. Más aún, él asegura que en el caso de su muerte fuera de la ciudad, su cuerpo debería ser devuelto a Akhet-Atón para su entierro. No hace falta decir que este compromiso era mucho más definitivo que todos los otros ya que, desde el punto de vista egipcio, una persona está mucho más tiempo muerta que viva. Desafortunadamente para Akhenatón, sus planes de pasar "millones de jubileos" en Akhet-Atón resultaron ser demasiado optimistas. Pocos años después de su muerte, Tutankhamón trasladó la residencia a Menfis y Akhet-Atón fue gradualmente abandonada. La Tumba Real en la que el rey herético fue originalmente enterrado fue terriblemente depredada, tanto en tiempos antiguos como modernos, y su nombre fue mutilado (Martín 1989). Lo que quedaba de su momia fue probablemente retirado de Akhet-Atón hacia algún lugar en Waset. No entrará en el laberíntico argumento sobre la pertenencia de la Tumba 55 en el Valle de los Reyes y la identidad del cuerpo que fue hallado en ella. Tampoco voy a considerar las razones del fracaso de la reforma de Akhenatón y de su supuesta resurrección en tiempos posteriores.

Tarhuntassa

Muwatalli, representado en su relieve rupestre en Sirkeli, sobre el río Ceyhan (fig. 2), fue el segundo hijo mayor de Mursili II. Su hermano mayor, Halpasulupi, debe haber muerto a temprana edad. Como el de Akhenatón, el acceso al trono de Muwatalli (ca. 1295 a.C.) parece haber sido tranquilo, y a causa de ello, nada hacía prever la posibilidad de su reforma ulterior. Él heredó un imperio relativamente estable que se extendía desde el Egeo hasta más allá del Éufrates, y tan lejos como las estribaciones montañosas del Líbano en el sur (fig. 3). Aunque las incursiones constantes de las tribus Kaska desde las montañas del Ponto causaban una considerable molestia, no había nada excepcionalmente crítico en sus actividades en esta época. De cualquier manera, para rechazar sus ataques constantes, Muwatalli designó a su hermano Hattusili como gobernador de las Tierras Altas, suplantando a la administración previa en esta zona de frontera. Deben haber existido razones adicionales para este nombramiento, que probó ser muy exitoso, por lo menos desde un punto de vista militar y administrativo. Pero, a pesar de las circunstancias aparentemente normales del ascenso al trono y del

reinado de Muwatalli, hubo al menos tres problemas que deben haber enturbiado su mandato:

- 1) Desde los días de su abuelo, una plaga terrible, probablemente propagada por soldados egipcios, diezmoó la población de Hatti y causó un constante sentido de autorreproche en la corte real. Esta calamidad debe haber pesado fuertemente sobre la conciencia de Muwatalli también, causando un hondo sentido de penitencia y piedad.
- 2) La actitud vengativa de Egipto. Los enérgicos nuevos reyes de la Dinastía XIX preparaban abiertamente una ofensiva mayor en contra de los hititas en Siria y las perspectivas eran difícilmente auspiciosas. La violación de la frontera egipcia por su abuelo fue considerada como la mayor causa de irritación divina, especialmente porque el Dios de la Tempestad era el que garantizaba el tratado entre los dos imperios. Su renovado apoyo se necesitaba desesperadamente.
- 3) Y en tercer lugar, *cherchez la femme*. Muwatalli estaba enredado en una malsana disputa con Danuhepa, la última esposa de su padre o su propia esposa. Esta disputa eventualmente condujo a un juicio público como consecuencia del cual ella fue expulsada del palacio. Las circunstancias exactas de este amargo asunto no son claras, pero en todo caso, los problemas personales que enfrentaba Muwatalli no contribuían a su paz mental. Y aun así, era un rey decidido a emprender el cambio más radical en la historia de Hatti, a pesar o por causa de la presión de estos problemas.

Antes de que tratemos de reconstruir esta reforma, debe recordarse que toda la evidencia acerca de la reforma de Muwatalli, que culmina con la traslado de su capital a Tarhuntassa, proviene de fuentes posteriores, notablemente de su hermano Hattusili. ¿Cómo puede reconstruirse una reforma religiosa que está todavía oculta bajo las ruinas no exploradas de Tarhuntassa? Así como un arqueólogo restaura el curso de los muros ausentes a partir de sus cimientos, nosotros seguiremos los cimientos espirituales de la reforma de Muwatalli a partir de sus plegarias y sellos.

La fuente más explícita que relata el traslado de la capital de Muwatalli es la Autobiografía o *Apología* de su hermano y otros textos relacionados. Estas referencias al traslado preceden a su lacónico informe sobre la Batalla de Qadesh, proveyendo así un *terminus ante quem* anterior a 1275 a.C. Pero es difícil decir cuántos años antes de la batalla ocurrió el traslado.

Veamos primero los sellos de Muwatalli. Nada anticipa todavía su cambio de parecer en los sellos en los que su nombre aparece solo (fig. 4) o junto con la reina Danuhepa (fig. 5), antes de su expulsión del palacio.

Un nuevo estilo decorativo es introducido por un sello en el cual el rey aparece abrazado por su dios, el así llamado *Umarmungszone* (fig. 6). La inscripción jeroglífica sobre la mano del dios lo identifica como el Gran Dios de la Tempestad del Cielo. El dios sostiene con su mano derecha la muñeca izquierda del rey, como si lo estuviera guiando. Ahora bien, exactamente la misma posición está descrita metafóricamente en la gran plegaria de Muwatalli al Dios de la Tempestad del Relámpago: “*¡Camina conmigo a mi lado derecho, asóciate conmigo como (con) un toro, para empujar! ¡Asciende conmigo de la misma manera que lo hace el Dios de la Tempestad!*” (KUB 6. 45 iii 71-73; Singer 1996a: 42, 68). Creo que podemos identificar con seguridad en los sellos a este Gran Dios de la Tempestad del Cielo con su dios personal, el Dios de la Tempestad del Relámpago (*pibassassis Tarbuntas*). El nuevo estilo glíptico, con su estrecho contacto entre el rey y su dios inaugura un nuevo concepto teológico. La escena del abrazo fue posteriormente adoptada por los sucesores de Muwatalli, tanto en sus sellos (Hawkins 2001: 168s; Herbordt 2005: 69ss.) y en el conocido relieve de Tudhaliya IV de Yazılıkaya.

¿Quién es este dios de Muwatalli que “se asocia con él en una manera semejante a la del Dios de la Tempestad” y lo guía hacia una completa reforma religiosa? El Dios de la Tempestad *pibassassi* es una hipóstasis especial del más genérico Dios de la Tempestad del Cielo (Singer 2006a). El nombre es luvita y deriva de la raíz *piba-*, “luminosidad, esplendor”. *Pibassassi* es un adjetivo genitivo que significa “lo que es luminoso”, es decir “el relámpago”. En unos pocos ejemplos tempranos el determinativo URU está agregado antes del epíteto, pero un topónimo **Pibassa* no está atestiguado en ningún otro caso, y es dudoso que tal lugar haya existido alguna vez. Se ha sugerido que el nombre del caballo alado Pegaso de la tradición griega deriva del luvita *pibassassi*, pero la gran brecha temporal nos llama a ser cautos, especialmente ante la ausencia de un vínculo neohitita.

El dios de la Tempestad del Relámpago aparece por primera vez en los textos de Muwatalli. En su famoso tratado con Alaksandu de Wilusa, Muwatalli ya es designado “Amado del dios de la Tempestad del Relámpago” (*NARAM* ^d*U pibassassi*). El más elocuente tributo textual hacia su dios se encuentra en la plegaria de Muwatalli a la Asamblea de los dioses, con el dios de la Tempestad del Relámpago interpretando el rol del principal intercesor (Singer 1996a). Algunos extractos de esta impresionante invocación poética demostrarán la relación estrecha entre Muwatalli y su dios, semejante a la de Akhenatón y su Atón:

“Dios de la Tempestad del Relámpago, mi señor, yo era sólo un ser humano, en tanto mi padre era un sacerdote de la diosa-Sol de Arinna y de todos los dioses. Mi padre me engendró, pero el dios de la Tempestad del Relámpago me tomó de mi madre y me crió; me hizo sacerdote de la diosa-Sol de Arinna y de todos los dioses; y me eligió para la realeza en la tierra de Hatti.

... El pájaro se refugió en la jaula y vive. Yo, también, me refugí con el dios de la Tempestad del Relámpago y él me ha mantenido vivo... En el futuro sucederá que mi hijo, mi nieto, reyes y reinas de Hatti, príncipes y señores, siempre reverenciarán al dios de la Tempestad del Relámpago, y ellos dirán lo siguiente “¡verdaderamente aquel dios es un poderoso héroe, un dios que guía justamente!”.

Los dioses del cielo, las montañas y los ríos te alabarán.

... Con respecto a mí, Muwatalli, tu servidor, mi alma se regocija dentro de mí, y yo exaltaré al dios de la Tempestad del Relámpago. Los templos que yo levantaré para ti, y los ritos que yo ejecutaré para ti, dios de la Tempestad del Relámpago, tú te regocijarás por ellos.

... ¡Dios de la Tempestad del Relámpago respandece sobre mí como la luz de la luna, brilla sobre mí como el dios del Sol del Cielo!”
(Singer 1996a: 40ss.; 2002: 91s.)

El sentimiento reflejado por estos versos, especialmente los últimos, no es distinto del reflejado en los himnos de Akhenatón a Atón. Por supuesto, yo no argumento a favor de una influencia directa. A lo que me refiero es a un estado mental típico, que motivó a ambos individuos innovadores a evocar manifestaciones de divinidades genéricas previamente desconocidas o poco importantes para reclamar una relación exclusiva con ellas y para prometerles obediencia eterna.

Pero hay obviamente diferencias esenciales entre las dos reformas. En principio, no hay ningún indicio en los documentos conservados de Muwatalli de una abolición de deidades rivales, menos aún una actitud iconoclasta. Por el contrario, en su Gran Plegaria a la Asamblea de los dioses a través del dios de la Tempestad del Relámpago, Muwatalli invoca una impresionante lista de 140 deidades clasificadas por sus lugares de culto. A juzgar por esto, esta larga lista de teónimos aparece como una muestra suprema de piedad. Pero un análisis más preciso revela algunas innovaciones importantes que pueden predecir la próxima reforma y el traslado de la capital.

Primero, Hattusa ocupa un mero quinto lugar en la lista, precedida por Arinna, Tiwa, Samuha y Katapa (1996a: 172ss.). Esto debe anticipar la decadencia de Hattusa durante la reforma de Muwatalli (Singer 1998). Segundo, el Dios de la Tempestad *pihassassi* ocupa un lugar prominente en la lista, reemplazando al dios de la Tempestad de Hatti como el consorte de Hebat y la diosa-Sol de Arinna. Y tercero, hay una representación desproporcionadamente elevada de centros de culto de regiones situadas al sudoeste de Hatti, incluyendo la Tierra Baja, donde la futura capital será fundada (Singer 1996a: 176). Tarhuntassa misma no aparece en la lista.

Todas estas indicaciones pueden revelar las intenciones de Muwatalli de mudar el centro de gravedad político y religioso del noreste al sudoeste, de Hattusa a Tarhuntassa. Recientemente, la hititóloga georgiana Irene Tatishvili (2004) ha sugerido que esta plegaria es algún tipo de ceremonia de despedida del panteón tradicional hitita.

Otro aspecto en esta plegaria merece ser destacado. Hay tres intercesores para dirigirse a la Asamblea de los dioses: el principal es el dios de la Tempestad del Relámpago, y los otros dos son el dios Sol del Cielo y el Toro Sagrado Seri. No es coincidencia que todas estas divinidades sean masculinas, mientras que las grandes diosas del reino —la diosa-Sol de Arinna, Ishtar/Sausga de Samuha y Hebat de Kummanni— que dominan la escena religiosa antes y después de Muwatalli, estén subordinadas. De nuevo, esto nos recuerda la religión de el-Amarna, con su orientación masculina pronunciada, algo atenuada por la prominente presencia de Nefertiti.

Con los preparativos religiosos y políticos completos, Muwatalli se dispone a ejecutar su movimiento principal, el traslado de la capital. Como ya se ha mencionado, la única evidencia para este episodio proviene de los textos de Hattusili, un hecho que nos llama a ser cautos en vista de la conflictiva relación entre ambos hermanos. Por razones desconocidas, la lacónica descripción del traslado es repetida dos veces en la *Apología* (§§ 6, 8), en ambos casos precediendo a una lista de localidades del norte puestas bajo el comando de Hattusili:

Cuando mi hermano Muwatalli, obedeciendo a su dios, se trasladó a la Tierra Baja, dejó atrás a Hattusa. Tomó a los dioses de Hatti y a los Muertos y los llevó a la Tierra de Tarhuntassa (§ 6).

El primer aspecto a ser destacado es la razón dada para el traslado de la capital: “obedeciendo la palabra de su dios” (*IŠTU AMAT DINGIR^{LJM}.ŠU*). En el pasado, esta declaración no ha sido tomada muy seriamente, y varios motivos políticos y estratégicos han sido sugeridos para el traslado de la capital a

Tarhuntassa: la amenaza Kaska, una proximidad más cercana al frente egipcio, etc. Pero no veo, en este caso, razón para dudar del testimonio de Hattusili, especialmente en vista de la siguiente declaración sobre el traslado sin precedente del panteón hitita completo. Un texto paralelo de Hattusili, KBo 6.29, especifica que los dioses transferidos a Tarhuntassa eran “los dioses de Hatti, los dioses de Arinna y los dioses de los Cedros”. Estos últimos se cree representan a los dioses de Kizzuwatna. En otras palabras, todos los círculos divinos importantes del norte de Hatti y del sur hurrita. Claramente, esta es la tendencia opuesta a la profesada por Akhenatón, que dejó a los dioses de Egipto desprovistos y humillados.

Ahora bien, podemos imaginarnos aproximadamente cómo se veían estos dioses que fueron transportados a través de varios cientos de kilómetros de Hattusa a Tarhuntassa; pero, ¿qué hay de “los Muertos”? El sumerograma GIDIM corresponde al participio hitita *akkant-* “muerto”, que puede referirse a un cadáver o a sus restos después de la cremación. Puede también referirse a las almas de los ancestros muertos, de ahí la acostumbrada comparación con los *manes* de los romanos. ¿Qué es exactamente aquello que Muwatalli llevó con él a Tarhuntassa? Probablemente no fueron algunas efigies de sus ancestros, porque éstas habrían sido más apropiadamente designadas ALAM, “estatua”. ¿Pudo en realidad haber desenterrado los restos de sus ancestros, que deben haber sido depositados en urnas en la “Casa de Piedra”, el lugar de reposo final de los reyes y reinas hititas?

Tan mórbido como pueda sonar esto, el traslado de tumbas –por cierto, de cementerios completos–, no es algo inusual en el mundo antiguo y tampoco en el moderno. Las momias reales eran trasladadas en Egipto, ya sea por razones políticas o para confundir a los buscadores de tesoros. Cuando Marduk-apal-idina II huyó de Babilonia a Elam a través del País del Mar “reunió a los dioses de toda su tierra junto con los huesos de sus ancestros de (sus) tumbas” (CAD, E: 342a). Y lo mismo hizo Eneas, quien en el relato de Virgilio (2.385ss.) lleva los *Penates* de Troya con él a Italia. A través de los siglos, la posesión de los restos de individuos santificados fue mucho más que un último acto de reverencia, y en casos extremos se convirtió en un instrumento de manipulación política. De la historia moderna es suficiente recordar el secuestro y los traslados del cuerpo embalsamado de Eva Perón, que ahora finalmente descansan en paz en el cementerio de la Recoleta en Buenos Aires (Rubin 2002).

Dónde exactamente Muwatalli depositó los Muertos trasladados es aún una pregunta sin respuesta, y como está indicado en la Tablilla de Bronce (§ 10) el Mausoleo de Tarhuntassa (lit. el “Eterno Santuario Rupestre”) se convirtió en un lugar muy disputado. En todo caso, cuando su hijo Urhi-Tesub volvió a Hattusa,

llevó consigo a los dioses, pero no se hace mención de los Muertos. Estrictamente hablando, los reyes hititas muertos también se convertían en dioses. Por tanto, el informe sobre el retorno de los dioses puede haber tenido la intención de incluir también a los reyes muertos, pero no necesariamente.

Ahora podemos especular acerca de la ubicación de la capital de Muwatalli en la Tierra Baja. Los textos posteriores nos informan sobre la extensión del reino de Tarhuntassa en Anatolia sud-central (de Martino 1999; Dinçol et al. 2000; Melchert 2006), pero no hay indicaciones acerca de la ubicación de su capital. El nombre del lugar no aparece antes de Muwatalli, y podemos concluir con seguridad que él eligió, como Akhenatón, establecer una nueva ciudad sobre suelo virgen. De las distintas sugerencias planteadas, yo todavía considero como la más plausible la localización de Sedat Alp (1995) en Kızıladağ, al norte Karaman. Kızıladağ, 'Montaña Roja', es un afloramiento rocoso situado al borde del lago Hotamiş, una cuenca de drenaje cerrada que se seca durante el verano (fig. 7). Sus laderas son bastante escarpadas y el mejor acceso es desde el lado sur, donde densos restos arquitectónicos se perciben sobre la superficie. El sitio es bien conocido por el denominado "trono" en la ladera norte, con su relieve tallado de Hartapu. Por más increíble que esto parezca, este interesante sitio nunca ha sido excavado, pero varios visitantes han encontrado evidencia cerámica y arquitectónica de una ocupación de la Edad del Bronce Tardío (Bittel 1986: 108; Gonnet 1983; 1984; Dinçol et al. 2000: 7s.).

La cima de la montaña está fortificada por una muralla circular (90 metros de diámetro) con once torres (Bittel 1986: 107, fig. 10-1; Karağuz, Bahar, Kunt 2002: figs. XVI, XVII). Adentro de la fortaleza hay restos de un gran edificio, posiblemente un complejo de palacio, construido con grandes bloques de piedra, típicos de la arquitectura hitita. Lo mismo se aplica al complejo asociado con la inscripción Kızıladağ 4, sobre la ladera sudoeste. Generalmente se lo conoce como la 'entrada' monumental de la fortaleza, pero Hatice Gonnet (1984) lo ha identificado convincentemente con un santuario abierto típicamente hitita, consistente en un trono excavado en la roca y un altar. La inscripción, que intersecta el altar excavado en la roca, fue probablemente agregada en una etapa posterior. También se encuentran tumbas rupestres de cámara que no pueden ser datadas en la actualidad. En resumen, se necesita urgentemente una excavación completa para confirmar la identificación de este extraordinario sitio con la capital de Muwatalli.

Pero Kızıladağ es sólo parte del misterio que rodea a este rincón inexplorado de la Anatolia hitita. A unos 12 kilómetros al sudeste de este sitio se levanta la más impresionante cima de Karadağ, la Montaña Negra, con sus "mil y una iglesias bizantinas" (Binbirkilise) (fig. 8). Así es como Karadağ es descripta por

Gertrude Bell, quien visitó el sitio en 1905 y descubrió sus “muy peculiares inscripciones”: “... un gran volcán cuyo cráter tiene cerca de media milla de diámetro, un anillo de picos rocosos alrededor del borde de éste y la gran planicie extendiéndose hacia las cumbres nevadas detrás” (1927: 222). Sin duda, la vista desde el pico de 2271 metros de altura hacia las planicies de Karaman y Konya, es decir, la Tierra Baja entera de los hititas (fig. 9) es inigualable. La cima misma está ocupada por una iglesia masiva (fig. 10), y la cercana inscripción luvita jeroglífica (fig. 11) no deja duda de lo que debe estar oculto bajo ella: “*en este lugar (para) el Dios de la Tempestad del Cielo, la Gran Montaña divina (y) todos los dios(es), el gran rey Hartapu, que conquistó todas las tierras, para el Dios de la Tempestad del Cielo y todos los dios(es) [...]*” (Hawkins 1992: 265; 1995: 105). Muwatalli difícilmente podría haber elegido un lugar más apropiado para la nueva residencia de su dios, el Dios de la Tempestad del Cielo, alias el Dios de la Tempestad del Relámpago, en un sitio cercano a su propia residencia.

Si la identificación de Tarhuntassa en Kızıldağ es válida, podemos ahora colocar el gran cambio realizado por Muwatalli en una perspectiva más amplia. Desde los mismos comienzos del reino hitita, después del traslado de Hattusili I de su residencia a Hattusa, la religión e ideologías hititas fueron muy dependientes de la gran tradición (proto-)hática del norte. Aparte de Hattusa, otras ciudades sagradas, tales como Arinna, Nerik y Zippalanda, estaban también situadas en esta parte del extremo norte del reino. Después de la incorporación de Kizzuwatna y de otras regiones en el sur y el este, otro estrato importante se agregó a la religión y a la ideología hitita, el hurrita. Lugares tales como Kummanni y Samuha, llegan a ocupar un lugar importante en la historia y religión hititas. Sin embargo, quedaba una extensa región de la Anatolia hitita que nunca había jugado un papel decisivo en la consolidación de la religión hitita: las vastas planicies en el sudoeste. Ninguna de las grandes ciudades de la Tierra Baja y otras áreas sud-occidentales tuvo nunca un papel dominante en la ideología y política hititas. Aun así, esta región ubicada centralmente y de lengua luvita tenía una respetable historia en un pasado remoto en la que la ciudad de Purushanda, por ejemplo, era la sede de un “Gran Gobernante” en el período paleo-asirio. Este tercer rincón ignorado de la Anatolia hitita, repentinamente pasó al frente de la historia hitita gracias a la reforma de Muwatalli.

Una orientación luvita de Muwatalli ha sido siempre sospechada, y sin sobrestimar este aspecto ‘étnico’ en la reforma de Muwatalli, debemos, no obstante, reconocer los siguientes hechos. Su dios no atestiguado previamente tiene el claro epíteto luvita *pihassassi* y la nueva capital, donde sea que uno prefiera localizarla, estaba ciertamente situada en un área de lengua luvita (Melchert 2003: *passim*; Singer 2006b). A esto podemos agregar el nombre de Muwatalli que es de origen

luvita. *Muwatalli* (logograma NIR.GÁL) significa 'valiente' o 'poderoso' en luvita (Melchert 1993: 151). El "valiente dios de la Tempestad" (^dU NIR.GÁL) era el dios personal de su padre Mursili, que puede explicar la elección de Muwatalli de su nombre de trono. Parecería, que desde el día de su nacimiento Muwatalli estuvo predispuesto a la adoración de un dios de la tempestad luvita, o como lo escribe en su plegaria, "*el dios de la Tempestad del Relámpago me tomó de mi madre y me crió*" (KUB 6.45 iii 28 f.).

Hasta aquí sobre las conexiones luvitas de Muwatalli, que no son insignificantes. Aun así, yo aseguraría que la elección de un sitio en el sudoeste como su nueva residencia no fue dictada tanto por preocupaciones 'étnicas' sino más bien por consideraciones geopolíticas y culturales más generales, es decir, un sitio localizado en el centro de su gran reino. Aunque el reino occidental de Arzawa fue finalmente sometido y dividido por su padre Mursili, esta vasta región continuó representando una amenaza constante a la estabilidad de Hatti, y un cambio en el centro de gravedad del reino hacia el sudoeste parecía una solución oportuna.

A través de la historia, una tendencia recurrente en la elección de la ubicación de una nueva capital ha sido un cambio hacia el centro del país, como una declaración de una política más balanceada y equitativa. Podría nombrar muchos ejemplos, pero es suficiente mencionar nuevamente Akhet-Atón en Egipto Medio y Brasilia en Brasil. Es muy instructivo echar una mirada al decreto de fundación de Brasilia tal como fue presentado en 1957 por Lucio Costa: "*Fundar una ciudad en el desierto es un acto deliberado de conquista, un gesto a la manera de la tradición colonial pionera... No debe ser considerada meramente como un organismo capaz de cumplir adecuadamente y sin esfuerzo las funciones vitales de cualquier ciudad moderna, no meramente como una 'urbs', sino como una 'civitas', poseyendo los atributos inherentes a una Capital*".

De hecho, Tarhuntassa estaba mejor situada para servir como 'civitas' de la comunidad hitita que Hattusa. A propósito de ello, la cercana ciudad de Karaman también sirvió como capital de un gran reino en el siglo 14 A.D., el emirato de los Karamanidas, quienes eventualmente quedarían sometidos a los turcos otomanos. Posteriormente, la capital de la meseta central de Anatolia fue trasladada a Konya. Y también podría agregarse que la transferencia de la capital de Istanbul a Ankara por parte de Atatürk también apuntaba, entre otras cosas, a lograr una estructura política más equitativa para la República de Turquía.

Pero, sin embargo, la valiente reforma de Muwatalli duró muy poco, como la de Akhenatón. Al principio pareciera ser que el dios de la Tempestad del Cielo habría incluso recompensado a Muwatalli con una arrolladora victoria sobre los egipcios en Qadesh. Pero poco después Muwatalli murió, y su hijo y sucesor

Urhi-Tesub, como Tutankhamón, pronto interrumpió la reforma y retornó la capital a Hattusa.

Es difícil imaginar por qué lo hizo. Como en Egipto, debieron haber habido fuertes presiones de los círculos privilegiados del clero establecido y la aristocracia para retornar a la capital tradicional. Pero pienso que la decisión de Urhi-Tesub tuvo más que ver con la envidia de su ambicioso tío que con un razonamiento político y teológico profundo. Antes que Muwatalli dejara Hattusa, él confió la ciudad a las hábiles manos del escriba principal Mittanamuwa. Contrariamente a afirmaciones previas, Hattusa *no* fue incluida en la gran jurisdicción de Hattusili en el norte de Anatolia (Singer 2001). Pero, a pesar de este movimiento prudente, que intentaba disminuir la importancia de Hattusa en un momento en el que se estaba estableciendo una nueva capital, la reforma de Muwatalli inició una división *de facto* de la tierra. Urhi-Tesub debió haber estado bastante preocupado por las intenciones de su tío, quizás con razón. Él trasladó los dioses nuevamente a Hatti y comenzó a reducir la jurisdicción e influencia de Hattusili, hasta que este último se rebeló y usurpó el trono de su sobrino.

Se desconoce cuándo exactamente fueron llevados los dioses nuevamente a Hattusa, y quién quedó a cargo de Tarhuntassa durante los restantes años de Urhi-Tesub. No existen fuentes independientes de Urhi-Tesub más allá de sus sellos, y tenemos que confiar, otra vez, en el testimonio de Hattusili y su esposa. En su famosa carta a Ramsés II, la reina Puduhepa sarcásticamente explica las razones del empobrecimiento de Hatti: “Así como tú, mi hermano, conoces el palacio de Hatti (É KUR^{URU} Hatti), *no debería yo (misma) conoc[er]lo? [...] el palacio [ha sido tra]nsferido(?), y todo lo que quedaba, Urhi-Tesub lo dio al Gran Dios (DINGIR.GAL). Ya que [Urhi-]Tesub está allí, pregúntale a él si es así o no es así”* (KUB 21.38 obv. 10-12; Singer 1998: 537 f.). Es bastante obvio que este Gran Dios que no es mencionado es el Gran Dios de la Tempestad del Cielo, y si aceptamos el testimonio de Puduhepa, parecería que Urhi-Tesub continuó adorándolo, al menos por un tiempo.

Esto es confirmado también por su sello, en el que él es abrazado por el dios de la Tempestad del Cielo (fig. 12). En la inscripción cuneiforme, sin embargo, él se presenta a sí mismo como el “Amado del dios de la Tempestad y de la diosa-Sol de Arinna”, lo que indica el retorno del concepto tradicional de la pareja divina. En otro sello elaborado, Urhi-Tesub aparece en compañía del dios de la Tempestad de Aleppo (Hawkins 2003) (fig. 13). Esto marca la disolución de la percepción revolucionaria de Muwatalli de un dios universal favorito, el dios de la Tempestad del Cielo y el retorno a la tradicional multiplicidad de deidades territoriales. Esta tendencia continuaría aún más vigorosamente después de la toma del poder por Hattusili. Su teología tenía una marcada inclinación femenina,

tal vez debida a la influencia dominante de la reina Puduhepa. Las grandes diosas y sus hijos reaparecen en el primer plano del panteón hitita, con una fuerte tendencia al sincretismo: la diosa-Sol de Arinna, Hebat y principalmente Ishtar/Sausga de Samuha, la diosa personal de la pareja real.

La historia de Tarhuntassa pudo terminar aquí. Como Akhet-Atón, la nueva capital pudo haber sido saqueada, abandonada y cubierta de arena hasta su redescubrimiento en tiempos modernos. Sin embargo, tuvo un destino diferente, debido principalmente a la posición moralista de un usurpador. Poco después de su exitoso golpe, Hattusili tomó a Kurunta, el hijo menor de Muwatalli, quien creció bajo su protección, y lo instaló en el trono de su padre en Tarhuntassa. Por qué hizo esto es algo que pertenece al dominio de la "historia psicológica", un dominio que es visto con escepticismo por algunos historiadores. Si creemos en el propio testimonio de Hattusili, él hizo esto "en consideración del amor por su hermano". De cualquier manera, por esta crucial decisión, el perpetuó la división de Anatolia, quizás inconscientemente. Ya en la siguiente generación, los dos estados hititas, cada uno gobernado por un Gran Rey, competirían ferozmente por la supremacía política, una competencia que debilitaría al Imperio Hitita y contribuiría a su disolución (Singer 1996b; 2000: 26).

¿Y qué sucedió con el Nuevo dios de Muwatalli antes y después de la contrarreforma? Ciertamente, tuvo un mejor destino que el del dios de Akhenatón. Una vez establecido en Tarhuntassa, el culto del dios de la Tempestad del Relámpago se expandió a otras áreas de Anatolia. En el día 18 del festival AN.TAH.ŠUM, el dios de la Tempestad del Relámpago era celebrado junto con la diosa-Sol de Arinna. Incluso parece haber disfrutado de cierto resurgimiento durante las reformas cúllicas de Tudhaliya IV. En la misma Tarhuntassa, esto es, en los complejos de Kizildağ y Karadağ, la única deidad mencionada por su nombre en las inscripciones de Hartapu es el dios de la Tempestad del Cielo, lo que no puede ser mera coincidencia. Las únicas excepciones son La Gran Montaña Divina en KARADAĞ 1, y la deidad en KIZILDAĞ 2 (fig. 14). Respecto de esta última, Hatice Gonnet (1983) identificó el epíteto del dios de la Tempestad como el brazo doblado que sostiene una daga, que representa 'Valiente' o 'Poderoso', luvita Muwatalli, quizás como un tributo al fundador de la ciudad. En pocas palabras, el último rey de Tarhuntassa, Hartapu, aparentemente permaneció leal al dios de su abuelo hasta el final.

Retrospectivamente, yo diría que las reformas fallidas de Akhenatón y de Muwatalli son quizás las transformaciones religiosas más fundamentales de la Edad del Bronce Tardío. Las nuevas capitales que ellos fundaron son las únicas que fueron denominadas según los nombres de sus respectivos dioses, Atón y Tarhunta, y que estuvieron realmente destinadas a reemplazar las antiguas capita-

les. Otras nuevas ciudades fueron denominadas según sus fundadores y *no* fueron concebidas para reemplazar las capitales tradicionales: Dur-Kurigalzu no fue creada para reemplazar a Babilonia, ni Dur-Untash para reemplazar a Susa; Pi-Ramesse no reemplazó a Tebas y a Menfis, ni Kar-Tukulti-Ninurta, Dur-Sharukkin y Niniveh reemplazaron a Assur. Quizás aquí yace la razón del fracaso de las reformas de Akhenatón y de Muwatalli — la irresistible fuerza gravitacional de la tradición.

Bibliografía

- ALP, S. 1995. Zur Lage der Stadt Tarhuntassa, en: O. CARRUBA, M. GIORGIERI, C. MORA (eds.), *Atti del II Congresso Internazionale di Hittitologia (Pavia 1993)*. Pavia, 1-11.
- BELL, G. 1927. *The Letters of Gertrude Bell. Selected and Edited by Lady Bell, D.B.E.* Vol. I. London.
- BITTEL, K. 1986. Hartapus and Kizildağ, en: J.V. CANBY, E. PORADA, B.S. RIDWAY, T. STECH (eds.), *Ancient Anatolia, Aspects of Change and Culture Development. Essays in Honor of Machteld M. Mellink*. WISCONSIN, 103-111.
- DINÇOL, A.M., YAKAR, J., DINÇOL, B., TAFFET, A. 2000. The Borders of the Apanage Kingdom of Tarhuntassa – A Geographical and Archaeological Assessment, en: *Anatolica* 26, 1-29.
- EHRINGHAUS, H. 2005. *Götter, Herrscher, Inschriften. Die Felsreliefs der Hethitischen Grossreichszeit in der Türkei*. Mainz.
- GESTOSO, G.N. 1991. El culto a Atón en el Egipto de la Dinastía XVIII. Sus antecedentes, en: *Revista de Estudios de Egiptología* 2: 45-54.
- GONNET, H. 1983. L'inscription N° 2 de Kizildağ, en: *Hethitica* 5, 21-28.
- GONNET, H. 1984. Nouvelles données archéologiques relatives aux inscriptions hiéroglyphiques de Hartapusa à Kizildağ, en: R. DONCEEL et R. LEBRUN (eds.), *Archéologie et religions de l'Anatolie Ancienne. Mélanges en l'honneur du professeur Paul Naster*. Louvain-la-neuve, 119-125.
- HAWKINS, J.D. 1992. The Inscriptions of the Kizildağ and the Karadağ in the Light of the Yalbur Inscription, en: H. OTTEN, E. AKURGAL, H. ERTEM, A. SÜEL (eds.), *Hittite and Other Anatolian and Near Eastern Studies in Honour of Sedat Alp*. Ankara, 259-275.
- HAWKINS, J.D. 1995. *The Hieroglyphic Inscription of the Sacred Pool Complex at Hattusa (ŞÜDBURG)*. Wiesbaden.
- HAWKINS, J.D. 2001. Urhi-Tesub, *tubkanti*, en: G. WILHELM (ed.), *Akten des IV. Internationalen Kongresses für Hethitologie (Würzburg 1999)*. Wiesbaden, 167-179.
- HAWKINS, J.D. 2003. The Storm-God Seal of Mursili III, en: G. BECKMAN, R. BEAL, G. MCMAHON (eds.), *Hittite Studies in Honor of Harry A. Hoffner Jr.* Winona Lake, 169-175.

- HERBORDT, S. 2005. *Die Prinzen- und Beamtensiegel der hethitischen Grossreichszeit auf Tonbullien aus dem Nişantepe-Archiv in Hattusa*. Mainz.
- KARAUĞUZ, G., BAHAR, H., KUNT, I. 2002. Kızıldağ Üzerine Yeni Bazı Gözlemler, en: *Türkiye Bilimler Akademisi Arkeoloji Dergisi* 5, 7-32.
- KEMP, B. 1989. *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization*. London and New York.
- MARTIN, G.T. 1989. *The Royal Tomb at El-Amarna*. London.
- DE MARTINO, S. 1999. Ura and the Boundaries of Tarhuntassa, en: *Altorientalische Forschungen* 26: 291-300.
- MELCHERT, H.C. 1993. *Cuneiform Luwian Lexicon*. Chapel Hill.
- MELCHERT, H.C. 2003. *The Luwians*. Leiden & Boston.
- MELCHERT, H.C. 2006. The Borders of Tarhuntassa Revisited, en: M. ALPARSLAN, M. DOĞAN-ALPARSLAN, H. PEKER (eds.), *Vita. Festschrift in Honor of Belkis Dinçol and Ali Dinçol*. Istanbul, 507-514.
- MURNANE, W.J. and VAN SICLEN III, Ch.C. 1993. *The Boundary Stelae of Akhenaten*. London.
- MURNANE, W.J. 1995. *Texts from the Amarna Period in Egypt*. Atlanta.
- NEVE, P. 1993. *Hattusa, Stadt der Götter und Tempel*. Mainz.
- OTTEN, H. 1993. *Zu einigen Neufunden hethitischer Königssiegel*. Stuttgart.
- RUBIN, S. 2002. *Eva Perón: Secreto de Confesión, cómo y por qué la Iglesia ocultó 16 años su cuerpo*. Buenos Aires.
- SINGER, I. 1996a. *Muwatalli's Prayer to the Assembly of Gods Through the Storm-God of Lightning (CTH 381)*. Atlanta.
- SINGER, I. 1996b. Great Kings of Tarhuntassa, *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 38: 63-71.
- SINGER, I. 1998. From Hattusa to Tarhuntassa: Some Thoughts on Muwatalli's Reign, en: S. ALP - A. SÜEL (eds.), *Acts of the IIIrd International Congress of Hittitology (Çorum 1996)*, Ankara, 535-541.
- SINGER, I. 2000. New Evidence on the End of the Hittite Empire, en: E. OREN (ed.) *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*. Philadelphia, 21-33.
- SINGER, I. 2001. The Fate of Hattusa during the Period of Tarhuntassa's Supremacy, en: Th. RICHTER, D. PRECHER, J. KLINGER (eds.), *Kulturgeschichten. Altorientalische Studien für Volkert Haas zum 65. Geburtstag*. Saarbrücken, 395-403.
- SINGER, I. 2002. *Hittite Prayers*. Atlanta & Leiden.
- SINGER, I. 2006a. Pihassassi. *Reallexikon der Assyriologie*, Band 10/7-8: 559-562.
- SINGER, I. 2006b. Review of Melchert 2003, en: *Bibliotheca Orientalis* 62: 430-451.
- TATISHVILI, I. 2004. Quelques réflexions sur l'évolution de la pensée religieuse chez les Hittites, en: *Phasis* 7, 93-107.

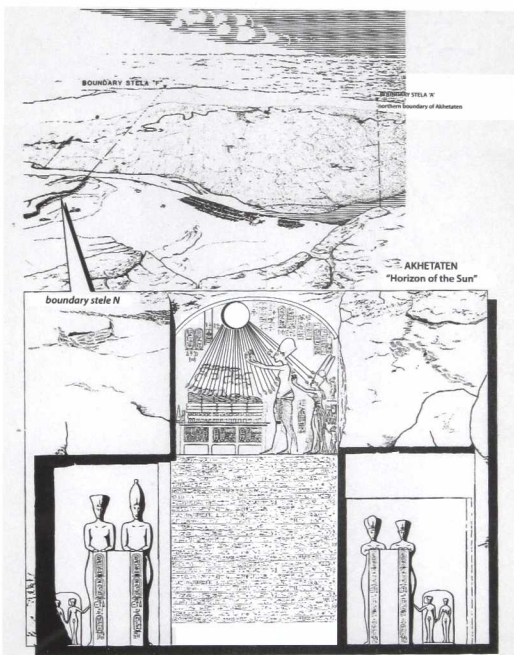


Figure 87 Akhenaten's new city, Akhetaten. 'Horizon of the Sun'. *Above.* Reconstruction of the 18th Dynasty landscape showing the extent of cultivated land on the west side of the river which lay between the boundary stelae. *Below.* Reconstruction of the original appearance of one of the boundary stelae. 'N'. The stele, 3.9 metres high, is flanked by statues. Each set depicts Akhenaten and Nefertiti holding in front of them a narrow vertical tablet inscribed with the names of the Aten and of themselves. They are accompanied by their two eldest daughters, Meritaten and Meketaten. Much of the stele and parts of the statues still survive.

Fig. 1

Estela de frontera de Akhet-Atón (Kemp 1989: 268, fig. 87).

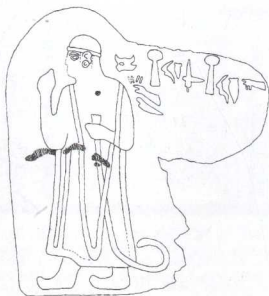


Fig. 2
Relieve de Muwatalli II en Sirkeli (Ehringhaus 2005: 98, figs. 175-176).

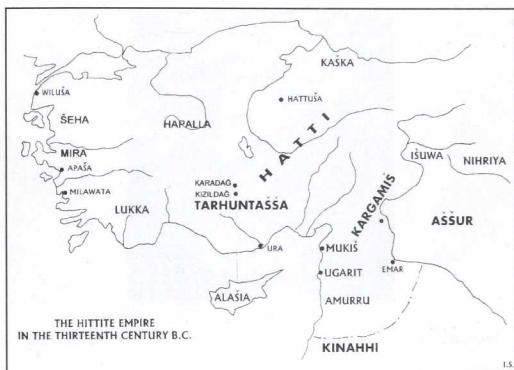


Fig. 3
El Imperio Hitita - Siglo XIII



Fig.4
Impronta de sello de Muwatalli II (Neve 1993: 58, fig. 156).



Fig. 5

Impronta de sello de Muwatalli II y Danuhepa (Neve 1993: 58, fig. 158).



Fig. 6

Impronta de sello de Muwatalli II abrazado por el dios de la Tempestad (Neve 1993: 53, fig. 149).



Fig. 7
Trono de Kızıldağ.



Fig. 8
Karadağ (Binbirkilise).



Fig. 9
Cráter visto desde la cima de Karadağ.

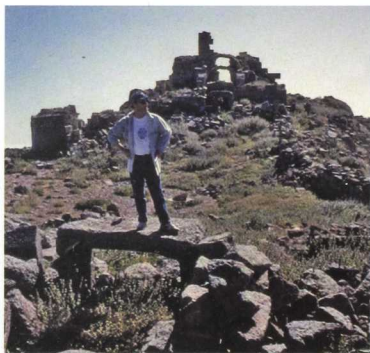


Fig. 10
Iglesia en la cima de Karadağ.



Fig. 11
Inscripción Karadağ 1.



Fig. 12
Impronta del sello de Mursili III/Urhi-Tesup (Ottén 1993: 25, fig. 20).



Fig. 13

Impronta del sello de Mursili III/Urhi-Tesup (Neve 1993, tapa).

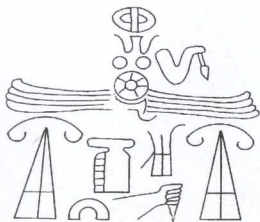


Fig. 14

Inscripción Kızıldağ 2 (Gönnert 1983: 24, fig. 2).

Egipto y Kerma en los inicios del II milenio a.C. Una lectura a través de las categorías de *centro* y *periferia**

ROXANA CLAUDIA FLAMMINI
Universidad Católica Argentina

RESUMEN: Durante el Reino Medio, el Estado egipcio avanzó sobre la Baja Nubia estableciendo un sistema de fortalezas y otras estructuras con el fin de asegurar la llegada de bienes de prestigio desde el corazón de África. Además, estableció una frontera en *Heh*, topónimo identificado con Semna. De hecho, la Baja Nubia estaba bajo control egipcio durante el Reino Medio. Por cierto, éste no era el caso de los territorios ubicados al sur de Semna. Sin embargo, el Estado egipcio mantuvo estrechas conexiones con Kerma relativas al intercambio de bienes. En este trabajo haremos uso de las categorías de centro y periferia, estableciendo el rol de Egipto como centro y Kerma como su periferia en una relación de asimetría, ambos ámbitos relacionados a través del sistema de fortalezas de la Baja Nubia.

ABSTRACT: *Egypt and Kerma in the Early Second Millennium BC. A Reading through the Categories of Core and Periphery.* During the Middle Kingdom, the Egyptian State advanced over Lower Nubia building there a chain of fortresses and other structures to improve the flow of prestige goods which came from inner Africa. Besides, it established a frontier at *Heh*, identified with Semna. In fact, Lower Nubia was under Egyptian control during the Middle Kingdom. This was not the case of the territories located to the south of Semna. Nevertheless, the Egyptian State maintained close connections with Kerma related to the exchange of goods. In this paper, we approach the subject from the core-periphery theoretical framework, establishing the role of Egypt as a core and Kerma as its periphery in an asymmetrical relationship, both linked through the system of fortresses of the Lower Nubia.

PALABRAS CLAVE: Kerma – Egipto – relaciones asimétricas – centro – periferia – área vinculante – Reino Medio.

KEYWORDS: Kerma – Egypt – asymmetrical relationships – core – periphery – linking area – Middle Kingdom

* Este trabajo forma parte de los resultados de la investigación realizada como integrante del Proyecto UBACYT F 193 (2006-2007), desarrollado en el Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosensvasser", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Introducción

El denominado Reino Medio egipcio suele ser caracterizado, historiográficamente, como un período en el cual el Estado volvió a centralizarse luego de la crisis del Primer Período Intermedio. De modo convencional, este último finalizó cuando un gobernante local de origen tebano se arrogó la sucesión regia detenida hasta entonces por la línea dinástica heracleopolitana y fue reconocido como el único Horus¹. Por cierto, tal hecho no es más que un punto en una periodización establecida y mantenida entre los egiptólogos a fin de facilitar la comprensión de la larga historia del Egipto dinástico, subdividiéndola en períodos sucesivos de centralización y descentralización del Estado; sin embargo, lejos estamos de concebir que el fin del Primer Período Intermedio significó también la conclusión de su problemática; por el contrario, ciertas prácticas que adquirieron preeminencia en su transcurso, como otras que se visualizan aún en otras situaciones históricas previas, pueden verse replicadas durante el Reino Medio.

Una de estas prácticas consistía en la apropiación, a través de diversas modalidades, de bienes de prestigio por parte de la élite. Este tipo de bienes denotaba que quienes eran capaces de obtenerlos, portarlos, acumularlos o distribuirlos, poseían ciertas *cualidades* —consensuadas socialmente— que los diferenciaban del resto². A su vez, esas cualidades adquiridas habilitaban el ejercicio de ciertas atribuciones, con lo cual a nivel interno de grupo pudieron establecerse jerarquías y diferenciaciones, mientras que a nivel externo, la búsqueda de su apropiación pudo generar conflictos a causa, por ejemplo, del control de las rutas de intercambio, como parece haber sido el caso que llevó al surgimiento del Estado en Egipto³.

Por cierto estos bienes, en tanto diferenciadores sociales, suelen ser definidos por ciertas cualidades que de hecho poseen: se trata de bienes escasos en el sector que los demanda y poseedores de un alto valor inversamente proporcional a su volumen, lo cual facilitó, en tiempos antiguos, su acarreo a través de grandes distancias⁴. Sin embargo, podemos considerar también otros aspectos para definirlos, teniendo en cuenta que el valor de un bien no constituye una propiedad

¹ En general, se sostiene que el colapso de Heracleópolis se debió a las acciones bélicas de Mentuhotep Nebhepetra (II). Cf. Redford (1992: 69) y bibliografía citada allí.

² Cf. Clastres (1981: 146); Campagno (1998: 60).

³ Cf. Campagno (2002).

⁴ Cf. Sherratt y Sherratt (1991: 358).

inherente de los objetos, sino un juicio realizado sobre ellos por sujetos⁵. De esta manera, podemos señalar que este tipo de bienes detenta otras cualidades además de las ya mencionadas como, por ejemplo, la de objeto sagrado, de poseer ciertas potencias, de “regalo del rey”. En otras palabras, albergan una determinada representación en el universo simbólico de una sociedad. Queremos dejar en claro, por lo tanto, que esos bienes poseen un *significado social* y sufren transformaciones valorativas, puesto que son indicadores de las relaciones societarias tanto a nivel interno de un grupo social como a nivel externo, y que este *valor* consensuado socialmente posee, en ocasiones, una mayor incidencia que el hecho de ser relativamente escasos en el sector que los demanda⁶.

De esta manera, entonces, si los bienes de prestigio poseen un valor atribuido por cada sociedad, no todo bien considerado “de prestigio” por una lo es necesariamente para otra, aunque podamos verificar la existencia de ciertos bienes que comparten la cualidad prestigiosa en diversas sociedades antiguas. Además, la consideración de estas particularidades implica que no necesariamente el recorrido de largas distancias y la posesión de un volumen inversamente proporcional a su valor son las únicas características que deben poseer para ser catalogados como tales. En el antiguo Egipto, parte de esos bienes llegaban de zonas relativamente cercanas, como las ubicadas en el desierto occidental u oriental, mientras que otros lo hacían desde territorios sumamente alejados.

Por cierto, el Estado egipcio implementó una serie de prácticas para obtener esos bienes, que pueden ser discriminadas entre *prácticas de obtención directa de recursos* y *prácticas de intercambio*, que se diferencian entre sí en tanto aquellas no están vinculadas a acciones recíprocas y éstas sí. Entre las primeras mencionaremos la *exacción de recursos*, ejercida por medio de expediciones punitivas, generalmente integradas por tropas, escribas y funcionarios de la administración central, que buscaban obtener botín de sus incursiones en otros territorios, como por ejemplo las mencionadas en el Cuento de Sinuhé a Libia o en la Inscripción de Menfis de Amenemhat II a dos sitios ubicados probablemente en Siria⁷. Otras prácticas que

⁵ Cf. Simmel (1978 [1907]: 73); Appadurai (2003 [1986]: 1). Mauss también recaló esta propiedad de los bienes de prestigio al mencionar que estaban imbuidos de una “*materia espiritual (...) parte de la naturaleza y substancia de uno*”, cf. Mauss (1954 [1925]: 10). La traducción es nuestra.

⁶ En palabras de Simmel “*la dificultad de adquisición, el sacrificio ofrecido a cambio, es el único elemento constitutivo del valor, del cual la escasez es solamente la manifestación externa, su objetivación en la forma de cantidad*”. Cf. Simmel (1978 [1907]: 100). La traducción es nuestra.

⁷ Para el Cuento de Sinuhé, cf. Lichtheim (1973: 222-235), para la Inscripción de Menfis de Amenemhat II, cf. Altenmüller y Moussa (1991: 1-48).

implicaban una exacción directa eran el *tributo*, tanto en mano de obra como en especie, a cuya entrega estaba sometida parte de la sociedad nativa⁸; las *contribuciones*, ofrecidas por los “países extranjeros” para mantener y favorecer sus vínculos con el rey egipcio, mencionadas también en la Inscripción de Menfis de Amenemhat II⁹; y la *explotación de recursos*, conformada por expediciones organizadas por el Estado de carácter no punitivo, en tanto los habitantes de las regiones donde se dirigían no representaban, en general, una amenaza para las actividades egipcias, o bien eran zonas deshabitadas. Aquí podemos mencionar las expediciones al Sinaí o a las canteras de Toshka, profusamente documentadas¹⁰. Por otro lado, las *prácticas de intercambio* pueden restringirse a la entrega de un bien por otro bien en una relación de beneficio mutuo. Aquí podemos mencionar el intercambio con Biblos; con Kerma; con el Punt y con distintos ámbitos mediterráneos.

Por cierto, en esta aproximación nos interesa revisar las vinculaciones del Estado egipcio con Kerma a través de la Baja Nubia, en tanto podamos visualizar qué prácticas implementó el Estado durante el Reino Medio para asegurarse la provisión de los bienes que provenían desde el corazón de África siguiendo, principalmente, la ruta fluvial nilótica que atravesaba tanto la Alta como la Baja Nubia. De hecho, desde allí provenían entre otros bienes oro, ébano, sustancias aromáticas, marfil, piedras para la elaboración de estatuas, colas de jirafa, pieles de pantera y de otros animales.

Durante el Reino Medio, la Baja Nubia, identificada como *Uauat* en los textos egipcios y extendida a ambos lados del río entre la primera catarata (Elefantina) y Semna, evidenció el avance del Estado egipcio por medio del establecimiento de un conjunto de fortalezas, mientras que tal particularidad no se verificó sobre la Alta Nubia, la *Kush* de los textos, identificada con un ámbito espacial que con probabilidad se extendía desde Semna hacia el sur, aunque su límite meridional no pueda ser precisado.

De este modo, al avanzar el Estado sobre la Baja Nubia, ésta se constituyó como área de frontera alcanzada por las prácticas implementadas desde el propio Egipto; mientras que la Alta Nubia puede ser considerada un área periférica del Estado egipcio, cuyo núcleo estaba establecido en Kerma –a la altura de la tercera

⁸ Cf. Ferguson (2006: 147-166). Durante el Reino Nuevo, es posible que esta práctica se haya extendido a las posesiones egipcias en Nubia y Asia. Cf. Gestoso *et al.* (1996: 28 y 37-43).

⁹ Cf. Altenmüller y Moussa (1991: 9-10). Sobre la caracterización del concepto *baku* como “contribución” en vez de “tributo” en ciertas situaciones, cf. Galán (2002: 33-34).

¹⁰ Para las expediciones al Sinaí, cf. Gardiner, Peet y Černý (1955), para las dirigidas a las canteras de Toshka (Dyebel el Asr), cf. Shaw *et al.* (2001: 33-34), Harrell (2002: 232-243).

catarata del Nilo— y sobre la cual Egipto no ejerció ningún tipo de control, sino que la relación se basaba en un estrecho vínculo económico. ¿De qué manera, entonces, podemos jerarquizar las prácticas que hemos discriminado, tanto las de control ejercidas por el Estado egipcio sobre la Baja Nubia, como las de vinculación con Kerma? Consideramos que una lectura a través de la interrelación entre los conceptos de centro y periferia puede ayudar a sistematizarlas y jerarquizarlas.

Precisiones conceptuales: centro y periferia en el mundo antiguo

En 1974, Immanuel Wallerstein presentaba su trabajo seminal, *The Modern World System*, donde enunciaba que la aparición del capitalismo se produjo a partir del siglo XVI de nuestra era, en un marco de relaciones asimétricas establecidas entre un área centro y sus periferias, y en la cual el intercambio de mercancías actuó como elemento disparador de tales relaciones. Por cierto, su recepción en el ámbito académico fue aplaudida por algunos y criticada por otros, y si bien en esa aproximación Wallerstein no se interesó por el estudio de otros “sistemas-mundo”, hoy día se considera que las categorías y relaciones presentadas en ese trabajo son pasibles de ser aplicadas a otras situaciones históricas. De hecho, el mismo Wallerstein señaló recientemente que “*el moderno sistema-mundo no es de ninguna manera el único sistema histórico que ha existido; no es inclusive el único sistema-mundo*”¹¹.

Por nuestra parte, nos proponemos utilizar las categorías de centro y periferia para explicar las vinculaciones entre el Estado egipcio y el núcleo nubio de Kerma durante la primera mitad del II milenio a.C., con lo cual debemos emprender una resemantización de esas categorías para volverlas operativas a nuestra situación, evitando una aplicación automática de los conceptos originales¹². Esto se debe, en primer lugar, a que el propio Wallerstein concibió ese marco teórico para expli-

¹¹ Wallerstein (1995: 3).

¹² Chase-Dunn y Hall también sostienen la propiedad de ajustar las variables expuestas por Wallerstein originalmente, en particular el alcance del concepto de «sistema-mundo». Cf. Chase-Dunn y Hall (1991). En trabajos más recientes sobre el antiguo Egipto y Mesopotamia, se visualiza una búsqueda de sincronización en los ciclos de «surgimiento» y «caída»; y cierto énfasis en la centralidad de cuestiones climáticas y geopolíticas en desmedro de explicaciones socioculturales. Cf. Chase-Dunn y Manning (2002); Chase-Dunn *et al.* (2003).

car específicamente el surgimiento del "sistema-mundo" capitalista y, en segundo lugar, porque algunas de las críticas a su modelo merecen ser tenidas en cuenta. Tal el caso de la presentada por Jane Schneider en 1977, quien en particular objetó la consideración de las mercancías en lugar de los bienes de prestigio como los elementos disparadores de la economía mundo¹³.

Ahora bien, la posibilidad de aplicaciones específicas del marco teórico a las sociedades del Cercano Oriente antiguo se vio expresada en un volumen aparecido en 1987. En él, M. Rowlands llamaba la atención sobre los anacronismos que, sin una discusión previa, podía generar la aplicación de esas categorías a otras situaciones históricas sustancialmente diferentes de las de la sociedad capitalista, y propuso –siguiendo la posición de Schneider– un análisis de los intercambios generados a través de los bienes de prestigio¹⁴.

De hecho, Wallerstein también remarcó la existencia de un centro independiente y manufacturero y una periferia dominada y productora de materias primas¹⁵. Entonces, ¿podemos identificar una situación semejante en los tiempos antiguos que nos proponemos analizar? Por cierto, respecto de las particularidades del «sistema-mundo» del III y II milenio a.C. en el Cercano Oriente antiguo, se advierten claras diferencias. En este sentido, Kohl señala acertadamente que *múltiples áreas-centro coexistían e intermitentemente entraban en contacto directo unas con otras, en tanto que los lazos de dependencia entre centros y periferias eran débiles e inestables*¹⁶.

Sin embargo, teniendo en cuenta todas estas consideraciones, reconocemos que una característica del par conceptual centro-periferia original puede ser retomada y aplicada a la situación del Cercano Oriente en el II milenio a.C.: la caracterización desigual del vínculo entre un centro y una periferia, es decir, *el establecimiento de vinculaciones asimétricas entre ambas categorías*, que no deben ser entendidas como instancias donde el área centro juega un rol activo y la periferia uno pasivo, sino que, por el contrario, constituyen una situación en la que ambas

¹³ Para esta autora, la concepción misma de ese sistema mundo podía remontarse aún más atrás en el tiempo, en tanto adscribe a la idea de la existencia de una continuidad de largo alcance entre las «economías-mundo» precapitalista y capitalista y destaca que la transición entre una y otra fue producto de la disolución de una unificada economía-mundo medieval europeo-mediterránea, cf. Schneider (1991 [1977]).

¹⁴ Cf. Rowlands (1987: 6 y ss).

¹⁵ Cf. Aguirre Rojas (2003: 44-48).

¹⁶ A diferencia del sistema-mundo capitalista. También Kohl busca refutar hipótesis difusionistas (cf. Sherratt y Sherratt 1991: 366) que conciben los centros como grandes expendedores culturales y tecnológicos, y las periferias como meras receptoras de tales «avances». Cf. Kohl (1987: 16-18).

se relacionan en un juego de influencias mutuas donde el centro posee una mayor incidencia *relativa*. En otras palabras: los caracteres particulares de esa asimetría relacional se constituyen en tanto ciertas prácticas originadas en el área centro se visualizan en las periferias mientras que la situación inversa –de verificarse– no adquiere la misma dimensión proporcional. Por cierto, la ventaja en la capacidad operativa del centro sobre las periferias no implica que esta cualidad sea interpretada automáticamente como *dominación*: esta práctica podía darse o no, y es el análisis pormenorizado de cada situación el que permitirá especificar las particularidades del vínculo.

De hecho, además de estos aspectos, el modelo de Wallerstein consideraba una categoría intermedia que mediaba entre centros y periferias, a la que denominó “semiperiferia”. Estos ámbitos actuaban como receptores de presiones políticas efectuadas desde las áreas periféricas hacia el centro que, de no mediar estas “semiperiferias”, lo alcanzarían directamente. De este modo, las semiperiferias se ubicarían estratégicamente entre centros y periferias aunque mantuvieran su carácter independiente. En un trabajo dedicado al análisis de la conformación de sistemas-mundo previos al capitalista, C. Chase Dunn y T. Hall propusieron definiciones más precisas para esta categoría, caracterizándolas como ámbitos que, además de estar ubicados geográficamente entre centros y periferias, poseían formas mixtas de organización (tanto del centro como de la periferia); actuaban como mediadoras en las actividades entre uno y otra y sus aspectos institucionales revestían formas intermedias de las halladas en centros y periferias¹⁷. Por cierto, en la situación que nosotros analizaremos no visualizamos todas estas particularidades, y además, consideramos que la categoría “semiperiferia” posee un sesgo transicional que preferimos evitar.

De esta manera, redefiniremos la categoría “semiperiferia” como *área vinculante*, en tanto que, si bien podemos identificar ámbitos mediadores entre el centro y las periferias, éstos se encuentran bajo la dominación efectiva del centro. Pero además, presentan una asimetría relacional con este último –y de allí la posibilidad de su diferenciación– en tanto ese mismo centro instituye allí prácticas *diferentes* de las que operan sobre sí mismo.

De esta manera, podemos enunciar, por un lado, la existencia de vinculaciones asimétricas entre un centro y una periferia en tanto ciertas prácticas originadas en el primero alcanzaban a las segundas con una mayor incidencia relativa y; por el

¹⁷ Cf. Chase Dunn y Hall (1991).

otro, la institución de vínculos asimétricos entre el centro y el área vinculante en tanto aquél operaba sobre esta última de modo diferencial a como actuaba sobre sí mismo.

El área centro

El área centro de nuestro análisis se desplegaba espacialmente en torno a dos ámbitos de particular importancia durante el Reino Medio: por un lado, el área tebana, en tanto ámbito de origen de la dinastía reunificadora y sus sucesoras; por el otro, el área menfita, reconsiderada como sede regia desde los inicios de la dinastía XII cuando Amenemhat I abandonó Tebas —donde había permanecido la dinastía XI y él mismo durante la primera parte de su reinado— e instaló la capital en las cercanías de Menfis, en *Amenemhat Itj-tauy*, a la que algunos especialistas ubican en Lisht norte¹⁸.

Por cierto, es imposible realizar aquí un análisis pormenorizado de las particularidades de este período, con lo cual presentaremos únicamente una breve síntesis basándonos en el hecho de que, para el Reino Medio, se ha podido verificar la instauración de una serie de prácticas —algunas de ellas ya existentes, aunque reconfiguradas— de orden simbólico, político y económico. Entre las primeras podemos mencionar el auge de la vertiente osiriana luego de la supremacía de la vertiente solar que tuvo lugar durante el Reino Antiguo¹⁹, auge que se inició durante el Primer Período Intermedio y tuvo continuidad en el Reino Medio²⁰. Asimismo, se verifican variaciones en la concepción misma de la figura regia —en tanto las referencias a los reyes comienzan a ser acompañadas por el epíteto “el

¹⁸ Cf. Arnold (1996: 13 y ss.) para la localización en Lisht Norte; para otra opinión, cf. Martin (2000: 101 y n. 10).

¹⁹ Cf. Cervelló Autuori (1996: 217 y ss.)

²⁰ Este auge se vio plasmado en la configuración de un destino de ultratumba compartido entre la figura regia y sus súbditos, como lo expresan, claramente, los Textos de los Sarcófagos. Cf. Faulkner (1973-1978). En el mismo sentido pueden mencionarse la construcción de un complejo funerario regio en Abidos —el de Sesostris III— luego de mil años de abandono de esa práctica; la veneración y el peregrinaje a la “tumba de Osiris” también localizada en Abidos y el hecho de que las primeras representaciones antropomórficas de ese dios daten de este período. Para la tumba de Sesostris III en Abidos, cf. Wegner (1995: 59-71; 1996, 249-279; 2000: 83-125; 2001: 281-308); para la “tumba de Osiris” en Abidos, cf. Dodson (1997-98: 37-47); para las representaciones de Osiris, cf. Cervelló Autuori (1996: 187).

buen dios” – y en el diseño, tamaño y decoración de las tumbas de los funcionarios²¹.

Por su parte, las prácticas políticas tienden a mostrar una recomposición de la capacidad de acción del Estado centralizado: a la fundación de la nueva sede regia, *Amenemhat Itj-tawy*, podemos adicionar el énfasis puesto en el establecimiento de fronteras entre los nomos²²; la conformación de un distrito en torno del área tebana en tiempos de Sesostri III, denominado *uaret tep rey*²³; el aumento de los cuadros administrativos menores, fundamentalmente de supervisores (*imy(ḥ)-r*)²⁴; cierto avance del poder central sobre el local²⁵ y una serie de acciones desde la

²¹ Algunas de estas variaciones configuraron uno de los tópicos historiográficos del Reino Medio: la “desaparición” del cargo de nomarca. Por cierto, estos jefes locales de quienes tenemos noticias a partir de fines del Reino Antiguo, detentaron un enorme poder durante el Primer Período Intermedio, llegando incluso a considerarse descendientes de Horus y a legitimarse ya no por el rey sino por las buenas acciones hacia la ciudad o nomo al que pertenecían. Un ejemplo paradigmático es el de Anjtifi, nomarca de Hieracópolis, cuya tumba se halla en Mo’alla, quien remitió su legitimidad al mismo Horus. Cf. Lichtheim (1988: 25). Sin embargo, durante los primeros reinados del Reino Medio, los nomarcas se volvieron a someter a la autoridad regia y a legitimarse a través de su persona; y si bien eran familias locales las que detentaban el poder, lo hacían en tanto el rey los nombraba como funcionarios del Estado. Cf. Vandersleyen (1995: 44). Por cierto, a mediados de la dinastía XII, comenzó a evidenciarse la desaparición de las grandes tumbas decoradas que caracterizaban los enterramientos de esos individuos, lo cual fue interpretado como una estrategia del poder central para desembarazarse de los poderosos jefes locales [cf. Meyer (1909: 252 y ss.); Hayes (1953: 31 y ss.); Delia (1980: 164 y ss.); Matzker (1986: 11); Andreu (1990: 16-26)]. Sin embargo, recientemente, Franke atribuyó estas variaciones que se evidencian en el ámbito funerario no a una disminución del poder de los jefes locales, sino al cambio en las creencias que se evidenció a partir del Primer Período Intermedio al que nos hemos referido, y que se expresó a través de variaciones en el diseño y tamaño de las tumbas. Cf. Franke (2001: 200).

²² Como lo prueba la lista de nomos de la Capilla Blanca de Sesostri I en Karnak y las estelas de frontera entre nomos que también pertenecen a su reinado. Para el listado de la Capilla Blanca, cf. Lacau y Chevrier (1956: 220-237); para las estelas de frontera, cf. Habachi (1975: 36).

²³ Este distrito, con núcleo en Tebas, concentraba un grupo de nomos del Alto Egipto, abarcando desde Ajmim hasta la frontera en Semna. Probablemente, parte de este distrito, el tramo entre Ajmim y Elefantina, constituyó el área que quedó en manos propiamente egipcias cuando el avance de los hiscos en el Delta y el de los nubios sobre la Baja Nubia desarticuló la centralidad del Estado egipcio durante el Segundo Período Intermedio. Cf. Couyat y Montet (1912: 65, n. 83); Quirke (1990: 3).

²⁴ Cf. Husson y Valbelle (1992: 43). Para W. Grajetzki (2000: 73 y ss.), a partir del reinado de Sesostri III y hasta la dinastía XIII, los *supervisores del tesoro* se convirtieron en los más poderosos funcionarios a expensas de los visires, aunque esta hipótesis fue puesta en duda por D. Franke (2001).

²⁵ Como lo evidencia la carrera de Jnumhotep (III) de Benú Hasan en la corte. Cf. Franke (1991: 65); Aufrère (2002: 212).

administración central en favor del control de las crecidas del Nilo, que se verificaron sobre el área del Fayum y que, con probabilidad, también tuvieron lugar en Semna²⁶.

Finalmente, las prácticas de orden económico evidencian una tendencia a la maximización de los engranajes administrativos del Estado donde, a través de funcionarios locales o de la administración central, se procuraba llevar a cabo tanto la explotación de recursos como su exacción, por medio de expediciones pacíficas o punitivas sobre diversos ámbitos, en particular sobre los desiertos que se extendían a ambas márgenes del Nilo. Además, el Estado favoreció el establecimiento de intercambios, por ejemplo con el Punt, al cual llegaban por el Mar Rojo²⁷, o con Kerma, efectuado a través de las instalaciones egipcias de la Baja Nubia, como veremos a continuación.

El área vinculante meridional

La Baja Nubia se desplegaba en un ámbito que abarcaba desde la primera catarata del Nilo hasta el área conocida como Batn el Hagar, en una franja de 400 km de extensión que se vio afectada por la construcción de la represa de Asuán durante la década del '60, lo que provocó que la mayor parte de sus vestigios estén hoy bajo las aguas del Lago Nasser²⁸. Este ámbito lo hemos caracterizado aquí como *área vinculante*, en tanto durante el Reino Medio el Estado egipcio implementó prácticas disímiles de las que ejerció sobre el centro. Por cierto, tal distinción es una operación teórica para visualizar las diferencias, pero cabe señalar que la Baja Nubia, durante el Reino Medio, llegó a ser parte de Egipto²⁹.

²⁶ Sobre diferentes acciones de Amenemhat III en el área de El Fayum, cf. Butzer (1976: 53 y ss.); Szafranski (2003: 213); Quirke (1990: 155). Para la posible existencia de una barrera de contención a la altura de Semna-Kumma, cf. Vercoutter (1998: 35-42).

²⁷ Fattovich y Bard (2006).

²⁸ Las condiciones climáticas de la Baja Nubia durante el período que estamos considerando, evidenciaban un territorio en condiciones semidesérticas, donde la tierra fértil era escasa y discontinua, y no de desertización completa. Cf. Smith (1995: 33-35).

²⁹ Por cierto, hay quienes entienden que no fue considerada como parte del Estado egipcio, sino como un territorio controlado que permanentemente se rebelaba y era necesario mantener bajo control (para una discusión sobre este problema, cf. Smith 1995: 187 y ss.). Por nuestra parte, consideramos que el epíteto "el que extiende las fronteras" portado por los reyes egipcios; la existencia misma de las estelas de frontera de Sesostris III, y particularmente el carácter legitimador de la realeza que le otorga este rey al mantenimiento de ese límite, permiten la posibilidad de pensar a la Baja Nubia como un área incorporada al ámbito del *orden*, habiendo sido ganada al *caos*, durante el Reino Medio. Sobre esta perspectiva respecto de la posibilidad de extender las fronteras de Egipto, cf. Hornung (1992 [1989]: 73) y Quirke (1989: 261-274).

Precisamente, en ese período la Baja Nubia fue ocupada tanto por los grupos nubios locales como por los egipcios. De hecho, el Grupo C nubio habitaba la costa del río entre la primera y la segunda catarata cuando los egipcios avanzaron sobre la Baja Nubia; mientras que otro grupo nubio, seminómada, conocido como de las *Pan-Graves* por sus tumbas en forma de sartén, circulaba a través del desierto oriental. Por cierto, las intervenciones más recientes retoman la identificación de los *nebesyu* de los textos egipcios con el Grupo C, en tanto nubios asentados en las orillas del Nilo, y la de los *medyayu* con el grupo nubio de las Pan Graves³⁰. Sin embargo, cabe aclarar que las diferencias culturales entre ambos grupos sociales pasan por los patrones de asentamiento y algunos rasgos que aparecen en los enterratorios, pero que evidencian también patrones semejantes, como los visualizados en la cerámica. El Grupo C se encontraba asentado, principalmente, en los alrededores de las fértiles regiones de Faras, Aniba y Dakka³¹, mientras que en el desierto oriental se hallaron enterramientos Pan-Graves que evidencian interacciones con los habitantes de las costas del Nilo a la altura de Nubia y Egipto, provocadas con probabilidad por la necesidad de obtención de ciertos bienes que no elaboraban, o bien por sus actividades como intermediarios en los intercambios³².

³⁰ Cf. Lacovara (1997: 72); Schneider (2003: 92), quien discute además la etimología de los términos. Los nubios del Grupo C y Kerma aparecen asentados a orillas del Nilo, mientras que los Pan Graves ocupaban un área que se extendía entre el valle del Nilo y el Mar Rojo, y entre el área tebana al norte hasta Eritrea al sur aunque no se han podido determinar posibles etapas culturales ni su grado de expansión territorial. En cuanto a esto último, Sadr propuso como hipótesis que la expansión de los Pan Graves se produjo por medio de la subdivisión en tribus de diferente tamaño. Cf. Sadr (1987: 265-291; 1990: 63-86).

³¹ Entre los sitios de ocupación que fueron explorados, cabe destacar Wadi es-Sebua, cf. Adams (1977: 142 y ss.); Trigger (1976). Recientemente, una relectura del material egipcio hallado en las necrópolis del Grupo C contemporáneas de las dinastías XI y XII, mostró que las tumbas más tardías estaban asociadas a una *mayor* cantidad de objetos egipcios que las más tempranas y que la dispersión de tales objetos podría estar vinculada con la aparición de élites en determinados sitios como Husein, Koshtemma, Dakka, Tumas, Aniba Norte y Ashkeit, en tanto esos bienes actuaban como bienes de prestigio para esos grupos sociales; asimismo, el contacto entre los egipcios y los habitantes de la Baja Nubia, si bien fue constante y presenta variaciones en la dispersión de los objetos, fue limitado en este período. Cf. Anderson (1999: 471-475). En territorio egipcio se hallaron tumbas de este grupo social en Mostageda, Qau y en Hieracómpolis.

³² Presentan cuerpos envueltos en pieles, con la cabeza orientada al norte o al oeste, acompañados por ofrendas consistentes en objetos cerámicos. También se hallaron recipientes egipcios para galena, paletas, hachas, dagas y cráneos de animales, en general depositados en pozos alrededor de las tumbas. Cf. Anderson (1999: 71). Algunos de estos rasgos también aparecen en tumbas del Grupo C de las fases IIA, IIB y III (cf. Bietak 1968: 117). Para las actividades de intermediación, cf. O'Connor (1993: 43).

En cuanto al avance egipcio, no existen evidencias contundentes que permitan establecer indicios de ocupación egipcia de la Baja Nubia a fines de la dinastía XI, pero hay varios documentos que hacen mención a acciones punitivas por parte de sus reyes³³, las cuales prueban el interés que el área vinculante meridional despertaba en los reyes que gobernaban el Egipto recientemente reunificado. Ahora bien, la evidencia que poseemos para establecer la relación entre Egipto y la Baja Nubia varía cuantitativa y cualitativamente, en todos los órdenes, desde los inicios de la dinastía XII. Sin embargo, y lamentablemente, esta evidencia material proveniente de las fortalezas, es relativamente escasa, ya que al mal estado de conservación de los vestigios, en algunos casos se suma el hecho de que los métodos de excavación y la evaluación del material recuperado de algunas de las expediciones —en especial las más antiguas— contribuyeron a complicar aun más una situación de por sí compleja, salvo el caso de Askut, al que luego nos referiremos con mayor detalle. Sin embargo, se desprende de esos mismos trabajos de excavación que la distribución del espacio en las fortalezas seguía un plano bastante uniforme, que consistía en sectores para almacenaje, talleres, barracas y viviendas, mientras que las calles y sistemas de desagües estaban perfectamente alineados y espaciados, así como el área destinada a viviendas o talleres.

De hecho, la administración de las fortalezas no difería completamente de otros emprendimientos organizados desde el Estado; sin embargo, presentaban otras características que las diferenciaban de cualquier otro tipo de construcción hallada en el área centro, ya que constituían un conjunto de edificaciones fortificadas e interrelacionadas entre sí, conformando un sistema único en su tipo.

Incluso, podemos dividir las en dos grupos, no sólo en relación con el momento en que fueron erigidas, sino en relación con su tamaño y diseño. Las del primer grupo, construidas con anterioridad a las del segundo —durante los primeros reinados de la dinastía XII— se ubicaban entre la primera catarata y la segunda;

³³ Por ejemplo, una inscripción del guerrero nubio Chehemau hallada en Abisco, señala que participó de una expedición enviada por Nebhepetra Mentuhotep (II) a un sitio que bien podría ser Buhen, lo cual además es evidencia del servicio que prestaban los nubios en actividades militares llevadas a cabo por el Estado egipcio formando parte de sus estructuras. Cf. Vandersleyen (1995: 31); Obsomer (1995: 239, notas 9 y 10); Manzo (1999: 20). En las cercanías de Konoso (Filae) se encontró una inscripción que menciona los «barcos de Wawat», datada en el año 41 de ese mismo rey; cf. Hayes (1964 [1961]: 26). En Egipto se hallaron documentos donde se hace referencia a la Baja Nubia, y el más relevante es una inscripción fragmentaria proveniente de Coptos que menciona a Uauat, diciendo que «[en cuanto a] Uauat y los Oa[sis] yo he sometido a] los enemigos que se encontraban allí y los anexé al Alto Egipto. (líneas 5-6)». Si bien la inscripción no menciona reyes ni fechas, fue datada en la dinastía XI según estudios epigráficos. Cf. Fischer (1964: Insc. 45, 105 y 112-118); Daneri de Rodrigo (1992: 114).

poseían un mayor tamaño y estaban ubicadas en las orillas del río sobre los suaves declives del terreno; en cambio, las del segundo grupo, erigidas en el reinado de Sesostri III y ubicadas en el Batn el Hagar, fueron adaptadas a las escarpadas configuraciones de la superficie, con lo cual presentaban diseños irregulares y diferentes entre sí³⁴. Además de todas estas particularidades, existía un sistema de intercomunicación visual entre las principales fortificaciones: desde Uronarti, era posible observar Kumma y Semna río arriba, y Shalfak río abajo³⁵ (Fig. 1).

Por cierto, la disposición espacial de las fortalezas y su intercomunicación constituyen un indicativo de los fines que el Estado perseguía desde inicios del Reino Medio con la construcción de este sistema: la posibilidad de controlar los alrededores, el paso por el río y las rutas al desierto, *para favorecer y facilitar tanto la obtención directa de bienes como los intercambios con el sur*³⁶.

Sin embargo, el avance sobre la Baja Nubia no quedó restringido a la construcción de fortalezas, sino que fue sumamente variado y complejo, como lo demuestran otro tipo de construcciones que se erigieron junto con ellas, como los muros que se extendían entre Asuán y Konoso y entre Uronarti y Semna³⁷.

³⁴ El listado de las fortalezas egipcias de la Baja Nubia aparece mencionado en un papiro conocido como *Onomasticon*, hallado por J. Quibell en 1895-96 en una tumba del Reino Medio ubicada debajo del Ramesseum. En él, los topónimos siguen un orden sur-norte. El listado de fortalezas, que inicia una nueva columna, es precedido tres veces por las palabras *menenu n*, «fortaleza de» y da los nombres de un total de diecisiete construcciones. Elefantina (*Abu*) ocupa el decimocuarto lugar, con lo cual los tres topónimos mencionados luego estarían ubicados en el Alto Egipto. Cf. Gardiner (1916: 186; 1947: 10-11).

³⁵ Cf. Adams (1977: 183).

³⁶ Cf. Smith *et al.* (1976: 100).

³⁷ Si bien se pensó que el muro ubicado a la altura de Elefantina databa de época romana, en años recientes se argumentó que data del reinado de Sesostri II, como lo demuestran ciertos vestigios cerámicos hallados en el lugar, muy semejantes a otros fragmentos hallados debajo del muro de la fortaleza de Elefantina, también atribuida al reinado de ese rey. Las características distintivas de los ladrillos del muro también fueron consideradas al momento de establecer la datación, así como la inscripción de Hepu—que conmemora la inspección de las fortalezas de Uauat en el año 3 de Sesostri II— puesto que está grabada sobre una roca ubicada sobre el lado oeste de la ruta que, por su posición, no pudo ser inscrita si el murallón no hubiera estado erigido. Estos autores identificaron este murallón —aunque no haya otro material de sustento a esta hipótesis— como parte de la fortaleza de Senmet mencionada en el *Onomasticon*. Cf. Jaritz (1993: 114 y 117). Respecto del muro ubicado en la orilla oeste de Semna, Mills señala que *ese extiende por una distancia de por lo menos 4,5 km, corriendo en modo paralelo al río. Está construido con ladrillos de barro y tiene 2,5 m de ancho. Donde el muro pasa a través de un uadi es más ancho y los cimientos son de fuerte albatilería. En los puntos más altos hay usualmente una torre. El lado este, i.e. el lado del río, presenta vestigios de cal. No hay otras estructuras adyacentes a este muro y solamente un puñado de tesoros fue recogido a lo largo de toda su extensión.* Cf. Mills (1967-68: 206). La traducción es nuestra.

Además, es posible que algunas de las fortalezas poseyeran funciones diferenciales. Así, Askut podría haber actuado como un granero fortificado; Kor, como un palacio temporario e Ikkur, Aniba, Kuban y Areika como campos de detención. Asimismo, la apertura de un canal a la altura de la primera catarata por Sesostris III, denominado «*Bellas son las vías de Jakaura, eternamente*», demuestra la planificación y organización del Estado con el fin de favorecer los objetivos a los que hicimos mención más arriba: asegurar para el Estado egipcio el establecimiento, la regulación y el control de las prácticas de intercambio y explotación del área³⁸. Al respecto, la estela de frontera del año 8 de Sesostris III, hallada en Semna, señala expresamente los objetivos del Estado con la construcción de las fortalezas, en tanto señala que se establece una frontera para prevenir el paso de los nubios (*nebetju*) por agua y por tierra, salvo cuando llegasen para comerciar o en comisión, para lo cual debían dirigirse hasta Iqen (Mirgissa)³⁹.

Además, Sesostris procuró transformar el mantenimiento de esa frontera en un medio legitimador de sus sucesores. En la estela de frontera del año 16, puede leerse:

«(...) Año 16, tercer mes del invierno; el rey estableció su frontera sur en Heh⁴⁰. (...) En cuanto a cada hijo mío que mantenga esta frontera que mi Majestad ha hecho, él es mi hijo, nacido de mi Majestad. El verdadero hijo es el que defiende a su padre, quien guarda la frontera de su engendrador. Pero quien la abandona, quien falla en luchar por ella, no es mi hijo, no ha nacido de mí»⁴¹.

De esta manera, el Estado egipcio instituía un *statu quo* novedoso: un decidido avance sobre la segunda catarata con el efectivo establecimiento de una frontera, acompañado por el ejercicio efectivo del control del intercambio, de la circulación de personas y de la explotación de los recursos naturales de la región.

Por cierto, la mayor parte de estas construcciones se componía de la fortaleza (*menenu*), es decir, del gran recinto fortificado donde se encontraban los edificios

³⁸ Cf. Vandersleyen (1995: 92).

³⁹ Cf. Adams (1977: 185); Smith (1995: 40).

⁴⁰ Se considera que *Heb*, la localidad señalada en la estela, coincide con Semna o con una zona muy cercana a ella, ya que dos de las tres estelas de frontera fueron halladas allí, mientras que la restante lo fue en la próxima Uronarti. Cf. Säve-Söderbergh (1941: 75 y ss.); Smith (1991: 126-128).

⁴¹ Cf. Lichtheim (1973: 119-120). La traducción es nuestra.

administrativos; la sede del representante local; las delegaciones de las instituciones estatales (tesoro, granero, almacenes); el puerto y una ciudad, con habitaciones, almacenes e instalaciones artesanales y en ocasiones, unidades agrícolas⁴².

Ciertamente, el tipo de evidencia que permite de un modo más acabado la reconstrucción de las formas administrativas que adquiere la ocupación del Estado en las fortalezas son los sellos y sus impresiones. Se pueden mencionar dos tipos de sellos: los escarabajos-sello, utilizados para la identificación de despachos y las estatuillas-sello, en cuya base se encuentra la inscripción «*sello de la fortaleza de...*»⁴³. Los sellos servían a tres propósitos: a) para sellar las puertas de los edificios; b) para sellar recipientes y c) para sellar cartas o despachos⁴⁴. Evidentemente, el sistema de sellado respondía a la necesidad de proteger los contenidos que se encontraban dentro de un edificio o de un recipiente; y de identificar al que los enviaba, sea el responsable o el propietario. Para ello, existía un sistema de *sellado doble*, donde un funcionario colocaba el sello con su título junto al de la institución⁴⁵. Otra práctica de control de la que se halló evidencias era el *contrasellado*, vale decir, que existía un modo de verificar si un sello era legítimo, por medio de una impresión del sello en cuestión, que se cotejaba con la impresión que traían los envíos⁴⁶.

A este tipo de evidencia se le deben adicionar los títulos que aparecen en los graffiti, que en gran parte se encuentran en el área de la segunda catarata, que reflejan el avance de la administración egipcia sobre la Baja Nubia: hay referencias a individuos ligados al trabajo en las minas y canteras y a la construcción de edificios y estatuas; a supervisores, administradores y escribas del tesoro, de los almacenes y de los graneros; intérpretes y sacerdotes⁴⁷.

Ahora bien, existen muy pocas evidencias relativas al funcionario a cargo de la fortaleza. Unas doce, halladas en Mirgissa, hacen referencia al «*sello del gobernador*

⁴² Cf. Gratién (1994: 185).

⁴³ Se conocen improntas de sello de este tipo, provenientes de Semna Sur, Mirgissa, Buhen, Serra y Bigeh, cf. Gratién (1994: 186).

⁴⁴ Es relativamente fácil identificar los sellos de las puertas, puesto que en el reverso de la impresión suelen visualizarse las marcas de la cuerda y de la madera de las puertas sobre las que fue colocada la porción de arcilla sobre la que luego se imprimió el sello. Estas impresiones suelen presentar el nombre de la institución (i.e., el granero, el tesoro, el almacén). Cf. Gratién (2004: 75).

⁴⁵ Cf. Gratién (2004: 76).

⁴⁶ Se hallaron contrasellos de Buhen, Uronarti y Askut en Mirgissa, así como de varios funcionarios. Cf. Gratién (2004: 77).

⁴⁷ Cf. Leprohon (1993: 434-435).

(*baty-a*) de Iqen»⁴⁸, pero poco sabemos de otras fortalezas⁴⁹. Sin embargo, se corroboró que estaban bajo la autoridad de la administración central aún durante la dinastía XIII⁵⁰. La evidencia más contundente proviene de Uronarti, donde la cerámica confirma la datación del sistema de sellos en la dinastía XIII, y confirma la supervisión de las actividades de las fortalezas desde Tebas y desde la residencia regia, ya que varias cartas fueron despachadas al «*visir de la 'Cabeza del Sur'*» y de la «*Ciudad Meridional*», así como al rey mismo, como 9 de las 14 impresiones de sello halladas en Uronarti lo demuestran⁵¹.

En cuanto al tesoro, las numerosas impresiones de sello relacionadas con él aparecieron vinculadas con Semna Sur, Uronarti, Askut, Mirgissa, Buhen y Bigeh. Las impresiones hacen mención al «*sello del tesoro X*»⁵² o bien al «*tesoro de la fortaleza X*»⁵³. Las funciones del tesoro local, a su vez vinculado al tesoro central, estaban relacionadas con los intercambios con Kerma, con las expediciones a las canteras y minas, con la recepción y redistribución de los bienes y con la manufactura de las herramientas⁵⁴.

Otra de las instituciones de las que se halló evidencia en casi todas las fortalezas es el «granero», que remite tanto a su vinculación con los graneros reales como al personal local ligado a esa institución. Las improntas provienen del tipo estatuilla-sello, y en una de ellas puede leerse una inscripción rodeada de espirales que dice «*sello del granero de la fortaleza X*»⁵⁵. En cuanto a sus funcionarios, las evidencias

⁴⁸ Este título se generalizará durante la administración egipcia de Nubia en el Reino Nuevo. Cf. Gratién (1994: 188). Por cierto, el alcance del título *baty-a* ha sido objeto de discusión entre los especialistas. Algunos le asignan una serie de atribuciones administrativas de orden civil, que pueden equipararlo a un «alcalde» de ciudad; en tanto otros consideran que también poseía atribuciones de orden militar y religioso. Cf. Czerny (2001: 23-25, *excursus*).

⁴⁹ Se encontraron referencias a un «*gobernador (baty-a) del portal del Alto Egipto, el fuerte de Nubia*». Cf. Dunham y Janssen (1960: 156); Leprohon (1993: 430); Gratién (1994: 188).

⁵⁰ Cf. Gratién (2004: 77).

⁵¹ Cf. Smith (1995: 71).

⁵² X= nombre de la fortaleza. De esta impronta se hallaron 113 copias en Uronarti. Cf. Žabkar y Žabkar (1982: 34) y 115 en Mirgissa. Cf. Dunham (1967: 170).

⁵³ Cf. Reisner (1955: 38 y 53).

⁵⁴ Cf. Gratién (1994: 190).

⁵⁵ Se hallaron unas 160 improntas de sello del granero en Uronarti (cf. Reisner 1955: 37 y 53); en tanto se conoce la existencia de un granero en Buhen por las improntas de sello halladas en otras fortalezas, como Mirgissa –cf. Dunham (1967: 165-166)– y Semna Sur –cf. Žabkar y Žabkar (1982: 19).

proviene únicamente de Buhen⁵⁶. Además, existen evidencias de una institución poco conocida, denominada «de las provisiones», que aparecieron en Semna Sur, Semna y Shalfak. Algunos prefieren interpretarla como una dependencia del granero mientras otros consideran que se trata de una institución independiente⁵⁷.

Otra institución de la que se posee evidencia —proveniente de Semna Sur, Shalfak, Askut y Mirgissa— es el «almacén»⁵⁸. Probablemente, en esas fortalezas se mantuvieran reservas de grano, cerveza, pan, vino, incienso, y materias primas como madera⁵⁹. Las improntas presentan la fórmula «sello del almacén de X» pero no se hallaron vestigios de individuos con títulos relacionados con esta institución.

Finalmente, haremos mención al «campo de detención»⁶⁰. Si bien se lo suele traducir por «prisión», no hay pruebas suficientes para suponer que el Estado enviara allí a reos o cautivos, con lo cual es más apropiado considerarlos como «campos de detención», ocupados por un contingente de soldados profesionales con la finalidad de controlar a la población local —nubia en este caso— empleada como mano de obra en la construcción de las fortalezas o que participaba en las expediciones organizadas por el Estado egipcio a los desiertos. Estas conclusiones derivan del hecho de que no hay evidencias contundentes que prueben una relación negativa entre las comunidades del Grupo C asentadas en la zona y los egipcios que compartían ese ámbito espacial⁶¹. Las evidencias demuestran que sólo dos fortalezas poseían un «campo de detención» (Askut y Mirgissa); sin embargo,

⁵⁶ El título aparece en relación con unas estelas dedicadas al escriba y portador del sello del tesoro Saamon, por sus hermanos. Uno de ellos, de nombre Paanji, lleva el título de «supervisor del granero»; mientras que el otro, de nombre Irgemtef, en una de las estelas aparece como «escriba del tesoro», y en otra como «supervisor del granero», lo que es indicativo, además, de los cargos que ocupó este último personaje en su carrera administrativa a nivel local. Además, una impronta hallada en Mirgissa presenta una fórmula de ofrendas dedicada al Horus de Buhen, y en ella se menciona a un «supervisor del granero», mientras que el «sello del granero» aparece en evidencias relacionadas con Serra y Bigeh. Cf. Gratien (1994: 193-194).

⁵⁷ Żabkar y Żabkar (1982: 17) fueron quienes la identificaron en Semna Sur, Semna y Shalfak; Gratien, por su parte, la considera como parte del granero (1994: 194).

⁵⁸ Cf. Smith (1995: 44).

⁵⁹ Cf. Gratien (1994: 195).

⁶⁰ Cf. Smith (1995: 47).

⁶¹ Por el contrario, no puede descartarse una interacción pacífica entre los nubios y los egipcios en Arikea. Cf. Wegner (1995: 160).

podieron haber desempeñado ese rol construcciones como Ikkur, Kuban, Aniba y Areika⁶².

Por cierto, las fortalezas poseían una estrecha vinculación con la administración central, como lo demuestran los *Despachos de Semna*, hallados en Tebas. El pronombre en tercera persona («é») al que aluden los documentos, es posible que hiciera alusión al destinatario de los mismos, quizás el alto funcionario residente en esa localidad, del que dependían. Las informaciones contenidas eran remitidas tanto a Tebas como a otras fortalezas, como lo muestran las últimas seis líneas escritas en rojo al final del Despacho n° 6, enviado desde Semna. En líneas generales, los Despachos evidencian las disímiles prácticas llevadas a cabo por el Estado egipcio respecto de los nubios de la región: por un lado, prácticas de admisión —aunque no podemos afirmar que de inclusión— como de intercambio y, por el otro, prácticas de expulsión, como las que muestra el Despacho no. 5, que hace expresa mención a unos *medyayu* que se acercaron pidiendo ingresar al servicio del Estado y fueron rechazados en ese momento⁶³.

De la lectura de los textos se evidencia que las acciones llevadas a cabo por las guarniciones de las fortalezas más septentrionales, como Elefantina, Serra y Mirgissa, muestran el establecimiento de contactos con los *medyayu* y actividades de patrullaje en los límites del desierto; mientras que los despachos provenientes de la frontera sur, de Semna, muestran relaciones de intercambio con los *neheryu*, quienes recibieron a cambio de los bienes que entregaron, pan y cerveza. Por cierto, además de estos fragmentarios testimonios, otras evidencias semejantes —aunque en un estado muy deteriorado— fueron halladas en Buhen y Mirgissa⁶⁴.

De este modo, podemos inferir que todas las evidencias consideradas demuestran que los objetivos del Estado egipcio eran, en primer lugar, controlar el intercambio de bienes con la Alta Nubia; en segundo lugar, tener bajo control los vínculos con los nubios que habitaban la región y, finalmente, disponer de bases operativas para las expediciones encargadas de las diferentes prácticas de transferencia de bienes y de prospección en la zona.

Además, algunas evidencias recabadas en Mirgissa, Buhen y Askut, permiten establecer que en un momento dado las fortalezas comenzaron a cambiar el modo en que eran ocupadas: pasaron de poseer una *ocupación rotativa* a una *permanente*. Por cierto, la evidencia proveniente de Askut presenta datos más confiables. De

⁶² Cf. Wegner (1995: 154-156); Anderson (1999: 63-64).

⁶³ Cf. Smither (1945: 3-10).

⁶⁴ Cf. Smith *et al.* (1976: 36).

hecho, ninguna de las demás fortalezas ofrece mejores indicios que esta última para analizar estos aspectos⁶⁵.

Askut fue fundada durante el reinado de Sesostri III, y se erigió sobre una isla entre las fortalezas de Mirgissa y Shalfak, a unos 10 km al norte de la frontera establecida en Semna y sobre un tramo del río donde predominaban los rápidos⁶⁶.

Ahora bien, ¿de qué manera se pudo establecer que la fortaleza fue variando el modo de ocupación y cómo se dató el cambio? Por cierto, la coexistencia de impresiones de sellos y cerámica permitió, analizando los índices que presentaban los recipientes, una datación bastante exacta de los vestigios⁶⁷. De hecho, la fortaleza poseía un sistema de deposición de desperdicios sistemático y bastante estable, que se llevaba a cabo extramuros, en el «área de almacenamiento» ubicada al sudeste de la fortaleza, lo cual permite suponer la existencia de un sistema organizado de deposición de los desechos y una ocupación rotativa del sitio⁶⁸ (cf. Fig. 2). Allí se encontraron los vestigios cerámicos más antiguos, compuestos por

⁶⁵ Entre otros cambios, comienzan a visualizarse enterramientos en la zona, en el cementerio K de Buhen, probablemente a fines de la dinastía XII o inicios de la XIII; y en el cementerio MX-TC de Mirgissa, donde los enterramientos comenzaron a fines de la dinastía XII. Cf. Smith *et al.* (1976); Smith (1995: 126 y ss.). Por cierto, en el caso de Askut, como en el resto de los casos, debemos remitirnos a los informes de las excavaciones llevadas a cabo por Badawy (1963; 1964a; 1964b; 1965 y 1966) durante la década del '60 aunque, lamentablemente, en este caso específico sólo fueron publicados los informes preliminares, pero no el informe final. S.T. Smith tuvo acceso a este informe y debemos basarnos en su presentación hasta tanto el Museo Fowler lo publique de modo completo (Smith 1995).

⁶⁶ Cf. Smith (1995: 32).

⁶⁷ Además del análisis de pastas, que es sumamente útil para establecer el origen de los vestigios, la datación de la cerámica se realiza siguiendo los «índices de recipientes» configurado por Nordström y adaptado por Arnold quien detectó que, en los cuencos hemisféricos, las proporciones entre el diámetro de la boca y la altura cambiaban con el transcurso del tiempo, pasando de cuencos más amplios a más estrechos entre la dinastía XII y la XIII. Los trabajos de Arnold se centraron principalmente en los complejos piramidales del Reino Medio de Lisht y Dahshur. Cf. Arnold (1982: 60 y ss); 1988 (135-136 y 141-142); Szafranski (2002: 362). El índice de los cuencos hemisféricos de la dinastía XII fluctúa entre aproximadamente 200 y 150 (luego del reinado de Sesostri III el índice cae bajo los 170) conformando el denominado Complejo 6 de Dahshur, mientras que los recipientes con índices que fluctúan entre 140 y 116 pertenecerían al Complejo 7, datando los ejemplos más tempranos de fines de la dinastía XII/inicios de la XIII. Arnold también notó que otros tipos cerámicos poseían variaciones en sus proporciones: por ejemplo, las jarras de cerveza de cuello tipo «embudo» presentan cuellos más estrechos a fines de la dinastía XII/inicios de la XIII, luego de lo cual serán reemplazadas por las de cuello «pava». Cf. Arnold (1988: Fig. 76).

⁶⁸ Smith trae a colación el ejemplo de Deir el Medina, donde parece haber tenido lugar un tratamiento semejante de los desperdicios (1995: 54).

fragmentos de jarras de cerveza que fueron datados entre los reinados de Sesostris III y Amenemhat III.

El estudio del área de barracas también se basó sobre la disposición y el tipo de desperdicios, cuya deposición comenzó posteriormente a la del área de almacenamiento extramuros que ya mencionamos. Los vestigios hallados permitieron una datación para el inicio de la deposición de residuos en el área de barracas entre fines de la dinastía XII e inicios de la XIII. Además, se evidenció un cambio en el método del tratamiento de desperdicios: del sistemático a otro asistemático, donde las áreas abandonadas eran llenadas sin seguir ningún tipo de ordenamiento. Este cambio se consideró indicativo de la variación en el modo de ocupación en tanto se estaba produciendo la instalación de colonos⁶⁹.

A estos indicios pueden sumarse más evidencias, como las modificaciones estructurales de las habitaciones –agregado o eliminación de puertas– y la aparición de elementos relacionados con el culto a los ancestros, que también se da en contextos del Reino Medio, más específicamente a fines de la dinastía XII⁷⁰.

Por cierto, dentro de la fortaleza no se hallaron enterramientos, pero en la orilla oeste del río, en el lado opuesto de la fortaleza, se hallaron ocho tumbas sin decoración cavadas en la roca y un cementerio de tumbas simples y rectangulares conteniendo cuerpos dispuestos en posición elongada⁷¹.

Ahora bien, ¿qué sucedió con el control de la fortaleza, una vez producido el cambio en el modo de ocupación? La presencia de jarras de almacenamiento tanto de marga A (del sur del Alto Egipto) como de marga C (del norte del Alto Egipto y del Bajo Egipto) en contextos estratigráficos atribuibles a la dinastía XIII, junto con el sistema de sellos al que ya hemos hecho referencia, son fuertes

⁶⁹ Cf. Smith (1995: 56).

⁷⁰ Los elementos relacionados con el culto a los ancestros en Askut son semejantes a los hallados en Deir el Medina en época ramésida, donde se encontraron fragmentos de las llamadas «ofrendas» (*offering platters* o «*soul houses*»), modestos monumentos funerarios, probablemente derivados de las mesas de ofrendas de piedra, que aparecen también en asentamientos relacionados con estatuaria y estelas, por ejemplo en Kahun y Buhen, por lo cual se ha sugerido algún tipo de reutilización de estos objetos. Además, en la habitación 12 del área de barracas, se halló una capilla que denota largo tiempo de uso, mientras que en la 11, que aparentemente fue abandonada al mismo tiempo, se encontró un fragmento de estela del Reino Medio. Como ambas habitaciones fueron cubiertas con tuestos a inicios de la dinastía XIII, la capilla podría haber sido construida a fines de la dinastía XII, con la llegada de los primeros colonos. Cf. Smith (1995: 65-66 y Fig. 3.10).

⁷¹ Lamentablemente, sólo poseemos un estudio de superficie de estas áreas. Cf. Mills y Nordström (1966: 11).

indicios que señalan que el control del Estado sobre la fortaleza se mantuvo hasta fines del Reino Medio, y que el cambio de dinastía, de la XII a la XIII, no significó ninguna variación en este aspecto⁷². Luego, a fines de la dinastía XIII, ya no se detectan vínculos con el Estado egipcio, en tanto el granero y los almacenes fueron abandonados y se discontinuó el sistema de sellos; mientras que en la antigua «área de almacenamiento» se erigió una construcción denominada la «casa de Meryka», una estructura doméstica semejante a las mansiones de El Amarna, cuya versión final fue datada en el Segundo Período Intermedio⁷³. La antigua fortaleza se mantuvo ocupada también durante ese período, cuando estableció estrechos contactos con los grupos nubios locales, como lo evidencian las importantes cantidades de cerámica kermita (Kerma Clásico), de las Pan-graves y del Grupo C, aunque habría que descartar cualquier clase de ocupación nubia de la fortaleza, ya que la cultura material era absolutamente egipcia⁷⁴. Con la reocupación egipcia en la dinastía XVIII, los colonos instalados en Askut pasaron a actuar bajo la órbita del Estado egipcio nuevamente, luego de haber servido al gobernante de Kush durante el Segundo Período Intermedio⁷⁵. Es muy probable entonces que esos colonos, establecidos a fines de la dinastía XII, se hubieran dedicado a actividades de intercambio durante todo el tiempo que habitaron allí, reforzando el carácter de área vinculante que poseía la Baja Nubia.

En resumen, se evidencian claramente dos etapas en la implementación de prácticas por parte del Estado durante el Reino Medio en la área vinculante meridional (la Baja Nubia). Una primera, en la que el Estado avanzó erigiendo un sistema de fortalezas y otras construcciones tendientes a regular fundamentalmente los intercambios de bienes. Una segunda etapa, que tuvo lugar a fines de la dinastía XII, en que se produjo un cambio en el modo de ocupación, ya que se instalaron *colonos dedicados al intercambio*. Estos colonos, con probabilidad, actuaban en favor del Estado en la maximización de los intercambios con los nubios, en tanto convivieron con el funcionario de la administración central destacado en la fortaleza durante toda la dinastía XIII, luego pasaron a estar bajo las órdenes del

⁷² Cf. Bourriau (1991: 129-144).

⁷³ Cf. Smith (1995: 98).

⁷⁴ Cf. Smith (1995: 103-104).

⁷⁵ Las estelas de Ka y Sepedhor, halladas en Buhen y datadas en el SPI, claramente ilustran este aspecto. Dice Ka: «el noble Ka... dice: 'soy un valiente servidor del jefe de Kush, lavé mis pies en las aguas de Kush entre los acompañantes del jefe Nedyeb, y retorné salvo y feliz a mi familia»; mientras que Sepedhor, «comandante de Buhen», dice: «soy el valiente comandante de Buhen, y nunca hizo ningún comandante lo que hice yo, construí el templo de Horus, señor de Buhen, para satisfacción del jefe de Kush». Cf. Säve-Söderbergh (1949: 50-58).

gobernante de Kush, y más tarde nuevamente respondieron a los egipcios, con lo cual constituyeron un linaje que permaneció en la zona hasta el Reino Nuevo.

Ahora bien, ¿qué sucede en el otro extremo del vínculo, con la periferia meridional, Kerma? A continuación analizaremos las evidencias que permiten caracterizarla como tal en su relación con el área centro.

La periferia meridional

Las investigaciones llevadas a cabo entre 1975 y 2000 en la región de Kadruka⁷⁶, al sur de Kerma, revelaron las diferencias topográficas existentes entre la geografía actual de la zona y la de hace cuatro mil años atrás⁷⁷. Entonces, una fértil planicie aluvial se extendía hacia el sur de la tercera catarata, abarcando una zona de cien kilómetros de extensión. El lecho del río Nilo sufrió un corrimiento hacia el oeste, evidenciado porque en la margen izquierda del río se relevaron unos 106 sitios, en su mayor parte de época cristiana o islámica antigua. En cambio, sobre la margen derecha, hay sitios de todos los períodos, desde el Mesolítico hasta el Islámico⁷⁸.

El sector residencial del sitio de Kerma estaba organizado en torno a una construcción central, denominada *deffufa occidental* (cf. Fig. 3). El excavador del sitio, Ch. Bonnet, considera que la *deffufa* funcionaba como el templo principal del sitio, en el centro de un amplio sector religioso rodeado de un *temenos*, en tanto la ciudad que se erige a su alrededor adquiere una planta radiada, limitada por un muro. Ahora bien, en sus cercanías, se halló una choza de considerables dimensiones, única en su tipo y que aparenta haber sido reconstruida varias veces. Fue datada en el período Kerma Medio, e interpretada como un claro exponente de la centralización del poder en Kerma: rodeada en tres de sus lados por un grueso cerco de adobe y cerrada por una empalizada semicircular, se ha sugerido que la finalidad de la construcción era actuar como sala de audiencias y de recepción para los jefes de Kush, en lo que parecería ser una primera residencia⁷⁹. A un lado del acceso principal, se hallaron los restos de un edificio compuesto por cinco

⁷⁶ Por la Unidad Arqueológica de la Sección Francesa de la Dirección de Antigüedades de Sudán.

⁷⁷ Cf. Bonnet (1991: 113); Reinold (2001: 2-10).

⁷⁸ Cf. Reinold (2001: 5).

⁷⁹ Cf. Bonnet (1986: 6-7). También Bonnet indica que al efectuarse una reconstrucción de la estructura de la choza, realizada en adobe y madera, la misma tomó una forma cónica, lo que la haría comparable con las chozas "regiás" o "estatales" de los siglos XIX y XX de nuestra era e indicaría, probablemente, vínculos culturales con África central (1991: 114).

almacenes rectangulares y un patio de entrada, y es posible que ambos estuvieran vinculados de alguna manera, como así parece estarlo el «palacio»⁸⁰ erigido en época posterior (c. 1600 a.C.) con los diez almacenes que lo rodean⁸¹. De hecho, es probable que la choza tuviera una finalidad ritual y ceremonial, llevada a cabo por el jefe local.

Por cierto Kerma, durante el Kerma Medio, presenta evidencias que remiten a la conformación de una sociedad altamente estratificada, la cual formaba parte de una amplia red de intercambios. En este sentido, la cerámica, los sellos y sus impresiones —no poseemos evidencias textuales— nos pueden brindar valiosa información acerca del carácter de los contactos que Kerma mantuvo con Egipto durante el Reino Medio.

De hecho, al analizar la cerámica de los cementerios de Kerma, se encontraron jarras de almacenamiento originarias tanto del Alto como del Bajo Egipto en contextos contemporáneos de la dinastía XII e inicios de la XIII, que apuntan a la existencia de una amplia red de intercambios entre Egipto y Kerma durante el Reino Medio, regulada por los egipcios a través de las fortalezas establecidas en la Baja Nubia⁸². En este sentido, J. Bourriau concluye, en primer lugar, que las importaciones de cerámica egipcia tanto del Alto como del Bajo Egipto son mayores en el período Kerma Medio que en el Kerma Antiguo; en segundo lugar, que hasta mediados de la dinastía XII existía una mayor proporción de cerámica del Alto Egipto que del Bajo, pauta que se revierte a partir de ese momento, vale decir, que aumenta la proporción de cerámica del Bajo Egipto en relación con la del Alto desde la segunda mitad de la dinastía XII en adelante; y que, finalmente, con el inicio de la dinastía XIII (Kerma Clásico), no decayeron las importaciones de cerámica del Bajo Egipto, cosa que sí sucedió al final de tal período, tal como lo evidencia la aparición con exclusividad de los tipos cerámicos realizados con pastas del Alto Egipto⁸³.

La mayor proporción de cerámica del Bajo Egipto en Kerma a partir de mediados de la dinastía XII es un dato sumamente relevante, ya que no se halló cerámica nubia del período Kerma Medio en Egipto, puesto que las importacio-

⁸⁰ El palacio estaba compuesto por tres partes diferentes: al este, las habitaciones; en el centro, la sala del trono; al oeste, los almacenes. Cf. Sackho (1998: 210).

⁸¹ Cf. Bonnet (1996: 48).

⁸² Cf. Bourriau (1991: 129).

⁸³ Cf. Bourriau (2004: 12); cf. también Lacovara (1987: 60).

nes comenzaron en el Kerma Clásico y continuaron en el Kerma Reciente⁸⁴. Por cierto, he aquí un rasgo originario del área centro que se visualiza en la periferia.

La otra clase de vestigios que vincula a Egipto con Kerma son los sellos y las impresiones de sello. Ya hemos visto anteriormente que el sistema de sellos estaba profusamente diseminado en las fortalezas de la Baja Nubia, y su utilización respondía a un complejo sistema de control del flujo de bienes. En Kerma, Reisner halló 101 sellos y casi 1000 impresiones datadas entre la dinastía XIII y el SPI, en los alrededores de la *deffufa* occidental, a ras del suelo y en los cimientos de los almacenes⁸⁵. Las impresiones podrían haber estado adosadas a vasijas, canastos y cajas de madera. Muchas están escritas en lengua egipcia y los cargos de los funcionarios locales que mencionan son semejantes a los de aquellos establecidos en las fortalezas de la segunda catarata⁸⁶. Reisner además halló otros dos grupos de impresiones de sellos en la necrópolis; uno, consistente en unas 250, junto a la puerta del templo funerario K XI; mientras que el otro apareció delante de la puerta de la cámara funeraria del gran túmulo K X, construcción asociada al templo funerario que acabamos de mencionar⁸⁷.

Todos los vestigios hacen pensar que el sistema de sellos kermita fue tomado del sistema egipcio utilizado en las fortalezas. Algunas explicaciones señalan que fue el estrecho contacto de los nubios con los burócratas egipcios de las fortalezas lo que produjo la transmisión⁸⁸, puesto que se ha podido establecer que el sistema de sellos egipcio estaba en funcionamiento al mismo tiempo que fue adoptado por los nubios de Kerma⁸⁹. Sin embargo, la modalidad que adquiere en Egipto el sistema —sellado doble y contrasellado— posee sus particularidades: a diferencia de otros sistemas del Cercano Oriente Antiguo, en el egipcio no se conservaban los sellos rotos una vez abierto el recipiente, ya que la información se volcaba en papiros que luego eran archivados⁹⁰.

⁸⁴ Cf. Bourriau (1991: 129).

⁸⁵ Cf. Smith (1998: 222).

⁸⁶ Respecto de las impresiones de sello, cf. Adams (1977: 201). En cuanto a los sellos, cf. Reisner (1923a: 70); Markowitz (1997: 83).

⁸⁷ Cf. Reisner (1923a: 37 y ss.; 1923b: 70 y ss).

⁸⁸ Al igual que Markowitz (1997: 85).

⁸⁹ Cf. Smith (1998: 224).

⁹⁰ Cf. Gratien (2004: 76) *contra* Smith (1998: 220). Por ejemplo, en Buhen, se hallaron 300 fragmentos de papiro en una cámara, la habitación 12, que es descrita como un compartimiento a su vez dividido en otros con paredes muy delgadas. Cf. Emery *et al.* (1979: 51). Los papiros se encuentran hoy día en el Museo de Jartum y están escritos en hierático. Se pueden distinguir cuatro tipos de documentos: cartas, despachos (semejantes a los de Semna), listas de personal y cuentas. Los especialistas coinciden en que es probable que daten del lapso temporal que se extiende entre Sesostris III y fines de la dinastía XIII. Cf. Smith *et al.* (1976, Cap. 5).

Recientemente, otro conjunto de sellos e impresiones fue hallado en las cercanías de un área portuaria en Kerma, en el área residencial, datados con anterioridad a los hallados por Reisner. Pertencerían a la fase Kerma Medio, con lo cual es altamente probable que el sistema de sellos haya sido adoptado en Kerma en tiempos contemporáneos a la dinastía XII⁹¹.

Si bien los sellos hallados en contextos funerarios contemporáneos de la dinastía XIII y del SPI pueden haber tenido una connotación religiosa o ser catalogados como bienes de prestigio, en el caso de los hallados en el área residencial, la finalidad puede haber variado considerablemente. Posiblemente, la necesidad del uso del sellado en Kerma pasaría por asegurar la integridad de los objetos almacenados y no —como sucedía en las fortalezas egipcias— para conocer el origen de los mismos o el funcionario a cargo, ya que no se encontraron sellados dobles ni contrasellos⁹². De este modo, podríamos sostener que en la adopción del sistema de sellos incidió en mayor medida *la necesidad de generar o adoptar prácticas comunes que favorecieran, agilizaran y priorizaran el movimiento de bienes; se trataría de la adopción, en otras palabras, de una lógica compartida del intercambio*.

De hecho, lo que la transmisión del rasgo efectivamente demuestra y torna sumamente visible es la *asimetría en el vínculo* establecido entre Egipto y Kerma: es esta última la que *adapta*, sea por la razón que fuere, un sistema de sellos generado en el área centro, vale decir, adquiere una práctica instituida por el área centro sobre su área vinculante y la hace suya, con sus particularidades.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos explicitado las prácticas que el Estado egipcio implementó en procura de asegurar la provisión de bienes de prestigio durante el Reino Medio en relación con Nubia. Por cierto, el Estado egipcio, necesitado de

⁹¹ Cf. Bonnet (2001: 27-31).

⁹² Cf. Gratien (2004: 79). Entre ca. 2500 y 1500 a.C. las comunidades ubicadas en las tierras bajas etíopes y sudanesas ubicadas al norte del río Atbara se sumaron al circuito de intercambios afroarábigo, actuando como intermediarias. La mayor parte de la evidencia proviene de Mahal Teglinos (Kassala) un sitio ubicado en el Delta del Gash, ocupado por el denominado Grupo Gash (c. 2700-1400 a.C.) donde, además, el hallazgo de sellos de arcilla y sus impresiones (semejantes a los de Kerma), y una jerarquización social evidenciada en los enterramientos, hacen pensar en la organización de una sociedad estratificada en las tierras bajas. Cf. Fattovich (1995: 192-198) y Manzo (1999: 59).

esos bienes, inició a partir de la reunificación un lento avance sobre el área de frontera meridional –redefinida aquí como área vinculante, en tanto ámbito a través del cual llegaban al centro bienes de prestigio, y sobre el que el centro actuó de modo diferencial– con el fin de asegurarse la provisión de tales bienes. De esta manera, caracterizamos el avance sobre la Baja Nubia a través de la instalación de fortalezas y otras construcciones, así como del modo que adquirió la administración y control de las fortalezas, en particular a través del sistema de sellado implementado por el Estado en ellas. Luego, procedimos al análisis del área periférica con la que el centro se vinculaba a través de la Baja Nubia, centrada en Kerma, a la altura de la tercera catarata. Allí, si bien el Estado egipcio no ejerció ninguna forma de dominación en las fases contemporáneas al Reino Medio, pudimos comprobar que ciertas prácticas implementadas por el área centro sobre el área vinculante alcanzaron la periferia: además de la aparición de cerámica egipcia en Kerma, el sistema de sellos adoptado evidencia su transmisión durante el Reino Medio egipcio y su utilización como elemento de una lógica compartida del intercambio. Esta particularidad nos permitió asignar a Kerma la categoría de periferia de Egipto en tanto se visualizó una relación asimétrica a favor del área centro.

Bibliografía Citada

- ADAMS, W.Y., 1977, *Nubia. Corridor to Africa*, New Jersey, Princeton University Press.
- ALTENMÜLLER, H. y A. MOUSSA, 1991. Die Inschrift Amenemhet II. aus dem Ptah-Tempel von Memphis. Ein Vorbericht, en: *Studien zur Altägyptischen Kultur* 18, 1-48.
- AGUIRRE ROJAS, C.A., 2003. *Immanuel Wallerstein. Crítica del Sistema-Mundo Capitalista*. México, Era.
- ANDERSON, W., 1999, *The Significance of Middle Nubian C-Group Mortuary Variability, ca. 2200 B.C. to ca. 1500 B.C.*, Vol. I, Montreal, McGill University.
- ANDREU, G., 1990, Recherches sur la classe moyenne au Moyen Empire, en *Akten des Vierten Internationalen Ägyptologie Kongresses, München 1985*, Hamburg, 16-26.
- APPADURAI, A., (ed.), 2003 [1986], *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ARNOLD, DO., 1982, Keramikbearbeitung in Dahschur 1976-1981, en *Mitteilungen des Deutschen Ägyptologisches Instituts Abteilung Kairo* 38, 25-65.
- ARNOLD, DO., 1988, Pottery, en: ARNOLD, D., (ed.), *The Pyramid of Sesostris I*, New York, Metropolitan Museum of Art, Egyptian Archaeological Expedition XXII, Cap. XII, 106-146.

- ARNOLD, F., 1996, Settlement Remains at Lisht-North, en BIETAK, M. (ed.), *House and Palace in Ancient Egypt. International Symposium in Cairo, April 8 to 11, 1992*. Österreichische Akademie der Wissenschaften, Denkschriften der Gesamtakademie, Band XVI, Wien, 13-21.
- AUFRÈRE, S.H., 2002, The Deserts and the Fifteenth and Sixteenth Upper Egyptian Nomes during the Middle Kingdom, en FRIEDMAN, R. (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, London, British Museum, 207-214.
- BADAWY, A., 1963, Excavation Under the Threat of the High Dam: The Ancient Egyptian Island Fortress of Askut in the Sudan, Between the Second and Third Cataracts, en *Illustrated London News*, June 22, 964-966.
- BADAWY, A., 1964a, An Egyptian Fortress in the *Belly of the Rock*: Further Excavations and Discoveries in the Sudanese Island of Askut, en *Illustrated London News*, July 16, 86-88.
- BADAWY, A., 1964b, Preliminary Report on the Excavations by the University of California at Askut, en *Kush* XII, 47-53.
- BADAWY, A., 1965, Askut: A Middle Kingdom Fortress in Nubia, en *Archaeology* 18, 124-131.
- BADAWY, A., 1966, Archaeological Problems relating to the Egyptian Fortress at Askut, en *Journal of the American Research Center in Egypt* V, 23-27.
- BIETAK, M., 1968, *Studien zur Chronologie der Nubischen C-Gruppe*. Österreichische Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse, Denkschriften, 97, Wien.
- BONNET, Ch., 1986, *Kerma. Territoire et Métropole. Quatre leçons au Collège de France*, Cairo, Bibliothèque Générale de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire IX.
- BONNET, Ch., 1991, Upper Nubia from 3000 to 1000 B.C. en DAVIES, W.V. (ed.), *Egypt and Africa. Nubia from Prehistory to Islam*, London, British Museum Press in association with the Egypt Exploration Society, 112-117.
- BONNET, Ch., 1996, Habitat et palais dans l'ancienne Nubie, en BIETAK, M. (ed.), *House and Palace in Ancient Egypt. International Symposium in Cairo, April 8 to 11, 1992*. Österreichische Akademie der Wissenschaften, Denkschriften der Gesamtakademie, Band XVI, Wien, 46-52.
- BONNET, Ch., 2001, Les empreintes de sceaux et les sceaux de Kerma: localisation des découvertes, en *Cahier de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille* 22, 27-31.
- BOURRIAU, J., 1991, Relations between Egypt and Kerma during the Middle and New Kingdoms, en DAVIES, W.V. (ed.), *Egypt and Africa. Nubia from Prehistory to Islam*, London, British Museum Press in association with the Egypt Exploration Society, 129-144.
- BOURRIAU, J., 2004, Egyptian Pottery Found in Kerma Ancien, Kerma Moyen and Kerma Classique Graves at Kerma, en KENDALL, T. (ed.), *Nubian Studies 1998. Proceedings of the Ninth Conference of the International Society of Nubian Studies, August 21-26, 1998*,

- Boston, Massachusetts, Boston, Department of African-American Studies, Northeastern University, 3-13.
- BUTZER, K., 1976, *Early Hydraulic Civilization in Egypt. A study in Cultural Ecology*, Chicago, University of Chicago Press.
- CAMPAGNO, M., 1998, *Surgimiento del Estado en Egipto: cambios y continuidades en lo ideológico*, Colección Estudios, Nueva Serie 6, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- CAMPAGNO, M., 2002, *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el Antiguo Egipto*. Aula Egyptiaca Studia 3, Barcelona, Aula Egyptiaca.
- CERVELLÓ ACTUORI, J., 1996, *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*. Aula Orientalis Supplementa 13, Sabadell, AUSA.
- CHASE DUNN, C. y HALL, T., 1991, Conceptualizing Core/Periphery Hierarchies for Comparative Study, en CHASE-DUNN, C. y HALL, T. (eds.), *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*, Boulder, Co, Westview Press, 5-44. En Internet: [<http://www.irows.ucr.edu/cd/books/c-p/chap1.htm>].
- CHASE DUNN, C.; PASCIUTI, D.; ÁLVAREZ, A.; HALL, T., 2003, *The Ancient Mesopotamian and Egyptian World Systems*, Institute for Research of World-Systems, University of California at Riverside. En Internet: [<http://www.irows.ucr.edu/papers/irows14/irows14.htm>]. (= Chase Dunn *et al.*)
- CHASE DUNN, C. y MANNING, S., 2002, *City systems and World-Systems: Four Millennia of City Growth and Decline*, en *IROWS Working Paper # 7*. En Internet: [<http://irows.ucr.edu/research/citemp/ccr02/ccr02.htm>].
- CLASTRES, P., 1981, *Investigaciones en Antropología Política*, Barcelona, Gedisa.
- COUYAT, J. y MONTET, P., 1912, *Les inscriptions hiéroglyphiques et hiératiques du Ouâdi Hammâmât*. Mémoires de l'Institut Français d'Archéologie Orientale 34, Cairo.
- CZERNY, E., 2001, Ein früher Beleg für Hwt-wart auf einem Siegelabdruck aus Tell el-Dab'a, en *Ägypten und Levante* XI, 13-26.
- DANERI DE RODRIGO, A., 1992, *Las Dinastías VII-VIII y el Período Heracleopolitano en Egipto*, en Anexos de la Revista de Estudios de Egiptología, Colección Estudios, n° 3, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- DELIA, R., 1980, *A Study of the Reign of Sesotris III*, Columbia University, PhD Thesis.
- DODSON, A., 1997/98, The So-Called « Tomb of Osiris » at Abydos, en : *KMT* 8/4, 37-47.
- DUNHAM, D. y JANSSEN, J.M.A., 1960, *Second Cataract Forts I. Semna-Kumma*, Boston, Museum of Fine Arts.
- DUNHAM, D., 1967, *Second Cataract Forts II. Uronarti, Shalfak, Mîrgissa*, Boston, Museum of Fine Arts.
- EMERY, W. y KIRWAN, L.P., 1935, *The Excavations and Survey Between Wadi es-Sebia and Alindan*, Cairo, Government Press.
- EMERY, W., SMITH, H. y MILLARD, A., 1979, *The Fortress of Buhen 1: The Archaeological Report, 49th Excavation Memoir*, London, Egypt Exploration Society. (= Emery *et al.*)

- FATTOWICH, R., 1995, "The Gash Group. A Complex Society in the Lowlands to the East of the Nile", en *Cahier de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille* 17, no. 1, 191-200.
- FATTOWICH, R. y BARD, K., 2006. Joint Archaeological Expedition at Mersa/Wadi Gawasis (Red Sea, Egypt) of the University of Naples «Orientale» (Naples, Italy), Istituto Italiano per l'Africa e l'Oriente (Rome, Italy), and Boston University (Boston, U.S.A) -2005-2006 Field Season, 1-14.
En Internet: [<http://www.archaeogate.org/egittologia/article/441/1/joint-archaeological-expedition-at-mersawadi-gawasis-re.html>].
- FAULKNER, R., 1973-1978, *The Ancient Egyptian Coffin Texts*, 3 vols, Warminster, Aris & Phillips.
- FISCHER, H.G., 1964, *Inscriptions from the Captive Nomes. Dynasties VI-IX*, *Analecta Orientalia* 40, Roma, Pontificio Istituto Biblico.
- FRANKE, D., 1991, The Career of Khnumhotep III. of Beni Hasan and the so-called Decline of the Nomarchs, en QUIRKE, S. (ed.), *Middle Kingdom Studies*, Kent, Kent, SIA Publishing, 51-67.
- FRANKE, D., 2001, W. Grajetzki, Die höchsten Beamten der ägyptischen Zentralverwaltung zur Zeit des Mittleren Reiches. Prosopographie, Titel und Titelseiten, Book Review, en *Journal of Egyptian Archaeology* 87, 197-200.
- FERGUSON, J., 2006. Estado, trabajo y trabajadores en el Antiguo Egipto: el Reino Medio, en CAMPAGNO, M. (ed.), *Estudios sobre Faraones y Estado en el Antiguo Egipto*, Buenos Aires, IHAO, del Signo, 147-166.
- GALÁN, J.M., 2002, *El Imperio Egipcio. Inscripciones, ca. 1550-1300 a.C.*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- GARDINER, A., 1916, An Ancient List of the Fortresses of Nubia, en *Journal of Egyptian Archaeology* 3, 184-192.
- GARDINER, A., 1947, *Ancient Egyptian Onomastica*, Text, Vol. I, Oxford, Oxford University Press.
- GARDINER, A.H., PEET, T.E. y ČERNÝ, J., 1955, *The Inscriptions of Sinai*, II. Translation and Commentary. Edited by Jaroslav Černý, London, Egypt Exploration Society.
- GESTOSO, G.N.; BARGÜES CRIADO, M.C. y FELDMAN, M., 1996. *La Estela de Gebel Barkal de Tutmosis III*, Anexos de la Revista de Estudios de Egiptología, Colección Fuentes para la Historia de Egipto, 1, Buenos Aires, Conicet. (= Gestoso et al)
- GRAJETZKI, W., 2000, *Die höchsten Beamten der ägyptischen Zentralverwaltung zur Zeit des Mittleren Reiches. Prosopographie, Titel und Titelseiten*. ACHET-Schriften zur Ägyptologie A2, Berlin, ACHET Verlag.
- GRATIEN, B., 1994, Départements et Institutions dans les forteresses nubiennes au Moyen Empire, en *Hommages à Jean Leclant*, Vol. 2, Nubie, Sudan, Ethiopie, Bibliothèque d'Étude 106/2, Institut Français de Archéologie Orientale, 185-197.

- GRATIEN, B., 2004, From Egypt to Kush: Administrative Practices and Movements of Goods During the Middle Kingdom and the Second Intermediate Period, en KENDALL, T. (ed.), *Nubian Studies 1998. Proceedings of the Ninth Conference of the International Society of Nubian Studies, August 21-26, 1998. Boston, Massachusetts*, Boston, Department of African-American Studies, Northeastern University, 74-82.
- HABACHI, L., 1975, Building Activities of Sesostris I in the Area to the South of Thebes, en *Mittlungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 31, 27-37.
- HALL, H.R., 1923, The Middle Kingdom and the Hyksos Period, en Bury, J.B., S. Cook y F. ADCOCK (eds.), *The Cambridge Ancient History*, Vol. I, New York, Macmillan, 299-325.
- HARRELL, J.A., 2002, Pharaonic Stone Quarries in the Egyptian Deserts, en FRIEDMAN, R. (ed.), *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, London, British Museum, 232-243.
- HAYES, W.C., 1953, Notes on the Government of Egypt in the Late Middle Kingdom, en *Journal of Near Eastern Studies* 12, no. 1, 31-39.
- HAYES, W.C., 1955, *A papyrus of the Late Middle Kingdom in the Brooklyn Museum (Papyrus Brooklyn 35.1446)*, Brooklyn, Brooklyn Museum.
- HAYES, W.C., 1964 [1961], The Middle Kingdom in Egypt. Internal History from the Rise of the Heracleopolitans to the Death of Ammenemes III, en *The Cambridge Ancient History*, Vol. I, Cambridge, Cambridge University Press, Cap. XX.
- HORNUNG, E., 1992 [1989], *Idea into Image*, New York, Timken Publishers.
- HUSSON, G. y D. VALBELLE, 1992, *L'État et les Institutions en Égypte des Premiers Pharaons aux Empereurs Romains*, Paris, Éditions Picard Musumeci.
- JARITZ, H., 1993, The Investigation of the Ancient Wall extending from Aswan to Philae. Second Preliminary Report. With a Contribution on the Pottery from the Watch-Tower at Tell Asmar by Mieczyslaw Rodziewicz, en *Mittlungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 49, 107-132.
- KOHL, P., 1987, The Ancient Economy, Transferable Technologies and the Bronze Age World-System: a view from the Northeastern Frontier of the Ancient Near East, en M. ROWLANDS, M. LARSEN y K. KRISTIANSEN, *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 13-24.
- LACAU, P. y H. CHEVRIER, 1956, *Une Chapelle de Sésostris Ier. à Karnak*, Cairo, Institut Français d'Archeologie Orientale.
- LACOVARA, P., 1987, The Internal Chronology of Kerma, en *Beiträge zur Sudanforschung* 2, 51-63.
- LACOVARA, P., 1997, Egypt and Nubia during the Second Intermediate Period, en OREN, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 69-83.
- LEPROHON, R., 1993, Administrative Titles in Nubia in the Middle Kingdom, en *Journal of the American Oriental Society* 113, no. 3, 423-436.

- LICHTHEIM, M., 1973, *Ancient Egyptian Literature: a Book of Readings*, Berkeley, University of California Press.
- LICHTHEIM, M., 1988, *Ancient Egyptian Autobiographies Chiefly of the Middle Kingdom*, *Orbis Biblicus et Orientalis* 84, Göttingen.
- MANZO, A., 1999, *Échanges et Contacts le long du Nil et de la Mer Rouge dans l'époque protohistorique (IIIe. et IIe. Millénaires avant J.C.)*, Cambridge, BAR International Series 782, Cambridge Monographs in African Archaeology 48.
- MARKOWITZ, Y., 1997, Appendix: the Seals from Kerma, en OREN, E. (ed.), *The Hyksos. New Historical and Archaeological Perspectives*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum, 83-86.
- MARTIN, G., 2000, Memphis: the status of a residence city in the Eighteenth Dynasty, en BARTA, M. y J. KREJCI (eds.), *Abusir & Saqqarah in the Year 2000*, Praha, Archiv Orientální, 99-120.
- MATZKER, I., 1986, *Die letzten Könige der 12. Dynastie*, *Europäische Hochschulschriften, Reihe III, Band 279*, Frankfurt/Main-Bern-New York.
- MAUSS, M., 1954 [1925], *The Gift. Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, London, Cohen & West.
- MEYER, E., 1909, *Geschichte des Altertums*, 5 vols, Stuttgart, J. C. Cotta'sche Buchhandlung.
- MILLS, A.J., 1967-68, The Archaeological Survey from Gemai to Dal. Preliminary Report on the Season 1965-66, en *Kush* XV, 200-210.
- MILLS, A.J. y NORDSTROM, H., 1966, The Archaeological Survey from Gemai to Dal. Preliminary Report on the Season 1964-65, en *Kush* XIV, 1-15.
- O'CONNOR, D., 1993, *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Philadelphia, University of Pennsylvania.
- OBOMER, C., 1995, *Sésostris Ier: Étude chronologique et historique du règne*. *Connaissance de l'Égypte ancienne* 5, Bruxelles.
- QUIRKE, S., 1989, Frontier or Border? The Northeastern Delta in Middle Kingdom Texts, en NIBBI, A. (ed.), *Proceedings of the Colloquium The Archaeology, Geography and History of the Egyptian Delta in Pharaonic Times*, Wadham College, 29-31 August, 1988, Oxford, Discussions in Egyptology Publications, 261-274.
- QUIRKE, S., 1990, *The Administration of Egypt in the Late Middle Kingdom: the hieratic Documents*, Kent, SLA Publishing.
- REDFORD, D., 1992, *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press.
- REINOLD, J., 2001, Kadruka and the Neolithic in the Northern Dongola Reach, en *Sudan & Nubia. The Sudan Archaeological Research Society Bulletin* no. 5, 2-10.
- REISNER, G.A., 1923a, *Excavations at Kerma I-III*, Harvard African Series, Vol. 5, Cambridge Ma., Harvard University Press.

- REISNER, G.A., 1923b, *Excavations at Kerma IV-V*, Harvard African Series, Vol. 6, Cambridge Ma., Harvard University Press.
- REISNER, G.A., 1955, Clay Sealings of Dynasty XIII from Uronarti Fort, en *Kush* III, 26-69.
- ROWLANDS, M., 1987. Centre and periphery: a review of a concept, en ROWLANDS, M.; LARSEN, M.T. y KRISTIANSEN, K., *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1-11.
- SACKHO, A., 1998, Le pouvoir politique des pays nubiens. Analyse du terme *hqʿ* et ses applications archéologiques, en *Cahier de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille* 17, no. 3, 203-218.
- SADR, K., 1987, The Territorial Expanse of the Pan-Grave Culture, en *Archéologie du Nil Moyen* 2, 265-291.
- SADR, K., 1990, The Medjay in Southern Atbai, en *Archéologie du Nil Moyen* 4, 63-86.
- SAVE-SÖDERBERGH, T., 1941, *Ägypten und Nubien. Ein Beitrag zur Geschichte ägyptischer Aussenpolitik*, Lund, H. Ohlssons Boktrckeri.
- SAVE-SÖDERBERGH, T., 1949, A Buhen Stela (Khartum no. 18), en *Journal of Egyptian Archaeology* 35, 50-58.
- SCHNEIDER, J., 1991 [1977], Was There a Precapitalist World-System?, en CHASE-DUNN, C. y HALL, T. (eds.), *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*, Boulder, Westview Press, 45-66. En Internet: <http://www/irows.ucr.edu/cd/books/c-p/cprel.htm>
- SCHNEIDER, T., 2003, *Ausländer in Ägypten, während des Mittleren Reiches und der Hyksoszeit*, Teil 2, Die ausländische Bevölkerung, *Ägypten und Altes Testament* Band 42, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag.
- SHAW, I; BLOXAM, E.; BUNBURY, J.; LEE, R.; GRAHAM, A. y DARNELL, D., 2001, Survey and excavation at the Gebel el-Asr gneiss and quartz quarries in Lower Nubia (1997-2000), en *Antiquity* 75, no. 287, 33-34. (= Shaw *et al.*)
- SHERRATT, A. y SHERRATT, S., 1991, From Luxuries to Commodities. The Nature of Mediterranean Bronze Age Trading Systems, en GALE, N.H. (ed.), *Bronze Age Trade in the Mediterranean. Papers presented at the Conference Held at Rewley House, Oxford, in December 1989*, Studies in Mediterranean Archaeology 90, Jonsered, Paul Åström Förlag, 351-386.
- SIMMEL, G., 1978 [1907], *The Philosophy of Money*, London, Routledge.
- SMITH, H.; EMERY, W.B.; KEMP, B.J.; MARTIN, G.T. y O'CONNOR, D.B., 1976, *The Fortress of Buhen 2: The Inscriptions*, 48th Excavation Memoir, London, Egypt Exploration Society. (= Smith *et al.*)
- SMITH, S.T., 1991, Askut and the Purpose of the Second Cataract Forts, en *Journal of American Research Center in Egypt* XXVIII, 107-132.
- SMITH, S.T., 1995, *Askut in Nubia*, London & New York, Kegan Paul International.
- SMITH, S.T., 1998, The transmission of an Administrative Sealing System from Lower Nubia to Kerma, en *Cahier de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille* 19, 219-230.

- SMITHIER, P., 1945, The Semnah Dispatches, en *Journal of Egyptian Archaeology* 31, 3-10.
- SZAFRANSKI, Z.E., 2002, An Argument on the Synchronization of Middle Bronze Age IIA and The Late Middle Kingdom in Egypt, en AHITUV, S. y OREN, E. (eds.), *Aaron Kempinski Memorial Volume: Studies in Archaeology and Related Disciplines*, (BEER SHEVA, Vol. XV, Studies by the Department of Bible and Ancient Near East). Beer Sheva, Ben-Gurion University of the Negev Press, 360-366.
- SZAFRANSKI, Z.E., 2003, The Impact of Very High Floods on Platform Constructions in the Nile Basin of the Mid-Second Millennium B.C., en BIETAK, M. (ed.), *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C.*, Proceedings of the SCIEEM 2000 – EuroConference, Haindorf, 2nd of May- 7th of May 2001, Wien, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 205-218.
- TRIGGER, B.G., 1976, *Nubia under the Pharaohs*, London, Thames and Hudson.
- VANDERSLEYEN, C., 1995, *L'Égypte et la Vallée du Nil*, Tome II: *De la fin de l'Ancien Empire à la fin du Nouvel Empire*, Paris, Nouvelle Cléo.
- VERCOUTTIER, J., 1998, Koummeh-Semneh. L'occasion perdue, en *Cahier de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille* 19, 35-42.
- WALLERSTEIN, I., 1995, The Modern World System and Evolution, en *Journal of World-Systems Research* 1/19, 1-15.
- WALLERSTEIN, I., 2003 [1974], *El Moderno Sistema Mundial*, 3 vols., México, Siglo Veintiuno Editores.
- WEGNER, J., 1995a, Regional Control in Middle Kingdom Lower Nubia: the Function and History of the Site of Areika, en *Journal of the American Research Center in Egypt* XXXII, 127-160.
- WEGNER, J., 1996, The nature and Chronology of the Senwosret III-Amenemhat III Regnal Succession: some considerations based on new evidence from the mortuary temple of Sesostris III at Abydos, en *Journal of Near Eastern Studies* 55, no. 4, 249-279.
- WEGNER, J., 2000, The Organization of the Temple *Nfr-K3* of Senwosret III at Abydos, en *Ägypten und Levante* X, 83-125.
- WEGNER, J., 2001, The Town of *Wab-sut* at South Abydos: 1999 Excavations, en *Mitteilungen des Deutschen Ägyptologischen Instituts Abteilung Kairo* 57, 281-308.
- ŽABKAR, L. y ŽABKAR, J., 1982, Semna South. A Preliminary Report on the 1966-1968 Excavations of the University of Chicago Oriental Institute Expedition to Sudanese Nubia, en *Journal of the American Research Centre in Egypt* XIX, pp.7-50.

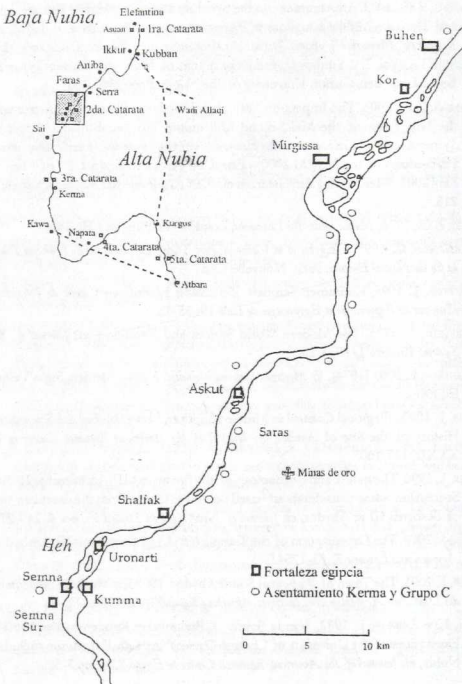


Fig. 1

Mapa de la Baja Nubia.

Ubicación de las fortalezas y de los sitios del Grupo C.

Tomado de Smith (1995, 23, Fig. 1.6)

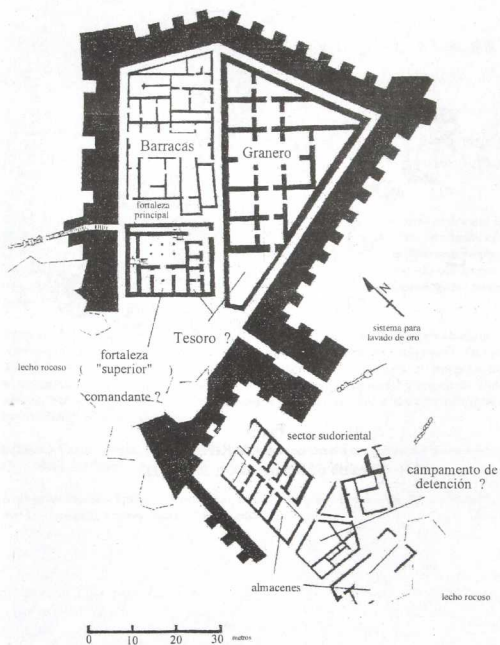


Fig. 2
 Fortaleza de Askut. Reino Medio. Instituciones.
 Tomado de Smith (1995, 45, Fig. 2.8)

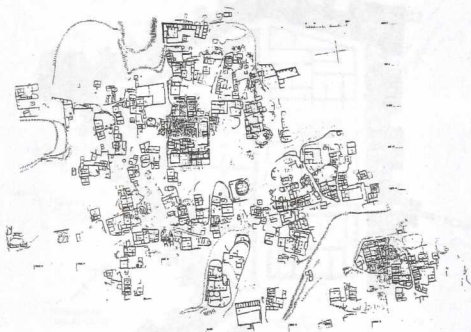


Fig. 3

Plano del sitio de Kerma.

Tomado de Bonnet (2001, 29, Fig. 1)

The Historical and Archaeological Levantine Background of Sinuhe Examined Anew

IANIR MILEVSKI

Israel Antiquities Authority

RESUMEN: El cuento de Sinuhé ha sido considerado como una de las mejores creaciones de la literatura egipcia. Historiadores y arqueólogos han investigado esta obra literaria en relación con su trasfondo levantino. El presente artículo plantea una revisión de las diferentes opiniones respecto al período arqueológico levantino al que pertenece, el tipo de sociedad y el modelo económico que representa y las relaciones entre Egipto y Palestina de acuerdo con las fuentes arqueológicas e históricas conocidas.

ABSTRACT: The *Story of Sinuhe*, considered one of the best creations of the Egyptian literature, has been researched by historians and archaeologists regarding its Levantine background. This paper discusses different opinions concerning the background of the story, such as to which Levantine archaeological period it belongs, the kind of society and economic model it represents, and the relations between Egypt and Palestine, reviewing these interpretations in the light of the known archaeological and historical sources.

PALABRAS CLAVE: Sinuhé – Levante – Edad del Bronce Intermedio (Edad del Bronce Antiguo IV) – Edad del Bronce Medio II – Amorreos – Modo de Producción Asiático

KEYWORDS: Sinuhe – Levant – Intermediate Bronze Age (Early Bronze Age IV) – Middle Bronze Age II – Amorites – Asiatic Mode of Production

Introduction

The period of the Middle Kingdom has been considered the classical age of Egyptian literature. It produced a number of works in a variety of forms including the *Story of Sinuhe*,¹ considered to be the “crown jewel” of this literature (Lichtheim 1973: 9-11).

Besides its literary value, there are additional, important aspects of the text that relate to the history and archaeology of the southern Levant. The aim of this paper is to present those aspects which can help us to understand the historical and archaeological background of the story, to analyze them in the light of current scholarly opinions, and, where possible, to offer socio-historic interpretations.

In the story, Sinuhe is an official in the court of King Amenemhet I who died in his 30th year of his reign. In fear of the consequences, Sinuhe flees Egypt, traveling eastward to the desert where he is helped by *styw* (nomads) (B 5-25). Sinuhe continues his wanderings from place to place sojourning for a time at the port of Byblos. Eventually he finds shelter in Qedem, a town located somewhere in southern Syria or northern Palestine, where he becomes an honored guest at the court of Ammunenshi, a local ruler (B 29-34).²

Ammunenshi marries Sinuhe to his eldest daughter and settles him in a territory belonging to a tribe known as Yaa. There Sinuhe remains, eventually becoming prosperous and renowned. With his advancement Sinuhe becomes a local power and is charged with the military defense of Ammunenshi's country against *styw* conspiring to attack the *hqꜣw ḥꜣswt* rulers (B 95-106). Sinuhe's efforts are successful, arousing the envy of the natives, one of whom, a *nht* (“mighty man”³) of the Retjenu, eventually challenges Sinuhe to battle, only to be defeated by him (B 109-149). Sinuhe is also noted for having had male descendants who became local rulers, each master of his own *whyt* (tribe) (B 79-94).

¹ The Sinuhe story is known from numerous and fragmentary copies. The two principal manuscripts are: 1) P. Berlin 3022 (abbreviated B), which dates from the 12th Dynasty. In its existing condition, it lacks the beginning of the story and contains a total of 311 lines. 2) P. Berlin 10499 (abbreviated R), which contains 203 lines and includes the beginning; this manuscript dates to the end of the Middle Kingdom (cf. Lichtheim 1973: 222-223). In this paper we will generally follow Lichtheim's translation of the text.

² We are aware that the identification of the location of Qedem is still an unsolved problem which is beyond the scope of this work. On this subject see, for instance, Goedicke (1992).

³ “Strong man, champion” according to Faulkner (1976: 138).

Eventually, feeling homesick for Egypt, Sinuhe sends letters to Sesostris I inquiring about his possible return home. The king himself replies, sending gifts and his permission. Sinuhe makes preparations for the journey and finally returns home (B 160-255) where the king receives him as a companion among his courtiers, giving him a house and garden (B 280-299). Finally, a tomb with all the equipment necessary for a nobleman is built for him by master sculptors and craftsmen. Sinuhe is said to remain in the favor of the king until his death (B 300-311).

The tale also contains a lively description of Sinuhe's Asiatic territory which appears to have been settled with permanent dwellings associated with rich, cultivated crops of barley, olives and herbs. Production of wine, honey and the presence of large flocks also indicate the wealth of this district.

Chronology

Whether fictional or otherwise, the *Story of Sinuhe* remains a remarkable piece of literature that illuminates the historical background of a portion of the Levant during the 12th dynasty. Even though the character of Sinuhe may be fictional, it is likely that the author drew his inspiration from real conditions that were known to him.⁴

The text has some characteristics of an expanded stela inscription, or biographical statement, but no tomb or inscription related to Sinuhe has ever been found (cf. Posener 1956: 87; Redford 1992: 85 n. 81; Kitchen 1994: 161-164). In any case, whatever the degree of veracity of this tale, the Sinuhe story clearly extols the Egyptian monarchy, while also reflecting the way Egyptians regarded their Asiatic neighbors.

Posener (1956: 101) has suggested that the chronological limits of the text could be established by the date of the manuscripts and by the contents of the tale. The ancient copies of B and the fragments of el-Harageh (Gardiner 1916: 177-178) and Buenos Aires (Rosenvasser 1934, 1972) belong, paleographically, to the end of the 12th or beginning of the 13th Dynasty. The last years of the reign of Sesostris I provide a *terminus post quem* to the story (Posener 1956: 102).

There are several studies dealing with problems of Egyptian chronology that offer divergent opinions on several issues such as lengths of reigns, co-regencies

⁴ On the structure, themes, and character of the protagonist of the story see Baines (1982).

and astronomical evidence. Ward (1992: 63) has concluded, "the assessment of recent literature on Egyptian chronology ... shows that much of the evidence bearing on the problem is inconclusive and subject to interpretation".⁵

The beginning of the 12th Dynasty is one of the events which must be considered as crucial to the present debate. While Barta (1978: 8) places it at 1994 BC, Krauss (1985: 207) and Franke (1988) prefer a date of 1938 BC. Kitchen (1989), adopting a middle position in a previous paper (Kitchen 1987), has since changed his opinion to embrace a "high" chronology of 1963 BC for the beginning of the 12th Dynasty. Weinstein (1992) also follows this high chronology.

Since there is a wide range between "high" and "low" chronologies, and considering that an accurate comparative chronology for the Middle Kingdom in Egypt and the Intermediate Bronze Age (hereafter IBA), or Early Bronze Age IV⁶ and the Middle Bronze (hereafter MB) IIA in the Levant, cannot be established with the evidence presently available, a middle position is adopted in this paper. The different opinions are given in Table 1.⁷

Nomadic Communities?

Posener (1965: 553-555) and Redford (1992: 84-86) interpreted the testimony of the Sinuhe story as describing a backward, nomadic community.⁸ Posener

⁵ Nevertheless, based on the Sothic sighting (observation Memphis/Heliopolis) of the Illahun archives, Ward (1992: 63 n.6) has suggested that the "high" chronology for the 12th Dynasty (1979-1801 BC) remains the most acceptable.

⁶ The question of the designation of the IBA (Albright's MB I) has led to much discussion in the literature. We decided to use here the term IBA because it avoids probable confusion. For a discussion of the IBA as an independent period see Kochavi (1982), Gerstenblith (1983: 2-3), Gophna (1992).

⁷ C¹⁴ dates for the end of the IBA and the beginning of the MB II in Palestine are not sufficiently conclusive at the present stage of the research, rounding about 2000 BC. The beginning of the IBA occurred near 2300 (according to Dever 2003) or 2250 BC (according to Stager 2002) and ends near 1950-25 (according to Stager 2002) or 1920 BC (according to Marcus 2003). Recent dates from a IBA site in the Modi'in area excavated by the author (Milevski forthcoming) gave a calibrated date between the 2300-2100 BC interval. For radiocarbon dating of the end of the IBA and the MB IIA from Jericho see Weinstein (1984: 346). For radiocarbon dating from the southern Negev during the IBA see Avner, Carmi and Segal (1994: 282-285).

⁸ The same idea has been repeated by Klengel (1992: Chap II.1.a) and Mazar (1993: 186).

(1965: 554) notes the absence of the word *dmi*, “town” (Faulkner 1976: 313), the appearance of *whyf*, “tribe” or “kindred” (Faulkner 1976: 66), and the allusions to tent, *im(3)w* (Faulkner 1976: 20) in the text when it relates the battle between Sinuhe and his challenger from the Retjenu. Redford (1992: 84) describes Sinuhe living “the life of a Bedouin sheikh”.

The fact that the word *dmi*, town or city, does not appear in the text cannot be used as an *argumentum ex silentio* because in the text even Byblos, *Kpn* (B 29) is not mentioned as a city (cf. Gardiner 1916: 166-167).

In addition, the story relates that the region located beyond the land of the nomads, was made up of *h3swt*, i.e. “countries”, and those rulers are defined as *hq3w*. This is an expression which later becomes well known in the designation of the Hyksos, *hq3w h3swt*, the “rulers of foreign lands” or “rulers of Hill-Countries”, who occupied Lower Egypt during the Second Intermediate Period.

The *Execration Texts*⁹ also describe the princes of the various Canaanite city-states by the term *hq3w* (see Rainey 1972: 381-388). This nomenclature was in use until the New Kingdom, when *hq3w h3swt* was replaced by *wrw* (*nw Rtnw*), “the great ones (of Retjenu)” (Rainey 1972: 374 n. 29).

These *hq3w h3swt* (rulers) are opposed to the *styw* (nomads). The contest between both groups is described in the text (B 97-99): “When *styw* conspired to attack the *hq3w h3swt*, I opposed their movements”.¹⁰ The *styw* are characterized as unruly elements on the periphery of society; adversaries of the *hq3w h3swt* who ruled over more or less orderly communities.

The concept underlying this thinking is that only in Egypt and sedentary states do true culture and true civilization exist (Rainey 1972: 381, 2006: 277). As Lichtheim (1973: 10) has pointed out, the author of Sinuhe has reduced the problems of this story, as in other cases, to a simple dichotomy: order versus

⁹ The *Execration Texts* are found either on pottery bowls, the so-called Berlin texts (Sethe 1926) or on clay figures of bound captives, the so-called Brussels texts (Posener 1940). Both contain maledictions against Asiatics, Libyans, Nubians and Egyptians, regions, towns and/or princes. The Mirgissa texts, discovered several decades ago (Posener 1966), are written on limestone statuettes and pottery bowls. The comparison of the *Execration Texts* with the *Story of Sinuhe* is beyond the scope of this work. As for the significance of these texts for our subject, see below.

¹⁰ Lichtheim (1973: 227) translates *styw* as “Asiatics” and *hq3w h3swt* as “rulers of mountainlands”. Rainey (1972: 377) translates “tribesmen” and “rulers of the lands” respectively for both terms.

chaos.¹¹ On the other hand, Rainey (1972: 375-376) has shown that the *Story of Sinuhe* describes a society based on a well-organized agricultural economy (see also Mazar 1954). Farming activities are represented in the description of Sinuhe's estate complemented with products of animal husbandry:

It was a good land called Yaa. Figs were in it and grapes. It had more wine than water. Abundant was its honey, plentiful its oil. All kinds of fruit were on its trees. Barley was there and emmer, and no end of cattle of all kinds. Much also came to me because of the love of me; for he had made me chief of a tribe in the best part of his land. Loaves were made for me daily, and wine as daily fare, cooked meat, roast fowl, as well as desert game. For they snared for me and laid it before me, in addition of the catch of my hounds. Many sweets were made for me, and milk dishes of all kinds (B 81-93).

As these activities are carried out in all seasons of the year, they indicate a status of permanent agriculture and not a seasonal or temporary occupation, as in the case of the migrant Haneans, Suteans and Bini-Yamina (Anbar 1993: 170-174).

For the term *whyt*, Rainey (1972: 376) proposes "clan" and explains that the club determinative does not refer to a family, but to a group of foreign origin. He prefers "clan" and not "tribe", in order "to reduce the natural prejudice which reduces all Semites in Egyptian Middle Kingdom texts to the status of Bedouin" (Rainey 1972: n. 44).

More than a century ago, the pioneering work of the anthropologist Lewis H. Morgan (1877) demonstrated that expressions such as family, tribe and clan do not necessarily imply nomadism. While some American Indians are organized

¹¹ See for example the sentence "No Asiatic makes friends (lit. "come together") with a Delta-man" (B 122). Nevertheless, there is a difference in the opinions about the Asiatics between the *Story of Sinuhe* and the *Prophecy of Neferty* where the Bedouin are presented in a negative manner. After all, the *styw* gave Sinuhe water and milk, and treated him very well (B 15-28). According to Posener (1956: 115) this difference shows "le chemin parcouru depuis le règne du fondateur de la XIIe dynastie jusqu'aux dernières années de son fils et successeur..." where "les incursions des Bédouins sont oubliées". On the relation between sedentary states and pastoral nomads from a socio-political point of view see Briant (1982).

according to “*gentes, fratriae, tribus* and *confederationes*”, sedentary Greeks and Romans also had their “*gentes, fratriae* or *curiae, tribus* and *nationes*”.¹²

The tribes of ancient states, including those of Greece and Rome, were constituted either by kinship or by locality; kinship tribes historically precede locality tribes. Locality tribes reflect a division of an area into districts and villages. In Attica under Kleisthenes (ca. 509 BC), any man settled in a village was registered as a *demotes*, i.e. a villager (cf. Morgan 1877: Chap. X). On the other hand, Roman *gentes* did not consist of blood relatives (Morgan 1877: Chap. XI; on this see also Marx 1965: 76-77).

As for *im(š)w, tent*, Posener (1965: 553) and Redford (1992: 86) have suggested that the mention of this word (B 110, 145) is proof of nomadism. However, kings and high ranking military officers throughout the Ancient Near East have located their tents near battle fields. In his Annals, Thutmose III is depicted leading his campaigns while in his tent (Sethe 1906-9: 652, 13-14). Briant (1988) has suggested that the imposing tents of the Assyrian, Achaemenid and Hellenistic kings were residential mobile complexes. Royal tents have nothing to do with nomads or semi-nomads, but rather represent the symbol of royal power. As the kings must move, for military or political reasons, their royal high officers escorted them. The tent represents the royal courtyard, a place where the king's power was manifested.

In the Neo-Assyrian reliefs, the king appears receiving gifts from tributary states while on campaign (Strommenger 1962: Fig. 210). This theme is often related to battle and siege scenes, as in the Lachish reliefs, where Sennacherib is shown enthroned in his tent near the city (Ussishkin 1982: Fig.71).

In conclusion, *ḥqšw ḥšwt* as an expression, referred to Ammunenshi and other rulers of the Rejenu, means rulers of sedentary, Canaanite dominions. The fact that the word “town” or “city” does not appear in the text cannot be used as an *argumentum ex silentio*. The use of the term “tribe” is not related to a nomadic group but probably to a territorial division. The word “tent” can be understood as referring to a situation of contest, and not to a type of dwelling.

¹² The reference to Morgan as the main authority on this subject does not mean that anthropological research has not been made in the last 120 years. For kinship in modern anthropological literature see Sahlins and Service (1960), Service (1971). For the works of Morgan, see White (1948) and Service (1960). For a classical Marxist interpretation of Morgan's *Ancient Society* see Engels (1972), and see also Godelier (1975). For a recent work on kinship in Egypt see Campagno (2006).

Moreover, the agricultural products described in the tale speak clearly of a rural, sedentary society based on farming and animal husbandry.

Feudalism?

Several scholars including Albright (1926), Gray (1952), and Marmorestein (1953) have understood Canaanite society as feudal or partially feudal. Rainey (1972: 374-375) has stressed this aspect proposing parallels from Mesopotamia in the time of Hammurabi to the Late Bronze Age in the Kingdom of Ugarit. He concludes that Ammunenshi provided Sinuhe, a laudable son-in-law, with a sizeable fief in return for military service (Rainey 1972: 375). Besides, Morschauer (2000: 196) has argued that Sinuhe acted as a "knight-errant", a man-at-arms seeking to render service to a lord, a personage comparable to those of the *chansons de geste* of the Middle Ages.

These are attractive interpretations, because the small political units in Canaan which engaged in military competition seem to be supported by the *maryannu*, a class of chariot-warriors. From an economic perspective the feudal interpretation is appealing because it implies a majority of the populace locked into a mode of agricultural production wherein the ruling class took the surplus and imposed periodic "corvée" labor at will (cf. Gottwald 1983: 25).

However, the existing descriptions of Syro-Palestinian society during the 2nd millennium BC do not necessarily indicate the existence of a feudal society. The precisely formulated land-tenure ties and personal relations between noblemen and serfs, so abundantly documented in medieval Europe, are not so clear-cut in ancient Canaan.

For example, Gray's (1952) assessment of the socio-economic regimes of Ugarit and Early Israel is grounded in the questionable idea that a fiscal and military system based on a local groups or guilds and classes must be "feudalism". He concludes that texts which refer to the *hupšū* point to a class set apart for military service, one enjoying certain privileges "usually associated with the feudal system" (Gray 1952: 55).

Indeed, the *maryannu* (i.e. the "military aristocracy"; Gray 1952: 51) have been re-evaluated in ways that appear to question their feudal standing as propertied lords. Reviv (1972: 224) finds that *maryannu* absorbed socially inferior elements while their exact status was determined by function and position. Dynasts alarmed by a concentration of power in the hands of a charioteer caste, began to appoint *maryannu* "aristocrats" to civilian posts (Reviv 1972: 223). Heltzer (1969) actually rejected the notion that *maryannu* were even privileged aristocrats. In his opinion

they were analogous to the *bupšū*, royal servants who performed service-duties, lived on provisionally held royal land and received equipment from royal stores.¹³

Furthermore, we note that the military characteristics of local and even tribal rulers are not a prerogative of feudal leaders. They can be found throughout the ancient world in such cases as the *teuctli* of the Aztec confederation and the Greek *basileus* (Morgan 1877: Chaps. VII.3, IX). We suggest that the condition of *nht*, achieved by Sinuhe and his sons (B 51, 93, 109) does not imply the existence of feudal relations, but rather was a military prerogative of the tribal ruler.

Another feature of the story pointed out by Rainey (1972: 374) as proof of feudalism is the placing of a refugee in a frontier region (B 85, 94-100). Rainey cites what he believes to be a parallel example, in Homer (*Iliad* IX, 478-484). However, we maintain that societies of Archaic Greece and European feudalism are not equivalent.

Even more problematic for a feudal definition of Canaanite society in the MB are the increase of state authority and the development of trade, conditions precisely opposed to those which followed the breakdown of the Roman Empire. The feudal system simply represents the disintegration of public authority in the hands of its agents. Under it, each person who held a portion of land became independent, an authority unto himself (Pirenne 1937: 7-8). When describing the origins of feudalism in France, Ganshof (1961: 3) compares the situation to the fighting of "wild beasts" in a conflict for power between the kings and magnates while the state is unable to maintain the public peace or secure the safety of its inhabitants.

Rainey interprets the method of land grants to subjects as an indication of feudalism. However, he also recognizes (Rainey 1965a: 116-117) the supreme authority of the king of Ugarit. Regarding titles of property, the king could confirm them by awarding the winning party a written certificate. In addition, the monarch could expropriate and dispose of property belonging to guilty parties, and to a "fallen" or "disgraced" person. Preservation of family patrimony was an important power of the king, not as a feudal benefaction, but as royal

¹³ Albright (1926) called the *bupšū* of the Ugaritic documents "serfs", while Mendelsohn (1941, 1955) preferred to refer to them as "free proletarians" comparable to the *coloni*, tied tenant farmers of the Roman Empire. Heltzer (1969) had argued that *bupšū* were royal men who owed various service duties to the king, mainly military, though some relate to crafts and professions (and see Gottwald 1976, 1983).

prerogative (cf. Rainey 1965b: 13).¹⁴ Moreover, Rainey (1965a: 114) affirms that the "authority to give and take land from a domain was directly connected with the king's power to transfer his subject from one rank or social class to another". Royal control over land property was further strengthened by supervision of land transfers made between subjects (Rainey 1965a:115).

Even properties and exemptions from services and taxes connected with the condition of the *maryannu*, were conceded by the king on an individual basis, according to royal judgement. They were not transmitted as family inheritance, unless so decided by royal authority (Reviv 1972: 228). This may be the case of the Sinuhe's sons, who inherited the role of *nht* (B 109).

We suggest that the concept of a subject being entitled to keep an estate, as long as he is loyal to the king, present in the laws of Hammurabi (§ 26-41) and other texts (cf. Rainey 1972: 375 nn. 32-36), is also evidence of royal authority. Furthermore, the reference to the situation before the conquest of power by Hammurabi in Mesopotamia, known from letters from Mari (Dossin 1938: 117-118), does not represent the disintegration of public authority in the hands of feudatory agents. We must see this situation as one of conflict between different city-states for regional domination.

As for the development of trade, Gray (1952: 50) is correct in noting that the Ugarit tribal system had broken down. However, this was not due to the influx of Semitic elements but rather to the maritime position of the kingdom, its commercial role in the area, and the fact that Ugarit was the center of political and economic influence among the major powers of the Eastern Mediterranean basin (Heltzer 1976: 102). Nevertheless, the principal socio-economic unit at Ugarit was the rural community (*idem*) as well as at other more or less contemporary societies including Alalakh and Arrapha (cf. Jankovska 1969; Liverani 1975). Indeed, the assumption that ancient Syria-Palestine was feudal makes it difficult to explain the village and tribal organization as well as the power of local kings.

As noted above, it is a mistake to confuse "tribal" with "nomadic". Further, to equate "feudal" with "urban", two clearly different attributes in defining a society (cf. Rainey 1972: 399), is similarly unjustified. The feudal system represents

¹⁴ According to Rainey (1965b: 12) the unity of the family and its possessions probably must be seen in its responsibility regarding the fiscal obligations of the father. If a man were incapable to refund his creditor the latter might take him and his family as property.

disintegration of an urban economy as it passes into the rural domain, and especially to the owners of great estates (Pirenne 1937: 8).¹⁵

An alternative to the feudal model in the ancient Near East is the notion of an Asiatic mode of production exposed by Marx (1965), called by other authors also "tributary" mode of production (Gottwald 1983) or "palatial" mode of production (Liverani 1995 [1988]: 54).¹⁶ Its features include the absence of private in favor of communal ownership of land. In this mode a contrast is drawn between a simple village community that integrates agriculture, husbandry and crafts with a powerful, centralized state. The interaction of these two socio-economic spheres creates conditions that are peculiar to this mode of production (cf. also Hobsbawm 1965; Gottwald 1976, 1983).

In some respects, the Asiatic mode of production resembles feudalism. Labor services and tributes are imposed on peasants on a local, familiar or individual basis (see for instance Rainey 1970). However, political units are larger and more powerful than those associated with European feudalism. The owner is a king who is the representative of a community or state while peasants are not personally bound as in feudal ties between nobleman and serf (cf. Mandel 1971: 127).¹⁷ The private, great estate is not the principal unit of production, but the royal and cultic estates and village communities. Frequently, the ruling class *de facto* became the land-holder of large-scale estates (Mandel 1971: 135). Cities in the proper sense arise side by side with these villages, but only where their position is particularly favorable to external trade or where the rulers exchange revenue (Marx 1965: 71).

The method of making land grants to important subjects is also found in the Asiatic mode of production. Subjects receive the right of the exploitation of revenues from the king on lands and towns as in Alalakh VII (Wiseman 1953:

¹⁵ And see Marx (1965: 77-78) about the differences of the city in Asian, classical and feudal history: "Ancient classical history is the history of cities, but cities based on land ownership and agriculture; Asian history is a kind of undifferentiated unity of town and country (the large city, properly speaking, must be regarded merely as a princely camp, superimposed on the real economic structure); the Middle Ages (Germanic period) starts with the countryside as the locus of history, whose further development then proceeds through the opposition of town and country..."

¹⁶ Schloen (2001:255-360) rejects both Feudalism and the Asiatic mode of production and proposes the Weberian model of "Patrimonial Society" for the Bronze Age in the Near East. Unfortunately, the discussion of this model is out of the scope of this paper.

¹⁷ On the use and abuse of "feudalism" among Marxist historians see Hobsbawm (1965: 62-64). For a different point of view *vis-à-vis* the relations between "feudal" and "Asiatic" modes of production see Liverani (1967).

nos. *76, *80, *86; 1958). In Ugarit (cf. Rainey 1962) taxes paid to Hatti by the local administration were divided among the king, the queen, the crown prince and several government officials. During the Achaemenid period this pattern is also evident in the allotment of the incomes of towns and villages to the queen mother's expenditures (Her. II, 98; Xen., *Anab.* II, 4, 27). The revenue of towns and villages are not only destined to persons, but also to the feeding of camels (Strabo XVI, I, 3) and even dogs (Her. I, 92).¹⁸

In sum, there are no compelling reasons for defining Canaanite society as feudal. Moreover, we do not see any justification in viewing the world of Sinuhe as feudal. Regrettably, we have no information about the relations between the Ammunenshi's and Sinuhe's territories and the urban centers. Apart from Byblos, no other city is mentioned. Thus, we suggest that the notion of feudalism for the Levant of the 2nd millennium BC is anachronistic (and see Cahen 1979). We suggest that the society depicted in the *Story of Sinuhe* can be included in the Asiatic or tributary mode of production, despite a lack of descriptive elements that would allow for a more precise depiction of Syro-Palestinian society.

Amorites?

The dating by Rainey (1972: 388-389) of the Sinuhe story to the MB IIA is indicated by the mention of the Amorite ruler Ammunenshi of the Upper Retjenu. According to him the Amorites represent the dominant ethnic element in the first half of the 2nd millennium BC in the southern Levant, i.e. they are the indigenous ethnic group of the Middle and Late Bronze periods (but see Liverani 1970).

"Amorite" refers to a West Semitic language of a group or groups of people and appears to have ethnic, geographical and/or political meanings. The equation *Amurru* (Akkadian) = MAR.TU (Sumerian) is generally accepted and the term appears in several texts from the Sargonic Akkadian dynasty and Ur III periods (Kupper 1957).

Amorite names appear in the *Execration Texts* as well (Moran 1957; Goetze 1958). Most of the known Amorite names appear in the Mari texts. Since Mari was destroyed in the 34th year of Hammurabi (see Kupper 1957: 40 n. 1),¹⁹ none

¹⁸ For a study of the Asiatic mode of production during the Achaemenid period in the Near East see Briant (1975, 1982b), and the works by the author of this paper, Milevski (1990, 1991).

¹⁹ For a history of research concerning the Amorites in the texts of Mari see Anbar (1993: 9-26).

of the documents from which they derive is later than this date. In addition, the earliest Old Babylonian documents date from the first Babylonian dynasty, and the reign of Yahdun-lim, father of Zimri-lim and a contemporary of Shamshi-Adad of Assyria (Huffmon 1965: 8).

The ascription of the name Ammunenshi to the beginning of the MB II period could be convincing. The *Ammu* element in the name, translated as "paternal uncle" (Huffmon 1965: 196), is typical of Mesopotamian Amorite names of the beginning of the 2nd millennium BC. If the MB II "Amorite" culture was the product of a new ethnic "intrusion", a question arises as to the earlier stages of its development. In other words, is it possible to find such Amorite names before the MB II?

In fact, there is a reference to a name with the *Ammu* element, a certain king Ammuti, from the Ebla archives prior to the Ur III dynasty (Archi 1987: 12). Another probable Amorite name appears in Ebla in the inscription of Ibbit-Lim, son of Igrish-Hepa (?), which is dated to the third or early second millennium BC (Mathiaie 1981: 59; Klengel 1992: 41). In addition, the earliest Martu/Amorite reference appears in a tablet from Farah, ca. 2550 BC (Kupper 1957: 150, but see Biggs 1967). These arguments have brought some scholars to conclude that the IBA population of the southern Levant must be identified with the Amorites (Prag 1974: 105). For different reasons, Dever (1972) also identifies Amorites with the IBA. By attempting to explain socio-economic changes reflected in the archaeological data of the IBA, he (Dever 1980: 56-58, 1985: 129) supports a model of pastoral nomadism rather than an older model of "Amorite invasion" put forward by Kenyon (1966, and see below). Dever concludes that the indigenous Bronze Age population had *always* been West Semitic or Amorite (Dever 1985: 133, Dever's italics).

According to him, it is possible to locate the *Story of Sinuhe* in the IBA because he supports the existence of a Canaanite local population bearing Amorite names during the entire Bronze Age (Dever 1995:133).²⁰ Ilan (1995: 300-301), however, has rejected Dever's position by suggesting that archaeological evidence from the MB does provide proof for positing immigration into Canaan. Evidence for this is found in construction techniques, burial practices, osteological remains and pottery derived from north Syrian types (Ilan 1995: 301).

²⁰ Tubb (1983) by studying the pottery from Syria, follows Dever and stresses that it is not necessary to see the origins of the MB IIA in Palestine in terms of external involvement. Nevertheless, Tubb suggests that the Sinuhe story describes the conditions of an early stage in the MB IIA "when the process of urbanization was far from well advanced, mentions the production of figs, grapes and olives, in addition to emmer and barley" (Tubb 1983: 58).

In fact, marked differences between IBA and MB II populations in the southern Levant have been widely discussed (e.g. Hrdlicka 1938; Arensburg 1973; Smith 1982; 1995; Smith and Siegal 1998). Acreche (1982), using a multivariate statistical model, was able to show more than a 90 percent of discrimination between the populations of these two periods.²¹ Whether or not these newcomers can be called "Amorites" is another question, for it is difficult to correlate material culture with ethnicity (cf. Renfrew and Bahn 1991: 167-169).

In conclusion, there is no definitive basis for maintaining that the Amorites were located in the Levant only from the beginning of the 2nd millennium BC. Indeed, Amorite names can be shown to occur there considerably earlier, from at least the second half of the 3rd millennium BC; they are documented in Mesopotamian and Eblaite archives. On the other hand, the hypothesis that the population of Canaan was always Amorite can be accepted only with considerable reservations since between the IBA and the MB II there is a break in the archaeological evidence.

IBA or MB IIA?

A review of the archaeological evidence for the southern Levant may be of help in understanding the model of society depicted in the *Story of Sinuhe* and therefore its date. The tale may allude to either the Intermediate Bronze Age or the Middle Bronze IIA. Rainey (1972: 391) has pointed out that the complete absence of Egyptian objects (not even a scarab!) at sites and in tombs dated to IBA is a major stumbling block to the hypothesis of Albright (1973) and others (see Table 1) who wish to date it to the 12th Dynasty. Consequently, for Rainey, the *Sinuhe* story depicts a sedentary society that must be identified with the MB IIA period (Rainey 1972: 390-391, 2006: 282). For Rainey (2006: 286) the picture of a multifaceted agriculture (and see above) can not be applied to the IBA. In addition, for Rainey (2006: 288, quoting Philip 1989, 1995) the weapons referred by *Sinuhe*, bow and dagger (B 127-128), belong to the tool kit of arms found in MB II burials and not in the IBA tombs.

However, metal daggers, spearheads and arrowheads have been found in IBA burials of the Levant (cf. Stech, Muhly and Maddin 1985; Philip 1989; both with

²¹ Unfortunately, most of the MB II samples that have been studied are dated to the MB IIB or MB IIC and less to the MB IIA (e.g. Tel Dan).

bibliography). Generally, bows were not found in MB II, or in IBA burials, for the simple reason that most of them were made of wood and this material did not survive. The only remains of these weapons were found in the dry areas of the Dead Sea and the Jericho area. The earliest wooden projectiles found in the southern Levant are dated to the Pre-Pottery Neolithic B at Nahal Hemar (Bar-Yosef and Alon 1988: 15). Besides, a wooden bow and arrows were found in a fourth millennium BC context²² in the "Cave of the Warrior" (Wadi el-Makkukh) (McEwen 1998; Schick 1998), and six wooden parts of arrows were found in the "Cave of the Sandal" (Jebel Ma'ar el-Bas) dated to the Chalcolithic and EBA (Schick 1998: 31-33; Eshel and Zizzu 2002; Khalaily 2002).

Wall scenes at Beni Hassan, in the tomb of Khnumhotep (Tomb 3), dating to the sixth year of Sesostriis II (1862 BC, according to Kitchen 1989 BC), depict a group of Asiatics carrying weapons, led by a man bearing a typically West Semitic name of Ab-sha (Newberry 1893: Pls. 30-31). One of the men holds an object that most Near Eastern archaeologists interpret as a duckbill axe, characteristic of the MB IIA (Oren 1971: 113; Dever 1976: 10; Gerstenblith 1983: 90-91, 104; Bietak 1991: 49 n. 25; 1992: 35-36; 2002: 39-40). Another wall scene in the tomb of Amenemhet (Tomb 2), shows a man holding an IBA eye axe (Newberry 1893: Pl. 16). Since regnal year 43 of Sesostriis I (1900 BC according to Kitchen 1989) is mentioned in the autobiography of Amenhemet (Newberry 1893: Pl. 8), the wall scenes of Beni Hassan suggest that the IBA/MB II transition cannot be too much earlier than ca. 1900 BC. In sum, both IBA and MB IIA archaeological evidence indicates the utilization of these weapons (but see Redford 1992: 86-87). Regrettably Sinuhe's description of the bow and the dagger, as well as the javelin, shield and axe (B 135, 140) are uninformative as to their typology.

Near Eastern archaeologists have understood the end of the Early Bronze Age as having been caused by a large-scale migration of West Semitic pastoral nomads (the "Amorites" above mentioned) that ushered in a period of nomadic activity in the IBA (Albright 1973; Kenyon 1966; Kenyon, Bottéro and Posener 1971; Lapp 1970). In the last two decades, scholarly opinion has begun to shift toward a somewhat less traditional understanding of nomadism, a pastoral model

²² Discussions arose in relation to whether the burial must be ascribed to the end of the Chalcolithic period (Schick 1998) or to the EBA (e.g. Zbenovich 2000). This chronological discussion is out of the scope of this article, but at any rate the ascription of the bow and arrows to the fourth millennium BC shows that long before the MB II these weapons were utilized in the southern Levant.

that has been applied to the IBA (Dever 1992b, 1995).²³ However, this newer model tends to ignore a large amount of data accumulated over the last years as well as evidence from older excavations (e.g. IBA building remains at Hazor (Yadin 1972: 120-121; Yadin et al. 1989: 124-126; A. Ben-Tor, 2003, 2005), in sites such as Tel Bet Shean (Mazar 1991) and Tel Beit Mirsim (Albright 1938). At Tel Lachish an IBA settlement existed in area 1500 (Tufnell et al. 1958: 253-275), including permanent structures, dwelling caves and pits.²⁴

The pastoralist model has usually been supported by the existence of large cemeteries such as those of Ein Samiya, Kh. el-Kirmil, and Jebel Qa'qir, and the lack of sites directly related to these tombs. This archaeological picture has been cited as proof of a non-sedentary population (Dever 1975; Finkelstein 1991, 1994). However, further exploration may well alter that picture. It should be noted that Finkelstein (1991: 30-41) excavated an IBA occupation at Dhahr Mirzbaneh, near a cemetery of the same period previously excavated by Lapp who dug 45 shaft tombs and failed to find the settlement. Lapp (1966: 3) actually argued that "permanent structures were never erected on the site", suggesting that the area served as a seasonal camp-site of a "tribal group".

More revealing are finds in the Rephaim Valley near Jerusalem. Excavations at the sites of Nahal Rephaim and Manahat have provided definitive evidence of IBA agricultural villages (Edelstein and Milevski 1994). While the village at Manahat was almost completely eroded away (Edelstein, Milevski and Aurant 1998), better preserved buildings and their contents were found at nearby Nahal Rephaim (Eisenberg 1994). In addition, a probable IBA occupational level was discovered at the site of Er-Ras, between Nahal Rephaim and Manahat (Feig and Abd Rabu 1995, and pers. comm.). A cemetery related to Nahal Rephaim was excavated on

²³ Dever follows Rowton's "enclosed nomadism" and "dimorphism"; see *inter alia* Rowton 1974, 1976, and 1981 with bibliography. Morenz (1997: 3) applies the concept of dimorphism to the Sinuhe story. The traditional point of view interprets the preeminence of caprovine husbandry over extractive activities as evidence for nomadism and pastoralism. However, this scenario is problematic. First, the difference between the two lifestyles is more than a process of technological change along a subsistence continuum (Wapnish and Hesse 1991: 25). Secondly, pastoralism is only one possible mode of exploiting herd animals, ranching is another (Cribb 1991: 17). Furthermore, the contrast between nomadism and sedentariness (or pastoralism and agriculture) lies in the social realm as well – namely, in the way activities are organized through social relations which are materially embodied in the possession of land and livestock (Ingold 1987: 168-169).

²⁴ The renewed excavations of Ussishkin revealed also the presence of IBA material at the tel (Gophna and Blockman 2004).

Givat Masua, a hill opposite and adjacent to the northern areas of the site (Edelstein and Eisenberg 1985). Another IBA cemetery was discovered in excavations (Zahavi 1993) near Er-Ras, and the cemetery of Manahat was recently excavated in the Holyland Park compound (Milevski and Greenhut 2007).

At Wadi Zimra, ca. 5 km northeast of the Old City of Jerusalem, a similar picture of settlement is emerging. Several buildings of the IBA period were exposed (Meitlis 1991, and pers. observ.) with nearby shaft tombs containing IBA material found on the hill of Ras Abu Ma'aruf (Seligman 1995).

We suggest that one of the reasons why few building remains were found is because many IBA houses were built of mud brick that erodes rapidly when untended and exposed to the elements. In addition, the building of terraces may have concealed building remains in some regions, as the Central Hill Country and the Shephela.

Ceramic, flint and ground stone assemblages, as well as faunal and botanical remains from the Rephaim Valley support the contention that these sites represent permanent settlements during the IBA (Horwitz 1989a, 1989b; Eisenberg 1994; Edelstein and Milevski 1994; Edelstein, Milevski and Auran 1998). The same can be said about several sites excavated all over the country (see Gophna 1992: 152-153).

The abundance of metal artifacts, especially tools and weapons, is a striking characteristic of the IBA. The comparative abundance of metal artifacts and the advanced technology is remarkable, as Gophna (1992:147) has stressed when one considers the poor preservation of the building remains of the period. Copper ingots have been found in the Negev (Cohen and Dever 1979: 48, 1981: 63) and at Lachish (Tufnell et al. 1958: 39-43). Evidence for IBA metallurgical activity appears at the copper mines of the area of Feinan (cf. Finkelstein 1989: 137; Palumbo 1990: 105-106; Levy et al. 2001). It is suggested here that this activity is a significant factor in determining the degree of sedentarism in settlement patterns.

When in the Negev IBA buildings were found, the excavators (Cohen and Dever 1978, 1979, 1981) concluded that the inhabitants of these sites may have been semi-nomadic. Cohen (1992: 127) has reviewed his position for the Central Negev, concluding that "the principal settlements in this harsh region were occupied year-round, a fact that alters the generally-held view of the Middle Bronze Age I (IBA, I.M.) peoples as essentially nomadic".

Cohen (1992: 125) distinguishes between various settlement types within the Central Negev. Larger, central settlements were occupied year-round; smaller settlements were grazing sites to which, according to this author, part of the population of permanent settlements came with their flocks.

The discovery of permanent settlement sites in Jordan helps us to better comprehend the overall picture. Khirbet Iskander is a major site from this period (Richard and Boraas 1984, 1990; Richard and Long 1995, 2005). Numerous other excavations have added significantly to the knowledge of IBA in Jordan. Of particular note are discoveries at Abu Ishrihsheh (Mac Donald et al. 1987), Um Bighal (Helms and McCreery 1988), Abu en-Ni'dj (Falconer and Magness-Gardiner 1984, 1989), Tell Iktanu (Prag 1986, 1988, 1990), Tell Um Hammad (Helms 1986) and Tiwal esh-Sharqi (Tubb 1990). These excavations have extended our knowledge of IBA, especially in stratigraphic contexts. To this list of sites must be added the village at Sha'ar Hagolan (Eisenberg 1980) in the Jordan Valley. These new data now allow us to place in context material from tombs excavated earlier (cf. discussion and bibliography *apud* Palumbo and Peterman 1993).²⁵

A review of sites listed by Gophna and Portugali (1988) on the coastal plain shows several IBA sites. Excavations at Tel Megadim revealed a stratum of buildings dated to the IBA (S. Wolff, pers. comm.), thus expanding on information derived from Gophna's (cf. 1974, pers. comm.) survey of this site. To these we may add an IBA cult site in the Poleg basin (Gophna and Ayalon 2004) and a village near Tel Ashkelon (Israel 1993).

In the Ayalon basin and the Shephela, new sites were discovered. In the area of Modi'in a settlement of this period was excavated by the author (Milevski 2000, forthcoming). At Jebel Qa'qir (cf. Dever 1981) dwelling caves were found. A new IBA settlement was discovered and excavated at Ramat Bet Shemesh.²⁶ Surface sherds from this period found at other sites in the area could be indicative of future discoveries of sedentary settlement in this period.

The reverse side of the coin is also of interest for understanding this period. Although some large cemeteries without nearby settlement sites do exist, there are also several cases where the opposite is true. In the central hill country 67 percent of sites dated to the IBA are located in northern Samaria, but only one cemetery was found in the same area (Finkelstein 1991: 26).

We may no longer ignore this evidence, even when "archaeological myopia" is recognized as an argument to explain the difficulties in finding and characterizing IBA sites (Dever 1995: 295). The shift in settlement patterns between EB II-III

²⁵ Stager (1990: 41) and Dever (1995: 293) have observed that the settlement of Khirbet Iskander is the result of its position on the so-called "Kings Highway".

²⁶ The excavations were part of the project directed by Y. Dagan (1996) on behalf of the Israel Antiquities Authority

and IBA (cf. Finkelstein 1991, 1992: 136-137, 1994; Dever 1992b) must be explained, but not from a "nomadic" point of view. Pastoral-nomads existed before, during and after the IBA, and this is not the question under discussion. The real question is to what extent were the majority of peoples occupying Canaan in the IBA settled in year-round, permanent villages or hamlets and to what extent was this population nomadic (if at all).

In our opinion the real contrast during the IBA was not between nomads and sedentary people, but between urban and rural societies (Palumbo 1990). The turning point was a consequence of the crisis of the urban structure from the previous EB II-III periods (and see Finkelstein 1989: 136).

The IBA represents a return to a rural-based society so much in contrast with the urbanized society of Early Bronze II-III that many archaeologists tend to interpret the slight evidence of its sedentary nature according to some pastoral-nomadic model. In effect, much interpolation of the evidence has been biased; rural populations may be just as "settled" as urbanites but leave less impressive evidence in the archaeological record. Palumbo's interpretation of the archaeological record is more in keeping with our understanding. According to him (Palumbo 1990: 131) the main characteristics of IBA culture are: 1) an economy based on what he calls "domestic mode of production",²⁷ integrating both agriculture and pastoralism, 2) trade on a regional basis and perhaps on a large-scale (international) in the North; 3) trends indicating division of labor as seen in the specialized production of pottery, "Canaanite" blades and metal smith activities; 4) social complexity as seen in mortuary practices, and 5) a dispersal of settlements, into marginal areas as well as in other regions where water and good agricultural soil existed.

Egyptian MB IIA Evidence?

The MB IIA period has been shown to be a period of change and innovation in technology, trade, communications, and of resurgence of urbanism in the Levant (cf. Kochavi, Beck and Gophna 1979). This period saw the appearance of several

²⁷ Point 1) probably contradicts Palumbo's other conclusions because the "domestic mode of production" is limited to a society of few households which has almost no regional relations while labor specialization exists only within the household. The discussion of this concept is beyond the scope of this paper. For a definition of the "domestic mode of production" see among others Sahlins 1972.

sites in the Mediterranean coastal plain of Palestine and evidences of maritime connections between Egypt and the Levant (Ilan 1995; Marcus 1998; Stager 2002).

On the one hand, the advent of social stratification and a network of villages around central towns and cities (cf. Gophna and Beck 1981), beginning in the MB IIA, led the development of the MB IIB-C urban culture.²⁸ On the other hand, evidence of Egyptian involvement in the region has traditionally been understood as closer to the MB IIA period than to MB IIB-C. For this reason, the MB IIA period is the best candidate for identifying the time span depicted in the Sinuhe story. The evidence is summarized below.

Albright (1966) long ago claimed that the suzerainty of the kings of the 12th Dynasty extended well into Syria-Palestine, even as far as Ugarit. Epigraphic evidence for relations between Egypt and the Levant during this period includes two major groups of *Execration Texts*, scarabs and other inscribed material found in the Levant (Gerstenblith 1983: 19). These objects were interpreted as indicating extensive Egyptian influence or control.

Based on studies of art, a few tentative conclusions have been made in the examination of Egyptian influence in the Levant during the Middle Kingdom. Teissier (1990) from her study of glyptics from Alalakh, especially seal impression no. 194, has concluded that there was Egyptian artistic influence in Syria-Palestine. This supports the hypothesis of Egyptian political influence at a Levantine center south of Byblos, so far unidentified, during the 12th Dynasty. On stylistic and epigraphic grounds, she dates the Egyptianized glyptic motifs found at Alalakh to the second half of the nineteenth or early eighteenth centuries BC.

In addition, many objects found in Syria-Lebanon, especially at Byblos, including finds from the Royal Tombs and the well-known Montet Jar (Tufnell and Ward 1966), were interpreted as indicating extensive Egyptian relations. However, the Montet Jar and its contents have been the origin of much misunderstanding on MB IIA chronology (Albright 1966). These objects have been used as the basis for synchronisms between Egypt and the Levant (cf. Weinstein 1992: 36). Confusion arose from these finds for three reasons: 1) the jar combines IBA and MB IIA features (cf. Beck 1985: 197); 2) information regarding the stratigraphic context of the vessel is uncertain (cf. Ward 1987: 509-512) and 3) the jar's contents include materials whose dating covers several hundred years (cf. Porada 1966).

²⁸ A full description of the archaeological and artifactual evidence is given by Gerstenblith (1983: 23-52).

Moreover, of the various Middle Kingdom Egyptian objects such as scarabs, stelae and inscribed statuettes that have been found at many sites in Palestine, relatively few are from secure MB IIA contexts (Weinstein 1975: 1-10). Scarabs, stone vessels and other items of Egyptian origin come from a limited number of sites such as Jericho, Megiddo, Tell el Ajjul, the vicinity of Tel Aviv, Tell el Farah (N), and from funerary rather than habitation contexts. Middle Kingdom statuary found in Palestine cannot be used as firm evidence of 12th Dynasty contacts, because it was found in later or uncertain contexts (Weinstein 1974; Helck 1976). The date when these statues were sent is a question that has been much debated. Suffice it to say that it cannot be demonstrated that they were not sent during the course of the Middle Kingdom.

Weinstein (1975) has stressed the absence of 12th Dynasty Egyptian material at Palestinian sites, and the presence there of material of the 13th Dynasty, during the MB IIB-C. Thus, the weight of the archaeological evidence suggests that the expansion in the relations between Palestine and Egypt occurred towards the end of the 12th and early 13th Dynasty (Weinstein 1975: 14), i.e. during the second part of MB IIA, and especially during MB IIB.

The work by D. Ben-Tor (1994, 2003, 2004) seems to confirm this opinion. She has argued that not one of the 12th Dynasty Egyptian scarabs bearing private names and titles of officials has come from a secure MB IIA context in Palestine. An examination of their inscriptions and their archaeological contexts demonstrates that they reached Canaan after having been plundered from tombs in Egypt no earlier than the time of the 13th Dynasty (D. Ben-Tor 1994: 11). The initial large-scale use of scarabs in Palestine can now be dated between the late 18th and the early 17th centuries BC, i.e. the beginning of the MB IIB (D. Ben-Tor 2003: 246; 2004: 38).

As for Canaanite evidence in Egypt, several sites in the eastern part of the Nile Delta have produced MB IIA and "transitional" MB IIA/B Canaanite pottery. These sites include Tell el-Dab'a (Bietak 1984, 1989, 1991; Aston 2002), Kahun (Merillees 1973), Dahshur (Arnold 1982), and Lisht (Arnold, Arnold and Allen 1995). On the basis of the finds of Tell el-Dab'a, Bietak (1984, 1989, 1991, 1992) has argued for a low dating of the late 12th and 13th Dynasty strata. But these low dates lead to an abbreviation of MB II archaeological and historical periods that the stratigraphic evidence from Palestine do not appear to warrant (cf. Weinstein 1992: 31).²⁹

²⁹ By accepting Rainey's view of sedentary society depicted by Sinuhe, Bietak (1991: 54) supports an IBA background for the story. He bases his view on excavations that have revealed extensive settlements with solid architecture and evidence of agriculture during IBA (see above). However,

The ceramic evidence from Dahshur comes from a series of structural complexes that cover the period from the times of Amenemhet III to the middle of the 17th century BC. A similar situation occurs with MB IIA pottery from Kahun, which does not derive from well stratified contexts (cf. Kemp and Merillees 1980: 84-87, 98). Nevertheless, the published pottery from Lisht (Arnold, Arnold and Allen 1995) provides evidence for the position that the expansion of the Egyptian-Palestinian relations occurred in the 13th Dynasty (and see Weinstein 1996).

The *Story of Sinuhe* describes the existence of émigrés received among Asiatics (B 31-34) as well as a system of couriers between Egypt and the Retjenu (B 175-178). It is true that in the letter to the king (B 225) Sinuhe says: "Retjenu, it belongs to you like your hounds". However when speaking about the policy of Sesostri I he says: "He will conquer southern lands, while ignoring northern lands" (B 71-72), which seems to explain that the kings of the 12th Dynasty turned their back on western Asia (cf. Posener 1956: 112-113; Redford 1992: 76-77).

The *Execration Texts*, though of value for an understanding of the social and political organization of southern Syrian and Palestine during the MB II (see Rainey 1972: 381-388, Table 1) are nonetheless of uncertain significance for reconstructing relations between Egypt and Canaan. These texts are problematic for three reasons: 1) the date of the texts remains problematic;³⁰ 2) the identification of the majority of Palestinian place names is still uncertain and 3) the political significance of these texts is unknown (Weinstein 1975: 12-13). The increase in the number of Palestinian place-names between the Berlin group and the Brussels group of texts might reflect a significant increase in Egyptian relations with Palestine in the late MB IIA and the MB IIB, or Egyptian concern regarding the growing power of Palestinian city-states in the early MB IIB (Weinstein 1975: 13).

this asseveration is dictated by his attempt to lower the relative and absolute chronology of Palestine. MB IIA finds of Canaanite origin at Tell el-Dab'a come from contexts dated to the latter part of the 12th Dynasty. In any case, the discussion of this subject is beyond of the scope of this paper. A low chronology raises many difficulties and it seems that there is still insufficient data from Tell el-Dab'a concerning the beginning of the MB IIA (see below). For a bibliography on the subject see also Dever (1991, 1992a, 2002); Weinstein (1992) and Bietak (2002, 2003), where he is giving a date of around 1900 BC for the beginning of the MB IIA.

³⁰ Rainey (1972: 393-394, 2006: 289-292) offers a chronology in which the Berlin texts predate the Sinuhe story. On this subject see also Posener (1940, 1965) and Albright (1973).

In summary, there are no compelling reasons for adopting either the IBA or the MB IIA as the period in which Sinuhe acted. Both of them combine a level of sedentariness based both on agriculture and husbandry. The story may even reflect the transition between both periods.³¹ The MB IIA appears to be the most probable period in which Egyptian-Palestinian relations must have occurred, but as shown above, the various objects dated from the 12th Dynasty found at several sites in Syria and Palestine are from insecure MB IIA contexts. MB IIA pottery from Egyptian sites does not derive from well stratified contexts, aside from Tell el-Dab'a (Aston 2002; Bagh 2002). While, the paintings of Beni Hassan attest to contacts between Egypt and the Levant, during the IBA/MB II transition, we are aware that these wall scenes cannot portray the entire picture of Egyptian-Levantine relations and cannot solve specific problems of chronology.

Summary

In the previous sections, several problematic topics related to the *Story of Sinuhe* were discussed in detail and at length. The salient points of our argument are summarized here, while in Table 2 are compared the opinions of various scholars on these matters.

The chronological limits of the Sinuhe text can be established by the story (the last years of the reign of Sesostri I) and the dates of ancient copies (end of the 12th dynasty or beginnings of the 13th Dynasty). The lack of a definitive chronology for the beginning of the 12th Dynasty does not allow for a precise synchronism between the Middle Kingdom in Egypt and either the IBA or MB IIA periods in the southern Levant.

Territories ruled by Ammunenshi and other *ḥqꜣw ḥꜣswt* can be understood as essentially harboring sedentary societies. Terms such as "tribe" and "tent" in the Sinuhe story do not referred to nomadic communities. Moreover, agricultural and dairy products described in the tale are clear indications of a sedentary rural society based on farming and animal husbandry. While the world depicted by

³¹ By adopting a semi-nomadic hypothesis for describing social conditions prevalent in IBA, Kempinski (1992: 160) has suggested that the Sinuhe story describes the passage from IBA to MB II. Kempinski characterized it as a "population's transition from semi-nomadic to sedentary life". He even suggested a degree of overlap between the pottery assemblages of the IBA and the MB IIA during this period (Kempinski 1992: 167).

Sinuhe is sedentary, there are no compelling reasons for defining it as feudal. The notion of an Asiatic or tributary mode of production is a better explanation of predominant social patterns in Syria-Palestine during the Middle and Late Bronze Ages as depicted in the *Story of Sinuhe*.

The hypothesis that the population of Canaan was *always* "Amorite" is subject to considerable reservation. Indeed, the population depicted in the Sinuhe story appears to be Amorite. However, we wish to stress that Amorite names appear in the area of Syria as early as the second half of the 3rd millennium BC, as documented in Mesopotamian and Eblaite archives. Nevertheless, the use of an Amorite name seems to match with the situation of the beginning of the 2nd millennium BC, when these names appear frequently in documents.

The question of which archaeological period the *Story of Sinuhe* represents remains moot. There are no compelling arguments for adopting a position favoring either the IBA or the MB IIA. A level of sedentary society based on agriculture and animal husbandry typifies both. Furthermore, neither the IBA nor the MB IIA was a period of strong economic or political Egyptian influence.

Contacts between Egypt and the Levant in the transition between the IBA and the MB IIA, are attested, for instance in the 12th dynasty's wall paintings at Beni Hassan and in the Berlin group of Execration Texts. It is suggested here that the transitional period from IBA to MB IIA could as well be the age depicted in the *Story of Sinuhe*.

Acknowledgments

This article was submitted, in a slightly different form, to Anson Rainey and Israel Finkelstein for a seminar of advanced students at Tel Aviv University held in 1995. I would like to thank them, as well as James Weinstein, Marcelo Campagno, Cristina De Bernardi, and two anonymous readers for their critical comments. Thanks are due to my colleagues and friends Eliot Braun and Daniel Gaido for English editing, as well as for numerous suggestions. The responsibility for the article is still mine.

Bibliography

- ACRECHIE, N. 1982. *Cranial Variation between EB IV and MB II: Discriminant Analysis*. M.Sc. dissertation. The Hebrew University, Jerusalem.
- ALBRIGHT, W.F. 1926. Canaanite *hapsi* and Hebrew *hopsi*, in: *Journal of the Palestine Oriental Society* 6, 106-108.
- ALBRIGHT, W.F. 1936-37. *The Excavations of Tell Beit Mirsim II. The Bronze Age*. (Annual of the American Schools of Oriental Research, 17). Baltimore.
- ALBRIGHT, W.F. 1937. Further Light on the History of Israel from Lachish and Megiddo, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 68, 25.
- ALBRIGHT, W.F. 1965. Some Remarks on the Archaeological Chronology of Palestine before about 1500 B.C., in: EHRICH, R.W. (eds.), *Chronologies in Old World Archaeology*, Chicago, Chicago University Press, 47-60.
- ALBRIGHT, W.F. 1966. Remarks on the Chronology of Early Bronze IV-Middle Bronze IIA in Phoenicia and Syria-Palestine, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 184, 26-35.
- ALBRIGHT, W.F. 1973. The Historical Framework of Palestinian Archaeology between 2100 and 1600 B.C. (E.B. IV, M.B. I, M.B. IIA-B), in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 209, 12-18.
- ANBAR, M. 1993. *Les tribus amurrites de Mari*. (Orbis Biblicus et Orientalis, 108). Göttingen, Universitätsverlag Freiburg.
- ARCHI, A. 1987. Ebla and Eblaite, in: GORDON, C.H., RENDSBURG, G.A. and WINTER, N.H. (eds.), *Eblaïtica: Essays on the Ebla Archives and Eblaïte Language, Volume I*. Winona Lake, Eisenbrauns, 7-17.
- ARENSBURG, B. 1973. *The People in the Land of Israel from the Epi-Paleolithic to Present Times*. Unpublished Ph.D. dissertation. Tel Aviv University, Tel Aviv.
- ARNOLD, D. 1982. Kermikbearbeitung in Dachschrur 1976-1981, in: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Abteilung Kairo* 38, 25-65.
- ARNOLD, D., ARNOLD, F. and ALLEN, S. 1995. Canaanite Imports at Lisht, the Middle Kingdom Capital of Egypt, in: *Ägypten und Levante* 5, 13-32.
- ASTON, D. A. 2002. Ceramic Imports at Tell el-Dab'a during the Middle Bronze IIA, in: BIETAK, M. (ed.), *The Middle Bronze Age in the Levant*. (Proceedings of an International Conference on MB IIA Ceramic Material. Vienna, 24th-26th January 2001, Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtakademie, Band XXXVI), Wien, 43-87.
- AVNER, U., CARMI, I. and SEGAL, D. 1994. Neolithic to Bronze Age Settlement of the Negev and Sinai in Light of Radiocarbon Dating: A View from the Southern Negev, in: BAR-YOSEF, O. and KRA, R. S. (eds.), *Late Quaternary Chronology and Paleoclimates of the Eastern Mediterranean*. Tucson, The University of Arizona, 265-300.

- BAGH, T. 2002. Painted Pottery at the Beginning of the Middle Bronze Age: Levantine Painted Ware, in: BIETAK, M. (ed.), *The Middle Bronze Age in the Levant*. (Proceedings of an International Conference on MB IIA Ceramic Material. Vienna, 24th-26th January 2001, Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtakademie, Band XXXVI). Wien, 89-102.
- BAINES, J. 1982. Interpreting Sinuhe, in: *Journal of Egyptian Archaeology* 68, 31-44.
- BARTA, W. 1978. Die Chronologie der 12. Dynastie nach den Angaben des Turiner Königspapyrus, in: *Studien zur altägyptischen Kultur* 7, 1-9.
- BAR-YOSEF, O. and ALON, D. 1988. Nahal Hemar Cave – The Excavations, in: *Atiqot* (ES) 18, 1-30.
- BECK, P. 1985. The Middle Bronze IIA Pottery from Aphek 1972-1984; First Summary, in: *Tel Aviv* 12, 181-203.
- BEN-TOR, A. 2003. Tel Hazor, 2003, in: *Israel Exploration Journal* 53, 218-223.
- BEN-TOR, A. 2005. Tel Hazor, 2005, in: *Israel Exploration Journal* 55, 209-216.
- BEN-TOR, D. 1994. The Historical Implications of Middle Kingdom Scarabs Found in Palestine Bearing Private Names and Titles of Officials, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 294, 7-22.
- BEN-TOR, D. 2003. Egyptian-Levantine Relations and Chronology in the Middle Bronze Age: Scarab Research, in: BIETAK, M., ed., *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C. II*. (Proceedings of the SCIEM 2000 – EuroConference. Haindorf, 2nd – of May - 7th May 2001, Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtakademie, Band XXXIX). Wien, 239-248.
- BEN-TOR, D. 2004. Second Intermediate Period Scarabs from Egypt and Palestine: Historical and Chronological Implications, in: BIETAK, M. and CZERNY, E. (eds.), *Scarabs of the Second Millennium BC from Egypt, Nubia, Crete and the Levant: Chronological and Historical Implications*. (Papers of a Symposium, Vienna 10th-13th January 2002. Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtakademie, Band XXXV). Wien, 27-42.
- BIETAK, M. 1984. Problems of Middle Bronze Age Chronology: New Evidence from Egypt, in: *American Journal of Archaeology* 88, 471-485.
- BIETAK, M. 1989. The Middle Bronze Age of the Levant - A New Approach to Relative and Absolute Chronology. *High, Middle or Low?*, in: ASTRÖM, P. (ed.), *Acts of an International Colloquium on Absolute Chronology Held at the University of Gothenburg 20th-22nd August 1987. Part 3*, Gothenburg, Paul Aström, 78-120.
- BIETAK, M. 1991. Egypt and Canaan during the Middle Bronze Age, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 281, 27-72.
- BIETAK, M. 1992. Die Chronologie Ägyptens und der Beginn der Mittleren Bronzezeit-Kultur, in: *Ägypten und Levante* 3, 30-37.

- BIETAK, M. 2002. Relative and Absolute Chronology of the Middle Bronze Age Comments on the Present State of Research, in: BIETAK, M. (ed.), *The Middle Bronze Age in the Levant*. (Proceedings of an International Conference on MB IIA Ceramic Material. Vienna, 24th-26th January 2001, Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtkademie, Band XXVI). Wien, 29-42.
- BIETAK, M. 2003. Science versus Archaeology: Problems and Consequences of High Aegean Chronology, in: BIETAK, M. (ed.), *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C. II*. (Proceedings of the SCIEM 2000 – EuroConference. Haindorf, 2nd –of May - 7th May 2001, Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtkademie, Band XXIX). Wien, 23-33.
- BIGGS, R.D. 1967. Semitic Names in Fara Period, in: *Orientalia* 36, 55-66.
- BRIANT, P. 1975. Villages et communautés villageoises d'Asie Achéménide et Héliénistique, in: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 18, 165-188.
- BRIANT, P. 1982. *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*. Paris & Cambridge, Cambridge University Press & Maison des Sciences de l'Homme.
- BRIANT, P. 1982. *Rois, tributs et paysans. Études sur les formations tributaires du Moyen-Orient ancien*. Paris, Les Belles Lettres.
- BRIANT, P. 1988. Le nomadisme du Grand Roi, en: *Iranica Antiqua* 23, 253-273.
- CAMPAGNO, M. (ed.). 2006. *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires / Ediciones del Signo.
- GAHEN, C. 1979 [1963]. Reflexiones en torno al uso del término 'feudalismo', in: *El modo de producción feudal*. Madrid, Akal, 7-19.
- COHEN, R. 1992. The Nomadic or Semi-Nomadic Middle Bronze Age I Settlements in the Central Negev, in: BAR-YOSEF, O. and KHAZANOV, A. (eds.), *Pastoralism in the Levant. Archaeological Materials in Anthropological Perspectives*. (Monographs in World Archaeology 10). Madison, Prehistory Press, 105-131.
- COHEN, R. and DEVER, W.G. 1978. Preliminary Report of the Pilot Season of the 'Central Negev Highlands Project', in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 232, 29-45.
- COHEN, R. and DEVER, W.G. 1979. Preliminary Report of the Second Season of the 'Central Negev Highlands Project', in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 236, 41-60.
- COHEN, R. and DEVER, W.G. 1981. Preliminary Report of the Third and Final Season of the 'Central Negev Highlands Project', in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 243, 57-77.
- CRIBB, R. 1991. *Nomads in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- DAGAN, Y. 1996. Nahal Yarmut (Sites 94/24, 94/38), in: *Hadasot Arkeologiyot* 105, 97-98. (Hebrew).

- DEVER, W.G. 1972. Addendum to A.F. Rainey, The world of Sinuhe, in: *Israel Oriental Series* 2, 398.
- DEVER, W.G. 1976. The Beginning of the Middle Bronze Age in Syria Palestine, in: CROSS, F.M., LEMKE, W.E. and MILLER JR., P.D. (eds.), *Magnalia Dei: The Mighty Acts of God. Essays on the Bible and Archaeology in Memory of G. Ernest Wright*. Garden City, NY, Doubleday, 3-38.
- DEVER, W.G. 1980. New Vistas on the EB IV (MB I) Horizon in Syria Palestine, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 237, 35-64.
- DEVER, W.G. 1981. Cave G26 at Jebel Qa'qir: a Domestic Assemblage of Middle Bronze I, in: *Eretz-Israel* 15, 22*-32*.
- DEVER, W.G. 1985. From the End of the Early Bronze Age to the Beginning of the Middle Bronze, in: AMITAL, J. (ed.), *Biblical Archaeology Today. Proceedings of the International Congress on Biblical Archaeology, Jerusalem, April 1984*, Jerusalem, Israel Exploration Society, 113-135.
- DEVER, W.G. 1991. Tell el-Dab'a and Levantine Middle Bronze Age Chronology: A Rejoinder to Manfred Bietak, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 281: 73-79.
- DEVER, W.G. 1992. The Chronology of Syria-Palestine in the Second Millennium B.C.E.: A Review of Current Issues, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 288, 1-26.
- DEVER, W.G. 1992. Pastoralism and the End of the Urban Early Bronze Age in Palestine, in: BAR-YOSEF, O. and KHAZANOV, A. (eds.), *Pastoralism in the Levant. Archaeological Materials in Anthropological Perspectives*. (Monographs in World Archaeology 10). Madison, Prehistory Press, 83-92.
- DEVER, W.G. 1995. Social Structure in the Early Bronze IV Period in Palestine, in: LEVY, T.E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*. London, Leicester University Press, 283-296.
- DOSSIN, G. 1938. Les archives épistolaires du palais de Mari, in: *Syria* 19, 103-126.
- EDELSTEIN, G. and EISENBERG, E. 1985. Emek Refaim, in: *Excavations and Surveys in Israel* 4, 54-56.
- EDELSTEIN, G. and MILEVSKI, I. 1994. The Rural Settlement of Jerusalem Re-evaluated: Surveys and Excavations in the Repha'im Valley and Mevasseret Yerushalayim, in: *Palestine Exploration Quarterly* 126, 2-23.
- EDELSTEIN, G., MILEVSKI, I. and AURANT, S. 1998. *Villages, Terraces and Stone Mounds. Excavations at Manabat, Jerusalem, 1987-1989*. IAA Reports 3. Jerusalem.
- EISENBERG, E. 1980. Sha'ar Hagolan, en: *Hadasot Arkeologiyot* 73, 12. (Hebrew).
- EISENBERG, E. 1994. Nahal Refhaim - A Bronze Age Village in Southwestern Jerusalem, in: *Qadmoniot* 103-104, 82-95. (Hebrew).
- ENGELS, F. 1972 [1884]. *The Origin of the Family, Private Property, and the State*. New York, International Publishers.

- ESHTEL, H. and ZIZU, B. 2002. Region VIII: Survey and Excavations of Caves along the Cliff Slopes of Triangulation Point 86, on the Fringes of Jebel Ma'ar el-Bas, in: *'Atiqot* 41 (1), 141-150; 41 (2), 117-123. (Hebrew with English Summary).
- FALCONER, S. E. and MAGNESS-GARDINER, B. 1984. Preliminary Report of the First Season of the Tell el-Hayyat Project, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 255, 49-74.
- FALCONER, S. E. and MAGNESS-GARDINER, B. 1989. Hayyat (Tell el-), in: HOMIS-FREDERICQ, D. and HENESSY, J.B. (eds.), *Archaeology in Jordan II.1. Field Reports*. Leuven, Peeters, 254-261.
- FAULKNER, R.O. 1976. *A Concise Dictionary of Middle Egyptian*. Oxford, Oxford University Press.
- FEIG, N. and ABD RABU, O. 1995. Jerusalem, Khirbet er-Ras, in: *Excavations and Surveys in Israel* 15, 74-75.
- FINKELSTEIN, I. 1989. Further Observations on the Socio-Demographic Structure of the Intermediate Bronze Age, in: *Levant* 21, 129-140.
- FINKELSTEIN, I. 1991. The Central Hill Country in the Intermediate Bronze Age, in: *Israel Exploration Journal* 41, 19-45.
- FRANKE, D. 1988. Zur Chronologie des Mittleren Reiches (12.-18. Dynastie). Teil 1: Die 12. Dynastie, in: *Orientalia* 57, 113-138.
- GANSHOF, FL. 1964. *Feudalism*. New York, Harper & Row Publishers.
- GARDINER, A.H. 1916. *Notes on the Story of Sinuhe*. Paris, E. Champion.
- GERSTENBLITH, P. 1983. *The Levant at the Beginning of the Middle Bronze Age*. (Dissertation Series, 5. American Schools of Oriental Research). Winona Lake, Eisenbrauns.
- GOEDICKE, H. 1992. Where Did Sinuhe Stay in "Asia"? , in: *Chronique d'Égypte* 57, 28-40.
- GOETZE, A. 1958. Remarks on Some Names Occurring in the Execration Texts, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 151, 28-33.
- GOELIER, M. 1975. Modes of Production, Kinship and Demographic Structures, in: BLOCH, M. (ed.), *Marxist Analyses in Social Anthropology*. New York, J. Wiley, 3-27.
- GOPHNA, R. 1974. *The Settlement of the Coastal Plain of Eretz-Israel during the Early Bronze Age*. Unpublished Ph.D. dissertation. Tel Aviv University, Tel Aviv. (Hebrew).
- GOPHNA, R. 1992. The Intermediate Bronze Age, in: BEN-TOR, A. (ed.), *The Archaeology of Ancient Israel*. New Haven, Yale University Press & The Open University of Israel, 126-158.
- GOPHNA, R. and AYALON, E. 2004. Tel 'Ashir: An Open Cult Site of the Intermediate Bronze Age on the Bank of Poleg Stream, in: *Israel Exploration Journal* 54, 154-174.
- GOPHNA, R. and BECK, P. 1981. The Rural Aspect of the Settlement Pattern of the Coastal in the Middle Bronze Age II, in: *Tel Aviv* 8, 45-50.
- GOPHNA, R. and BLOCKMAN, N. 2004. The Neolithic, Chalcolithic, Early Bronze and Intermediate Bronze Age Pottery, in: USSISHKIN, D. (ed.), *The Renewed Archaeological*

- Excavations at Lachish (1973-1994). Volume III.* (Tel Aviv University, Sonia and Marco Nadler Institute of Archaeology, Monograph Series 22). Tel Aviv, University of Tel Aviv, 873-899.
- GOPHNA, R. and PORTUGALI, J. 1988. Settlement and Demographic Processes in Israel's Coastal Plain from the Chalcolithic to the Middle Bronze Age, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 269, 11-28.
- GOTTFELD, N.K. 1976. Early Israel and "the Asiatic Mode of Production" Canaan, in: MACRAE, G. (ed.), *Society of Biblical Literature 1976 Seminar Papers*. Missoula, Scholars Press, 145-154.
- GOTTFELD, N.K. 1983. Early Israel and the Canaanite Socio-Economic System, in: FREEDMAN, D.N. and GRAF, F. (eds.), *Palestine in Transition. The Emergence of Israel* (The Social World of Biblical Antiquity Series, 2). Sheffield, Almond Press, 25-37.
- GRAY, J. 1952. Feudalism in Ugarit and Early Israel, in: *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft* 64, 49-55.
- HELCK, W. 1976. Ägyptische Statuen im Ausland, Ein chronologisches Problem, in: *Ugarit-Forschungen* 8, 101-115.
- HELMS, S.W. 1986. Excavations at Tell Um Hammad, 1984, in: *Levant* 18, 25-49.
- HELMS, S.W. and MCCREERY, D.W. 1988. Rescue Excavations at Umm el Bighal. The Pottery, in: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 32, 319-347.
- HELTZER, M. 1969. Problems in the Social History of Syria in the Late Bronze Age, in: LIVERANI, M. (ed.), *La Siria nel Tardo Bronzo*. (Oriens Antiqui Collectio 9). Roma, Centro per le antichità e la storia dell'arte del Vicino Oriente, 31-45.
- HELTZER, M. 1976. *The Rural Community in Ancient Ugarit*. Wiesbaden, Ludwig Reichert Verlag.
- HOBBS, E.J. 1965. Introduction to K. MARX, *Pre-Capitalist Economic Formations*. New York, International Publishers.
- HORWITZ, L.K. 1989a. Sedentism in the Early Bronze IV: a Faunal Perspective, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 275, 15-25.
- HORWITZ, L.K. 1989b. Diachronic Changes in Rural Husbandry Practices in Bronze Age Settlements from the Refaim Valley, Israel, in: *Palestinian Exploration Quarterly* 121, 44-54.
- HRDLICKA, A. 1938. Skeletal Remains, in: GUY, P.L.O. (ed.), *Megiddo Tombs*. Chicago, Oriental Institute, 192-208.
- HUFFMON, H.B. 1965. *Amorite Personal Names in the Mari Texts: A Structural and Lexical Study*. Baltimore, Johns Hopkins Press.
- ILAN, D. 1995. The Dawn of Internationalism - The Middle Bronze Age, in: LEVY, T.E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*. London, Leicester University Press, 298-319.

- INGOLD, T. 1987. *The Appropriation of Nature: Essays in Human Ecology and Social Relations*. Manchester, Manchester University Press.
- ISRAEL, Y. 1995. Ashqelon, in: *Excavations and Surveys in Israel* 13, 100-105.
- JANKOVSKA, N. B. 1969. Communal Self-government and the King of the State of Arrapha, in: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 12, 233-282.
- KEMP, B.J. and MERILLEES, R.S. 1980. *Minoan Pottery in Second Millennium Egypt*. Mainz am Rhein, von Zabern.
- KEMPINSKI, A. 1992. The Middle Bronze Age, in: BEN-TOR, A. (ed.), *The Archaeology of Ancient Israel*, New Haven, Yale University Press & The Open University of Israel, 159-210.
- KENYON, K.M. 1966. *Amorites and Canaanites*. London, British Academy.
- KENYON, K.M., BOTTERO, J. and POSENER, G. 1971. Syria and Palestine c.2160-1780 B.C. *Cambridge Ancient History*, I, 2. (3rd revised edition). Cambridge, Cambridge University Press.
- KHALAILY, H. 2002. Chalcolithic and Early Bronze Age Pottery and Other Finds from Caves VIII/9 and VIII/28, in: *Atiqot* 41 (2), 129-141.
- KITCHEN, K.A. 1987. The Basics of Egyptian Chronology in Relation to the Bronze Age, in: ÅSTRÖM, P. (ed.), *High, Middle or Low? Acts of an International Colloquium on Absolute Chronology Held at the University of Gothenburg 20th-22nd August 1987. Part 1*. Gothenburg, Paul Åström, 37-55.
- KITCHEN, K.A. 1989. Supplementary Notes on "The Basics of Egyptian Chronology", in: ÅSTRÖM, P. (ed.), *High, Middle or Low? Acts of an International Colloquium on Absolute Chronology Held at the University of Gothenburg 20th-22nd August 1987. Part 3*. Gothenburg, Paul Åström, 152-159.
- KITCHEN, K.A. 1994. Sinuhe's Foreign Friends, and Papyri (Coptic) Greenhill 1-4, in: EYRE, C., LEAHY, A., and MONTAGNO LEAHY, L. (eds.), *The Unbroken Reed. Studies in the Culture and Heritage of Ancient Egypt in Honour of A.F. Shore*. London, The Egypt Exploration Society, 161-169.
- KLEINGEL, H. 1992. *Syria 3000 to 300 B.C. A Handbook of Political History*. Berlin, Akademie Verlag.
- KRAUSS, R. 1985. *Sothis und Monddaten. Studien zur astronomischen und technischen Chronologie Altägyptens*. (Hildesheimer ägyptologische Beiträge, 20). Hildesheim.
- KOCHAVI, M. 1989. Urbanization and Re-urbanization: Early Bronze Age, Middle Bronze and the Period in Between Them, in: DE MIROSCHEDEJI, P. (ed.), *L'urbanization de la Palestine à l'âge du Bronze ancien: Bilan et perspectives des recherches actuelles*. (BAR International Series 527 [iii]). Oxford, 257-262.
- KOCHAVI, M., BECK, P. and GOPHNA, R. 1979. Aphek Antipatris, Tel Poleg, Tel Zeror and Tel Burga: Four Fortified Sites of the Middle Bronze Age IIA in the Sharon Plain, in: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 95, 121-165.

- KUPPER, J.-R. 1957. *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*. (Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège 142). Paris.
- LAPP, P. 1966. *The Dhahr Mirzabaneh Tombs: Three Intermediate Bronze Age Cemeteries in Jordan*. (Publications of the Jerusalem School no.4). New Haven, American Schools of Oriental Research.
- LAPP, P. 1970. Palestine in the Early Bronze Age, in: SANDERS, J.A. (ed.), *Near Eastern Archaeology in the Twentieth Century: Essays in Honor of Nelson Glueck*. Garden City, NY, Doubleday, 101-131.
- LEVY, T. E. et al. 2001. Early Metallurgy, Interaction, and Social Change. The Jabal Hamrat Fidan (Jordan). Research Design and 1998 Archaeological Survey: Report, in: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 45, 159-187.
- LICHTHEIM, M. 1973. *Ancient Egyptian Literature, 1. The Old and Middle Kingdom*. Los Angeles, University of California.
- LIVERANI, M. 1967. Contrasti e confluenze di concezioni politiche nell'età di El-Amarna, in: *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale* 61, 1-18.
- LIVERANI, M. 1970. Per una considerazione storica del problema amorreo, in: *Oriens Antiquus* 9, 5-27.
- LIVERANI, M. 1975. Communautés de Village et Palais Royal dans la Syrie du IIème millénaire, in: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 18, 146-164.
- LIVERANI, M. 1995 [1988]. *El antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Barcelona, Ed. Crítica.
- MAC DONALD, B. et al. 1987. Southern Ghors and Northeast 'Arabah Archaeological Survey 1986, Jordan. A Preliminary Report, in: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 31, 391-413.
- MANDEL, E. 1971. *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx: 1843 to Capital*. London, Monthly Review Press.
- MARCUS, E. 1998. *Maritime Trade in the Southern Levant from Earliest Times through the Middle Bronze IIA Period*. Unpublished Ph.D. dissertation, University of Oxford, Oxford.
- MARCUS, E. S. 2003. Dating the Early Middle Bronze Age in the Southern Levant: A Preliminary Comparison of Radiocarbon and Archaeo-historical Synchronizations, in: BIETAK, M. (ed.), *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C. II*. (Proceedings of the SCIEM 2000 - EuroConference, Haindorf 2-7.5.2001). Wien, 95-110
- MARMORSTEIN, E. 1953. The Origins of Agricultural Feudalism in the Holy Land, in: *Palestinian Exploration Quarterly* 85, 111-117.
- MARX, K. 1965 [1939]. *Pre-Capitalist Economic Formations*. New York, International Publishers.
- MAZAR, A. 1991. The Excavations at Tel Beth-Shean in 1989-1990, in: *Eretz-Israel* 21, 197-211. (Hebrew with English Summary).

- MAZAR, A. 1993. *Archaeology of the Land of the Bible 10,000-586 B.C.E.* The Anchor Bible Reference Library. New York, Doubleday.
- MAZAR, B. 1954. Canaan on the Threshold of the Age of the Patriarchs, in: *Eretz-Israel* 3, 25. (Hebrew).
- MAZAR, B. 1968. The Middle Bronze Age in Palestine, in: *Israel Exploration Journal* 18, 65-97.
- MCEWEN, E. 1998. The Bow, in: SCHICK, T. (ed.), *The Cave of the Warrior. A Fourth Millennium Burial in the Judean Desert.* (IAA Reports 5). Jerusalem, Israel Antiquities Authority, 45-53.
- MEITLIS, Y. 1991. Wadi Zimra, in: *Hadasot Arkheologiyot* 97, 59-60. (Hebrew).
- MENDELSON, I. 1941. The Canaanite Term for "Free Proletarian", in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 83, 36-39.
- MENDELSON, I. 1955. New Light on the *hupšū*, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 139, 9-11.
- MERILLEES, R. S. 1973. Syrian Pottery from Middle Kingdom Egypt, in: *Australian Journal of Biblical Archaeology* 2, 51-59.
- MILEVSKI, I. 1990. *Palestina y la política imperial persa (s. VI-IV a.C.)*. Unpublished 2nd degree dissertation. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- MILEVSKI, I. 1991. La estructura social en Palestina durante el período aqueménida, in: *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 7/8, 95-142.
- MILEVSKI, I. 2000. Modi'In, Route 2 (B), in: *Hadasot Arkheologiyot* 111, 52*-53*.
- MILEVSKI, I. Forthcoming. Er-Rujum (Sha'Alabim East): An Intermediate Bronze Age (EB IV) Site in the Ayalon Valley, in: *Atiqot*.
- MILEVSKI, I. and GREENHUT, Z. 2007. Excavaciones en el cementerio de la Edad del Bronce en "Holyland Park", Jerusalén. Primeras Jornadas Internacionales de Historia Antigua, 22-24 de Mayo 2007, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- MORENZ, L. D. 1997. Kanaanäisches Lokalkolorit in der Sinuhe-Erzählung und die Vereinfachung des Urtextes, in: *Zeitschrift der Deutschen Palästina-Vereins* 113, 1-18.
- MORGAN, L. H. 1877. *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization.* London, Macmillan.
- MORSCHAUSER, S. 2000. What Made Sinuhe Run: Sinuhe's Reason Flight, in: *Journal of the American Research Center of Egypt* 37, 187-198.
- NEWBERRY, P. E. 1893. *Beni Hasan I.* (Archaeological Survey of Egypt 1). London, Kegan & Paul.
- OREN, E.D. 1971. A Middle Bronze Age I Warrior Tomb at Beth Shean, in: *Zeitschrift der Deutschen Palästina-Vereins* 87, 109-139.
- PALUMBO, G. 1990. *The Early Bronze Age IV in the Southern Levant. Settlement Patterns, Economy and Material Culture of 'Dark Age'*. (Contributi e Materiali di Archeologia Orientale III). Roma, Università degli Studi di Roma "La Sapienza".

- PALLAMBO, G. and PETERMAN, G. 1993. Early Bronze Age IV Ceramic Regionalism in Central Jordan, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 289, 23-32.
- PHILIP, G. 1989. *Metal Weapons of the Early and Middle Bronze Ages in Syria-Palestine*. (BAR International Series 526). Oxford.
- PHILIP, G. 1995. Warrior Burials in the Ancient Near-Eastern Bronze Age: The Evidence from Mesopotamia, Western Iran and Syria-Palestine, in: CAMPBELL, S. (ed.), *The Archaeology of Death in the Ancient Near East*. Oxford, Oxbow Books, 140-154.
- PIRENNE, H. 1937. *Economic and Social History of Medieval Europe*. New York, Harcourt, Brace & World Inc.
- PORADA, E. 1966. Les cylindres de la Jar Montet, in: *Syria* 43, 243-258.
- POSENER, G. 1940. *Princes et pays d'Asie et Nubie*. Brussels. Foundation Egyptologique Reine Elizabeth.
- POSENER, G. 1956. *Littérature et politique dans l'Égypte de la XII^e dynastie*. Paris, Honoré Champion editeur.
- POSENER, G. 1965. Syria and Palestine c. 2160-1760 B.C. *Cambridge Ancient History* I, 2. Cambridge, Cambridge University Press.
- POSENER, G. 1966. Les textes d'envoûtement de Mirgissa, in: *Syria* 43, 277-287.
- PRAG, K. 1974. The Intermeditate Early Bronze-Middle Bronze Age: An Interpretation of the Evidence from Transjordan, Syria and Lebanon, in: *Levant* 6, 69-116.
- PRAG, K. 1986. The Intermediate Early Bronze-Middle Bronze Age Sequences at Tell Iktanu Reviewed, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 264, 61-72.
- PRAG, K. 1988. Kilns of the Intermediate Early Bronze-Middle Bronze Age at Tell Iktanu. Preliminary Report, 1987 Season, in: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 32, 59-72.
- PRAG, K. 1990. Preliminary Report on the Excavations at Tell Iktanu, Jordan 1989, in: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 34, 119-130.
- RAINEY, A. F. 1962. Administration in Ugarit and the Samaria Ostraca, in: *Israel Exploration Journal* 12, 62-63.
- RAINEY, A. F. 1963. Business Agents at Ugarit, in: *Israel Exploration Journal* 13, 313-321.
- RAINEY, A. F. 1965a. The Kingdom of Ugarit, in: *Biblical Archaeologist* 28, 102-125.
- RAINEY, A. F. 1965b. Family Relationships in Ugarit, in: *Orientalia* 34, 10-22.
- RAINEY, A. F. 1970. Compulsory Labour Gangs in Ancien Israel, in: *Israel Exploration Journal* 20, 191-202.
- RAINEY, A. F. 1972. The World of Sinuhe, in: *Israel Oriental Studies* 2, 369-409.
- RAINEY, A. F. 2006. Sinuhe's World, in: MEIER, A. and DE MIROSCHEDEJI, P. (eds.), *"I Will Speak the Riddles of Ancient Times": Archaeological and Historical Studies in Honor of Amihai Mazar on the Occasion of this Sixtieth Birthday*. Winona Lake, Eisenbrauns, 277-299.

- REDFORD, D. B. 1992. *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times*. Princeton, Princeton University Press.
- RENFREW, C. and BAHN, P. 1991. *Archaeology: Theories, Methods and Practice*. New York.
- REVIV, H. 1972. Some Comments on the Maryannu, in: *Israel Exploration Journal* 22, 218-228.
- RICHARD, S. and BORAAS, R. S. 1984. Preliminary Report of the 1981-1982 Seasons of the Expedition to Khirbet Iskander and its Vicinity, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 254, 63-87.
- RICHARD, S. and BORAAS, R. S. 1988. The Early Bronze IV Fortified Site of Khirbet Iskander, Jordan Third Preliminary Report, 1984 Season, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research Supplement* 25, 107-130.
- RICHARD, S. and LONG JR., J. C. 1995. Archaeological Expedition to Khirbet Iskander 1994, in: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 39, 81-92.
- RICHARD, S. and LONG JR., J. C. 2005. Three Seasons of Excavations at Khirbat Iskandar, 1997, 2000, 2004, in: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 49, 261-275.
- ROSENVASSER, A. 1934. A New Duplicate Text of the Story of Sinuhe, in: *Journal of Egyptian Archaeology* 20, 47-50.
- ROSENVASSER, A. 1972. El papiro Buenos Aires Sinuhe B 251-6, in: *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 1, 5-13.
- ROWTON, M. B. 1974. Enclosed Nomadism, in: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 17, 1-30.
- ROWTON, M. B. 1976. Dimorphic Structure and Topology, in: *Oriens Antiquus* 15, 17-31.
- ROWTON, M. B. 1981. Economic and Political Factors in Ancient Nomadism, in: SILVA CASTILLO, J. (ed.), *Nomads and Sedentary Peoples*. (XXX International Congress of Human Sciences in Asia and North Africa). México DF, El Colegio de México, 25-36.
- SAHLINS, M. D. 1972. *Stone Age Economics*. Chicago, Aldine-Atherton.
- SAHLINS, M. D. and SERVICE, E. R. 1960. *Evolution and Culture*. Michigan, University of Michigan Press.
- SCHICK, T. (ed.). 1998. *The Cave of the Warrior. A Fourth Millennium Burial in the Judean Desert*. (IAA Reports 5). Jerusalem, Israel Antiquities Authority.
- SCHLOEN, J. D. 2001. *The House of the Father as Fact and Symbol: Patrimonialism in Ugarit and the Ancient Near East*. (SAHL, 2), Winona Lake, Eisenbrauns.
- SELIGMAN, J. 1995. Shaft Tombs of the Early Bronze Age IV at Pizgat Ze'ev (Ras Abu-Ma'ruf), Jerusalem, in: *Atiqot* 27, 191-197.
- SERVICE, E. R. 1960. Kinship Terminology and Evolution, in: *American Anthropology* 62, 747-762.
- SERVICE, E. R. 1971. *Primitive Social Organization: an Evolutionary Perspective*. (2nd edition). New York, Random House.

- SETHE, K. H. 1906-09. *Urkunden der 18. Dynastie, historisch-biographische Urkunden*. 4 vols. Leipzig.
- SETHE, K. H. 1926. *Die Achtung feindlicher Fürsten, Völker, und Dinge auf altägyptischen Tongefäßscherben des Mittleren Reiches*. Berlin, W. de Gruyter.
- SMITH, P. 1982. The Physical Characteristics and Biological Affinities of the MBI Skeletal Remains from Jebel Qa'aqir, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 245: 65-73.
- SMITH, P. 1995. People of the Holy Land from Prehistory to the Recent to the Recent Past, in: LEVY, T. E. (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*. London, Leicester University Press, 58-74.
- SMITH, P. and SIEGAL, S. 1998. The Human Remains from Manahat, in: EDELSTEIN, G., MILEVSKI, I. and AURANT, S. (eds.), *Villages, Terraces and Stone Mounds. Manahat Excavations in Jerusalem, 1987-1989*. (LAA Reports No. 3). Jerusalem, Israel Antiquities Authority, 102-103.
- STAGER, L. E. 1990. The Periodization of Palestine from the Neolithic through Early Bronze Times, in: EHRICH, R.W. (ed.), *Chronologies in Old World Archaeology*, vol. I (3rd edition), Chicago, Chicago University Press, 22-41.
- STAGER, L. E. 2002. The MB IIA Ceramic Sequence at Tel Askelon and its Implications for the "Port Power" Model of Trade, in: BIETAK, M. (ed.), *The Middle Bronze Age in the Levant*. (Proceedings of an International Conference on MB IIA Ceramic Material. Vienna, 24th-26th January 2001, Österreichische Akademie der Wissenschaften. Denkschriften der Gesamtkademie, Band XXVI). Wien, 353-362.
- STECH, T., MUHLY, J. D. and MADDIN, R. 1985. Metallurgical Studies on Artifacts from the Tomb near 'Enan, in: *'Atiqot (E3)* 17, 75-82.
- STROMMINGER, E. 1962. *The Art of Mesopotamia*. London, Thames and Hudson.
- TEISSIER, B. 1990. The Seal Impression Alalakh 194: A New Aspect of Egypto-Levantine Relations in the Middle Kingdom, in: *Levant* 22, 65-73.
- TUBB, J. 1983. The MBIIA Period in Palestine: Its Relationship with Syria and its Origin, in: *Levant* 15, 49-62.
- TUBB, J. 1990. *Excavations at the Early Bronze Age Cemetery of Tiwal esh-Sharqi*. London, British Museum.
- TUFNELL, O. and WARD, W. A. 1966. Relations between Byblos, Egypt and Mesopotamia at the End of the Third Millennium B.C. A Study of the Montet Jar, in: *Syria* 43, 165-241.
- TUFNELL, O. et al. 1958. *Lachish IV: The Bronze Age (Text)*. London, Oxford University Press.
- USSISHKIN, D. 1982. *The Conquest of Lachish by Sennacherib*. (Publications of the Institute of Archaeology, 6). Tel Aviv, Tel Aviv University.
- WAPNISH, P. and HESSE, B. 1991. Faunal Remains from Tel Dan: Perspectives on Animal Production at a Village, Urban and Ritual Center, in: *Archaeozoologia* 4, 9-86.

- WARD, W. A. 1987. Scarab Typology and Archaeological Context, in: *American Journal of Archaeology* 91, 507-532.
- WARD, W. A. 1992. The Present Status of Egyptian Chronology, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 288, 47-66.
- WEINSTEIN, J. M. 1974. A Statuette of the Princess Sobeknefru at Tell Gezer, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 213, 49-57.
- WEINSTEIN, J. M. 1975. Egyptian Relations with Palestine in the Middle Kingdom, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 217, 1-14.
- WEINSTEIN, J. M. 1984. Radiocarbon Dating in the Southern Levant, in: *Radiocarbon* 26, 297-366.
- WEINSTEIN, J. M. 1992. The Chronology of Palestine in the Early Second Millennium B.C.E., in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 288, 27-46.
- WEINSTEIN, J. M. 1995. Reflection on the Chronology of Tell el-Dab'a, in: DAVIES, W.V. and SCHOFIELD, L. (eds.), *Egypt, the Aegean and the Levant: Interconnections in the Second Millennium B.C.* London, British Museum, 84-90.
- WEINSTEIN, J. M. 1996. A Wolf in Sheep's Clothing: How the High Chronology Became the Middle Chronology, in: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 304, 55-63.
- WISEMAN, D. J. 1953. *The Alalakh Tablets* (Occasional Publications of the British Institute of Archaeology at Ankara no. 2). Ankara.
- WISEMAN, D. J. 1958. Abban and Alalah, in: *Journal of Cuneiform Studies* 12, 124-129.
- WHITE, L. A. 1948. Lewis Henry Morgan: Pioneer in the Theory of Social Evolution, in: BARNES, H.E. (ed.), *An Introduction to the History of Sociology*. Chicago, University of Chicago Press, 55-75.
- YADIN, Y. 1972. *Hazor* (The Schweich Lectures of the British Academy 1970). London, Oxford University Press.
- YADIN, Y. ET AL. 1989. *Hazor III-IV. An Account of the Third and Fourth Seasons of Excavation, 1957-1958. (Text)*. Jerusalem, The Israel Exploration Society & The Hebrew University of Jerusalem.
- ZAHAWI, A. 1993. Manahat, in: *Hadasot Arkheologiyot* 99, 59-60. (Hebrew).
- ZBENOVICH, V. 2000. Book Reviews. The Cave of the Warrior. A Fourth Millennium Burial in the Judean Desert (IAA Reports 5). Jerusalem, by Tamar SCHICK, in: *Mitekufat Haeven, Journal of the Israel Prehistoric Society* 30, 105-109.

Table 2
Comparative table on topics about Simuhe's Story according to various scholars.

| Source | Simuhe's Period | Simuhe's Society | IBA Society | MB IIA Society | "Amorite" Horizon | Egyptian-Canaan Relations Evidence |
|--------------|-----------------|------------------|--------------------------|----------------|-------------------|------------------------------------|
| Posener 1965 | IBA | Nomadic | Nomadic | Sedentary | MB II | MB IIA |
| Rainey 1972 | MB IIA | Sedentary Feudal | Nomadic | Sedentary | MB II | MB IIA |
| Prag 1974 | IBA | Nomadic | Sedentary | Sedentary | IBA-MB II | |
| Dever 1995 | IBA | Nomadic | Nomadic/ Semi-nomadic | Sedentary | EB-IBA- MB II | |
| Redford 1992 | IBA | Nomadic | Nomadic | Sedentary | | |
| Bietak 1991 | IBA | Sedentary | Sedentary | Sedentary | | |
| This work | IBA/ MB IIA? | Asiatic M.P.? | Asiatic M.P.? | Asiatic M.P.? | IBA?/MB II | MB II B-C |

Hatti y el Levante septentrional. Relaciones sociopolíticas de acuerdo con la evidencia textual

EMANUEL PFOH

Universidad Nacional de La Plata

Universidad de Buenos Aires

CONICET

RESUMEN: La dinámica establecida entre el reino hitita y sus súbditos asiáticos durante el segundo milenio a.C. ha sido usualmente caracterizada bajo el rótulo de "vasallaje", especialmente a partir de las obligaciones establecidas en los tratados que comprometían a ambas partes. Sin embargo, atendiendo a esta dinámica a la luz de la antropología de las llamadas sociedades tradicionales del Mediterráneo, se podrían constatar relaciones de patronazgo a partir de una lectura crítica de dichos tratados. La utilización de un modelo de patronazgo, en un marco mayor de patrimonialismo, podría proveernos de una mejor manera de comprender la conducta sociopolítica exterior entre los reyes hititas y otros monarcas de Anatolia y de Siria bajo su control, de acuerdo a lo evidenciado en la información textual a nuestra disposición.

ABSTRACT: *Hatti and the Northern Levant. Socio-Political Relationships According to the Textual Evidence.*

The dynamics between the Hittite kingdom and its Asiatic subjects during the second millennium BCE has usually been rendered as "vassalage", especially after taking into account the treaties that established duties between both parties. However, if we pay attention to these dynamics in the light of the anthropology of so-called traditional Mediterranean societies, patronage relations may be attested in a closer reading of these treaties. Applying a patronage model within a greater patrimonialism's framework may be a better way for understanding the foreign socio-political behaviour between the Hittites and the Anatolian and Syrian kings under their control as depicted in the available textual data.

PALABRAS CLAVE: Hatti – Siria – tratados – patronazgo

KEYWORDS: Hatti – Syria – treaties – patronage

Introducción

En una contribución anterior, habíamos intentado establecer las pautas de conducta de los pequeños reyes de Palestina de la Edad del Bronce Tardío (ca. 1550-1150 a.C.) ante la intervención militar egipcia en la región, a partir de un análisis del material textual proveniente del corpus epistolar hallado en Tell el-Amarna (Egipto)¹. En esta ocasión, deseamos realizar un análisis similar, continuando con la perspectiva interpretativa habilitada anteriormente, pero teniendo en cuenta ahora la situación histórica del Levante septentrional (el sudeste de Anatolia y Siria) ante las incursiones militares hititas y el ejercicio de la dominación en la región.

Tenemos a nuestra disposición mucha evidencia textual acerca del dominio hitita sobre el Levante septentrional, evidencia que nos permite realizar tanto una descripción suficiente de las características sociopolíticas de tal dominio, especialmente con relación a aquellas que refieren a los reinos “vasallos”, como una evaluación de la naturaleza de las prácticas políticas atestigüables. La detección de esta aparente práctica de “vasallaje” exterior condujo a algunos investigadores a postular la existencia de un tipo de “feudalismo hitita” en la antigua Anatolia. En principio, deberíamos notar aquí que el término “vasallo” posee un significado implícito, para algunas de las características evidenciables de su práctica concreta, que pertenece por cierto más al mundo político de la Europa medieval que al del Cercano Oriente antiguo propiamente. Como ha indicado G. Beckman, un ordenamiento estructurado a partir de una cadena de autoridad, en donde cada individuo en un determinado nivel político le debía servicio a su señor, quien a su vez le juraba lealtad a un señor mayor aún —como aquel que regulaba la conducta sociopolítica interna de los señores dentro de los reinos medievales—, “solamente puede ser evidenciado en la organización del imperio [hitita], en donde cada vasallo [sic] juraba un voto al Gran Rey, en tanto su propia población permanecía como su sirviente ‘personal’”². Vale decir, este “vasallaje” no caracterizaba el ordenamiento interno de Hatti, sino que regulaba un dominio externo a dicha

¹ Pfoh (2006).

² Beckman (1995: 541-542) [todas las traducciones al castellano son mías]; véase también Alt (1959a: 99-106); y para una síntesis detallada de la organización del reino (*Grossreich*) hitita, Imparati (1999); Starke (2005-2006). Para una descripción de la organización militar así como de las instituciones legales y sociales, véanse los artículos de Beal (1995) y Hoffner, Jr. (1995), respectivamente.

sociedad, la cual no puede ser entonces definida como “feudal”. La utilización de términos como “vasallaje” o “feudalismo” en un contexto oriental, por lo tanto, puede ser algo sumamente inadecuado para comprender la estructura sociopolítica que vinculaba a Hatti con sus dominados externos y su dinámica. Precisamente, un intento de aproximar un enfoque que refleje de mejor manera la dinámica de las relaciones sociopolíticas entre el reino anatólico y sus dominados sirios es lo que motiva el presente análisis de algunos de los pasajes presentes en los tratados “diplomáticos” producidos durante la Edad del Bronce Tardío. De especial interés nos es la posibilidad que tenemos aquí de responder por qué los reyes hititas diseñaban e imponían tratados de sojuzgamiento o de “vasallaje” para sus dominados, cuando bien podrían haber ejercido un dominio absoluto del territorio anatólico y sirio sin que medien dichos pactos explícitos en la práctica. Intentaremos ofrecer algunas aproximaciones interpretativas al respecto.

El contexto histórico

Tal vez los testimonios textuales de mayor riqueza sean aquellos del siglo XIV a.C., esto es, la época del imperio hitita propiamente dicho³. Durante esta época, Hatti mantuvo contactos diplomáticos con los poderes contemporáneos del Cercano Oriente, como Egipto, y también estableció vínculos a través de tratados con otros poderes de menor envergadura, derrotados a medida que el imperio se expandía hacia el este y hacia el sur⁴. En sí mismo, este período del segundo milenio a.C. constituye un resurgimiento del poderío hitita en la región con Tudhaliya I (ca. 1420-1400 a.C.)⁵, quien mantuvo a raya la amenaza proveniente de Mitanni en el este —arrebátandole a Kizzuwatna de la órbita de influencia política—, incurrió en Siria, poniendo bajo a control a Halab, y en el oeste derrotó a Arzawa. Suppiluliuma I (ca. 1355-1320 a.C.) será quien consolide el dominio hitita en este nuevo período de Anatolia. Bajo su reinado se realizaron campañas contra Azzi, contra el territorio de los pueblos *kashka* y contra Arzawa.

³ Para una reciente síntesis histórica, véase Macqueen (1995: 1090-1099). Véase también von Schulder (1969); Liverani (1994); Klengel (1999: 135-308); Bryce (2005: caps. 6-9); Starke (2005-2006).

⁴ Una traducción de varios de estos tratados puede hallarse en Beckman (1996). Véase también Pritchard (1955: 201-206); Briend, Lebrun y Puech (1994 [1992]: 15-55); y Starke (2005-2006: 233-236). Sobre las relaciones internacionales durante este período de la historia del Cercano Oriente, cf. Liverani (1994); Cohen y Westbrook (2000).

⁵ La siguiente cronología sigue a Starke (2005-2006: 297).

Muchos de los Estados sirios más importantes (Halab, Alalakh, Kadesh, Nukhasshe y Amurru; no así Karkemish y Mira, que constituían entidades subsidiarias del imperio⁶) entraron en la orbita de influencia hitita. El dominio continuará bajo el reinado de Mursili II (ca. 1318-1290 a.C.) hijo y sucesor de Suppiluliuma I. Sin embargo, con el acceso al trono de Hattushili III (ca. 1268-1240 a.C.) comienzan los problemas internos y, esencialmente, externos, ante el resurgimiento de Asiria en la alta Mesopotamia, problemas que se acentuarán bajo los reinados de Tudhaliya IV (ca. 1240-1215 a.C.) y Suppiluliuma II (ca. 1190-1185 a.C.), y que darán fin al dominio hitita de la península anatólica y el Levante septentrional, subsumidos no sólo en una profunda crisis interna de rebelión y desestructuración política sino también agravado por la incursión de los llamados Pueblos del Mar en el Mediterráneo oriental durante el período de la crisis del siglo XII a.C.⁷

Este vaivén constante en la escena política de la región durante los siglos XIV y XIII a.C. constituye el marco estructural en el cual se efectuaron diversos tratados de “vasallaje” o de sujeción política al poder de Hatti. Precisamente, la fragilidad estructural de las relaciones políticas establecidas, atravesadas constantemente por intervenciones militares, quizás nos provea de alguna clave para comprender la necesidad de pautar fórmulas de lealtad y obediencia, con sus respectivos castigos ante una traición, en estos tratados. Existe, asimismo, un factor topográfico que, a nuestra consideración, no puede dejar de ser tenido en cuenta, sin que ello implique necesariamente caer en algún tipo de determinismo geográfico inexcusable para comprender las manifestaciones de lo social en este rincón del Levante. Como ha observado J. Sapin hace varios años, al comparar esta región durante el segundo milenio a.C. con los grandes núcleos civilizatorios del antiguo Oriente,

la Siria-Palestina, mucho más limitada pero más diversificada en sus productos, parcelada en gran parte por la topografía, favorece el *poli-centrismo* y las *soluciones de recambio* para las relaciones comerciales. Pero, es por sobre todo su posición geográfica de encrucijada entre Mesopotamia, Egipto, Asia Menor y el Mediterráneo oriental que le

⁶ Cf. Starke (2005-2006: 238). Starke hace referencia a la manera “federativa” en que los hititas administraban su imperio, respetando la soberanía de algunos reinos subyugados en tanto no atentaran contra el dominio de la capital imperial en el territorio.

⁷ Cf. Macquoen (1995: 1097-1099); Dothan (1995); Klengel (1999: 309-319); Bryce (2005: 327-355).

ha otorgado un valor estratégico en el comercio internacional y en las rivalidades políticas de las grandes potencias. Los poderes locales y las potencias exteriores tenían mucho interés en mantener en esta región la seguridad necesaria de las relaciones comerciales y en desarrollar, a lo largo de las rutas y de la costa, estaciones fortificadas, técnicamente adaptadas y equipadas para mantener los medios de transporte [...]»⁸.

El policentrismo notado por Sapin nos podría estar indicando dos factores de importancia. En primer lugar, la ausencia de una unidad política indígena *soberana* por sobre el territorio, vale decir, capaz de mantener un dominio sociopolítico estable sobre diversas unidades sociales (i.e., otros centros sociopolíticos); en segundo lugar, y con relación a este primer factor, la consecuente fragilidad de las relaciones políticas de vasto alcance territorial, que se veía acrecentada más aún debido a las intervenciones de poderes políticos de mayor magnitud en la región. Por ahora, basten estas razones para explicar el recurso a los tratados, por parte de los reyes de Hatti, para organizar el control de los territorios conquistados o incorporados. Más adelante, abordaremos nuevamente esta cuestión.

Tratados hititas de “vasallaje”

Desde un punto de vista historiográfico en las investigaciones del Cercano Oriente antiguo, el estudio de las formas de vincular dos entidades sociopolíticas (o dos individuos, o un individuo y una divinidad, para el caso de la literatura veterotestamentaria) a partir de un pacto o un tratado halla un primer antecedente de importancia en el estudio de V. Korošec, desde un punto de vista jurídico, sobre los tratados hititas de los siglos XIV y XIII a.C.⁹ De acuerdo con este investigador, se puede establecer un formulario de los tratados hititas, el cual comprendía:

- 1) un preámbulo que da el nombre del soberano, legitimándose así su posición dinástica y se pone de relieve el hecho de que pertenece sólo a él toda iniciativa;

⁸ Sapin (1981: 22) [el resaltado es original]. Véase también Finkelstein (1996).

⁹ Cf. Korošec (1931, 1960); también McCarthy (1963: 28-50); von Schuler (1969: 112ss.); Imparati (1999), esp. pp. 359-363, 365ss. (relaciones de “protectorado” o subordinación), y pp. 363-364 (relaciones paritarias o de hermandad); Starke (2005-2006: 219ss.).

- 2) un prólogo histórico en el que se narra la historia de las condiciones anteriores que condujeron a un príncipe (de Siria, o de Anatolia occidental) a querer establecer relaciones con Hatti;
- 3) las estipulaciones, vale decir, una lista de obligaciones mutuas que siempre tienen mayor gravitación para el protegido que para el rey protector: *a)* obediencia del príncipe protegido al rey hitita; *b)* prohibición al “vasallo” de llevar una política independiente en lo que hace a las relaciones internacionales; *c)* asistencia militar obligatoria en provecho del rey hitita; *d)* devolución al rey de Hatti de los eventuales fugitivos hititas, sin que haya reciprocidad equilibrada de parte de éste; *e)* pago de un tributo (a veces ligero, a veces pesado) al soberano hitita; *f)* asistencia material a las tropas hititas que tengan que establecerse o pasar por el país del príncipe protegido. El cumplimiento de todas estas instancias le aseguraban al príncipe protegido la estabilidad en su trono así como la sucesión;
- 4) las disposiciones relativas al depósito del documento en un templo y su lectura pública regular, especialmente ante la presencia del príncipe protegido, para recordarle tanto sus obligaciones así como que la alianza con Hatti era la mejor solución;
- 5) una lista de dioses como testigos, cuya cólera se abatiría sobre la parte que no respetase el acuerdo. Debe notarse que la lista de dioses hititas era considerablemente mayor que el listado de dioses del príncipe bajo protección;
- 6) una serie de fórmulas de maldición para el príncipe que no respete el tratado y de bendición para aquél que sí lo haga¹⁰.

La mayor parte de los tratados hititas conocidos son relativos a los reinos llamados “protegidos”. Vale decir, “cuando un país entraba espontáneamente o tras una conquista en el ámbito político hitita, el rey de Hatti imponía a este nuevo aliado un tratado de protectorado (hitita *ishiul*: lit. «vínculo, contrato»). Por consiguiente, no era un tratado entre dos estados, sino más bien el establecimiento de un código de relaciones personales que había que observar *cum bona fide*”¹¹, y

¹⁰ Cf. Briend, Lebrun y Puech (1994 [1992]: 5-6, 16-17); Beckman (1996: 1-6). Asimismo, como señala Korošec, “estos tratados obligaban a los vasallos hititas a acudir cada año a Hattushash, residencia hitita, para rendir allí los homenajes al soberano y para entregárle el tributo anual” (1960: 66).

¹¹ Lebrun, en Briend, Lebrun y Puech (1994 [1992]: 16). Cf. Korošec (1931: 21-35); Starke (2005-2006: 218). Al respecto, véanse también las consideraciones en torno a la ideología de la protección y la amistad entre “grandes reyes” y “pequeños reyes” en Liverani (1994: 168-182); Imparati (1999: 358-387).

no obstante la aparente y manifiesta igualdad de obligaciones, vale decir, la retórica de la igualdad y simetría que se observa en varios tratados, era evidente que el rey heteo era quien imponía las condiciones y su protegido quien observaba la mayor parte de las cargas estipuladas¹².

Para ilustrar lo expuesto, tomaremos como ejemplo un reciente e importante hallazgo arqueológico. A mediados de 1986, la misión alemana que trabajaba en el sitio de Boghazköy-Hattushash descubrió a unos 35 metros al oeste de la famosa puerta de las Esfinges y al pie de la muralla un ejemplar oficial y completo, redactado en hitita y con escritura cuneiforme en una tablilla de bronce (35 x 23,5 cm., 5 kg.) del tratado concluido entre el gran rey hitita Tudhaliya IV, el hijo de Hattushili III, y su "vasallo" Kurunta, rey de Tarhuntassa¹³. Si bien Tarhuntassa no se encuentra estrictamente en territorio sirio, en esta tablilla se pueden observar todos los formulismos que hemos indicado más arriba para el caso de los reyezuelos del Levante septentrional. De especial interés, pues, nos es reproducir el juramento que vincula a ambos soberanos. En el tratado se indica:

§ 13 (ii 31-42) Cuando yo, Tudhaliya, el gran rey, aún no había llegado a ser rey, un dios (nos) indujo ya, a mí y a Kurunta, a la amistad y nos estimábamos y amábamos el uno al otro. Estábamos ligados por un juramento «¡qué el uno proteja al otro!». Pero en aquel momento mi padre había investido a mi hermano mayor de la dignidad de príncipe heredero, mientras que a mí, en aquel momento, no me había destinado la realeza. Pero Kurunta me protegió en aquel momento e hizo este juramento a mi persona: «Si tu padre no te instala en la realeza, en cualquier lugar en que tu padre te establezca, yo no te protegeré más que a ti y seré tu servidor», mientras que yo hice este juramento a Kurunta: «Y yo te protegeré a ti»¹⁴.

¹² Esto es algo evidente, por ejemplo, en el tratado que Hatti establece con Kizzuwatna (ca. siglo XIV a.C.). Véase el análisis específico en Liverani (1973), esp. pp. 271-276 (cláusulas simétricas), y pp. 276-278 (cláusulas asimétricas). Cf. también McCarthy (1963: 33ss.); y Singer (1999: 628), para un ejemplo de un similar tratado asimétrico —explícitamente, una "alianza"— entre Amurru y Ugarit. Es dable pensar que entre dos pequeñas entidades sociopolíticas como estas un tratado fuera indispensable para mantener lo que de otra manera el monopolio de la coerción podría realizar directamente. La pregunta es válida de nuevo: ¿por qué Hatti, pudiendo ejercer directamente el monopolio de la coerción, mantiene tratados con sus dominados asiáticos? La respuesta tal vez reside en el pragmatismo que suponía un "imperio federal" (F. Starke) como la mejor vía de dominación.

¹³ Véase la edición en Otten (1988). Cf. también Starke (2005-2006: 255s.).

¹⁴ Beckman (1996: 112).

Ahora bien, Hattushili III, por alguna razón que desconocemos, destituyó al príncipe heredero, el hermano mayor de Tudhaliya, y éste ocupó su lugar:

§ 14 (ii 43-52) Pero cuando mi padre destituyó a mi hermano, al que había investido de la dignidad de príncipe heredero, me estableció a mí en la realeza, y cuando mi padre vio el respecto y el afecto entre Kurunta y mi persona, mi padre nos hizo venir y nos hizo jurar «¡qué el uno proteja al otro!». Así mi padre nos hizo jurar. Éramos el uno con el otro hombres de juramento y Kurunta me protegía. Los juramentos que ante mí había prestado, no los violó de ninguna manera. Pero yo, Mi Majestad, le dije esto: «Si los dioses me reconocen para ser rey, de mi parte sólo habrá cosas buenas para ti»¹⁵.

A continuación, Tudhaliya indica su deseo de recompensar la lealtad de Kurunta, en caso de acceder al trono hitita, lo cual sucede a la muerte de Hattushili III. La relevancia de esto reside en que, ante la muerte del rey hitita, muchos de sus protegidos aprovechaban para liberarse de su tutela. Así pues, ante esta prueba de fidelidad, Kurunta toma inmediatamente el partido del príncipe heredero, por lo cual es recompensado:

§ 15 (ii 53-56) Pero en el momento en que mi padre murió, mientras que algunos países se escindían, Kurunta por el contrario estaba dispuesto a morir por mí en aquel momento. Me protegió y los juramentos que había prestado no los violó de ningún modo.

§ 16 (ii 57-66) Cuando la divinidad se apoderó de mí y fui hecho rey, hice para Kurunta el tratado siguiente: Las ciudades que no se inscribieron en la tablilla del tratado de mi padre, esas ciudades con su territorio cultivado y los deportados, todo ello se lo doy en sujeción a Kurunta, rey del país de Tarhuntassa. Todo el que esté en el interior del país del río Hulaya pertenece por completo en sujeción a Kurunta, rey de Tarhuntassa. También he desplazado sus fronteras; le he dado además el Santuario de la Roca Eterna. Y que en el futuro nadie le quite el Santuario de la Roca Eterna a la descendencia de Kurunta¹⁶.

¹⁵ Beckman (1996: 112).

¹⁶ Beckman (1996: 112).

A continuación se detalla el compromiso de asistencia mutua:

§ 17 (ii 67-78) Que en el futuro sea éste el tratado con Kurunta, rey del país de Tarhuntassa. Mientras que esto sea así, Tudhaliya, rey de de Hatti, protegerá a Kurunta en el ejercicio de la realeza y que de la misma manera la descendencia de Tudhaliya proteja a la descendencia de Kurunta en el ejercicio de la realeza en el país de Tarhuntassa. ¡Que no se deje aniquilar ni menguar! De igual manera que yo, Tudhaliya, el gran rey, protejo a Kurunta, que lo mismo mi hijo y mi nieto protejan a la descendencia de Kurunta, y que si alguna cosa falla para él, yo le indemnizaré siempre; que así, si algo resulta preocupante para la descendencia de Kurunta, mi hijo y mi nieto le indemnicen siempre y que no le dejen aniquilar ni menguar¹⁷.

El tratado asegura también la continuación de la línea dinástica de Kurunta en el trono, siempre y cuando la fidelidad y la obediencia sean mantenidas:

§ 20 (ii 95-iii 20) Que sea también éste el tratado válido para Kurunta, para su hijo y para su nieto: Yo, Mi Majestad, no echaré a tu hijo. Yo no aceptaré ni a tu hermano ni a ningún otro. Solamente tu única descendencia ocupará el país de Tarhuntassa que te he dado; no se lo quitaré. Pero si alguno de tus hijos o nietos comete una falta en el futuro, el rey de Hatti le interrogará y, si se observa una falta contra él, se le tratará de la manera que le agrade al rey de Hatti. Si él merece la muerte, perecerá; sin embargo, que no se le quite la casa ni el país y que el rey de Hatti no se lo dé a otro descendiente (de la familia real hitita) [...] ¹⁸.

Más aún, entre las obligaciones de los descendientes de Kurunta, se establece en el tratado que, en caso de que ocurra un golpe de estado en el país de Hatti que destrone a los descendientes de Tudhaliya, deberán luchar contra los usurpadores y de ninguna manera deben someterse a su “vasallaje”:

§ 21 (iii 21-31) Si algún descendiente de Tudhaliya se instala en la realeza en el país hitita y le ocurre algo grave, que el descendiente de

¹⁷ Beckman (1996: 112-113).

¹⁸ Beckman (1996: 113-114).

Kurunta que sea instalado en la realeza en el país de Tarhuntassa esté dispuesto a morir por él. Como Kurunta protege a Tudhaliya, que así, en el futuro, la descendencia de Kurunta proteja a la descendencia de Tudhaliya, y que la descendencia de Tudhaliya proteja a la descendencia de Kurunta, que no la abandone a la destrucción y a la humillación. Además, si le ocurre algo grave a un descendiente de Tudhaliya y si es echado de la realeza del país hitita, que el descendiente de Kurunta que se encuentre en la realeza en el país de Tarhuntassa inicie las hostilidades contra el (nuevo) rey de Hatti y que no sea su súbdito¹⁹.

Luego, se establece un alivio de cargas militares y tributos y prestaciones varias de Tarhuntassa hacia Hatti ante una lista de dioses testigos del tratado. Pero, de mayor relevancia para nuestro interés aquí es la maldición que se estipula para Kurunta si traiciona el acuerdo:

§ 25 (iii 78-iv 15) [...] Si tú, Kurunta, no observas estas palabras de la tablilla y no proteges a Mi Majestad y a la descendencia de Mi Majestad en la realeza de Hatti, o bien si tú ambicionas la realeza del país hitita, o también si alguno busca pependencias contra Mi Majestad o contra la descendencia de Mi Majestad a propósito de la realeza de Hatti, y tú le favoreces y no te muestras hostil contra él, que entonces estos dioses del juramento te aniquilen con tu descendencia. Pero si tú, Kurunta, te atienes a los términos de esta tablilla y conservas el favor de Mi Majestad, y luego el de la descendencia de Mi Majestad en lo que se refiere a la realeza, y la proteges, entonces los dioses te protegerán con benevolencia. Y (entonces) vivirás hasta una alta edad en la mano de Mi Majestad²⁰.

El tratado culmina con una lista de testigos divinos de la redacción del documento y con un colofón en donde se detalla el número de ejemplares oficiales del tratado que se redactaban, rubricados con los sellos de la pareja divina primordial y depositados en varios lugares, entre ellos, el palacio de Hattushash y el de Tarhuntassa:

¹⁹ Beckman (1996: 114).

²⁰ Beckman (1996: 116).

§ 28 (iv 44-51) Este documento se hizo en número de siete ejemplares y fueron marcadas con el sello de la diosa Sol de Arinna, una tablilla delante del dios de la Tempestad de Hatti. Hay una tablilla depositada delante de la diosa Sol de Arinna, una tablilla delante del dios de la Tempestad de Hatti, una tablilla delante de Lelwani, una tablilla delante de Hebat de Kizzuwatna, una tablilla delante del dios de la Tempestad del Rayo, una tablilla está depositada en el palacio delante de Zithariya, mientras que Kurunta, rey del país de Tarhuntaša, tiene una tablilla en su palacio²¹.

Similares condiciones se detallaban en los tratados con otras entidades de la franja levantina del Mediterráneo, como Amurru y Ugarit²². La fidelidad de Amurru hacia el reino hitita era esencial para la organización de Siria por parte de Mursili II, ante la irrupción de revueltas en la región de Nuhashshe y en la de Kadesh, y poseemos una versión acadia y una hitita del tratado efectuado entre dicho rey y Tuppi-Teshshup²³. De igual manera, en el archivo de Ugarit (Ras Shamra) se encontró una copia del tratado entre Mursili II y Niqmepa (1313-1267 a.C.) que estipula similares condiciones de fidelidad, obediencia y (aparente) reciprocidad²⁴. Está claro aquí que la relevancia de la imposición de estos tratados reside antes en el plano de lo simbólico-ideológico —que, por supuesto, incide con toda su potencia en lo real y que de ninguna manera es un aderezo a las prácticas socio-políticas— que en el aspecto formalmente jurídico de la alianza. Esto es, ante la falta de cumplimiento de una de las partes, la reparación a quien se viera damnificado no se realizaría mediante algún tipo de juicio exterior: el rey de Hatti, aplicaría su fuerza, a modo de castigo por la traición; el rey sujeto, por su parte, poco podría hacer más que hallarse desamparado; tal vez buscar un nuevo amo (obviamente, no podría llevar “su caso” ante una tercera parte, externa y ajena a la relación personal entre él y el rey de Hatti).

Un caso importante, y que merece ser mencionado aquí, es el famoso tratado egipcio-hitita entre Ramsés II y Hattushili III (1270 a.C.), realizado algunos años

²¹ Beckman (1996: 117).

²² Al respecto, véase Liverani (1962); Singer (1991, 1999); Starke (2005-2006: 255); en general, para la historia de Siria-Palestina, véase una reciente síntesis en Lemche (1995a).

²³ Cf. la traducción en Beckman (1996: 54-59); también Briend, Lebrun y Puech (1994 [1992]: 18-25, 26-30).

²⁴ La traducción se encuentra también en Briend, Lebrun y Puech (1994 [1992]: 42-45); y en Beckman (1996: 59-64).

después de la también célebre batalla de Kadesh (1285 a.C.), y que estableció la paz entre las dos potencias, luego de disputarse el control del territorio sirio²⁵. Dicho tratado nos presenta evidencia del tratamiento paritario que la diplomacia del período fijaba para dos grandes reyes de la región, tratamiento que junto con el vínculo desigual entre grandes y pequeños reyes conformaba un sistema interestatal mediado por una fraseología personalizada. Así pues, la pregunta que surge ahora se refiere a la razón detrás de estas relaciones “diplomáticas” (i.e., en principio, impersonales) establecidas mediante una terminología de parentesco y de amistad, vale decir, propias de las relaciones personales.

Si no vasallos, ¿entonces qué? Un enfoque alternativo

Habíamos notado al principio que referirse al tipo de relaciones que Hatti establece con sus dominados del Levante septentrional en términos de “vasallaje” puede ser en verdad ser algo inapropiado –o puede conducirnos por un camino interpretativo erróneo– debido a las connotaciones medievales que posee el término²⁶. En efecto, quizás sea más apropiado comprender la dinámica de estas relaciones sociopolíticas a partir de lo que en el campo de la etnografía del Mediterráneo contemporáneo se llama «sociedades de patronazgo». De acuerdo con lo que se puede constatar a partir de la labor etnográfica en la cuenca del Mediterráneo cristiano y en el Medio Oriente árabe realizada hacia mediados del siglo XX²⁷, y asimismo admitiendo la posibilidad de realizar una generalización,

²⁵ Véase la traducción en Briand, Lebrun y Puech (1994 [1992]: 46-55); Beckman (1996: 90-95). Para una consideración histórica al respecto, cf. Redford (1992: 177-191); Starke (2005-2006: 245, 251-253).

²⁶ Una descripción de la dinámica y organización de las relaciones feudales puede ser hallada en Boutruche (1995 [1968]; 1995 [1970]). Cf. también Kettering (1988: 419-424) y la siguiente nota al pie.

²⁷ Entre otros estudios, cf. Gilmore (1982: 192-194 *et passim*); Davis (1983 [1977]: *passim*); Eisenstadt y Roniger (1984: 81-98 *et passim*); Gellner y otros (1986 [1977]); Kettering (1988); González Alcántud (1997); cf. también la descripción en Westbrook (2005: 211-12). Es evidente que, al comparar el comportamiento de los *patrones* de las sociedades del Mediterráneo con las descripciones que los documentos medievales nos presentan de los *señores*, las similitudes aparecen –indica Boutruche (1995 [1968]: 103): “El señor... es un jefe que exige obediencia a sujetos vinculados a su persona por lazos personales y dependencias territoriales”–; sin embargo, la práctica de las relaciones de patronazgo no depende de un corpus jurídico preestablecido, del que sí dependían las relaciones feudo-vasalláticas. Cf. Boutruche (1995 [1968]: 103-192, 303-304; 1995 [1970]: 28-169). Cf. también González Alcántud (1997: 63): “las relaciones de vasallaje

las relaciones de patronazgo (también llamadas «relaciones patrón-cliente» o simplemente «clientelismo», desde otro ángulo) implican la existencia de un ámbito de considerable influencia establecido entre un individuo que detenta poder político y económico dentro de una comunidad determinada (un «patrón»; usualmente perteneciente a un ámbito urbano o al linaje principal en el contexto tribal segmentario de Medio Oriente) y una pluralidad de individuos sujetos a éste a partir de una relación de reciprocidad desigual (los «clientes» son habitantes rurales, en general, o son miembros de linajes secundarios que a causa de su necesidad de recursos deben entablar una relación sociopolítica personal con el patrón)²⁸. Esta descripción hace referencia a lo que los antropólogos han llamado «contrato diádico»²⁹, esto es, un vínculo recíproco entre dos partes, pero cuya praxis indudablemente puede multiplicarse en una trama piramidal ascendente y descendente de clientes cuyo patrón es, a su vez, cliente de un patrón mayor (efectuando así una función de *broker* o mediador entre partes), llegando así hasta un patrón último, a la cabeza de una red interconectada de núcleos diádicos. Lo importante del caso no es tanto que los patrones sean siempre los que posean

feudales pueden presuponer la existencia de estamentos jurídicamente infranqueables, si bien señor y vasallo como en el caciquismo [= patronazgo, en este contexto; cf. Kettering (1988: 440-445) – E.P.] rural contemporáneo tengan un sistema similar de prestaciones y contraprestaciones, semejante a la economía del don, alumbrada por Marcel Mauss, y que se rige por el principio del «regalo» y «contraregalo» no cuantificables en una economía convencional”. Pero, es precisamente dicha división jurídica en estamentos que se halla presupuesta en la relación feudal; por el contrario, las relaciones de patronazgo pueden establecerse efectivamente *a)* entre dos individuos de igual rango jurídico, y *b)* por fuera de una reglamentación extra-personal del vínculo (como suponía el lazo feudo-vasallático).

²⁸ Ejemplos de esta práctica en Medio Oriente pueden verse en la llamada “política de los notables” en la Siria decimonónica: véase Khoury (1984: 507-540) y Hourani (2004: 86-108). Para ejemplos de articulación entre elementos nómades y sedentarios, cf., entre otros, Rowton (1973, 1977) – aunque debería descartarse aquí la oposición *amórfica* defendida por Rowton a favor de un *continuum* *polimórfico* de las sociedades de Medio Oriente: véase Lemche (1985: 84-244). Es importante, en este contexto, destacar lo segmentario de la estructuración del poder en las sociedades tradicionales de Medio Oriente; de hecho, el llamado “Estado tribal” tiene más de tribal que de estatal: véase Gellner (1990: 109-126) y, especialmente Tibi (1990: 130): “cualquier estructura estatal, siendo un monopolio centralizado del poder, se opone a cualquier tipo de organización social tribal segmentaria en tanto que una particularidad y un cierto grado de autonomía constituyen características básicas de cualquier tribu”. Por cierto, las características señaladas por Tibi se acercan notablemente a la organización de las entidades sociopolíticas del Levante en la antigüedad; cf. Sapin (1981: 8-62) y la bibliografía en la n. 36.

²⁹ Cf. Foster (1961: 1173-92).

poder económico, sino que este poder habilita la posibilidad de que tanto *prestigio* como *honor* sean adquiridos dentro de la sociedad y que sean estos valores los que sancionen en última instancia la relación patrón-cliente, por sobre cualquier causa “material” que podamos encontrar detrás de esta relación jerárquica; vale decir, la relación patrón-cliente no se conforma a partir de una simple explotación de clase³⁰. En todo caso, recursos materiales y valores se encuentran íntimamente entrelazados a los efectos de la práctica del patronazgo por sobre una clientela. Si la razón básica del sistema consiste en “asegurarse la subsistencia, e incluso los excedentes, frente a los azares cotidianos”, como observa González Alcantud, y “los intermediarios (*brokers*) además aparecen como garantes del orden frente a las amenazas no localizadas, desordenadas”³¹, es también importante remarcar que existe un código de valores y obligaciones que articula dicha necesidad material. La reciprocidad desigual inherente a este tipo de relaciones sociopolíticas establece que el patrón otorgará protección y ayuda a cada uno de sus clientes a cambio de lealtad y obediencia; de otra manera, si una de las partes falla en cumplir el trato, la relación se altera y el patrón puede castigar la deslealtad de su cliente o el cliente puede escoger o verse obligado a acudir hacia un nuevo patrón³².

Ahora bien, lo interesante de esta descripción moderna es que varias de estas pautas de comportamiento pueden hallarse previstas en los tratados hititas; e incluso, esta última circunstancia indicada en el párrafo anterior podría —en efecto— ser identificada en alguna de las cartas del corpus de El Amarna. Por ejemplo, en EA 53:11-16, un súbdito egipcio le dice al faraón:

Y ahora, [Aitukam]a me ha escrito y me ha dicho, «[Ven] conmigo ante el rey de Ha[ttu]. Yo dije, «¿Cómo podría [ir ante el rey] de Hatti? Yo soy un sirviente del rey, mi señor, el rey de Egipto». Le escribí y [...] al rey de Hatti.

³⁰ Aunque, por supuesto, esta posibilidad no debería descartarse por completo en contextos capitalistas contemporáneos. Cf. González Alcantud (1997: 40-42, 52-54). Véase también Pitt-Rivers (1968 [1965]); Davis (1983 [1977]: 81-129).

³¹ González Alcantud (1997: 199-200).

³² Cómo y por qué surgen relaciones entre un patrón y sus clientes en la sociedad es materia de debate; ya hemos notado que una de las causas podría residir en el control de recursos escasos (cf. González Alcantud [1997: 23-30]), algo que en verdad no resulta inadecuado para el caso de Siria-Palestina. Otra clara opción reside en el vínculo estrecho que existe entre la trama parental y la práctica de patronazgo: al respecto, véase el relevante ejemplo etnohistórico en Kettering (1989) sobre la Francia de inicios de la Edad Moderna. Aun así, no se debería desestimar la posibilidad de que una intervención exterior (i.e., Egipto o Hatti) haya tenido incidencia en el origen de estas relaciones sociopolíticas en el Levante (cf. Pfoh [2006: 173ss.]).

También, de manera más explícita, en EA 51:1-6:

Y el rey de Hatti –Suppiluliuma, en este caso– [me escribió acerca de una alianza]. Mi señor, [yo rechacé] (la oferta de) las tablillas de obligaciones del tratado, y aún soy un sirviente del rey de Egipto, mi señor³³.

Es por esta razón, entre muchas otras, que hace poco tiempo, un historiador bíblico propuso como hipótesis interpretar las prácticas sociopolíticas propias de las sociedades de la antigua Palestina –que se evidencian a partir del material textual de las cartas de El Amarna, por ejemplo, e incluso en el texto del Antiguo Testamento– a partir de este concepto de patronazgo³⁴. Asimismo, otro investigador bíblico ha indicado que la concepción de la monarquía semítico-occidental, especialmente en lo referente a la ejecución de la justicia y el mantenimiento del orden en la sociedad, obedece también a disposiciones propias de relaciones de patronazgo³⁵. Esto nos podría conducir a pensar que el tratamiento que el reino hitita tenía con sus dominados exteriores seguía las pautas tácitas consignadas por la presencia de relaciones de patronazgo en las sociedades levantinas, como práctica autóctona, aunque podían ser representadas de una manera algo explícita en los tratados que sellaban el vínculo, como observamos en las citas textuales de páginas más arriba. La necesidad de explicitar dichas cláusulas provendría –como ya notamos– de lo endeble que era mantener vínculos consolidados de dominio y sujeción políticos en esta región. En efecto, la organización social general de las comunidades de aldea sirias se estructuraba a

³³ Moran (1992: 125 y 122), respectivamente. Como bien señala Moran (1992: 122 n. 2) es, en verdad, improbable que el rey heteo haya enviado las tablillas del tratado (*rikiltu*) antes de una demostración de fidelidad por parte de su súbdito puesto que, como patrón en la relación, es este rey el que impone las condiciones del tratado, no el súbdito. Debe indicarse aquí también que los reyezuelos palestinos juraban obediencia y lealtad no sólo al (lejano) faraón egipcio sino también –en ocasiones– a los comisionados que se encontraban estacionados en el Levante (cf. EA 158). Desde un punto de vista teórico, está claro aquí que el comisionado está actuando como mediador entre el súbdito y el faraón; al menos, es lo que la correspondencia deja interpretar: cf. Moran (1992: 244). Al respecto, véase también más adelante.

³⁴ Cf. Lemche (1995b: *passim*); véase también Pfoh (2004: 64-69), y especialmente la descripción en Liverani (2003: 14-20, 180-182, 378-398).

³⁵ Cf. Niehr (1997: 114-119, 125ss.).

partir de un fuerte componente parental³⁶, que interpretaba en esos mismos términos parentales la vida política de la comunidad, con las consiguientes restricciones que implica ello para la organización de un poder coercitivo-estatal “puro” en la región³⁷. De igual manera –y como notó Liverani en uno de sus estudios–, el poder real de los pequeños reyes sirios se encontraba restringido: *a*) en un ámbito superior, por los grandes poderes del período (Egipto y Hatti), que ciertamente podían inmiscuirse en los asuntos internos de un reino bajo su dominio –mantenido éste bajo los términos que fueran, i.e., como dominación administrativa “imperial”, para el caso egipcio, y como “protectorado”, para el caso hitita–; *b*) en el ámbito de la corte palatina, lo cual lo obligaba a realizar constantes concesiones a sus hombres (*bnsb mlk*) para conservar su servicio personal (*ilknu*), principalmente su asistencia bélica; y *c*) en un ámbito inferior, correspondiente al pueblo llano del reino, que poseía sus propios órganos representativos y una autonomía relativa de importancia³⁸. Esta situación ubicaba a la monarquía semítico-occidental en un lugar de mediación entre diversos polos de presión, como mediador entre los dioses y la comunidad humana pero también en el tejido de las relaciones sociales internas y externas de la comunidad³⁹, sin que existiera la posibilidad efectiva de consolidar un poder monopólico de la sociedad que dominase por completo al resto. Por cierto, L. Marfoe ha indicado en referencia a las condiciones sociopolíticas

³⁶ Cf. Sapin (1981: 35-38); véase también Buccellati (1967: 64-72); Heltzer (1969); Liverani (1975). Heltzer (1969: 43-44) es de la opinión que en Ugarit se encontraba considerablemente centralizado el poder del rey; cf. también van Soldt (1995: 1260-1261). Aun así, no se debería considerar esto a favor de una centralización estatal plena de esta entidad, vale decir, en el sentido moderno de “centralización estatal”.

³⁷ Nos referimos a las restricciones que las relaciones de parentesco oponen a la acumulación definitiva del poder político dentro de una comunidad; para una apreciación del problema, aunque tomando como ejemplo a las sociedades no-estatales, véase Campagno (1998). Para Palestina, véase Pfoh (2004: 54-59).

³⁸ Cf. Liverani (1974: 348-356; 1975). Véase también Heltzer (1969: 39); Pfoh (2006: 180-182).

³⁹ Esto se refleja claramente en la ideología monárquica: cf. Wyatt (1999), al respecto. En efecto, la importancia que el rey poseía como vínculo intermedio entre la esfera humana y la divina, pero también entre un más profano orden sociopolítico superior y otro inferior, puede ilustrarse con lo que la literatura contemporánea sobre patronazgo comenta: “Una relación patrón-mediador-cliente [...] constituye una transacción entre tres partes en la que el mediador organiza el intercambio de recursos entre dos partidos separados por distancias geográficas o personales, tales como la diferencia de rango o de cargo. Los mediadores acercan la distancia entre patrones y clientes. Un mediador permite un intercambio indirecto, es un agente que no controla lo que se transfiere pero que influye en la calidad del intercambio negociando la transferencia” (Kettering [1988: 425]).

de la región meridional de Siria (específicamente, el valle de Beqa') durante el Bronce Tardío que en estas sociedades "simplemente no había lugar para el tipo de burocracia estatal que puede distinguirse en las grandes ciudades de Siria y el norte de Mesopotamia [...] El Estado, en otras palabras, no era 'despotismo oriental' en letras pequeñas; tampoco era una genuina unidad territorial, mucho menos una unificada. Era, en efecto, una red de lazos personales y políticos centrados en el palacio-templo, donde quizás el rey no era sólo el último árbitro sino posiblemente el único árbitro"⁴⁰. Es dable pensar aquí que la burocracia estatal a la que hace referencia Marfoe poseyera características más cercanas a una organización patrimonial del reino (véase *infra*) que a una propiamente estatal, puesto que la diferencia entre las grandes ciudades sirias (por ejemplo, Ebla) y los territorios menos urbanizados es, en un nivel político, cuantitativa y no cualitativa.

Ahora bien, ¿qué nos podría indicar todo esto? Como ya sugerimos, tal vez el recurso a establecer tratados explícitos de sujeción entre los soberanos hititas y sus dominados nor-levantinos fuera la solución que precisamente intentaba salvar el problema de la falta de estructuras políticas consolidadas que facilitarían la dominación en la región. Como ya notó Lebrun más arriba, el tratado no se realizaba entre Estados sino que era una instancia *personalizada* de vinculación sociopolítica. Si en el ámbito de la aldea lo parental organizaba la conducta política, y si en el ámbito de la élite de la Siria levantina las relaciones personales entre el rey y sus hombres aseguraban la tranquilidad política del monarca, es también posible que instancias de amistad o parentesco "ficticio"⁴¹, vale decir, relaciones personales, estructuraran la dominación hitita en la zona, por ser el mejor recurso a disposición de los dominadores que aseguraba el control. En efecto, un entendimiento patrimonial de la organización del reino hitita—como recientemente ha propuesto J.D. Schloen—, el cual era comprendido como una gran *household* (casa familiar) en la que el rey era el dueño y administrador supremo de todos los

⁴⁰ Marfoe (1979: 15 y 16); cf. también Alt (1959b: 20ss.); Schloen (2001: 329-342). Recientemente, un estudio arqueológico cuantitativo sobre la fragmentación del Levante meridional durante el Bronce Tardío ha sido publicado por Savage y Falconer (2003), el cual complementaría lo sostenido por Marfoe teniendo en cuenta toda la región levantina.

⁴¹ En una carta del rey de Amurru al rey de Ugarit, aquél le dice a éste: "Hermano mío, mira: tu y yo somos hermanos. Hijos de un solo hombre, somos hermanos. ¿Por qué no deberíamos estar en buenos términos entre nosotros? Cualquier deseo que me escribas, yo lo cumpliré; y tú cumplirás mis deseos. Somos una unidad" (citado en Liverani [1994: 180]; la referencia original proviene de Nougayrol [1956: 133]).

bienes y personas que había en ella⁴², permite comprender la terminología personalizada que hallamos en la documentación textual del periodo y que nos informa del comportamiento de los reyes hititas con los reyezuelos asiáticos bajo su dominio. Como sostiene Schloen, la fraseología personalizada, vale decir, propia de una *household*, en donde las relaciones tanto internas del reino como, y especialmente, las externas, entabladas con otros reinos menores y sujetos a la órbita política hitita, que hace uso de términos como «padre», «hijo», «hermano», «amigo», «amo» y «sirviente», entre otras, no sólo es utilizada metafóricamente en las relaciones interestatales. Antes bien, dicha fraseología habilita un ámbito efectivo de simbología sociopolítica que permite expresar relaciones formales en sociedades en las que instituciones impersonales de gobierno y administración no existían y, por ende, se debían reformular los conceptos ya conocidos –los de la *household*– para poder expresar vínculos de poder alternativos. Como también sostiene R. Westbrook:

La sociedad del Cercano Oriente Antiguo estaba fuertemente jerarquizada. No estaba basada en el individuo sino en la casa patrimonial [*household*]. La casa patrimonial..., era una unidad socioeconómica encabezada por un «padre», cuya familia extendida y multigeneracional vivía bajo su autoridad. [Así pues,] en los sistemas legales domésticos del Cercano Oriente Antiguo, un contrato entre jefes de casas patrimoniales vincularía a sus respectivas casas patrimoniales [y] un tratado entre reyes era simplemente un contrato que vinculaba sus «casas patrimoniales» de la misma manera⁴³

Es en este contexto que podemos comprender la gravitación de relaciones patrón-mediador-cliente en todo el espectro sociopolítico de estas sociedades, desde la relación que el pequeño campesino mantenía con un personaje de mayor rango (usualmente, perteneciente al ámbito urbano, o con intereses políticos, económicos o militares relativos a centros urbanizados), pasando por la relación que vinculaba, a su vez, a este último actor con una esfera de mayor gravitación sociopolítica (un comisionado o un mayor egipcio en Palestina; un rey sirio bajo dominio hitita), los cuales a su vez también se vinculaban con poderes supra-

⁴² Schloen (2001: 311-313); cf. también *in extenso* pp. 63-89, 255-316.

⁴³ Westbrook (2000: 29 y 36-37); citado también en Pfoh (2006: 176 n. 22).

regionales que admitían tal conducta sociopolítica (Hatti) o directamente la ignoraban y esperaban un comportamiento de corte burocrático-administrativo (Egipto)⁴⁴. Así pues, una comprensión macro-estructural a partir del concepto de patrimonialismo permite explicar eficazmente la dinámica establecida entre los diversos ámbitos en los que las prácticas de parentesco y patronazgo manifestaban la política, la religión, la economía y, en definitiva, todo vínculo social.

Conclusión: si no vasallos..., clientes

Ante la evidencia que podemos recoger de los informes etnográficos referidos a las sociedades de la cuenca del mar Mediterráneo, es en verdad interesante notar las similitudes que pueden establecerse entre estos ejemplos modernos y las sociedades de la antigüedad oriental, especialmente las del Levante. Es significativo que elementos esenciales que rigen la conducta de las sociedades mediterráneas contemporáneas, como el honor, el prestigio, la amistad, la vergüenza, etc.⁴⁵, puedan en verdad ser corroboradas en la evidencia textual del Cercano Oriente antiguo. M. Liverani ha notado ya la importancia que la ideología de la *amistad* y la *protección* tienen en la esfera de las relaciones internacionales entre «grande reyes» y «pequeños reyes» durante la Edad del Bronce Tardío:

Las relaciones políticas son una ampliación del mecanismo de mutua protección y sostén, típico de los grupos pequeños (familia, comunidad local). La idea de la 'protección' es fundamental, y es un concepto recíproco: la protección va y viene en todas direcciones [...] El rey es el centro del sistema y el elemento esencial para su funcionamiento, y todas las relaciones bilaterales de protección se originan y convergen en él. Pero, su posición es dependiente de la red entera: él protege y es protegido, asegura el trono de sus vasallos para consolidar su trono, asegura los puestos de sus funcionarios y de sus sujetos para obtener fidelidad⁴⁶.

⁴⁴ Sobre esto último, véase Liverani (1967); también Pfoh (2006: 169-170, 177ss.).

⁴⁵ Cf. los ensayos reunidos en Peristiany (1968 [1965]); también Pitt-Rivers (1979 [1977]); Davis (1983 [1977]: 134-163); Eisenstadt y Roniger (1984); Roque (2000, 2005). Cf. también Starke (2005-2006: 255ss.).

⁴⁶ Liverani (1994: 168-169). Al respecto, cf. Starke (2005-2006: 258-259), quien habla explícitamente de patronazgo y clientelismo para referirse a este tipo de relaciones.

Y, por cierto, similares instancias de *amistad* y *protección* son las que rigen las relaciones de patronazgo que pueden ser detectadas etnográficamente en las sociedades contemporáneas del Mediterráneo, siempre a partir de los valores y elementos característicos ya mencionados, y ya sea la relación mínima que pueden establecer dos individuos o aquella ejecutada a través de una red mayor que vincula a varios individuos, inscriptos en una trama de relaciones sociopolíticas ascendentes y descendentes⁴⁷.

Por supuesto, la constatación de estas similitudes, separadas por tanto tiempo, no remite a ningún tipo de “inmovilidad” cultural o estancamiento socioeconómico milenario en esta vasta región, tal como pretendían sostener las perspectivas propias de los análisis sobre los procesos de modernización en las sociedades en desarrollo⁴⁸. En realidad, estas analogías nos ofrecen un nuevo dispositivo para comprender de manera cabal la dinámica sociopolítica de gran parte de las sociedades de la antigüedad oriental, cuya aplicación no remite –en efecto– a constatar realidades trascendentes o transhistóricas. Los primeros estudios sobre las relaciones diplomáticas en esta parte de Asia occidental notaron la evidente similitud que existía entre el vínculo que un «gran rey», de Egipto o de Hatti, establecía con los «pequeños reyes» de Ugarit o de Amurru –por nombrar sólo a algunos– y el vínculo feudo-vasallático que existía en la Edad Media entre señores y siervos feudales. El problema aquí reside en la extrapolación de realidades políticas medievales a circunstancias históricas orientales en la antigüedad, como notábamos al principio. En consecuencia, el cambio de una terminología que haga referencia a “vasallos” por otra que implique “clientes”, no se reduce a una cuestión simplemente semántica; antes bien, nos dirige hacia una nueva pauta interpretativa en la que las relaciones sociopolíticas identificadas deben ser reinterpretadas sustancialmente: en esta instancia interpretativa, *patrón* y *cliente* no remiten directamente a la manifestación del fenómeno histórico del patronazgo/clientelismo en la antigua Roma bajo la identificación de un *patronus* y su *clientelae*, de donde proviene la nominación moderna de dicho fenómeno. Antes bien, *patrón* y *cliente* –aquí– son términos analíticos y sociológicos que identifican actores sociales inscriptos en tramas sociopolíticas específicas y que no remiten necesariamente a prácticas de parentesco ni de la maquinaria estatal, propiamente dichas, pero que tampoco las excluyen, sino que –por el contrario– se sirven de ellas en menor o mayor medida. En este sentido es que pensamos que recurrir al registro etnográfico

⁴⁷ Cf. la bibliografía en la n. 45.

⁴⁸ Véase la crítica en Davis (1983 [1977]: 11-24); Herzfeld (1984); Marques (1999).

mediterráneo puede ser más útil que emplear analogías feudales para comprender la dinámica sociopolítica detrás de los tratados hititas. Sin otorgarle necesariamente un sentido unívoco o inflexible al término, ni excluir su coexistencia con estructuras propiamente estatales de gobierno o dominio, utilizar el concepto de «patronazgo» al estudiar el dominio de Hatti sobre la Siria septentrional –al indagar sobre la relación entre un patrón hitita y su cliente nor-levantino y las pautas que la conforman–, puede arrojar más luz para la comprensión de la dinámica sociopolítica que podemos atestiguar en el material textual de la época.

Bibliografía

- ALT, A. 1959a. Hettitische und ägyptische Herrschaftsordnung in unterworfenen Gebieten, en: ALT, A., *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel*, vol. III, Munich, Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 99-106.
- ALT, A. 1959b. Völker und Staaten Syriens im frühen Altertums, en: ALT, A., *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel*, vol. III, Munich, Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 20-49.
- BEAL, R. H. 1995. Hittite Military Organization, en: SASSON, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. I, Nueva York, Scribner's Sons, 545-554.
- BECKMAN, G. 1995. Royal Ideology and State Administration in Hittite Anatolia, en: SASSON, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. I, Nueva York, Scribner's Sons, 529-543.
- BECKMAN, G. 1996. *Hittite Diplomatic Texts*, (SBLWAW, 7), Atlanta, Scholars Press.
- BOUTRUCHE, R. 1995 [1968]. *Señorío y feudalismo. Vol. 1: Los vínculos de dependencia*, Madrid, Siglo XXI.
- BOUTRUCHE, R. 1995 [1970]. *Señorío y feudalismo. Vol. 2: El apogeo (siglos XI-XIII)*, Madrid, Siglo XXI.
- BRIEND, J., LEBRUN, R. y PUECH, É. 1994 [1992]. *Tratados y juramentos en el Antiguo Oriente Próximo*, (Documentos en torno a la Biblia 23), Estella, Verbo Divino.
- BRYCE, T. 2005. *The Kingdom of the Hittites*, 2da ed., Oxford, Oxford University Press.
- BUCCELLATI, G. 1967. *Cities and Nations of Ancient Syria: An Essay on Political Institutions with Special Reference to the Israelite Kingdoms*, (Studi Semitici, 26), Roma, Università di Roma.
- CAMPAGNO, M. 1998. Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después, en: *Boletín de Antropología Americana* 33, 101-113.
- COHEN, R. y WESTBROOK, R. (eds.). 2000. *Amarna Diplomacy: The Beginnings of International Relations*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- DAVIS, J. 1983 [1977]. *Antropología de las sociedades mediterráneas*, Barcelona, Anagrama.

- DOTHAN, T. 1995. The "Sea Peoples" and the Philistines of Ancient Palestine, en: SASSON, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. II, Nueva York, Scribner's Sons, 1267-1279.
- EISENSTADT, S. N. y RONIGER, L. 1984. *Patrons, Clients and Friends. Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FINKELSTEIN, I. 1996. The Territorial-Political System of Canaan in the Late Bronze Age, en: *Ugarit Forschungen* 28, 221-255.
- FOSTER, G. M. 1961. The Dyadic Contract: A Model for the Social Structure of a Mexican Peasant Village, en: *American Anthropologist* 63, 1173-1192.
- GELLNER, E. 1990. Tribalism and the State in the Middle East, en: KHOURY, P.S. y KOSTINER, J. (eds.), *Tribes and State Formation in the Middle East*, Berkeley, University of California Press, 109-126.
- GELLNER, E. y otros. 1986 [1977]. *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*, Barcelona, Júcar Universidad.
- GILMORE, D. D. 1982. Anthropology of the Mediterranean Area, en: *Annual Review of Anthropology* 11, 175-205.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. 1997. *El clientelismo político. Perspectiva socioantropológica*, Barcelona, Anthropos.
- HELTZER, M. 1969. Problems of the Social History of Syria in the Late Bronze Age, en: LIVERANI, M. (ed.), *La Siria nel Tardo Bronzo*, (Orientis Antiqui Collectio, IX), Roma, Centro per la Antichità e la Storia dell'Arte del Vicino Oriente, 31-46.
- HERZFELD, M. 1984. The Horns of the Mediterraneanist Dilemma, en: *American Ethnologist* 11, 439-454.
- HOFFNER, JR., H. A. 1995. Legal and Social Institutions of Hittite Anatolia, en: SASSON, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. I, Nueva York, Scribner's Sons, 555-569.
- HOURLANI, A. 2004. Ottoman Reform and the Politics of Notables, en: HOURLANI, A., KHOURY, P.S. y WILSON, M.C. (eds.), *The Modern Middle East*, 2da ed., Londres & Nueva York, I.B. Tauris, 83-109.
- IMPARATI, F. 1999. Die Organisation des hethitischen Staates, en: KLENGEL, H., *Geschichte des Hethitischen Reiches*, unter mitwirkung von F. Imparati, V. Haas & Th.P.J. van den Hout, (HdO; Abt. 1; Nahe und Mittlere Osten, Bd. 34), Leiden, E.J. Brill, 320-387.
- KETTERING, S. 1988. The Historical Development of Political Clientelism, en: *Journal of Interdisciplinary History* 18, 419-447.
- KETTERING, S. 1989. Patronage and Kinship in Early Modern France, en: *French Historical Studies* 16, 408-435.
- KHOURY, P. S. 1984. Syrian Urban Politics in Transition: The Quarters of Damascus during the French Mandate, en: *International Journal of Middle East Studies* 16, 507-540.
- KLENGEL, H. 1999. *Geschichte des Hethitischen Reiches*, unter mitwirkung von F. Imparati, V.

- Haas & Th.P.J. van den Hout, (HdO; Abt. 1; Nahe und Mittlere Osten, Bd. 34), Leiden, E.J. Brill.
- KOROŠEĆ, V. 1931. *Hittitische Staatsverträge. Ein Beitrag zu ihrer juristischen Wertung* (Leipziger rechtswissenschaftliche Studien, 60), Leipzig, T. Weicher.
- KOROŠEĆ, V. 1960. Les Hittites et leurs vassaux syriennes à la lumière des nouveaux textes d'Ugarit (PRU IV), en: *Revue Hittite et Asiatique* 18, 65-79.
- LEMICHE, N. P. 1985. *Early Israel: Anthropological and Historical Studies on the Israelite Society before the Monarchy*, (VTSup, 37), Leiden, E.J. Brill.
- LEMICHE, N. P. 1995a. The History of Ancient Syria and Palestine: An Overview, en: SASSON, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. II, Nueva York, Scribner's Sons, 1195-1218.
- LEMICHE, N. P. 1995b. Justice in Western Asia in Antiquity, or: Why No Laws Were Needed!, en: *Chicago Kent Law Review* 70, 1695-1716.
- LIVERANI, M. 1962. *Storia di Ugarit nell'età degli archivi politici*, (Studi Semitici, 6), Roma, Università di Roma.
- LIVERANI, M. 1967. Contrasti e confluenze di concezioni politiche nell'età di El-Amarna. En: *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale* 61, 1-18.
- LIVERANI, M. 1973. Storiografia politica hittita - I: Šunaššura, ovvero: della reciprocità, en: *Oriens Antiquus* 12, 267-297.
- LIVERANI, M. 1974. La royauté syrienne de l'âge du Bronze Récent, en: GARELLI, P. (ed.), *Le palais et la royauté*, (Archéologie et Civilisation / XIXe RAI), Paris, P. Geuthner, 329-356.
- LIVERANI, M. 1975. Communautés de village et palais royal dans la Syrie du IIème millénaire, en: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 18, 146-164.
- LIVERANI, M. 1994. *Guerra e diplomazia nell'antico Oriente, 1600-1100 a.C.*, Roma-Bari, Laterza.
- LIVERANI, M. 2003. *Oltre la Bibbia. Storia antica di Israele*, Roma-Bari, Laterza.
- MACQUEEN, J. G. 1995. The History of Anatolia and of the Hittite Empire: An Overview, en: SASSON, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. II, Nueva York, Scribner's Sons, 1085-1105.
- MARFOE, L. 1979. The Integrative Transformation: Patterns of Socio-Political Organization in Southern Syria, en: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 234, 1-42.
- MARQUES, A.C.D.R. 1999. Algumas faces de outros eus. Honra e patronagem na antropologia do Mediterrâneo, en: *Mana. Estudos de antropologia social* 5, 131-147.
- MC CARTHY, D. J. 1963. *Treaty and Covenant: A Study in Form in the Ancient Oriental Documents and in the Old Testament*, (Analecta Biblica, 21), Roma, Pontifical Biblical Institute.
- MORAN, W. L. 1992. *The Amarna Letters*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- NIEHR, H. 1997. The Constitutive Principles for Establishing Justice and Order in Northwest Semitic Societies with Special Reference to Ancient Israel and Judah, en: *Zeitschrift für Altorientalische und Biblische Rechtsgeschichte* 3, 112-130.

- NOUGAYROL, J. 1956. *Le palais royal d'Ugarit*, vol. IV, París, P. Geuthner.
- OTTEN, H. 1988. *Die Bronzetafel aus Boğazköy. Ein Staatsvertrag Tuthalijas IV*, (Studien zu den Boğazköy-Texten. Beiheft, 1), Wiesbaden, Harrassowitz.
- PERISTIANY, J. G. (ed.). 1968 [1965]. *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, Labor.
- PFOH, E. 2004. De patrones y clientes: Sobre la continuidad de las prácticas sociopolíticas en la antigua Palestina, en: *Antiguo Oriente* 2, 51-74.
- PFOH, E. 2006. Reyes y "parientes" en la época de El Amarna en Palestina, en: CAMPAGNO, M. (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires / Ediciones del Signo, 167-188.
- PITT-RIVERS, J. 1968 [1965]. Honor y categoría social, en: PERISTIANY, J.G. (ed.), *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, Labor, 21-75.
- PITT-RIVERS, J. 1979 [1977]. *Antropología del honor o política de los sexos. Ensayos de antropología mediterránea*, Barcelona, Crítica.
- PRITCHARD, J. B. (ed.). 1955. *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 2da ed., Princeton, Princeton University Press.
- REDFORD, D. B. 1992. *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press.
- ROQUE, M. À. (ed.). 2000. *Nueva antropología de las sociedades mediterráneas*, Barcelona, Icaria.
- ROQUE, M. À. 2005. *Antropología mediterránea: prácticas compartidas*, Barcelona, Icaria.
- ROWTON, M. B. 1973. Urban Autonomy in a Nomadic Environment, en: *Journal of Near Eastern Studies* 32, 201-215.
- ROWTON, M. B. 1977. Dimorphic Structure and the Parasocial Element, en: *Journal of Near Eastern Studies* 36, 181-198.
- SAPIN, J. 1981. La géographie humaine de la Syrie-Palestine au deuxième millénaire avant J.C. comme voie de recherche historique, en: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 24, 1-62.
- SAVAGE, S. H. y FALCONER, S. A. 2003. Spatial and Statistical Inference of Late Bronze Age Politics in the Southern Levant, en: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 330, 31-45.
- SCHLOEN, J. D. 2001. *The House of the Father as Fact and Symbol: Patrimonialism in Ugarit and the Ancient Near East*, (SAHL, 2), Winona Lake, Eisenbrauns.
- SINGER, I. 1991. A Concise History of Amurru, en: IZRE'EL, S. (ed.), *Amurru Akkadian: A Linguistic Study*, (HSS, 41), Atlanta, Scholars Press, 134-195.
- SINGER, I. 1999. A Political History of Ugarit, en: WATSON, W.G.E. y WYATT, N. (eds.), *Handbook of Ugaritic Studies*, (HdO; Abt. 1, Der Nahe und Mittlere Osten, Bd. 39), Leiden, E.J. Brill, 603-733.
- STARKE, F. 2005-2006. Los hititas y su imperio. Constitución, federalismo y pensamiento político, en: *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 12-13, 189-303.

- TIBI, B. 1990. The Simultaneity of the Unsimultaneous: Old Tribes and Imposed Nation-States in the Modern Middle East, en: KHOURY, P.S. y KOSTINER, J. (eds.), *Tribes and State Formation in the Middle East*, Berkeley, University of California Press, 127-152.
- VAN SOLDT, W. H. 1995. Ugarit: A Second Millennium Kingdom on the Mediterranean Coast, en: SASSON, J.M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, vol. II, Nueva York, Scribner's Sons, 1255-1266.
- VON SCHULER, E. 1969. Beziehungen zwischen Syrien und Anatolien in der späten Bronzezeit, en: LIVERANI, M. (ed.), *La Siria nel Tardo Bronzo*, (Orientis Antiqui Collectio, IX), Roma, Centro per la Antichità e la Storia dell'Arte del Vicino Oriente, 97-116.
- WESTBROOK, R. 2000. International Law in the Amarna Age, en: COHEN, R. y WESTBROOK, R. (eds.), *Amarna Diplomacy: The Beginnings of International Relations*, Baltimore, The Johns Hopkins University, 28-41.
- WESTBROOK, R. 2005. Patronage in the Ancient Near East, en: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 48, 210-233.
- WYATT, N. 1999. Degrees of Divinity: Some Mythical and Ritual Aspects of West Semitic Kingship, en: *Ugarit Forschungen* 31, 853-887.

“Tú, el que habitas en las hendiduras de la roca,
que ocupas lo alto de la cuesta”*:

Tribalismo en Edom
durante la Edad del Hierro¹

JUAN MANUEL TEBES

Universidad de Buenos Aires
Universidad Católica Argentina
CONICET

RESUMEN: Este artículo estudia la organización social y política de Edom, el pueblo transjordano más meridional de la Edad del Hierro. Se intenta dilucidar la pertinencia o no de la noción de “estado” para el caso Edom; para esto, se realiza un estudio de las fuentes literarias y epigráficas contemporáneas más importantes, sumado al análisis de los patrones de asentamiento arqueológicos en Transjordania meridional durante la Edad del Hierro. Partiendo de la definición de estado presentada por Weber, se concluye que Edom careció de entidades estatales durante la Edad del Hierro, y que la evidencia arqueológica apunta más bien a que Buseira y su área adyacente estaban organizadas en un sistema político de tipo jefatura. No existen actualmente indicios concretos de que la elite basada en Buseira poseyera el monopolio de la coerción sobre toda la tierra de Edom; todo lo contrario, las evidencias apuntan a un alto grado de autonomía de las poblaciones locales. Parece que la mayoría de la población de Edom estaba organizada en forma de grupos locales basados en el parentesco, sean tribus o segmentos de tribus.

* Jeremías 49,16. Todas las citas bíblicas provienen de la *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1976.

¹ El presente artículo es producto de mi trabajo como investigador en el Instituto de Historia Antigua Oriental (Universidad de Buenos Aires), en el Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente (Universidad Católica Argentina), y en el Departamento de Egiptología (IMHICIHU-CONICET), Buenos Aires, Argentina. No podría haberse realizado sin el apoyo económico dado por las siguientes becas: “George A. Barton Fellowship”, W.F. Albright Institute of Archaeological Research, Jerusalén (2004-2005); “Pierre and Patricia Bikai Fellowship”, American Center of Oriental Research, Amman, Jordania (2004-2005); y Beca Doctoral, CONICET (desde 2005).

ABSTRACT: *"You who Live in the Clefts of the Rock, who hold the Height of the Hill": State and Society in Iron Age Edom*. This paper studies the social and political organization of Edom, the southern Transjordanian people of the Iron Age. In trying to elucidate the suitability of the term "state" for the case of Edom, the paper studies the most important contemporary literary and epigraphic sources, as well as the archaeological settlement patterns in southern Transjordan during the Iron Age. Based on the definition of state provided by Weber, it is concluded that Edom lacked a state organization during the Iron Age, whereas Buseirah and its hinterland were organized rather in a chiefdom-type polity. Concrete evidences are currently lacking that the Buseirah-based elite possessed the monopoly of coercion in all the land of Edom; on the contrary, the evidences suggest a high level of autonomy of the local populations. It seems that most of Edom's population was organized in local groups based on kinship, such as tribes or tribe segments.

PALABRAS CLAVE: Edom – Edad del Hierro – Estado – Organizaciones tribales

KEYWORDS: Edom – Iron Age – State – Tribalism

Introducción

Los científicos sociales han tradicionalmente presentado una múltiple serie de características para describir a esa entidad abstracta que conocemos como Estado. Uno de los rasgos que más ha acaparado la atención es la del monopolio de la coerción. Fue el sociólogo Max Weber quien por vez primera caracterizó al Estado como "aquella comunidad humana que ejerce (con éxito) el monopolio de la violencia física legítima dentro de un determinado territorio".² La existencia de otras características que indiquen estatalidad está, por demás, descontada. Recordemos, por ejemplo, la tradicional lista de atributos de las "primeras civilizaciones" reconocidos por Gordon Childe. Entre estos atributos debemos mencionar la existencia de ciudades, división del trabajo, concentración del excedente productivo en pocas manos, presencia de arquitectura monumental, división de la sociedad en clases, utilización de la escritura, desarrollo de las ciencias exactas y predictivas, elaboración de estilos artísticos homogéneos, importación de materias primas, y una organización estatal que se basa más en la residencia que en el parentesco.³ Sin embargo, estos rasgos arqueológicos no son más que indicios materiales de algo que no es posible asir en forma material: la noción, abstracta

² Weber (1964 [1922]).

³ Childe (1981 [1950]). No es nuestra intención realizar un análisis exhaustivo de las caracterizaciones que se han propuesto para los estados antiguos. Para un análisis general y referencias, ver p. ej. Claessen y Skalnik (1978); Renfrew y Bahn (1991: 154-157).

como toda noción, de Estado. Es por ello que el monopolio de la coerción ha continuado siendo la condición *sine qua non* de la presencia de esa institución que hemos dado en llamar Estado.⁴

Para quienes estudian la historia de los pueblos transjordanos de la Edad del Hierro, y especialmente el más meridional de ellos, Edom, la hora de las definiciones generales sobre el tipo de organización sociopolítica local viene acompañada, muy generalmente, de varias complicaciones. El primer factor limitante es la notable carencia de material arqueológico proveniente de dicho período, deficiencia que afortunadamente esta siendo subsanada en los últimos años gracias a la gran cantidad de excavaciones y prospecciones arqueológicas en curso en Transjordania meridional. Otro límite a nuestra interpretación de lo ocurrido en la Edad del Hierro es la escasez de los indicios arqueológicos clásicos – algunos de los cuales ya hemos enumerado – que, se supone generalmente, son indicativos de la presencia de un aparato estatal y de las prácticas que lo acompañan. Más aún, no es menor el hecho de que no existe siquiera un consenso general en torno a cómo definir este tipo de sociedades, para las cuales no poseemos evidencias arqueológicas de estatalidad bien definidas.

Es por ello que un análisis de las relaciones sociales vigentes en el área de Edom durante la Edad del Hierro debe enfocar la atención no sólo en la evidencia arqueológica disponible, sino también, y quizás de manera más importante, en pensar qué tipo de prácticas sociales y relaciones de poder eran corrientes en esa época.

Edom: Evidencias literarias y epigráficas

Edom, pueblo cuyos integrantes son conocidos colectivamente por la Biblia como los “edomitas”, los “hijos de Esaú” y los “hijos de Seir” (Esaú y Seir son los antepasados epónimos que, en el relato bíblico, fundaron la estirpe edomita), fue una entidad sociopolítica que floreció a finales de la Edad del Hierro II (siglos VIII-VI a.C.) en el área de Transjordania meridional; algunos autores son de la opinión de que los edomitas expandieron su influencia hacia el oeste del Arabá (Fig. 1). El conocimiento que poseemos de este pueblo proviene, principalmente, del texto bíblico y de unos escasos documentos oficiales neo-asirios.⁵ Sólo en la

⁴ Campagno (2006).

⁵ La obra de referencia por excelencia para la historia edomita sigue siendo Bartlett (1989).

segunda mitad del siglo XX comenzó la sistemática excavación de algunos sitios edomitas, aunque únicamente desde la década de 1970 las excavaciones y prospecciones han “peinado” adecuadamente la zona como para dar una idea general, aunque todavía aún incompleta, de la sociedad edomita de la Edad del Hierro. Los resultados de estas investigaciones inmediatamente atrajeron la atención no sólo de los especialistas de los estudios bíblicos y la arqueología palestinese, sino también de estudiosos cuyo interés por el período era en verdad muy tangencial, pero que estaban intrigados por las características únicas que presentaba el “estado” edomita.

Es indudable que algunas de estas características únicas, antes de ser aparentemente descubiertas por los trabajos arqueológicos, parecen ya estar mencionadas en el relato bíblico. Obviamente, los autores bíblicos escriben no desde la tierra de Edom misma, sino desde Israel/Palestina o desde una perspectiva ideológica israelita. Sin embargo, poseen algún conocimiento general de la sociedad edomita en su conjunto.

Edom es considerado por los escritores bíblicos el país montañoso por excelencia, al cual sus habitantes están habituados ya desde antiguo.⁶ Otra característica distintiva es la marcada ausencia de referencias a ciudades o centros poblados en Edom. Solo una ciudad está claramente identificada en el texto bíblico: Bozra. Esta parece ser la ciudad más importante de Edom, sino su capital.⁷

A la hora de dar información sobre la formación política edomita, la Biblia es un poco más precisa. Desafortunadamente, esta precisión está gravemente limitada por nuestra falta de conocimiento de la fecha de composición de la mayoría de los versos bíblicos implicados. Génesis 36 nos provee de información respecto de lo que los hebreos consideraban la historia primitiva de Edom. El capítulo se estructura en base a siete diferentes listas, las cuales aparecen en su mayoría en forma genealógica.⁸ El análisis de estas listas por parte de los estudiosos no ha podido encontrar ninguna relación con personajes conocidos por fuentes no bíblicas. La mayoría de los nombres de “hijos”, “descendientes” y “jefes de tribus” no son más que topónimos -nombres de sitios o parajes- ubicados en Transjordania meridional, o nombres de clanes judaicos localizados en el Negev.⁹

⁶ Véase Jer 49,16.

⁷ Véase Amós 1,12. Cf. Tebes 2006e.

⁸ a) esposas de Esaú y sus hijos (vv. 1-6); b) descendientes de Esaú (vv. 9-14); c) “jefes de tribu” (*‘allipim*) edomitas (vv. 15-19); d) hijos de Seir, el jorreo (vv. 20-28); e) “jefes de tribu” (*‘allipim*) jorreos (vv. 29-30); f) reyes (*mēlakim*) edomitas (vv. 31-39); g) “jefes de tribu” (*‘allipim*) edomitas (vv. 40-43).

⁹ Bartlett (1989: 86-90); Knauf-Belleri (1995: 100-107).

Un caso diferente es el de la lista de “los reyes que reinaron en la tierra de Edom antes de que sobre los israelitas reinara rey alguno” (v. 31). Estos ocho *mēlakīm* aparecen relacionados con sitios de los que, se dice, fueron sus lugares de nacimiento o de reinado.¹⁰ Estos monarcas son presentados en orden de sucesión dinástica, aunque la mayoría de los estudiosos considera esta sucesión como artificial. Bartlett ha realizado un análisis crítico de estos nombres de sitios, encontrando que, sorprendentemente, al menos cuatro de éstos se encontraban en la zona considerada como perteneciente a Moab, y no a Edom.¹¹ Knauf, por otro lado, aduce que esta lista es de composición tardía, tal vez de época persa: la mayoría de los nombres poseen una etimología cananea y árabe, y los lugares mencionados que son conocidos sólo fueron habitados al mismo tiempo en época persa. Por lo tanto, Knauf concluye que esta lista no es más que una enumeración de los gobernantes locales y *sheikhs* árabes que dominaban el área de Edom en época persa.¹² Desafortunadamente, ninguno de estos monarcas aparece mencionado en fuentes epigráficas contemporáneas.

De naturaleza absolutamente diferente es la información dada por una de las narraciones relacionadas con la tradición del éxodo. El relato de Números 20,14-21 asume la existencia de un rey de Edom al momento del éxodo y que éste rehusó el paso a los israelitas por su tierra.

Las referencias que explícitamente hablan de Edom como una entidad política definida aparecen en los libros de Samuel y Reyes (y por extensión, Crónicas).¹³ A

¹⁰ a) rey: Bela, lugar: su capital era Denaba; b) rey: Jobab, lugar: Bozra; c) rey: Jusam, lugar: la tierra de Temán; d) rey: Adad, lugar: su ciudad era Avit; e) rey: Semla, lugar: Masreca; e) rey: Saúl, lugar: Rehobot, junto al río; f) rey: Baaljamán, lugar: no mencionado; g) rey: Hadar, lugar: su capital era Pau.

¹¹ Bartlett (1965).

¹² Knauf (1985).

¹³ De acuerdo al relato ubicado en estos libros, la monarquía de David (sino ya la de Saúl), ubicada tradicionalmente en el siglo X a.C., habría establecido una dominación político-militar sobre Edom (1 Sam 14,47-48; 2 Sam 8,13-14; 1 Crón 18,12-13; Sal 60 (título). 1 Reyes menciona explícitamente que, debido a la conquista de David, “Hadad, un edomita de la estirpe real (*mizgera hammelék*) de Edom” huyó a Egipto, donde se casó dentro de la casa real egipcia y luego volvió a Edom para convertirse en un duro adversario de Salomón (1 Re 11,14-22). No se sabe nada más de este Hadad, y en referencias subsiguientes el texto bíblico luego asume que la dominación judaica continuó sobre Edom. Al menos eso es lo que se puede decir del rey judaico Josafat (ca. 868-847 a.C.), del que se dice que “En Edom en aquel tiempo no había rey; un gobernador hacía de tal (*nissāb melek*)” (1 Re 22,47). Sin embargo, esto se contradice con el relato posterior de la campaña militar conjunta de los reyes de Israel (Joram), Judá (Josafat) y un rey de Edom no

pesar de estos pormenores, el *corpus* Samuel-Reyes no provee de mayores detalles respecto de la organización política de Edom, ni siquiera a una escala general.

Las fuentes asirias y los hallazgos epigráficos locales también sugieren que el desarrollo político de Edom no ocurrió antes del siglo VIII a.C.¹⁴

Pasemos ahora a la evidencia arqueológica encontrada en Transjordania meridional. Bozra, la capital edomita, es identificada usualmente con la moderna aldea de Buseira, en la zona septentrional de la meseta edomita, sitio en el cual se han excavado restos arqueológicos que parecen concordar con la presencia de una capital estatal.¹⁵

mencionado por nombre, contra Moab (2 Re 3,4-27). De todos modos, es durante el reinado de Joram de Judá, hijo de Josafat, que se nos dice que los edomitas se sacudieron el yugo judaico (2 Re 8,20-22; 2 Crón 21,8-10). Guerras posteriores en el siglo VIII a.C., con el rey Amasías y su hijo Azarías, parecen haber creado una nueva situación de supremacía de Judá sobre Edom (2 Re 14,7; 2 Crón 25,11-12; 2 Re 14,22; 2 Crón 26,2). Sin embargo, hacia fines del siglo VIII a.C., los edomitas fueron lo bastante fuertes como para atacar y reconquistar algunos territorios perdidos (2 Re 16,6; 2 Crón 28,16-18).

¹⁴ La referencia más antigua de Edom en las fuentes asirias aparece en una inscripción de Nimrud del reinado de Adad-nirari III, datada en ca. 796 a.C. Esta no es más que una lista de estados sometidos por este monarca asirio, en la cual aparece por vez primera Edom [*me U-du-mu*]. La siguiente mención es una lista de tributarios de Tiglat-pileser III, que se refiere a eventos datados hacia 732 a.C. La lista enumera el primer rey edomita conocido, "Kaushmalaku de Edom [*U-du-mu-a-a*]". Desde ese momento, las referencias en las fuentes asirias a Edom, o a reyes edomitas, son mas o menos usuales. Tres reyes de Edom son conocidos por las fuentes asirias: además de Kaushmalaku, se conoce el nombre de Ayarammu (bajo Senaquerib, 701 a.C.) y el de Qosgabr (bajo Asarhaddón y Asurbanipal, ca. 670 a.C.) Ninguno de estos monarcas es nombrado por su nombre en la Biblia. El único material epigráfico local que menciona a un rey edomita por su nombre es una impresión de sello real encontrada en Umm el-Biyara, que se refiere a un personaje que ha sido identificado como "Qos-Gabr, Rey de Edom" (*qws g[br]/mlk '(dm)*). Como vimos, este gobernante es mencionado dos veces en inscripciones asirias de los reinados de Asarhaddón y Asurbanipal, las cuales están fechadas en ca. 670 a.C. Véase Millard (1992); Bienkowski (2000).

¹⁵ Las excavaciones arqueológicas realizadas en este sitio, limitadas a una pequeña área debido a la moderna ocupación en el lugar, han descubierto los restos de, aparentemente, una "acrópolis" rodeada de una muralla (Figs. 2-3). Dentro de la "acrópolis", los restos de arquitectura monumental son muy abundantes, lo que apuntaría a la presencia de una arquitectura erigida por una entidad estatal. Los excavadores han identificado los restos materiales de un palacio o edificio administrativo (Área C) y un complejo de templo (Área A), muy probablemente construidos con plantas y características similares a los edificios "de patio abierto" asirios (e.g. Khorsabad). Tales tipos de edificios también han sido encontrados en Palestina y Siria (Hazor, Megiddo y Lachish) y no deben ser atribuidos exclusivamente a los asirios. De manera similar, en Buseira es común la imitación de "cerámica palatina asiria", un tipo de vasija fina usualmente asociada con la administración asiria (Bennett 1982: 184-187; Bienkowski 1995c: 139-142; 2000; Routledge 2003: 245; Porter 2004: 384-386). Fuera de la "acrópolis", y separada de ésta por el muro exterior, se excavó

Ahora bien, el tipo de arquitectura encontrado en Buseira es atípico, e incluso totalmente único, para la región entera. No se ha encontrado un solo sitio que presente las características de Buseira, ni siquiera en parte o a una escala reducida. La gran mayoría de los sitios de la Edad del Hierro en Transjordania meridional están ubicados en la altiplanicie edomita, muchos en emplazamientos de accesibilidad restringida, con una concentración secundaria de sitios en las tierras bajas del Wadi Feinán.¹⁶ Pocos de estos sitios han sido excavados (Umm el-Biyara, Tawilan, Ghrareh), aunque afortunadamente en los últimos años más y más sitios han sido prospectados. Estos asentamientos consisten generalmente de una sola fase de ocupación, con una arquitectura de carácter doméstico. La carencia de madera de construcción obligó al uso de piedras para la construcción, ubicadas en paredes irregulares de una hilera de ancho; la utilización de pilares era general, con el fin de soportar un techo no muy pesado. No existe arquitectura monumental sino en el más amplio sentido de la palabra. La existencia, en algunos sitios, de muros y torres relativamente grandes, es ciertamente llamativa, aunque la autoría de los grupos tribales locales en la construcción de éstos no puede descartarse, tanto para propósitos defensivos (contra grupos vecinos o contra la élite de Buseira) como económicos (corrales para los rebaños). La cerámica presente en estos sitios es, en la mayoría de los casos, de tipo doméstico, aunque se han encontrado finas vasijas decoradas, similares a las encontradas en gran cantidad en Buseira. En algunos sitios se encontró cerámica manufacturada a mano del tipo "negevita", indicativo de la presencia, o de contactos con población pastoral nómada.¹⁷

Esta dualidad en el material arqueológico (esto es, presencia de arquitectura monumental y gran número de bienes de prestigio en Buseira, y ausencia de estas características en el resto de los asentamientos edomitas) ha dejado por un tiempo perplejos a los especialistas. Pues, ¿cómo explicar las alusiones contemporáneas, tanto bíblicas como asirias, a una monarquía constituida en Edom a la luz de la ausencia casi total en todo el territorio edomita de aquellos atributos considera-

una zona conocida como la "ciudad baja", donde se encontraron edificios domésticos comunes (Áreas B y D). Esta es otra particularidad que fue probablemente tomada de las sociedades urbanas situadas más al norte: la división entre una ciudad alta y baja. Esta división se encuentra, por ejemplo, en las ciudades asirias de Khorsabad, Nínive, y Nimrud, y en ciudades levantinas como Tell Halaf, Zinjirli, Jerusalén, Hazor, Megiddo y Dibán. La ciudad alta generalmente se ubicaba sobre una plataforma artificial, donde funcionaba como una acrópolis o ciudadela, y donde se localizaban los palacios o templos. En la ciudad baja, por el contrario, se ubicaban dependencias estatales menos importantes y edificios domésticos. Véase Bienkowski (2002).

¹⁶ Hart (1992); Bienkowski (1995a; 1995c); Lindner y Knauf (1997).

¹⁷ Tebes (2006c: 102-104).

dos necesarios de un aparato estatal? Ante la magnitud de esta pregunta, los estudios actuales han buscado los marcos teóricos adecuados con los cuales comprender adecuadamente la realidad edomita.

Edom: ¿Estado, Estado tribal, confederación de tribus o sistema segmentario?

En el marco de un creciente interés académico por el fenómeno del tribalismo en sociedades antiguas y modernas, las investigaciones recientes han seguido dos líneas de estudio claras:

- a) El estudio de la sociedad edomita se ha visto integrado dentro del panorama general socioeconómico y político de los otros pueblos transjordanos de la Edad del Hierro, esto es, Ammon y Moab (ver análisis posterior).
- b) Los edomitas han comenzado a ser investigados a la luz de las sociedades que habitaron Transjordania meridional en períodos documentables posteriores, especialmente el período romano-bizantino y el siglo XIX d.C.¹⁸

Partiendo desde estas dos perspectivas, se han establecido varias aseveraciones sobre la naturaleza de la sociedad edomita. Durante la Edad del Hierro, así como en períodos posteriores, se puede considerar que todos los pueblos de Transjordania estaban unidos por una circunstancia común: el medio ambiente. Transjordania, a pesar de su amplitud geográfica nominal, es un área con recursos agrícolas extremadamente limitados. El área fértil transjordana es en realidad una larga, aunque angosta, zona que se extiende inmediatamente al este de la gran falla geológica que corre de norte a sur a través del Mar de Galilea, el Río Jordán, el Mar Muerto, y el Wadi Arabá. Inclusive dentro de esta área, las precipitaciones no son completamente uniformes: a medida que uno se dirige hacia el sur, las precipitaciones tienden a disminuir, hasta hacerse casi inexistentes al sur de la altiplanicie edomita. De aquí que las tierras altas y valles fértiles de Transjordania central (la zona de la actual ciudad de Amman, la capital de Jordania) dan paso, más al sur, a las áreas mucho menos fértiles de Transjordania meridional y luego a la aridez total en la zona inmediatamente al norte del Golfo de Aqaba.

¹⁸ Bienkowski y van der Steen (2001); van der Steen (2004).

Estos límites ambientales tuvieron y tienen, por supuesto, gran influencia en los patrones de asentamiento transjordanos.¹⁹ Dos características socioeconómicas son centrales de los pueblos transjordanos de la Edad del Hierro: el agro-pastoreo y el nomadismo. El primer factor era en gran medida inevitable dada la ausencia de amplias extensiones de tierras cultivables; esto llevó al desarrollo de una economía mixta de agricultura y pastoreo, una estrategia económica que también era la más adecuada para hacer frente a las fluctuaciones en las precipitaciones de un año al otro. La segunda característica, el nomadismo, se desprende de la necesidad de movilidad para proveer de adecuadas pasturas a los rebaños de animales. Ahora bien, la combinación de estos dos factores no fue uniforme en toda la Transjordania en la Edad del Hierro. En términos generales, la agricultura era más importante en la zona central transjordana, mientras que decrecía en importancia a medida que se avanzaba hacia el sur. El pastoreo y el nomadismo, por el contrario, eran prácticas económicas más recurrentes en las regiones meridionales.

De allí que la economía de los pueblos autóctonos transjordanos de la Edad del Hierro variara en sentido norte-sur. Por un lado, las mayores precipitaciones en el centro de Transjordania —el área de asentamiento del pueblo de Ammon—, dieron pie a una combinación de agricultura pura y agro-pastoreo. Por otro lado, la mayor aridez en Transjordania meridional —el área de asentamiento de los pueblos de Moab y Edom—, significó la emergencia de una economía de agro-pastoreo y pastoreo puro, con el consecuente aumento de la movilidad nómada en la zona. El área de asentamiento edomita, el más meridional y árido de todos, fue en consecuencia el que más acusó la influencia de las prácticas pastorales y la movilidad nómada.

Un tercer factor, no ambiental ni económico pero sí ampliamente influido por éstos, constituía la base sobre la cual se asentaban todas las sociedades transjordanas de la Edad del Hierro, base que ha mantenido su rol central hasta el presente: la tribu. En efecto, la tribu es, fuera del grupo doméstico, y dejando de lado todas las definiciones con las que se la ha querido etiquetar, el ámbito central de pertenencia de los individuos. La tribu es, en primer lugar, un grupo social que se considera unido por un ascendiente común, la mayoría de las veces legendario, que provee a sus integrantes del vínculo de parentesco necesario de pertenencia a ella.²⁰ En segundo lugar, la tribu es, muchas veces, una unidad política y económica, que

¹⁹ Para el análisis siguiente, cf. Knauf (1992); Knauf-Belleri (1995); LaBianca y Younker (1995); Younker (1997); LaBianca (1999); Bienkowski (2001); Bienkowski y van der Steen (2001).

²⁰ Véase discusión y abundante bibliografía en Bařtuğ (1998).

puede actuar autónomamente con respecto a otras tribus (con las que puede aliarse o batallar persistentemente) y con respecto al estado. La organización tribal no es privativa de las comunidades transjordanas de la Edad del Hierro; por el contrario, era una característica central compartida por muchas sociedades del mundo antiguo. Asimismo, el agro-pastoreo y el nomadismo no siempre van acompañados de una organización tribal. Es precisamente la profunda amalgama de una economía agropastoral y una organización tribal lo que caracterizó a las sociedades transjordanas de la Edad del Hierro. Y, a este respecto, se ha catalogado a estas sociedades como “reinos tribales”, en los cuales la unidad política y de subsistencia básica era la tribu, no el estado. Dados los factores geográficos y económicos, la sociedad edomita era la más “tribal” y la menos “estatal” de las tres entidades transjordanas.²¹

La preeminencia del pastoreo y el nomadismo es el rasgo esencial para comprender las características originales de la relación entre estado y sociedad en Edom. La naturaleza de esta relación ha sido explicada de distintas maneras por los estudiosos occidentales. Los estudios más tradicionales, basados en gran medida en el texto bíblico, calificaban a Edom como un estado constituido, bajo la etiqueta de “reino” o “monarquía”, que son los términos que nos ha legado la Biblia y las escasas inscripciones asirias de utilidad.²² En realidad, más allá de este calificativo, no existía un examen detallado de la sociedad edomita en su conjunto, carencia que la ausencia de excavaciones arqueológicas publicadas en su totalidad no hacía más que exacerbar.

En la década de 1990 sobrevino un cambio en las interpretaciones usuales. Esto provino no sólo de la mano de un número cada vez mayor de excavaciones y prospecciones arqueológicas en Transjordania meridional, sino también, como hemos explicado anteriormente, de la aplicación de modelos de sociedades tribales posteriores a los pueblos de la Edad del Hierro, y a la creencia firme de que el estudio de Edom no debe ser desglosado del de sus dos vecinos septentrionales, Ammon y Moab. En esta nueva corriente interpretativa, dos conceptos son claves: pastoreo nómade y tribalismo. Si, en efecto, la tierra de Edom era la más proclive a desarrollar una economía de pastoreo nómade, esto debe haber tenido fuertes consecuencias en su estructura social y política. Y lo que justamente va-

²¹ LaBianca y Younker (1995: 406-411); Routledge (2000; 2003; 2004); cf. Joffe (2002) para el término similar de “reinos étnicos”.

²² Un ejemplo de esta literatura es Bartlett (1965; 1989; 1992). Esto no invalida, por supuesto, el excelente análisis del texto bíblico que hace este autor.

rios estudios han afirmado es que la centralidad del pastoreo nómada en Edom dio pie a la existencia de grupos tribales móviles que actuaban con considerable autonomía, en términos relativamente mayores que en Transjordania central.

Ahora bien, tenemos un problema: las fuentes escritas contemporáneas indican la existencia de una monarquía en Edom, y ciertamente se han hallado evidencias de arquitectura monumental (usualmente asociada a la presencia de instituciones estatales) en Buseira. ¿Qué tan importantes y cuán autónomas eran las tribus locales con respecto al supuesto estado edomita? La dicotomía entre lo hallado en Buseira y lo hallado en los sitios edomitas restantes ha llevado a Knauf a suponer una oposición entre estado y tribus, y a sugerir que los aldeanos evitaban al estado y sus agentes. Lindner y Knauf incluso especulan que los asentamientos de montaña en la zona de Petra eran “ciudadelas” o “lugares centrales” de clanes o tribus individuales.²³ En sentido similar, Bienkowski y van der Steen afirman que “el Edom del Hierro II estaba compuesto de grupos de parentesco, dentro de tribus, dentro de confederaciones tribales, que tenían vínculos de alianza con una monarquía supratribal basada en Busayra”.²⁴

Desde una perspectiva diferente, hay autores que critican el uso desmesurado del término “tribu” para las sociedades transjordanas, en el sentido de que esta palabra aparentemente no logra captar toda la complejidad de las relaciones sociales que estaban implícitas. Así, Grosby defiende la existencia de una “nación” edomita, una relación ficticia de sangre que se atribuye a grupos trans-locales que poseen una residencia territorial conjunta.²⁵ Siguiendo en parte el análisis de la sociedad moabita hecho por Routledge,²⁶ Porter sugiere que Edom fue una sociedad segmentaria en la cual la elite local pudo, a través de una serie de estrategias, consolidar una sola organización política.²⁷

¿Estado, Estado tribal, confederación de tribus, “nación” o sistema segmentario? Para intentar responder esta pregunta, analizaremos las prospecciones arqueológicas realizadas en Transjordania meridional de sitios pertenecientes a la Edad del Hierro, luego de lo cual avanzaremos algunas hipótesis tentativas con respecto a la relación entre sociedad y estado en Edom.

²³ Knauf (1992: 52); Lindner et al. (1996: 162); Lindner y Knauf (1997).

²⁴ Bienkowski y van der Steen (2001: 38).

²⁵ Grosby (1997: 4-6).

²⁶ Routledge (2000, 2004).

²⁷ Porter (2004).

La geografía de Edom

Si bien es una verdad de perogrullo afirmar que todas las sociedades del antiguo Oriente estuvieron profundamente marcadas por la geografía local, esto es mucho más evidente en el caso de Edom. Pues lo que a simple vista es una geografía difícil y árida, se convirtió en la característica principal por la cual los edomitas fueron conocidos por los pueblos vecinos.

El área del asentamiento edomita se encuentra en el sur del actual reino de Jordania (Tabla 1; Fig. 4).²⁸ Tradicionalmente se considera que su límite septentrional es el Wadi el-Hasa, al norte del cual se encontraba el reino de Moab. Al sur del el-Hasa se encuentra el área nuclear de Edom, una relativamente larga altiplanicie -unos 120 km. de largo de norte a sur- aunque muy estrecha en sus lados -unos 10 km. de este a oeste en su zona más angosta-. La altitud de esta altiplanicie llega a los 1500 metros sobre el nivel del mar, altitud que declina abruptamente en el lado oeste, donde las montañas terminan en forma de acantilado en el Wadi Arabá. Todo lo contrario, hacia el este la altiplanicie edomita va declinando en altura lentamente, dando lugar a las estepas orientales y luego al desierto arábigo.

La altiplanicie está cortada por wadis y valles que frecuentemente corren en un eje este-oeste. El corte más importante está dado por el Wadi Dana, que lleva hacia las tierras bajas occidentales de Wadi Feinán, el área más rica en cobre del Levante. Asimismo, Wadi Dana marca la división tradicional entre las dos zonas de la altiplanicie: el área norte entre Wadi el-Hasa y Dana, conocida actualmente como Jebel el-Jibal (probablemente el *Gebal* bíblico²⁹), y donde se ubicaba la capital de Edom, Bozra (actualmente Buseira). El área al sur de Dana, conocida como Jebel esh-Shera (posiblemente el *Seir* bíblico³⁰), es de mayor altitud, siendo donde se ubicó posteriormente la famosa ciudad de Petra, capital del reino de los nabateos.

Hacia el oeste, la altiplanicie limita con el Wadi Arabá, una larga depresión árida que corre de forma norte-sur entre el Mar Muerto y el Golfo de Aqaba (Golfo de Eilat para los israelíes), y que forma el límite occidental del asenta-

²⁸ Para lo que sigue, ver Bartlett (1989: 33-41); Hart (1989: 7-8); MacDonald (2000: 26-33).

²⁹ Salmos 83,8.

³⁰ Gén 36, 8-9, 21; 32,3; Núm 24,18; Jos 24,4; Jue 5,4; 2 Crón 25,14; Isa 21,11; Ezeq 35,15.

miento tradicional edomita. Prolongación del Arabá hacia el norte es el Ghors, una llanura de inundación que limita con el Mar Muerto.

La altiplanicie edomita termina en el sur, a la altura de Ras en-Naqb, con unos enormes acantilados que dan hacia la meseta árida del Wadi Hisma (900 metros sobre el nivel del mar), y luego a las montañas del Wadi Rumm, preludio del moderno Hijaz (actualmente el noroeste de Arabia Saudita), área conocida antiguamente como Midian.

Como hemos visto, las precipitaciones en el sur de Transjordania son, en comparación con las áreas más al norte, bastante escasas. Si bien es regla general que las lluvias decrecen de norte a sur, la altitud de las montañas edomitas es un factor que mantiene la pluviometría relativamente alta (una media anual máxima de 300 mm., la mayor parte de la lluvia cae en invierno). A estas tasas anuales, la agricultura del trigo no es posible, aunque sí el cultivo de cebada. Fuera de la altiplanicie edomita, las precipitaciones declinan considerablemente, con niveles ínfimos en el Wadi Arabá (250 mm. o menos de precipitación media anual) y en los Wadi Hisma y Rumm.

El Negev, gran triángulo árido ubicado al oeste del Arabá, ostenta características paleoclimáticas similares. La región septentrional es la más habitable, con precipitaciones que en determinados años superan los 200 mm. anuales, ubicándola en el límite de la agricultura de secano. Un importante factor ausente en la región edomita es que la planicie costera del Negev recibe la humedad procedente del Mar Mediterráneo, lo que aumenta significativamente las precipitaciones locales. El Negev septentrional está caracterizado por la existencia de valles de origen loésico, de los cuales el más importante, en términos geográficos e históricos, es el valle de Beersheba. La región de la altiplanicie central, de menor altitud que la altiplanicie edomita, está ocupada por anticlinales y sinclinales asimétricos que corren en dirección sudoeste-noreste. La mayor altitud incrementa las precipitaciones en la zona, que varían entre 75 y 150 mm. anuales; los valles y las laderas poseen una rica vegetación, gracias a que reciben en su casi totalidad las lluvias locales. La zona meridional del Arabá posee ricos yacimientos de cobre en el valle de Timna, geológicamente idénticos a los de Feinán.

Los patrones de asentamiento y la sociedad edomita

La parquedad de los restos arqueológicos esconde vital información respecto al modo de vida social y político de la sociedad edomita de la Edad del

Hierro. Interioricémonos más sobre lo que estos restos arqueológicos sugieren.³¹

³¹ Previo al análisis de las prospecciones efectuadas en Transjordania meridional, es necesario efectuar algunas observaciones:

1) Las prospecciones que estudiamos han utilizado diversos métodos de análisis (e.g., prospecciones a pie sobre todo el terreno, prospecciones a pie siguiendo determinados accidentes geográficos y/o rutas, prospecciones sobre puntos específicos, etc.);

2) Las prospecciones, por lo tanto, no cubren áreas de superficie similar;

3) En algunos casos, los prospectores han dividido un sitio (generalmente de gran extensión) en varias partes, por lo que es usual la aparición de más de una referencia de la Edad del Hierro para un sitio (King et al. 1987; 1989). Varios de los sitios investigados por King caen dentro de esta categoría. El asentamiento de Khirbet Feinán, por ejemplo, es fragmentado en sitios separados, como la "cima del tell", "las colinas del tell", "el monasterio", "el cementerio norte", "el área noroccidental del cementerio norte", "el lado meridional", etc., los cuales presentan distintas cronologías (King et al. 1989: 209-211). En estos casos, hemos agrupado todas estas referencias como un solo sitio;

4) En otros casos, los prospectores han agrupado los sitios de acuerdo a fases arqueológicas, fases que en algunos casos se superponen. Este es el caso de las prospecciones dirigidas por MacDonald (1988; 1992; 2002). Por ejemplo, MacDonald enumera al importante sitio de Khirbet en-Nahas como perteneciente a las fases Hierro IA, IC, I-II, II, IIA, IIB, IIC y "Hierro" (MacDonald 1992: 73-81). En estos casos, hemos determinado tomar sólo una referencia de la Edad del Hierro por sitio;

5) Para mayor claridad expositiva, hemos decidido no subdividir cronológicamente los sitios prospectados. De esta manera, todos los asentamientos han sido tomados como pertenecientes a la Edad del Hierro. Esto por dos motivos principales. Primero, porque la cronología interna del Hierro no está todavía clara, por lo que la datación exacta de muchos de estos sitios está en discusión; segundo, porque los factores geográficos y climáticos que dieron forma a la sociedad edomita se mantuvieron constantes durante toda la Edad del Hierro.

La decisión que hemos tomado en cuanto a este último punto tiene importantes consecuencias en nuestro análisis. Si bien los lineamientos arqueológicos generales del periodo "clásico" del asentamiento edomita, la segunda mitad de la Edad del Hierro II (ca. siglos VIII-VI a.C.), están relativamente claros, esto no es así para los periodos anteriores (Edad del Hierro I y primera mitad de la Edad del Hierro II, ca. siglos XII-IX a.C.). Los asentamientos en este último lapso de tiempo se concentran en la zona del Wadi el-Hasa (Bienkowski 1995b; Bienkowski et al. 1997; Bienkowski y Adams 1999) y, especialmente, en el área minera de Wadi Feinán. Recientes excavaciones arqueológicas en esta última región han descubierto una fase de asentamiento anterior al siglo VIII a.C., esto es, anterior al periodo edomita "clásico". Los hallazgos más importantes se han concentrado en Wadi Fidán 40 (un cementerio pastoral) (Levy et al. 1999; Levy, Adams y Muniz 2004) y en Khirbet en-Nahas (una fortaleza) (Fritz 1996; Levy et al. 2003: 268-270; Levy et al. 2004). Estos sitios han provisto fechados de radiocarbono entre los siglos XII-IX a.C.; sin embargo, estas dataciones tan tempranas han sido severamente criticadas por varios autores (Finkelstein 2005; van der Steen y Bienkowski 2006).

Dos cuestiones surgen al tratar de interpretar los recientes descubrimientos en Feinán. Primero, el hecho de que se hayan encontrado restos materiales pertenecientes a periodos anteriores al periodo edomita no significa, en sí mismo, que debamos identificar esta fase temprana de

El análisis de las prospecciones arqueológicas demuestra claras tendencias en el patrón de asentamiento en Edom³² (Tabla 2; Figs. 5-7). En primer lugar, es discernible una clara concentración de asentamientos en la altiplanicie edomita, tanto en el Jebel el-Jibal como en el Jebel esh-Shera. Está claro que esta concentración se debe a un factor claramente geoclimático: como hemos dicho, el área de la altiplanicie es la de mayor pluviometría anual, lo que incide en la relativamente alta productividad agropastoral de esta zona. Es precisamente en la zona septentrional de la altiplanicie edomita donde se ubicaba la capital, Bozra, rodeada de una red de asentamientos satélites secundarios.

Concentrémonos en aquellos rasgos materiales que denotan cierto grado de “estatalidad”, al menos desde el punto de vista arqueológico clásico (Tabla 3). Buseira concentra casi totalmente los atributos “estatales” por excelencia. La particularidad más evidente es el urbanismo desarrollado: Buseira es el único sitio edomita al que puede llamárselo propiamente una “ciudad” (al menos en términos del Levante meridional de la Edad del Hierro), tanto por su relativa gran extensión como por la arquitectura encontrada en el sitio. Sumado a esto, las prospecciones arqueológicas realizadas en el *hinterland* de Buseira demuestran la existencia de una multiplicidad de aldeas satélites de ésta.³³ No existen aparentemente sitios de tamaño grande o mediano en los alrededores de Buseira, ni siquiera de las dimensiones que encontramos en el Jebel esh-Shera. La explicación más

poblamiento como “edomita”. Todavía no está suficientemente claro cuál es la relación que existe entre esta fase de asentamiento temprano en Feinán con el asentamiento edomita posterior. El segundo punto está muy relacionado con el anterior. Prospecciones cerámicas realizadas en otros puntos de Feinán han descubierto evidencias de asentamiento luego del siglo VIII a.C., lo que evidentemente indica que los edomitas sí estuvieron presentes en el área (Hart y Knauf 1986; MacDonald 1992: 73-81; Levy et al. 2001: 180; 2003: 264; Barker et al. 1998: 20-21; 1999: 283; 2000: 49). ¿Continuaron los edomitas patrones de asentamiento previos en el área? No lo sabemos. Es debido a estas lagunas en nuestro conocimiento que hemos tomado la decisión de tomar a todos los asentamientos de Feinán como una sola unidad perteneciente a la Edad del Hierro, sin realizar subdivisiones cronológicas en ella.

6) Para mayor claridad expositiva, presentamos dos gráficos de barras con el número de sitios de la Edad del Hierro hallados por las prospecciones arqueológicas en la meseta edomita (Fig. 5) y en el Wadi Arabá (Fig. 6), en ambos casos con las prospecciones presentadas de norte a sur. Dada la superposición geográfica de muchas de estas prospecciones, hemos tomado sólo las prospecciones más significativas y actuales.

³² Para una lista completa, aunque actualmente en necesidad de actualización, de los sitios edomitas de la Edad del Hierro, ver Zwickel (1990).

³³ Desafortunadamente, casi ninguno de estos sitios ha sido excavado, por lo que es muy difícil conocer sus dimensiones y características particulares; véase MacDonald (2002).

convinciente es que Buseira concentró todos los servicios que potencialmente podrían haber otorgado aldeas de tamaño mediano.³⁴ Es esta relación jerárquica establecida entre Buseira y su *binterland* lo que es particular al territorio edomita, porque, precisamente, esta relación no es duplicada en ninguna otra zona de Edom. Como hemos visto, dentro del ámbito mismo de Buseira se encuentran las únicas evidencias de arquitectura monumental en Edom, muy probablemente el resultado de la emulación de las elites locales con respecto a modelos culturales foráneos, particularmente el asirio. La presencia de una gran cantidad de bienes de prestigio -especialmente cerámica fina- atestigua de por sí la existencia de una elite en el sitio.

Un segundo rasgo estructural que llama la atención es la simplicidad de la arquitectura de los sitios arqueológicos en el Jebel esh-Shera. La enorme mayoría de estos sitios puede considerarse pequeñas aldeas abiertas o granjas. Varios de estos sitios, como Umm el-Biyara, Baja III y es-Sadeh, se ubicaban en las cimas de montañas, en lugares de muy difícil accesibilidad. La cultura material encontrada es, por lo general, bastante simple, aunque se ha hallado un cantidad relativamente amplia de bienes de prestigio (cf. la discusión posterior). La homogeneidad en el tamaño de la mayoría de estos sitios permite deducir la inexistencia de centros hegemónicos o centrales en el esh-Shera. Tampoco es posible discernir agrupamientos de sitios, sino que, más bien, la norma es un asentamiento disperso teniendo en cuenta la topografía del terreno. Las distancias entre los sitios parecen estar dentro de la media de 10 km. evidenciada en sociedades rurales similares.³⁵

Una segunda zona de concentración de asentamientos, aunque muy por debajo de la densidad encontrada en la altiplanicie, son las tierras bajas del área de Feinán. Aquí, la dificultad del terreno y la falta de lluvias son contrarrestadas por la existencia de una materia prima fundamental: el cobre. Debido a las extremadamente difíciles condiciones del asentamiento humano en el área de Feinán, la mayoría, si no la totalidad, de los sitios ubicados en esta zona estaban posiblemente asociados con la explotación de las minas de cobre de la región. Como dijimos anteriormente, muchos de los asentamientos ubicados en esta zona han sido datados entre el siglo XII y el IX a.C., lo que demuestra la importancia central de esta área en términos económicos. En qué medida estos asentamientos continuaron siendo ocupados a partir del siglo VIII a.C. no está del todo claro,

³⁴ Hodder y Orton (1990 [1976]: 72-83).

³⁵ Hodder y Orton (1990 [1976]: 69-72).

pero el hecho de que la capital edomita, Bozra, estaba ubicada sobre el Wadi Dana -el principal acceso desde la altiplanicie a las tierras bajas de Feinán- es una probable indicación de la explotación de las minas de Feinán durante el período edomita "clásico".

El tercer "anillo" de poblamiento en Edom estaba compuesto de áreas periféricas de poca pluviosidad anual y, en consecuencia, mínima producción agrícola. Dentro de este grupo se encuentra el Ghors, el valle del Arabá (a excepción, como dijimos, del Feinán), y el Wadi Hisma y Wadi Rumm. La extrema escasez de hallazgos arqueológicos en estas áreas no significa ausencia total de población durante la Edad del Hierro. Los hallazgos aislados de cerámica edomita, midianita y negevita en estas áreas áridas apuntan a la existencia de grupos tribales que practicaban una economía mixta de pastoreo y agricultura.

Una excepción a esta regla parece haber sido el sitio de Tell el-Kheleifeh, en el Arabá meridional. Ubicado en la costa del Golfo de Aqaba, a medio camino entre el Hijaz, Transjordania, Palestina y Egipto, Tell el-Kheleifeh muy probablemente debe ser identificado como un puesto comercial o de almacenamiento, aunque su status político (¿edomita, del reino de Judá, asirio?) debe todavía ser determinado.³⁶

En otro lugar hemos sugerido que los pueblos pastorales nómades que se movían regularmente entre Transjordania meridional y el Negev tenían una importancia primordial, si no es que controlaban enteramente, las rutas comerciales del incienso que era traído desde Arabia meridional. Esta importancia se ve reflejada en los varios intentos de los asirios y los judaicos por controlar militarmente o cooptar mediante acuerdos a los grupos pastorales locales.³⁷ En qué medida esta importancia económica influyó en las relaciones de los pueblos pastorales locales con la élite basada en Buseira no está del todo claro. Así como es muy probable que la élite de Buseira tratara de controlar el flujo de bienes provenientes de Arabia manejado por estos grupos, también es bastante factible que estos mismos grupos estuvieran poco dispuestos a ceder el control de una actividad que les dejaba muchos réditos económicos.

³⁶ La identificación tradicional de Tell el-Kheleifeh con la puerta salomónica de Ezion-Geber, ha sido completamente descartada por la reevaluación de la antigua excavación de N. Glueck hecha por G. Pratico (1993); cf. también Mussell (2000).

³⁷ Tebes (2006d).

Discusión y conclusiones: ¿Estado en Edom?

La ausencia de las características arqueológicas estatales tradicionales fuera de Buseira es ciertamente conspicua. ¿Indica esta carencia una ausencia de estructuras estatales que abarcan toda el área? Ciertamente, es factible considerar la posibilidad de que la elite central de Buseira haya podido conseguir, cualesquiera sean los medios, imponer su poder sobre los grupos locales aún sin que esta situación implique la existencia de aquellas características arqueológicas que consideramos esenciales de un estado. Porter,³⁸ en el más fino análisis que se ha intentado de la estructura sociopolítica edomita, afirma que la elite de Buseira empleó una serie de estrategias para consolidar su autoridad e imponer una identidad "edomita" más grande a los grupos segmentarios del área. Cinco estrategias son centrales en el análisis de Porter. Estudiemos un poco más pormenorizadamente estas estrategias y veamos si contestan o no nuestra pregunta sobre la factibilidad de un estado en Edom:

1) *Promoción, por parte del estado, del paso de un modo de vida pastoral nómada a uno sedentario.*³⁹

Porter explica el súbito incremento del número de asentamientos en la altiplanicie edomita en términos de una fase de sedentarización de grupos nómades. La sedentarización de poblaciones anteriormente nómades habría facilitado la dominación —política, económica, militar y fiscal— por parte de la elite central de Buseira.

Muy poco se sabe sobre las condiciones que dieron pie a la emergencia de la "ola" de asentamientos en la altiplanicie edomita. Ciertamente, la explicación adelantada por Porter es posible, pero hay un número de variables sociales y económicas que también pueden dar cuenta de la fase de asentamiento (algunas de las cuales el mismo Porter menciona), particularmente condiciones ecológicas favorables y una situación económica propicia (la llamada *Pax Assyriaca*). Es ciertamente difícil pensar cómo la elite de Buseira fue capaz de emprender una política exitosa de sedentarización de los nómades sin un marco ambiental y económico adecuado. Lo más que puede decirse es que la elite urbana implementó políticas que *acentuaron* una tendencia a la sedentarización que era anterior a ellas. Más aún,

³⁸ Porter (2004).

³⁹ Porter (2004: 379).

dadas las extremas dificultades que los estados antiguos y modernos tienen en controlar – y más aún en asentar – las poblaciones pastorales nómades que se mueven dentro de sus fronteras nominales, una política exitosa en este tema por parte de la elite de Buseira es evidentemente dudosa. Por último, la evidencia arqueológica indica, como hemos visto, que incluso durante esta fase de asentamiento sedentario una gran parte –sino la mayoría– de la población que vivía en Edom, practicaba un modo de vida pastoral nómade, y por lo tanto con una gran autonomía ante las exigencias de cualquier estado, incluso los asirios y judaicos.

2) Impulso de un culto unificado al dios Qos.⁴⁰

El atractivo del culto a Qos estaría evidenciado por el hallazgo de un número considerable de fuentes epigráficas nombrando a Qos, sea individualmente o como parte de un nombre personal.

Dados estos hallazgos, la popularidad del culto de Qos está fuera de toda discusión. Ahora bien, ¿debe atribuirse cualquier aparición del culto de Qos a la acción o promoción del estado edomita? Ciertos indicios indican que no. Primero, Porter afirma que el número de nombres personales que contienen a Qos se incrementa dramáticamente a la par de la emergencia del estado en Edom. Evidentemente, las evidencias del culto de Qos son conspicuas en este período, pero no crecieron *en número* desde períodos anteriores, sino que son realmente la primera aparición, arqueológica y epigráfica, del culto de Qos.⁴¹ Lo que muestran estos hallazgos no es que el culto fue a la par del desarrollo del estado, sino que las primeras evidencias del culto fueron a la par de, y en verdad son una consecuencia de, la expansión de los sistemas de escritura a Transjordania meridional y el Negev, poniendo a la luz un culto que anteriormente, muy posiblemente, ya existía.

Esto nos lleva directamente a nuestro segundo punto. La pre-existencia del culto de Qos con respecto al estado edomita sugiere que la adoración de esta deidad era una práctica religiosa común entre la población de Transjordania meridional y el Negev, y no un culto monopolizado por el estado. Como bien indica Porter, gran cantidad de hallazgos epigráficos que mencionan a Qos fueron hallados en dos contextos cúlticos: Buseira y Horvat Qitmit, en el Negev. Porter afirma que esto “sugiere que la adoración de Qos en Edom adquirió algún grado de

⁴⁰ Porter (2004: 381-384).

⁴¹ A excepción de una posible mención de Qos en una fuente egipcia del Reino Nuevo; cf. Oded (1971).

institucionalización, donde la adoración esta centralizada en sitios determinados y los devotos los visitan para ofrecer sacrificios y oraciones⁴².⁴² Esto es completamente claro en el caso de Buseira, pero no tanto en el de Horvat Qitmit. Este último sitio es un pequeño santuario ubicado en el Negev septentrional, en una localización alejada de cualquier centro urbano pero posiblemente sobre la ruta que llevaba desde Edom hasta los puertos de la costa meridional palestinese. Dadas estas características, Horvat Qitmit ha sido identificado como un santuario utilizado por grupos pastorales locales o las caravanas que pasaban por el área.⁴³ Si esta interpretación es correcta, estamos frente a un caso del culto a Qos no promovido por el estado edomita. Que la adoración de Qos era una práctica popular y no dependía del apoyo del estado edomita es visiblemente demostrado por su pervivencia en el período persa y helenístico, en niveles inclusive más altos que en el período edomita.

Tercer y último punto: Porter sostiene que muchos de estos documentos nombrando a Qos fueron hallados en el Negev, lo que atestiguaría la expansión político-militar del estado edomita hacia el oeste del Arabá, a costa del estado judaico. Como veremos en el punto 5, las evidencias de expansión edomita en el Negev son, cuanto menos, muy discutibles.

3) *Construcción de un centro político y administrativo en Buseira.*⁴⁴

Como hemos visto, las excavaciones en Buseira han revelado un amplio asentamiento rodeado de una muralla, dentro del cual se hallaron dos construcciones (un palacio o edificio administrativo y un templo) con plantas y características prototípicas asirias y levantinas. Este marco constructivo, sin ninguna duda, habla de la intención de la elite local de conectarse ideológicamente con el poder hegemónico dominante de aquel momento, Asiria, así como de expresar su superioridad sobre la población local. Pero, no está de mas repetirlo, la arquitectura monumental y la predominancia de los bienes de prestigio se concentran sólo en Buseira, estando estas características conspicuamente ausentes en el resto de los sitios de Edom.

⁴² Porter (2004: 381).

⁴³ Finkelstein (1992).

⁴⁴ Porter (2004: 384-386).

4) Redistribución de objetos de prestigio a súbditos leales.⁴⁵

El relativamente gran número de objetos de prestigio hallados por los trabajos arqueológicos en varios sitios de la altiplanicie edomita es el centro del cuarto argumento de Porter. Cerámica decorada, sellos, impresiones de sello, pesas, paletas cosméticas, joyas, y varias clases de adornos fueron encontrados en sitios ya publicados como Ghrareh, Tell el-Kheleifeh, Horvat Qitmit, Tawilan y Umm el-Biyara. El hallazgo de este tipo de bienes en asentamientos que de otra manera se distinguirían sólo por su simplicidad arquitectónica indicaría los esfuerzos por parte de la elite de Buseira de forjar alianzas con los grupos locales a través de la redistribución y el envío de regalos.

Comencemos con una digresión con respecto a la distribución arqueológica de estos objetos de prestigio. Porter enumera los hallazgos de este tipo de bienes en cinco sitios edomitas, y las conclusiones con respecto a estos pocos sitios son generalizadas a todos los sitios edomitas. Si bien la escasa cantidad de sitios adecuadamente excavados y publicados realmente obliga a basarse en esta pequeña "base de datos", creemos que los resultados no deberían extrapolarse tan fácilmente a toda el área edomita. Esto es demostrado por los tipos de cerámica hallados en las prospecciones arqueológicas en sitios locales. Como sabemos, la cerámica es casi el único material arqueológico que puede hallarse en la superficie de un sitio determinado mediante prospecciones, sin ni siquiera haberlo excavado. Por lo tanto, la cerámica es un buen indicador del tipo de objetos hallados en un sitio y, por lo tanto, del modo de vida de la sociedad que lo habitó en la antigüedad. Y, precisamente, lo que han descubierto las prospecciones arqueológicas en el área de Edom es que existen muchos sitios con muy poca cantidad, y en algunos casos una total ausencia, de cerámica decorada, un objeto de prestigio típico de este período. La mayoría de los sitios que carecen de este tipo de cerámica se encuentra en cumbres de montañas, en lugares casi inaccesibles, como Umm el-Biyara, Baja III, es-Sadeh, Jabal al-Qusayr, y Jabal al-Kubtha.⁴⁶ Si la cantidad de cerámica decorada, un bien de prestigio muy fácil de transportar, es ínfima o casi inexistente en estos sitios, entonces es lícito preguntarse si la "amplia" distribución de bienes de prestigio postulada por Porter es engañosa, y sólo una consecuencia del reducido número de sitios que toma en cuenta para su análisis.

⁴⁵ Porter (2004: 387-389).

⁴⁶ Zeitler (1992); Lindner y Knauf (1997); Bienkowski (1995c: 137-138).

De todas maneras, concedámosle el beneficio de la duda a este análisis y continuemos con nuestra investigación. Aunque el carácter “edomita” de dos de estos sitios es bastante discutible (Tell el-Kheleifeh y Horvat Qitmit), es indudable que la presencia de objetos de prestigio en sitios de la altiplanicie edomita demanda explicación. La redistribución de bienes y el envío de regalos son prácticas muy comunes conocidas en las sociedades del antiguo Oriente y de otros lugares del mundo, por lo que la aparición de este tipo de bienes en la altiplanicie edomita bien puede ser explicada por este tipo de prácticas. Ahora bien, lo que también esta claro es que la redistribución de bienes y el envío de regalos no son prácticas solo propias del estado, sino que, por el contrario, también están presentes –e incluso quizás son más comunes- entre sociedades no-estatales. Como hemos demostrado en otra ocasión,⁴⁷ el hallazgo de bienes de alto valor o de gran peso simbólico en sitios del Negev y Edom de principios de la Edad del Hierro (un período del cual estamos completamente seguros de la ausencia de un aparato estatal en el área) sería indicativo de la existencia de prácticas de envíos mutuos de regalos entre los grupos tribales del área, con el fin de iniciar o construir vínculos de alianza. Ciertamente, es probable que la elite de Buseira redistribuyera esta clase de bienes en las aldeas edomitas, aunque la relativamente amplia distribución arqueológica de dichos bienes posiblemente deba ser atribuida a la posterior circulación inter-tribal más que al contacto directo con Buseira.

5) *Expansión territorial.*⁴⁸

Una última estrategia central presentada por Porter es la expansión territorial. Basado en el hallazgo de objetos “edomitas” en la zona del Negev, Porter sugiere que el estado edomita se expandió militarmente hacia el oeste del Arabá. Las evidencias, anteriormente descriptas, del culto de Qos en el Negev, son explicadas por Porter como un signo del intento de las elites de Edom de convertir el área una vez dominada por Judá en una zona “edomita”.

Estudiemos en más detalle la cultura material “edomita” encontrada al oeste del Arabá.⁴⁹ Se ha encontrado cerámica con características “edomitas” en diversos sitios del Negev, en especial en el valle de Beersheba. Algunos autores son de la opinión de que su distribución es una consecuencia de la hegemonía política del estado edomita en la región.⁵⁰ Los exponentes de esta hipótesis arguyen en su

⁴⁷ Tebes (2005).

⁴⁸ Porter (2004: 388-389).

⁴⁹ Para estos hallazgos, ver Mazar (1985); Bartlett (1999); Beit-Arieh (1995); Tebes (2006d).

⁵⁰ Véase especialmente Beit-Arieh (1995).

favor, principalmente, los varios pasajes bíblicos que sugieren cierto grado de control militar del Negev por parte de los edomitas.⁵¹ Otros estudiosos, por el contrario, han sugerido que la aparición de vasijas edomitas en sitios al oeste del Arabá es sólo un fenómeno cultural local, muy posiblemente relacionado con los patrones de intercambio de ese momento.⁵² Esta parece ser la hipótesis más plausible. La aparición de rasgos materiales edomitas en el Negev no es, en verdad, uniforme en todos los sitios del área. Su distribución parece más reminiscente de fenómenos de expansión cultural o actividades comerciales más que de una ocupación militar. Mas aún, aunque en varias localidades del Negev de la Edad del Hierro aparecen niveles de destrucción –un rasgo arqueológico que, se asume, es frecuentemente resultado de actividades militares–, su relación con las supuestas campañas militares de los edomitas es, en el mejor de los casos, hipotética. De hecho, la utilización del término “edomita” puede dar lugar a equívocos, ya que la mayoría de las vasijas edomitas halladas en el Negev fueron manufacturadas con arcillas locales, en o en las cercanías del lugar en el que fueron halladas. Es por ello que es posible que las vasijas edomitas encontradas en el Negev, o al menos un porcentaje significativo de ellas, hayan sido hechas y utilizadas por los diversos pueblos que habitaban la región, y no sólo por un grupo étnico definido (los edomitas).

Sumado a esto, otros asentamientos locales han dado a luz *ostraca*, inscripciones grabadas y sellos referentes a Edom o personajes “edomitas”. Otros hallazgos arqueológicos, muchos de naturaleza cúllica o religiosa, también apuntan a una presencia o influencia edomita en el Negev. En ‘En Hazeva se descubrió una *favissa* que contenía siete altares de piedra y sesenta y siete objetos de arcilla, de los que se supone fueron utilizados con propósitos cúllicos. Se encontraron objetos similares en Horvat Qitmit, con inscripciones grabadas con nombres edomitas y del dios Qos. Debido a estas inusuales características, ambos sitios han sido considerados santuarios edomitas.⁵³ Sin embargo, como hemos visto, la veneración de Qos no era exclusiva de la elite de Buseira, y ni siquiera de la población edomita. Más aún, las figuras cúllicas encontradas en ambos sitios no son exclusivas de Edom, sino que, por el contrario, forman parte de una patrón cultural mucho más amplio que englobaba a todo el sur del Levante.⁵⁴ En este sentido, como afirmamos anteriormente, tanto Horvat Qitmit como ‘En Hazeva parecen haber

⁵¹ Cf. 2 Reyes 16,6; 2 Crón 28,16-18.

⁵² Mazar (1985: 269); Finkelstein (1995: 140-141); Tebes (2004; 2006a; 2006b; 2006d).

⁵³ Cohen y Yisrael (1995: 223-235).

⁵⁴ Beck (1995).

sido pequeños santuarios erigidos a los costados de las rutas caravaneras para el uso de los pueblos pastorales nómades que se movían por el área.

Habiendo revisado las características enumeradas por Porter, ¿es posible seguir refiriéndonos a una estructura estatal en Edom a fines de la Edad del Hierro II? La respuesta es un no terminante si nos basamos en las características enumeradas por Childe, al menos en el territorio fuera de Buseira, que es lo mismo que decir la totalidad de Edom. Pero la enumeración de Childe es atinente para los primeros estados (Egipto, Mesopotamia) y, como hemos visto, Edom y los pueblos transjordanos de la Edad del Hierro conforman un tipo completamente distinto de entidad. Entonces nuestra aproximación debe comenzar desde otro lado.

Partamos desde Buseira: aquí se concentra la casi totalidad de las evidencias de estatalidad en Edom. Si la elite basada en esta ciudad intentó consolidar su poder por fuera del área inmediatamente adyacente (concediendo que los sitios vecinos de Buseira, prospectados pero no excavados, se encontraban dentro del área de influencia de esta última), lo tendría que haber hecho mediante un grupo de estrategias adecuadas, varias de las cuales han sido enumeradas por Porter. Pero como hemos visto, no existe evidencia arqueológica de la mayoría de estas estrategias, excepto por la construcción de un ámbito político en Buseira y la redistribución de objetos de prestigio a súbditos leales (la evidencia de esta última siendo muy limitada). En el primer caso, la evidencia se concentra precisamente en el ámbito de poder de la elite central, Buseira, pero no existen evidencias por fuera de éste. La redistribución de bienes de prestigio es la única estrategia que parece viable a la luz de la evidencia arqueológica disponible, aunque tomando en cuenta el importante punto de que la amplia distribución geográfica de este tipo de objetos bien pudo haber sido consecuencia del intercambio de bienes entre los mismos grupos tribales locales.

Si partimos de la definición weberiana dada al comienzo del trabajo, es ciertamente difícil afirmar que en todo Edom existió un estado, al menos uno con el atributo que consideramos definitorio: el monopolio de la coerción. No existen evidencias concretas de que la elite basada en Buseira poseyera el monopolio de la fuerza sobre toda la tierra de Edom; todo lo contrario, las evidencias apuntan a un alto grado de autonomía de las poblaciones locales con respecto a lo sucedido y ordenado en Buseira. Si la elite de Buseira intentó y obtuvo cierto grado de cohesión (aunque no control) entre los diversos segmentos de la sociedad edomita, la evidencia disponible indica que lo hizo mediante acuerdos con dichos segmentos, probablemente iniciados y sellados mediante la distribución de bienes de prestigio a los grupos locales.

Permitásenos aquí una pequeña digresión sobre un reciente investigación que es altamente pertinente para el punto que tratamos de establecer. Trabajando con la evidencia arqueológica disponible para el área de Moab durante la Edad del Hierro, Routledge⁵⁵ ha negado la utilidad del término “estado tribal” para las relaciones sociopolíticas moabitas. Más bien, en un intento por escapar de las limitaciones impuestas por el modelo estatal “clásico” centralizado y burocrático de los estados primarios, Routledge adopta el término “estado segmentario” para caracterizar a Moab durante la Edad del Hierro,⁵⁶ basado principalmente en el conocido trabajo de Southall⁵⁷ sobre la organización política de los Alur en Uganda y Congo. De acuerdo a Southall, un “estado segmentario” es aquel en el que: 1) la soberanía territorial es reconocida pero limitada, abarcando desde la autoridad absoluta en el centro político a la simple hegemonía ritual en la periferia; 2) el gobierno centralizado existe a la par de numerosas unidades administrativas periféricas sobre las cuales ejerce control limitado; 3) el personal administrativo especializado existe en el centro, pero sus deberes son repetidos a escala reducida en las unidades administrativas periféricas; 4) el centro pretende poseer el monopolio de la fuerza, pero las unidades periféricas retienen el derecho al uso limitado, pero legítimo, de la fuerza; 5) las unidades administrativas periféricas pueden caracterizarse como estando organizadas piramidalmente con respecto a la autoridad central; 6) mientras más periférica es una unidad administrativa, más es posible que cambie de alianzas de una autoridad central a otra.⁵⁸

Las bondades del modelo del “estado segmentario” son a todas luces obvias, siendo la mayor de éstas el eludir las características del modelo estatal “clásico” de los estados primarios. Así, es posible postular la existencia de un estado en el cual las evidencias arqueológicas de una administración centralizada se concentran en, valga la redundancia, el centro político, a la vez que las periferias poseen un menor desarrollo de este tipo de administración. Tal como lo demuestra ejemplarmente Routledge, este es precisamente el caso de Moab en la Edad del Hierro: un centro político (Dibán) replicado, a una escala menor, por pequeños centros administrativos periféricos (Tell Hesban, Tell Jalul, Khirbet al-Balu', etc.). Ahora bien, creemos que, a pesar de su gran flexibilidad, el modelo del “estado

⁵⁵ Routledge (2000).

⁵⁶ Porter (2004) sigue implícitamente este modelo en su investigación de la sociedad edomita.

⁵⁷ Southall (1956).

⁵⁸ Southall (1956: 248-249).

segmentario" no es aplicable al caso de Edom, por el hecho de que, aquí, el centro político (Buseira) no es replicado, ni aún en una escala muy básica, en todo el territorio edomita. Más aún, todo parece indicar que los grupos locales actuaban autónomamente, más que siguiendo las directivas de, la elite política establecida en Buseira.

Entonces, ¿existió un estado que englobara todo Edom? Creemos que no. Si existió algún tipo de aparato estatal su poder sólo estuvo restringido al área de Buseira, pero no mas allá. Incluso en el mismo ámbito de Buseira, los indicios de estatalidad no son lo suficientemente claros como para dejar de lado las dudas. En verdad, muchas de las características que presenta Buseira y su *hinterland* son también congruentes con lo que conocemos de ciertas sociedades jerárquicas sin estado, lo que los antropólogos contemporáneos han dado en llamar "jefaturas". A pesar de la gran cantidad de definiciones bajo las cuales se las ha querido etiquetar, las jefaturas pueden ser definidas básicamente como sociedades con una clara jerarquización social, pero que carecen del elemento básico del poder estatal: el monopolio de la fuerza. El poder de las elites de las jefaturas se basa, más bien, en las relaciones de parentesco que vinculan al jefe con sus seguidores, así como en la entrega ceremonial de regalos.⁵⁹ En la medida que no se posee la fuerza de imponer las propias decisiones, el poder de las élites de las jefaturas es, la mayoría de las veces, muy inestable e intermitente. Arqueológicamente, las jefaturas son difíciles de distinguir de los estados tempranos, en la medida que ambas categorías poseen similares características: diferenciación social, arquitectura monumental, jerarquía de asentamientos, actividades productivas que trascienden los grupos domésticos, y un soporte ideológico que legitima la diferenciación social.⁶⁰ Como hemos visto, todos estos atributos están presentes en Buseira y su área adyacente. Si hemos de obedecer lo que nos dicen los indicios arqueológicos, pero también lo que *no* nos dicen, es ciertamente posible caracterizar a Buseira como una jefatura cuyo dominio no se extendía mas allá del Jebel el-Jibal, y cuyo poder estaba basado básicamente en su conexión ideológica con el centro imperial del momento, Asiria.

El resto de la población de Edom estaba organizado en base a grupos locales basados en el parentesco, sean tribus o segmentos de tribus. Un posible modelo teórico para comprender esta sociedad es lo que se conoce, en los estudios arqueológicos, como "interacción entre entidades políticas iguales" (*peer polity*

⁵⁹ Campagno (2000).

⁶⁰ Véase, por ejemplo, Earle (1991); Rothman (1994); Wright (1994).

interaction), esto es, una sociedad en la que las diversas comunidades viven en constante interacción entre ellas, a través del intercambio de productos, la competición, y la guerra.⁶¹ Este modelo ciertamente podría explicar la (de confirmarse las conclusiones arribadas por Porter) relativamente amplia distribución de bienes de prestigio en los sitios edomitas, que sería producto del intercambio – ceremonial o comercial– entre las diferentes comunidades edomitas.

En base a la distribución de objetos de prestigio, sumado a los paralelos locales posteriores, podemos conjeturar que dichos grupos podrían haber formado alianzas, lo que podría haber llevado a la luz a algún tipo de laxa “confederación edomita”. Dados los hallazgos de Buseira, es posible que la élite de este lugar pudo haber actuado como una suerte de *primus inter pares* entre los diversos grupos edomitas. Pero no más que eso. La élite de Buseira siguió siendo uno más, aunque sin duda el más importante, de los grupos constitutivos de Edom. Sin embargo, ante el poder imperial del momento (Asiria, Neo-Babilonia) y sus vecinos (Judá, Ammon y Moab), la élite de Buseira se presentó como la única representante de la tierra de Edom, y fue reconocida así por ellos.

Este es el panorama, creemos, a través del cual se deben leer las listas contenidas en Génesis 36. Las listas de “jefes de tribu” edomitas y jorreas no son más que los nombres de tribus o segmentos de tribus que se movían entre la zona de Transjordania meridional y el Negev a fines de la Edad del Hierro. Y por otro lado tenemos la lista de los “reyes” edomitas. Nótese que esta última lista está conspicuamente insertada entre las listas de “jefes de tribu”, los que nos da la pauta de la artificialidad de la composición de la lista de reyes. Con Knauf, creemos que estos reyes no eran más que jefes locales más o menos contemporáneos, cuyo poder no abarcaba mucho más allá de su “centro” político. Es sólo la interpretación del autor bíblico la que nos presenta a estos gobernantes locales como una sucesión ordenada de reyes de todo Edom.

Irónicamente la versión de la historia que ha llegado hasta nosotros, y hasta hace poco tiempo la única disponible para los estudiosos, la Biblia, escrita por sus más férreos rivales (Judá), nos presenta a Edom desde el punto de vista que la élite de Buseira muy seguramente hubiera querido que tengamos: la de una entidad edomita única que poseía el control efectivo de todo su territorio.

⁶¹ Renfrew (1986).

Bibliografía

- BARKER, G.W., ADAMS, R.B., CREIGHTON, O.H., CROOK, D., GILBERTSON, D.D., GRATTAN, J.P., HUNT, C.O., MATTINGLY, D.J., McLAREN, S.J., MOHAMMED, H.A., NEWSON, P., PALMER, C., PYATT, F.B., REYNOLDS, T.E.G. y TOMBER, R. 1999. Environment and Land Use in the Wadi Faynan, Southern Jordan: the Third Season of Geoarchaeology and Landscape Archaeology (1998), en: *Levant* 31, 255-292.
- BARKER, G.W., ADAMS, R.B., CREIGHTON, O.H., DALY, P., GILBERTSON, D.D., GRATTAN, J.P., HUNT, C.O., MATTINGLY, D.J., McLAREN, S.J., NEWSON, P., PALMER, C., PYATT, F.B., REYNOLDS, T.E.G., SMITH, H., TOMBER, R. y TRUSCOTT, A.J. 2000. Archaeology and Desertification in the Wadi Faynan: the Fourth (1999) Season of the Wadi Faynan Landscape Survey, en: *Levant* 32, 27-52.
- BARKER, G.W., ADAMS, R.B., CREIGHTON, O.H., GILBERTSON, D.D., GRATTAN, J.P., HUNT, C.O., MATTINGLY, D.J., McLAREN, S.J., MOHAMED, H.A., NEWSON, P., REYNOLDS, T.E.G. y THOMAS, D.C. 1998. Environment and Land Used in the Wadi Faynan, Southern Jordan: the Second Season of Geoarchaeology and Landscape Archaeology (1997), en: *Levant* 30, 5-25.
- BARTLETT, J. 1965. The Edomite King-List of Genesis XXXVI. 31-39 and I Chron. I. 43-50, en: *Journal of Theological Studies* n.s. 16, 301-314.
- BARTLETT, J. 1989. *Edom and the Edomites* (JSOTSup Series 77), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- BARTLETT, J. 1992. Biblical Sources for the Early Iron Age in Edom, en: BIENKOWSKI, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan* (Sheffield Archaeological Monographs 7), Oxford, J.R. Collis Publications, 14-15.
- BARTLETT, J. R. 1999. Edomites and Idumaeans, en: *Palestine Exploration Quarterly* 131, 102-114.
- BAŠTUĞ, S. 1998. The Segmentary Lineage System: A Reappraisal, en: GINAT, J. y KHAZANOV, A.M. (eds.), *Changing Nomads in a Changing World*, Brighton y Portland, Sussex Academic Press, 1998, 94-123.
- BECK, P. 1995. Catalogue of Cult Objects and Study of the Iconography, en: BEIT-ARIEH, I. (ed.), *Horvat Qitmit: An Edomite Shrine in the Biblical Negev*, (Monograph Series of the Institute of Archaeology 11), Tel Aviv, Institute of Archaeology, Tel Aviv University, 27-208.
- BEIT-ARIEH, I. 1995. The Edomites in Cisjordan, en: EDELMAN, D.V. (ed.), *You Shall Not Abhor an Edomite for He is Your Brother. Edom and Seir in History and Tradition*, (SBLABS 3), Atlanta, Scholars Press, 33-40.
- BENNETT, C.-M. 1982. Neo-Assyrian Influence in Transjordan, en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 1, 181-187.
- BENNETT, C.-M. y BIENKOWSKI, P. 1995. *Excavations at Tawilan in Southern Jordan* (British Academy Monographs in Archaeology No. 8), Oxford, Oxford University Press, 53-66.

- BIENERT, H.-D., LAMPRICHS, R. y VIEWEGER, D. 2000. Ba⁶ja – The Archaeology of a Landscape. 9000 Years of Human Occupation: A Preliminary Report on the 1999 Field Season, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 44, 119-148.
- BIENKOWSKI, P. 1992. The Date of Sedentary Occupation in Edom: Evidence from Umm el-Biyara, Tawilan and Buseirah, en: BIENKOWSKI, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan* (Sheffield Archaeological Monographs 7), Oxford, J.R. Collis Publications, 99-112.
- BIENKOWSKI, P. 1995a. The Edomites: The Archaeological Evidence from Transjordan, en: EDELMAN, D.V. (ed.), *You Shall Not Abhor an Edomite for He is Your Brother: Edom and Seir in History and Tradition* (JBL and ASOR, Archaeology and Biblical Studies No. 3), Atlanta, Scholars Press, 41-92.
- BIENKOWSKI, P. 1995b. Observations on Late Bronze-Iron Age Sites in the Wadi Hasa, Jordan, en: *Levant* 27, 29-37.
- BIENKOWSKI, P. 1995c. The Architecture of Edom, en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 5, 135-143.
- BIENKOWSKI, P. 2000. Transjordan and Assyria, en: STAGER, L.E., GREENE, J.A. y COOGAN, M.D. (eds.), *The Archaeology of Jordan and Beyond: Essays in Honor of James A. Sauer* (Harvard Semitic Museum Publications, Studies in the Archaeology and History of the Levant 1), Winona Lake, Eisenbrauns, 44-58.
- BIENKOWSKI, P. 2001. The Iron Age and Persian Periods in Jordan, en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 7, 265-274.
- BIENKOWSKI, P. 2002. *Busayra: Excavations by Crystal-M. Bennett 1971-1980* (British Academy Monographs in Archaeology 13), Oxford, Oxford University Press.
- BIENKOWSKI, P. y ADAMS, R.B. 1999. Soundings at Ash-Shorabat and Khirbat Dubab in the Wadi Hasa, Jordan: the Pottery, en: *Levant* 31, 149-172.
- BIENKOWSKI, P., ADAMS, R.B., PHILPOTT, R.A. y SEDMAN, L. 1997. Soundings at Ash-Shorabat and Khirbat Dubab in the Wadi Hasa, Jordan: the Stratigraphy, en: *Levant* 29, 41-70.
- BIENKOWSKI, P. y VAN DER STEEN, E. 2001. Tribes, Trade and Towns: A New Framework for the Late Iron Age in Southern Jordan and the Negev, en: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 323, 21-47.
- BISHE, G., FARAJAT, S., PALUMBO, G., y WAHEEB, M. 1993. The Cultural Resources Management Project in Jordan. Archaeological Rescue Survey of the Ras an-Naqb – Aqaba Highway Alignment, 1992, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 37, 119-133.
- CAMPAGNO, M. 2000. Hacia un uso no-evolucionista del concepto de 'sociedades de jefatura', en: *Boletín de Antropología Americana* 36, 137-148.
- CAMPAGNO, M. 2006. De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: Lógica de parentesco, lógica de Estado, en: CAMPAGNO, M. (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*, Buenos Aires, FFyL-UBA y Ediciones del Signo, 15-50.

- CHILDE, V.G. 1981 [1950]. La revolución urbana, en: PÉREZ, P. (ed.) *Presencia de Vere Gordon Childe*, México, INAH, 265-277.
- CLAESSEN, H.J.M. y SKALNIK, P. (eds.) 1978. *The Early State. Theories and Hypothesis*, The Hague, Mouton.
- COHEN, R. y YISRAEL, Y. 1995. The Iron Age Fortress at 'En Haševa, en: *Biblical Archaeologist* 58, 223-235.
- EADIE, J. 1984. Humayma 1983: The Regional Survey, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 28, 211-224.
- EARLE, T.K. 1991. *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FINKELSTEIN, I. 1992. Horvat Qitmit and the Southern Trade in the Late Iron Age II, en: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 108, 156-170.
- FINKELSTEIN, I. 1995. *Living on the Fringe. The Archaeology and History of the Negev, Sinai and Neighbouring Regions in the Bronze and Iron Ages* (Monographs in Mediterranean Archaeology 6), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- FINKELSTEIN, I. 2005. Khirbet en-Nahas, Edom and Biblical History, en: *Tel Aviv* 32, 119-125.
- FRITZ, V. 1994. Vorbericht über die Grabungen in *Barqā el-Hetīye* im Gebit von *Fēnān, Wādī el-'Arabā* (Jordanien) 1990, en: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 110, 125-150.
- FRITZ, V. 1996. Ergebnisse einer Sondage in *Ḥūrbet en-Nahās, Wādī el-'Arabā* (Jordanien), en: *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* 112, 1-9.
- GRAF, D.F. 1979. A Preliminary Report on a Survey of Nabatean-Roman Military Sites in Southern Jordan, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 23, 121-127.
- GROSBY, S. 1997. Borders, Territory and Nationality in the Ancient Near East and Armenia, en: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 40,1-29.
- HART, S. 1986. Some Preliminary Thoughts on Settlement in Southern Edom, en: *Levant* 18, 51-58.
- HART, S. 1987a. Five Soundings in Southern Jordan, en: *Levant* 19, 33-47.
- HART, S. 1987b. The Edom Survey Project 1984-1985: The Iron Age, en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 3, 287-290.
- HART, S. 1988. Excavations at Ghrareh, 1986: Preliminary Report, en: *Levant* 20, 89-99.
- HART, S. 1989. *The Archaeology of the Land of Edom* (Tesis doctoral no publicada), Sydney, Macquarie University.
- HART, S. 1992. Iron Age Settlement in the Land of Edom, en: BIENKOWSKI, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan* (Sheffield Archaeological Monographs 7), Oxford, J.R. Collis Publications, 93-98.
- HART, S. y FALKNER, R.K. 1985. Preliminary Report on a Survey in Edom, 1984, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 29, 255-277.

- HART, S. y KNAUF, E.A. 1986. Wadi Feinán Iron Age Pottery, en: *Newsletter of the Institute of Archaeology and Anthropology, Yarmuk University* 1, 9-10.
- HODDER, I. y ORTON, C. 1990 [1976]. *Análisis espacial en arqueología*, Barcelona, Crítica.
- HÜBNER, U. 2002. Die Stadt auf dem Vulkan: Qurayyat al-Mansur. Eine edomitische Siedlung in SüdJordanien, en: *Antike Welt* 3, 263-276.
- HÜBNER, U. y LIDNER, M. 2003. Archaeological Check-Up on Jabal Ash-Sharāh: Edomite Khirbat al-Khūr, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 47, 225-233.
- JOBLING, W.J. 1981. Preliminary Report on the Archaeological Survey between Ma'an and 'Aqaba, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 25, 105-112.
- JOBLING, W.J. 1983. The 1982 Archaeological and Epigraphic Survey of the 'Aqaba-Ma'an Area of Southern Jordan, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 27, 185-196.
- JOFFE, A.H. 2002. The Rise of Secondary States in the Iron Age Levant, en: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 45, 425-467.
- KILLICK, A. 1983a. Udrūh - 1980, 1981, 1982 Seasons, A Preliminary Report, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 27, 231-244.
- KILLICK, A. 1983b. Udrūh - The Frontier of an Empire: 1980 and 1981 Seasons, A Preliminary Report, en: *Levant* 15, 110-131.
- KING, G.R.D., LENZEN, C.J., NEWHALL, A., KING, J.L. y DEEMER, J.D. 1987. Survey of Byzantine and Islamic Sites in Jordan. Third Season Preliminary Report (1982). The Southern Ghcær, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 31, 439-459.
- KING, G.R.D., LENZEN, C.J., NEWHALL, A., KING, J.L., DEEMER, J.D. y ROLLEFSON, G.O. 1989. Survey of Byzantine and Islamic Sites in Jordan. Third Season Preliminary Report (1982). The Wādī 'Arabāh (Part 2), en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 33, 199-215.
- KLEIN, S. y HAUPTMANN, A. 1999. Iron Age Leaded Tin Bronzes from Khirbat Edh-Dharīh, Jordan, en: *Journal of Archaeological Science* 26, 1075-1082.
- KNAUF, E.A. 1985. Alter und Herkunft der edomitischen Königliste Gen 36,31-39, en: *Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft* 97, 245-253.
- KNAUF, E.A. 1992. The Cultural Impact of Secondary State Formation: The Cases of the Edomites and Moabites, en: BIENKOWSKI, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan* (Sheffield Archaeological Monographs 7), Oxford, J.R. Collis Publications, 47-54.
- KNAUF-BELLERI, E.A. 1995. Edom: The Social and Economic History, en: EDELMAN, D.V. (ed.), *You Shall Not Abhor an Edomite for He is Your Brother: Edom and Seir in History and Tradition* (JBL and ASOR, Archaeology and Biblical Studies No. 3), Atlanta, Scholars Press, 93-117.
- LABIANCA, Ø. 1999. Salient Features of Iron Age Tribal Kingdoms, en: MACDONALD, B. y YOUNKER, R.W. (eds.), *Ancient Ammon* (SHCANE 17), Leiden, Brill, 19-29.

- LABIANCA, O. y YOUNKER, R.W.: 1995. The Kingdoms of Ammon, Moab and Edom: The Archaeology of Society in Late Bronze/Iron Age Transjordan (ca. 1400-500 BCE), en: LEVY, T.E. (ed.) *The Archaeology of Society in the Holy Land* (First paperback ed.), London, Leicester University Press, 399-415, 590-94.
- LAPP, N. 1994. Who is This that Comes from Edom?, en: COOGAN, M.D., EXUM, J.C. y STAGER, L.E. (eds.), *Scripture and Other Artifacts: Essays on the Bible and Archaeology in Honor of Philip J. King*, Louisville, Westminster John Knox, 217-229.
- LAVENTO, M., SIIRILÄINEN, A., JANSSON, H., KOUKI, P., MUKKALA, A., SILVONEN, S. y TENHUNEN, T. 2004. The Jabal Hârûn Survey – Settlement History and Land Use in the Area, en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 8, 225-235.
- LEVY, T.E., ADAMS, R.B., ANDERSON, J.M., NAJJAR, M., SMITH, N., ARBEL, Y., SODERBAUM, L. y MÚNIZ, A. 2003. An Iron Age Landscape in the Edomite Lowlands: Archaeological Surveys along Wādī al-Ghuwayb and Wādī al-Jāriya, Jabal Hamrat Fidān, Jordan, 2002, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 47, 247-277.
- LEVY, T.E., ADAMS, R.B. y MÚNIZ, A. 2004. Archaeology and the Shasu Nomads: Recent Excavations in the Jabal Hamrat Fidan, Jordan, en: FRIEDMAN, R.E. y PROPP, W.H. (eds.), *Le-David Maskil. A Birthday Tribute for David Noel Freedman* (Biblical and Judaic Studies from the University of California, San Diego), Winona Lake, Eisenbrauns, 63-89.
- LEVY, T.E., ADAMS, R.B., NAJJAR, M., HAUPTMANN, A., ANDERSON, J.D., BRANDL, B., ROBINSON, M.A. y HIGHAM, T. 2004. Reassessing the Chronology of Biblical Edom: New Excavations and ¹⁴C dates from Khirbat en-Nahas (Jordan), en: *Antiquity* 78, 863-876.
- LEVY, T.E., ADAMS, R.B. y ŠHAFIQ, R. 1999. The Jebel Hamrat Fidan Project: Excavations at the Wādī Fidan 40 Cemetery, Jordan (1997), en: *Levant* 31 (1999): 293-308.
- LEVY, T.E., ADAMS, R.B., WITTEN, A.J., ANDERSON, J.M., ARBEL, Y., KUAH, S., MORENO, J., LO, A. y WAGONNER, M. 2001. Early Metallurgy, Interaction, and Social Change: The Jabal Hamrat Fidān (Jordan) Research Design and 1998 Archaeological Survey: Preliminary Report, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 45, 180-181.
- LINDNER, M. 1992. Edom Outside the Famous Excavations: Evidence from Surveys in the Greater Petra Area, en: BIENKOWSKI, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan* (Sheffield Archaeological Monographs 7), Oxford, J.R. Collis Publications, 143-166.
- LINDNER, M. 2001. From Edomite to Late Islamic: Settling Fluctuation on the Newly Surveyed Jabal aş-Saffāha, North of Petra (Jordan), en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 7, 561-568.
- LINDNER, M. y FARAJAT, S. 1987. An Edomite Mountain Stronghold North of Petra (Baja'á III), en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 31, 75-185.
- LINDNER, M., FARAJAT, S., KNAUF, E.A. y ZEITLER, J.P. 1990. Es-Sadeh A Lithic – Early Bronze – Iron II (Edomite) – Nabatean Site in Southern Jordan. Report on the

- Second Exploratory Campaign, 1988, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 34, 193-237.
- LINDNER, M., FARAJAT, S., y ZEITLER, J.P. 1988. Es-Sadeh: An Important Edomite-Nabatean Site in Southern Jordan, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 32, 75-99.
- LINDNER, M. y KNAUF, E.A. 1997. Between the Plateau and the Rocks: Edomite Economic and Social Structure, en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 6, 261-264.
- LINDNER, M., KNAUF, E.A., HÜBL, J. y ZEITLER, J.P. 1997. An Iron Age (Edomite) Occupation of Jabal al-Khubtah (Petra) and Other Discoveries on the 'Mountain of Treachery and Deceit', en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 41, 177-188.
- LINDNER, M., KNAUF, E.A., HÜBL, U., y HÜBL, J. 1998. From Edomite to Late Islamic: Jabal as-Saffāha North of Petra, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 42, 225-240.
- LINDNER, M., KNAUF, E.A. y ZEITLER, J.P. 1996. An Edomite Fortress and a Late Islamic Village near Petra (Jordan): Khirbat al-Mu'allāq, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 40, 111-135.
- LINDNER, M., KNAUF, E.A., ZEITLER, J.P. y HÜBL, J. 1996. Jabal al-Qseir, a Fortified Iron II (Edomite) Mountain Stronghold in Southern Jordan: its Pottery and its Historical Context, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 40, 137-163.
- MACDONALD, B. 1988. *The Wadi elHasā Archaeological Survey 1979-1983, West-Central Jordan*, Waterloo, Ontario, Canada, Wilfrid Laurier University Press.
- MACDONALD, B. 1992. *The Southern Ghors and Northeast 'Arabāh Archaeological Survey* (Sheffield Archaeological Monographs 5), Oxford, J.R. Collis Publications, Department of Archaeology and Prehistory, University of Sheffield.
- MACDONALD, B. 2000. 'East of the Jordan'. *Territories and Sites of the Hebrew Scriptures* (ASOR Books vol. 6), Boston, ASOR.
- MACDONALD, B. 2002. The Hinterland of Busayra, en: BIENKOWSKI, P., *Busayra: Excavations by Crystal-M. Bennett 1971-1980* (British Academy Monographs in Archaeology 13), Oxford, Oxford University Press, 47-52.
- MAZAR, E. 1985. Edomite Pottery at the End of the Iron Age, en: *Israel Exploration Journal* 35, 253-269.
- MILLARD, A. 1992. Assyrian Involvement in Edom, en: BIENKOWSKI, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan* (Sheffield Archaeological Monographs 7), Oxford, J.R. Collis Publications, 35-40.
- MUSSELL, M.-L. 2000. Tell el-Kheleifeh, en: *American Journal of Archaeology* 104, 577-578.
- ODED, B. 1971. Egyptian References to the Edomite Deity Qaus, en: *Andrews University Seminar Studies* 9-1, 47-50.
- PARKER, S.Th. 1986. *Romans and Saracens. A History of the Arabian Frontier* (ASOR Dissertation Series 6), Winona Lake, Eisenbrauns.

- PORTER, B.W. 2004. Authority, Polity, and Tenuous Elites in Iron Age Edom (Jordan), en: *Oxford Journal of Archaeology* 23(4), 373-395.
- PRATICO, G.D. 1993. *Nelson Glueck's 1938-1940 Excavations at Tell el-Kheleifeh: A Reappraisal* (ASOR Archaeological Reports No. 3), Atlanta, Scholars Press.
- RAST, W.E. y SCHAUB, R.T. 1974. Survey of the Southeastern Plain of the Dead Sea, 1973, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 19, 5-53.
- RENFREW, C. 1986. Introduction: Peer polity Interaction and Socio-political change, en: RENFREW, C. y CHERRY, J. (eds.), *Peer polity Interaction and Socio-political Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1-18.
- RENFREW, C. y BAHN, P. 1991. *Archaeology: Theories, Methods, and Practice*, New York, Thames and Hudson.
- ROTHMAN, M. 1994. Evolutionary Typologies and Cultural Complexity, en: STEIN, G. y ROTHMAN, M. (eds.), *Chiefdoms and Early States in the Near East. The Organizational Dynamics of Complexity*, Madison, Prehistory Press, 1-10.
- ROUTLEDGE, B. 2000. The Politics of Mesha: Segmented Identities and State Formation in Iron Age Moab, en: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 43, 221-256.
- ROUTLEDGE, B. 2003. Evolution is as History Does: On State Formation in Iron Age Transjordan, en: CLARK, D.R. y MATTHEWS, V.H. (EDS.), *One Hundred Years of American Archaeology in the Middle East. Proceedings of the American Schools of Oriental Research Centennial Celebration, Washington, DC, April 2000*, Boston, ASOR, 231-261.
- ROUTLEDGE, B. 2004. *Moab in the Iron Age: Hegemony, Polity, Archaeology*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- RUBEN, I. y NASSER, G. 1999. *Review of the Archaeology of the Wadi Rum Protected Area*, Second Tourism Development Project, Jordania.
- SMITH, A.M. 1995. *An Historical Geography of Wadi Arabá* (Tesis de maestría no publicada), Raleigh, North Carolina State University.
- SMITH, A.M. y NIEMI, T.M. 1994. Results of the Southeast 'Arabáh Archaeological Reconnaissance, en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 38, 469-483.
- SMITH, A.M. y NIEMI, T.M. 1997. The Southeast 'Arabáh Archaeological Survey: A Preliminary Report of the 1994 Season, en: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 305, 45-71.
- SOUTHALL, A. 1956. *Alur Society*, Cambridge, W. Heffer and Sons.
- TEBES, J.M. 2004. Cerámicas 'Edomita', 'Madianita' y 'Negevita': ¿Indicadoras de grupos tribales en el Negev?, en: *Antiguo Oriente* 2, 27-49.
- TEBES, J.M. 2005. The Socioeconomic Evolution of the Negev and Southern Jordan in the Iron Age, en: *American Schools of Oriental Research Newsletter* 55-3, 12 = *Albright News* 10, 11.
- TEBES, J.M. 2006a. Lenguaje del parentesco y sistemas segmentarios en la periferia de Egipto: El caso de Jordania y el Negev en la Edad del Hierro II, en: CAMPAGNO, M.

- (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*, Buenos Aires, FFyL-UBA y Ediciones del Signo, 189-210.
- TEBES, J.M. 2006b. 'You Shall Not Abhor an Edomite, for He is Your Brother': The Tradition of Esau and the Edomite Genealogies from an Anthropological Perspective, en: *Journal of Hebrew Scriptures* 6-6, 1-30.
- TEBES, J.M. 2006c. Iron Age 'Negevite' Pottery: A Reassessment, en: *Antiguo Oriente* 4, 95-117.
- TEBES, J.M. 2006d. Trade and Nomads: The Commercial Relations between the Negev, Edom, and the Mediterranean in the Late Iron Age, en: *Journal of the Serbian Archaeological Society* 22, 45-62.
- TEBES, J.M. 2006e. La terminología diplomática en los oráculos de Amós contra Tiro y Edom (Am 1,9-12), en: *Aula Orientalis* 24, 239-249.
- THOLBECQ, L. 2001. The Hinterland of Petra from the Edomite to the Islamic Periods: The Jabal ash -Sharāh Survey (1996-1997), en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 7, 399-405.
- VAN DER STEEN, E. 2004. From Burckhardt to Bell: What Does the 19th century AD Tell Us About the Iron Age?, en: *Studies in the History and Archaeology of Jordan* 8: 449-457.
- VAN DER STEEN, E. y BIENKOWSKI, P. 2006. How Old is the Kingdom of Edom? A Review of New Evidence and Recent Discussion, en: *Antiguo Oriente* 4, 11-20.
- WAHEEB, M. 1997. Report on the Excavations at Wādī al-Kufrayn Southern Ghors (al-Aghwār), en: *Annual of the Department of Antiquities of Jordan* 41, 463-468.
- WEBER, M. 1964 [1922]. *Economía y Sociedad*, México, FCE.
- WRIGHT, H. 1994. Prestate Political Formations, en: STEIN, G. y ROTHMAN, M. (eds.), *Chiefdoms and Early States in the Near East. The Organizational Dynamics of Complexity*, Madison, Prehistory Press, 67-84.
- YOUNKER, R.W. 1997. Moabite Social Structure, en: *Biblical Archaeologist* 60 (4), 237-248.
- ZEITLER, J. P. 1992. 'Edomite' Pottery from the Petra Region, en: BIENKOWSKI, P. (ed.), *Early Edom and Moab: The Beginning of the Iron Age in Southern Jordan* (Sheffield Archaeological Monographs 7), Oxford, J.R. Collis Publications, 167-176.
- ZWICKEL, W. 1990. *Eisenzeitliche Ortslagen im Ostjordanland* (Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients: Reihe B, Geisteswissenschaften; Nr. 81), Wiesbaden, Reichert.

Tabla 1
Áreas geográficas de Edom

| Área geográfica | Topografía | Altura sobre el nivel del mar | Pluviosidad anual | Principal actividad económica | Principales sitios arqueológicos de la Edad del Hierro |
|----------------------|----------------|---|--|---------------------------------|--|
| Jebel el-Jibal | Meseta/Montaña | Wadi el-Hasa: 150 m. Buseira: 1140 m. | Buseira: 200-300 mm. | Agricultura; pastoreo de altura | Buseira |
| Jebel esh-Shera | Meseta/Montaña | Tawilan: 1400 m. | Tawilan: 300 mmm. | Agricultura; pastoreo de altura | Tawilan, Ghvareh |
| Wadi Arabá | Wadi | Ghors: -309 a -200 m. Feinán: -230 a 50 m. | Ghors: 60-70 mm. Wadi Arabá: 250 mm. | Pastoreo; minería del cobre | Área Feinán: Khirbet en-Nahas, Khirbat al-Jariya, Khirbet Feinán Área Arabá meridional: Tell el-Kheleifeh |
| Wadi Hisma-Wadi Rumm | Meseta/Montaña | Ma'an: 1500 m. Hisma: 900 m. | Humayma: 90 mm. Ras en-Naqb: 20 mm. Wadi Rumm: 7 mm. | Pastoreo | |

Tabla 2
 Prospecciones realizadas en el área de Edom

| No. | Área geográfica / Área de prospección | Número de sitios | Referencias |
|-----------------------------|---------------------------------------|------------------|--|
| Jebel el-Jibal | | | |
| 1 | Wadi el-Hasa | 80 | MacDonald (1988: 168-189) |
| 2 | Tafieh-Buseira | 159 | MacDonald (2002) |
| Jebel esh-Shera | | | |
| 3 | Tafieh-Ras en-Naqb | 74 | Hart (1986; 1987a; 1987b; 1989: 85-111); Hart y Falkner (1985) |
| 4 | Jebel esh-Shera oeste | 13 | Tholbecq (2001) |
| 5 | Jebel Harun | 0 | Lavento et al. (2004) |
| Wadi Arabá | | | |
| 6 | Ghors sur-Arabá noreste | 47 | MacDonald (1992: 73-81) |
| 7 | Llanura sureste Mar Muerto | 3 | Rast y Schaub (1974) |
| 8 | Ghors sur | 13 | King et al. (1987) |
| 9 | Área Wadi al-Kufrayn (Ghors sur) | 2 | Waheeb (1997) |
| 10 | Wadi Arabá norte | 6 | King et al. (1989) |
| 11 | Wadi Fidan | 24 | Levy et al. (2001: 180-181) |
| 12 | Wadi al-Ghuwayb | 9 | Levy et al. (2003: 268-270) |
| 13 | Wadi al-Jariya | 27 | Levy et al. (2003: 270-271) |
| 14 | Arabá sureste | 4 | Smith (1995); Smith y Niemi (1994; 1997) |
| Wadi Hisma-Wadi Rumm | | | |
| 15 | Aqaba-Ma'an | 6 | Jobling (1981; 1983); cf. Ruben y Nasser (1999) |
| 16 | Hisma | 3 | Graf (1979) |
| 17 | Hisma | 2 | Parker (1986) |
| 18 | Ruta Aqaba-Ras an-Naqb | 1 | Bishe et al. (1993) |
| 19 | Area de Humayma | 0 | Eadie (1984) |

Tabla 2
Sitios arqueológicos edomitas de la Edad del Hierro

| Área / Sitio | Fortifica- ciones | Cerámica decorada | Bienes de prestigio | Materia epigráfico | Meta- lurgia | Tipo de sitio | Bibliografía |
|------------------------|----------------------|----------------------|------------------------|-----------------------|-----------------|------------------------------------|--|
| Jebel el-Jibal | | | | | | | |
| Ash-Shorabat | X | Poca | X | X | X | Comunidad agropastoral | Blenkowski et al. (1997); Blenkowski y Adams (1999) |
| Busaira | X | Mucha | | | | Ciudad/Acropolis | Blenkowski (2002) |
| Felda | | | | | | Comunidad agropastoral | Lepp (1994) |
| Jebel esh-Shera | | | | | | | |
| Baja III | | Mucha | | | | Comunidad agropastoral | Lindner y Farajat (1987); Lindner (1992: 144-145); Zeller (1992); Benert et al. (2000: 122-133) |
| Darsi I | | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1998: 233-234) |
| Darsi III | X | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1998: 230-231); Lindner (2001: 561) |
| Es Saieh | X | Poca | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1988); Lindner et al. (1990); Zeller (1992) |
| Es-Sela | X | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner (1992: 143-144) |
| Jabal al-Khubha | X | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1997) |
| Jabal el-Oseir | X | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1995) |
| Ghazeh | X | Mucha | X | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1995: 9-20) |
| Khibat Ain Jenn | | | | X | | Cementerio | Hart (1985, 1989: 9-20) |
| Khibat al-Jur | X | Poca | | | | Comunidad agropastoral | Hart (1987a) |
| Khibat al-Cura | X | Poca | | | | Comunidad agropastoral | Hübner y Lidner (2003) |
| Khibat al-Mu'alla | X | Poca | | X | | Torre de vigilancia | Hübner y Lidner (2003) |
| Khibat al-Mughalish | X | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1995) |
| Khibat esh-Dharh | | | | X | | Comunidad agropastoral | Hart (1987a, 1987b) |
| Khibat Ishra | X | No | | | | Comunidad agropastoral | Kien y Hauptmann (1999) |
| Khibat Qusein norte | | No | | | | Comunidad agropastoral | Hart (1987a) |
| Kulle II | | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1998: 228-230); Lindner (2001: 561) |
| Kulle III | | No | | | | Comunidad agropastoral | Lindner et al. (1998: 233-234) |
| Qurrayyat al-Mansur | | | | | | Hübner (2002) | |
| Uduh | | Poca | | X | | Comunidad agropastoral | Kilick (1983a, 1983b) |
| Umm el-Biyara | | Mucha | X | X | | Comunidad agropastoral | Blenkowski (1992: 99) |
| Tawilan | | | | | | Comunidad agropastoral | Bennett y Blenkowski (1995) |
| Área Feimán | | | | | | | |
| Khibat al-Jariya | X | No | | | X | Fortaleza | Levy et al. (2003: 270-271) |
| Khibat en-Nahas | X | No | | | X | Fortaleza | Fritz (1996); Levy et al. (2003: 268-270); Levy et al. (2004) |
| Barga al-Heliye | | No | | | X | Casa | Fritz (1994) |
| Wadi Fidan 40 | | No | | | | Cementerio pastoral | Levy et al. (1993); Levy, Adams y Munitz (2004) |
| Wadi Arabá | | | | | | | |
| Tell el-Khaleleh | X | X | X | X | X | Centro comercial/financiamiento | Pratico (1993) |

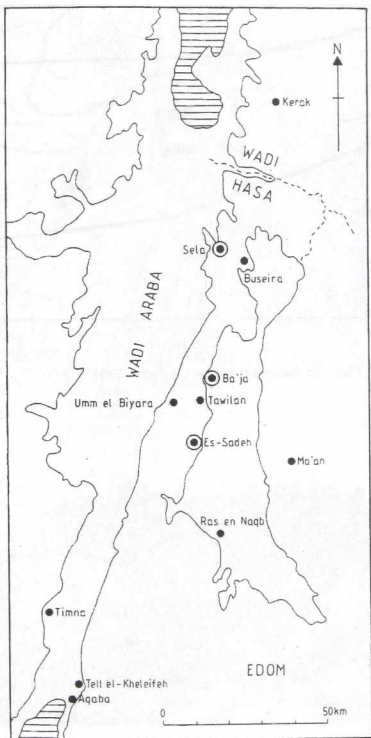


Fig. 1

Sitios arqueológicos en Edom durante la Edad de Hierro

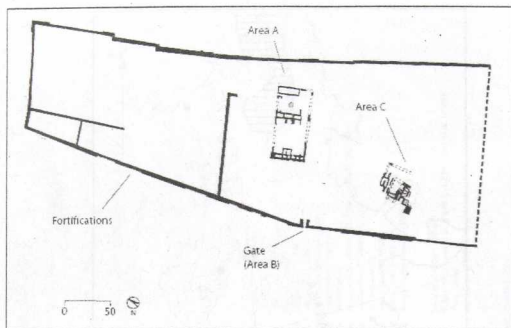


Fig. 2

Plano de Buseira (tomado de Porter 2004: Fig. 3)



Fig. 3

Buseira: vista de la "ciudad alta" (fotografía: J. M. Tebes)

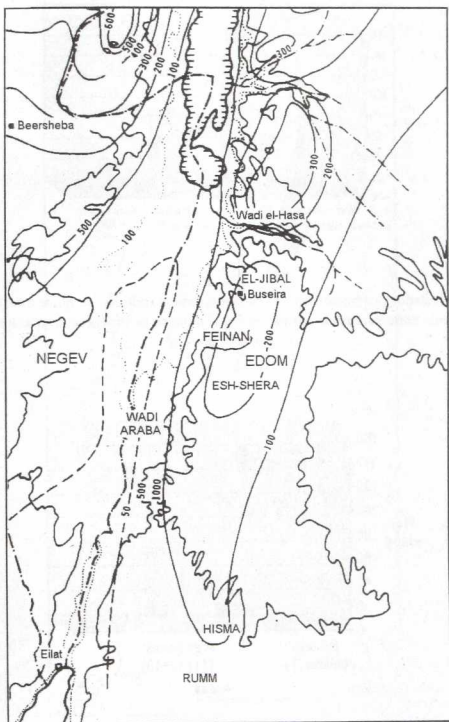


Fig. 4
Areas geográficas y precipitaciones en Edom

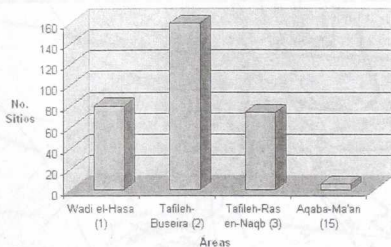


Fig. 5

Sitios hallados por prospecciones en la altiplanicie edomita (de norte a sur). Los números entre paréntesis corresponden al número de prospección que aparece en la Tabla 2

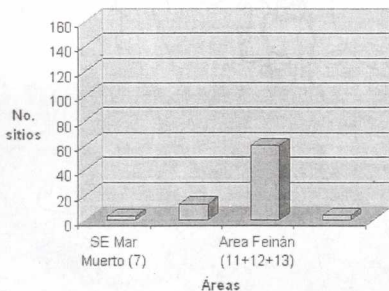


Fig. 6

Sitios hallados por prospecciones en el Wadi Arabá (de norte a sur). Los números entre paréntesis corresponden al número de prospección que aparece en la Tabla 2

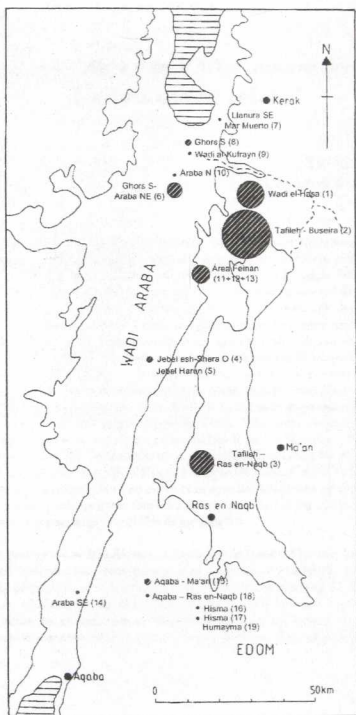
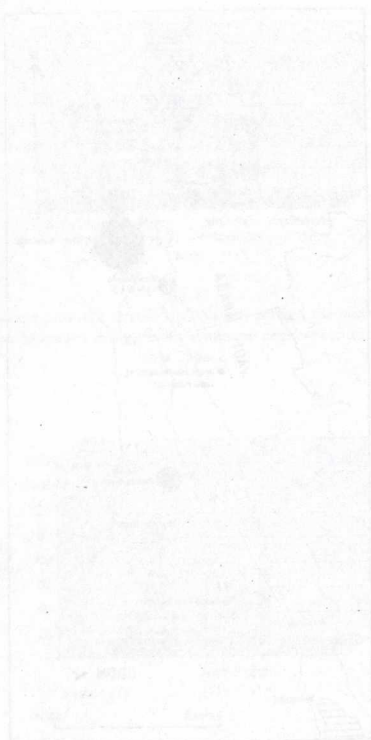


Fig. 7

Prospecciones arqueológicas en Edom.

El tamaño de los círculos se corresponde con el número de sitios descubiertos



La arqueología y la Biblia reconsideradas: Un artículo de reseña*

THOMAS L. THOMPSON
Universidad de Copenhague

RESUMEN. El nuevo libro de Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman, *David and Solomon*, a través de su discusión del actual estado de la arqueología de Palestina, propone aportar evidencia para probar la exactitud de la revisión que hace más de treinta años Frank Cross hiciera de la teoría de Martin Noth acerca de una "Historia Deuteronomística". Los autores intentan confirmar la historia de la redacción de las narrativas bíblicas sobre Saúl, David y Salomón utilizando diferentes *strata* de la tradición, siete orales y cuatro escritos. Más aún, su argumento sostiene la justificación de la historicidad de cada uno de estos reyes legendarios de Israel. El presente artículo argumenta, contrariamente, que la "evidencia arqueológica" propuesta no sostiene dicha historia de la redacción ni establece la historicidad de las figuras bíblicas ni de sus relatos, sino que la armonía entre temas bíblicos y arqueológicos es circular e ilegítima a partir de los estándares de la investigación histórica. Se plantea, además, que defender la existencia de una tradición oral, reflejando memorias originales de un David o un Saúl histórico, es enteramente innecesario e improbable como explicación de los orígenes tanto de las figuras como de sus relatos en las narrativas de 1-2 Samuel y 1 Reyes. Además, se sostiene que la hipótesis de una historia de la redacción en una sucesión de cuatro revisiones acumulativas, comenzando en el siglo VIII a.C. y completada entre el VI y el IV a.C. —con ausencia de una referencia a un texto legible—, no es crítica ni refutable. Finalmente, el libro de Finkelstein y Silberman es juzgado como un intento sin éxito de retornar a los métodos de la "arqueología bíblica", legítimamente impugnados a mediados de los años '70.

ABSTRACT: *Archaeology and the Bible Revisited: A Review Article.* *David and Solomon*, a new book by Israel Finkelstein and Neil Asher Silberman, through their discussion of Palestinian archaeology's current understanding, proposes to provide evidence to prove the accuracy of Frank Cross's more than 30 year old revision of Martin Noth's theory of a "Deuteronomistic History." The authors attempt to confirm the history of the redaction of the biblical narratives about Saul, David and Solomon, involving seven distinct oral and four written *strata* of tradition. Their argument moreover claims

* El presente artículo fue publicado originalmente como "Archaeology and the Bible Revisited: A Review Article", *Scandinavian Journal of the Old Testament* 20 (2006), pp. 286-313. El autor ha manifestado su acuerdo expreso para la presente traducción al español. Traducción: Emanuel Pfoh.

the warrant to assert the historicity of each of these legendary kings of Israel. The present article argues to the contrary that the "archaeological evidence" proposed does not support such a redaction history nor establish the historicity of either the biblical figures or their stories, but that the harmony of biblical and archaeological issues is circular and illegitimate by the standards of historical research. It argues, moreover, that the claim of an oral tradition, reflecting original memories of an historical David or Saul is an entirely unnecessary and unlikely explanation for the origins of both the figures and their tales in the stories of 1-2 Samuel and 1 Kings. It moreover argues that the hypothesis of a redaction history in a succession of four cumulative revisions, beginning in the eighth century and completed in the sixth to fourth century, BCE—lacking as it does reference to a readable text—is neither critical nor falsifiable. Finally, Finkelstein and Silberman's book is judged as an unsuccessful attempt to return to the methods of "biblical archaeology" that were legitimately impeached in the mid-1970s.

PALABRAS CLAVE: arqueología bíblica – historia de la tradición – historicidad – Saúl y David.

KEYWORDS: Biblical Archaeology – Tradition History – Historicity – Saul and David.

1. Introducción

La publicación del nuevo estudio de Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman sobre la arqueología bíblica dispone de un lugar ya preparado por la actual discusión sobre la manera en que escribimos las historias de Palestina¹. Si bien el libro no tiene como objetivo una historia en gran escala, como la de Gösta Ahlström de 1993², tiene como punto de partida el debate que ha dominado el proyecto de la arqueología bíblica y la historia de Palestina desde que el libro de Ahlström fuera publicado³. Mientras que este libro trata de ofrecer una nueva "posición

¹ Finkelstein y Silberman (2006).

² Ahlström (1993).

³ El debate sobre lo apropiado de los métodos y las inquietudes de la arqueología bíblica se remonta hasta los agudos intercambios entre John Bright (1956) y Martin Noth (1960, 262-282), y entre George Ernest Wright (1959/1960, 292-296) y Gerhard von Rad (1960/1961, 213-216). Este debate fue reabierto luego de la publicación de dos estudios sobre las narrativas patriarcales que criticaron los métodos de la arqueología bíblica: Th.L. Thompson (1974) y van Seters (1975). El presente debate fue originalmente iniciado por la publicación, poco antes de que la historia de Ahlström fuera publicada, de tres estudios críticos del proyecto de la arqueología bíblica: Lemche (1991), Davies (1992) y Th.L. Thompson (1992a). La discusión sobre la historicidad de las narrativas bíblicas ha continuado formalmente desde 1996 en las reuniones anuales del *European Seminar in Historical Methodology*, cuyas actas han sido editadas por Lester Grabbe y publicadas en una serie de volúmenes desde 1997 por Sheffield Academic Press y ahora por T & T Clark Continuum. El estado actual del debate también puede ser evaluado a través de cuatro simposios que han estado dedicados a esta discusión: Janowski y Lohfink (1995), Day (2004), Hoffmeier y Millard (2004) y Liverani (2005).

intermedia” en este debate⁴, también se halla directamente dirigido a una audiencia popular, a la vez que presenta nuevos argumentos y temas para la discusión. Finkelstein y Silberman tienen una comprensión de las tradiciones bíblicas sobre la base de una revisión muy particular de la teoría de Martin Noth sobre la composición y redacción de la “Historia Deuteronomística”, que fuera ofrecida hace unos treinta años por Frank Cross⁵. Si bien la revisión de Cross ha sido seriamente criticada por su método esencialmente anti-histórico y su intrínseca circularidad argumental⁶, la presente contribución de Finkelstein y Silberman intenta confirmarla a partir de la interpretación arqueológica (p. 213), siguiendo los métodos de la arqueología bíblica desarrollados por investigadores europeos e israelíes desde 1925, pero también influenciados particularmente por los planteos y los métodos del colega de Finkelstein, Nadav Na’aman⁷. Los autores intentan reconstruir históricamente el antiguo Israel a través de una armonización de proyecciones de base arqueológica de la historia de Palestina con una visión histórico-crítica de la composición de la Biblia⁸. Hay preguntas acerca de la historicidad y los orígenes de la narrativa bíblica que saltan a la vista en esta síntesis, en tanto que hay cuestiones de método que se hallan, en general, solamente implícitas. En este libro, Finkelstein y Silberman expanden considerablemente la asunción de que las narrativas bíblicas son reflexiones literarias relativamente simples del pasado histórico de Palestina. Un número de escenarios, de base arqueológica, de situaciones históricas posibles en la historia de Palestina son relacionados con episodios de los relatos bíblicos, los cuales luego son presentados como reflejo de los escenarios creados como contextos discernibles y originales de las narrativas. La falta de argumento con respecto al “calce” de las narrativas bíblicas seleccionadas para representar su reconstrucción dentro de contextos arqueológicamente proyectados, y la arbitrariedad de sus paralelos de orientación bíblica, pero

⁴ Finkelstein y Silberman (2006: 261-266); véase también Liverani (2005), especialmente el excelente resumen de la discusión por Giovanni Garbini (2005), pero también Finkelstein (2005).

⁵ Cf. la tesis original en Noth (1943); véase la revisión en Cross (1973).

⁶ Véase van Seters (1983; 2006), Friis (1986), McKenzie (1991), Th.L. Thompson (1994), de Pury, Römer y Macchi (1996), Shearing y McKenzie (1999), McKenzie y Römer (2000) y Hjelm (2004a: 11-12 *et passim*).

⁷ Véase, por ejemplo, Na’aman (1997; 2003; 2005).

⁸ Las investigaciones y métodos de reconstrucción histórica que Finkelstein y Silberman utilizan, fueron propiciadas primeramente por Alt (1925; 1930). Estas investigaciones desarrollaron una orientación más bíblica en Noth (1950), de Vaux (1971), Mazar (1969) y Aharoni (1967). Para una crítica de tales métodos, véase Th.L. Thompson (1992a: 27-76).

arqueológicamente contruidos, revelan un desinterés en problemas históricos y exegéticos centrales que han dominado nuestro campo desde los '70⁹. En su esfuerzo por retornar a la síntesis y a la armonía de la perspectiva bíblico-arqueológica del pasado de Palestina, ambos autores desatienden los problemas historiográficos centrales que las historias de esta región han enfrentado desde los debates sobre la historicidad de las narrativas de origen bíblico y la naturaleza de la arqueología palestina en los '70¹⁰. Una primera resolución para este debate fue esbozada por Robert Coote y Keith Whitelam, promoviendo la escritura de una historia de Palestina sobre la base de la arqueología y los registros escritos contemporáneos, antes que a partir de la Biblia; vale decir, una historia que fuera independiente de la perspectiva bíblica del pasado¹¹. Aunque se han producido varios intentos —incluyendo uno de los primeros estudios de Finkelstein— para apoyar el proyecto de Coote y Whitelam utilizando la historia de Palestina de manera independiente de los estudios bíblicos como un principio-guía, ninguno de ellos ha sido enteramente exitoso al eludir la síntesis de la arqueología bíblica; la perspectiva de la narrativa bíblica continúa entrometiéndose en nuestro juicio histórico¹².

En el “Prólogo” de su libro (pp. 1-3), Finkelstein y Silberman utilizan la leyenda de la muerte del gigante de 1 Samuel 17 para marcar el tema y el procedimiento de su libro como un todo. La serie de preguntas que los autores se hacen sobre este relato ofrece analogías respecto de la serie de cuestiones que su libro busca responder sobre David y Salomón. Tales preguntas no sólo son muchas y ambiciosas sino necesarias para la tarea que desean realizar. Para parafrasear a los autores: ¿sucedió el duelo entre David y Goliat y es tal relato verificable? ¿Cuándo fue escrito? ¿Fue escrito como un todo o en etapas? ¿Cómo se relaciona con variacio-

⁹ El uso del término “convergencias” para la congruencia de tales paralelos comparte el lenguaje de Dever (2001: 97-157). Sobre la armonización de “convergencias” como método histórico, véase la discusión de paralelismos en Provan, Long y Longman (2003: 189-192). Si bien los libros de Dever y de Finkelstein y Silberman se encuentran generalmente muy cercanos a los métodos de la investigación evangélica, difieren considerablemente en el grado y en la libertad de disposición para ajustar, e inclusive, transformar la narrativa bíblica y su asumida “reflexión histórica”.

¹⁰ Lapp (1969), Smith (1969), Dever y Paul (1973), Dever (1974: 17-25, 34-43; 1982), Th.L. Thompson (1974: 52-57; 1987: 11-28), van Seters (1975: Parte I), Hayes y Miller (1977), Ramsey (1981), y más recientemente Zevit (2002: 2-9).

¹¹ Coote y Whitelam (1987).

¹² Aquí se puede mencionar a Finkelstein (1988), Davies (1992), Th.L. Thompson (1992a; 1999), Lemche (1998a; 1998b).

nes similares de este u otros relatos en la Biblia y en Homero? ¿Su narración refleja el contexto y la función del relato? Finalmente, ¿cómo se relaciona con la teología judeocristiana? Su propia contribución a la nueva perspectiva que sus preguntas habilitan, permitiendo una separación entre historia y mito, es “presentar la gran cantidad de información arqueológica sobre el surgimiento y desarrollo de la antigua sociedad *en la que se formó el relato bíblico*” (p. 3). Desafortunadamente, una asunción central, pero aún no argumentada, ingresa en el libro con esta nueva información; a saber, la asunción de que la Palestina de la Edad del Hierro fue de hecho el contexto histórico de la formación de esta leyenda. En tanto este tema, central para el actual debate sobre la Biblia y la historia, permanece sin examinar a través del libro, es fundamental para su “intento por separar la historia del mito, viejas memorias de una elaboración posterior y hechos de propaganda real”, así como para esquematizar la composición de la narrativa de David y Salomón “desde sus orígenes antiguos hasta su composición final” (p. 3). La discusión sobre Goliat en el Prólogo es utilizada para ubicar el carácter legendario de muchos de los relatos sobre David en los inicios del desarrollo de la narrativa bíblica. El relato es presentado como ejemplar respecto de las grandes proezas de David. Es también reutilizado en el Capítulo 6, en donde es interpretado como alegoría, reflejando las tensiones crecientes entre el Judá josiánico y el Egipto de la Dinastía XXVI.

Si bien el libro utiliza este relato como paradigma de cómo los autores comprenden el desarrollo de la narrativa bíblica, desde las más tempranas tradiciones orales y memorias hasta una compleja redacción de textos escritos en la “Historia Deuteronomística”, es con la figura bíblica de David como forajido justo en el desierto que ellos ubican los tempranos comienzos del proceso de creación de relatos, así como la base para la reconstrucción del surgimiento soberano de la Jerusalén histórica (resumido en las pp. 26-29). El líder bandido de tales “leyendas” es, para los autores, un David histórico del siglo X a.C. Una “memoria”, se sostiene, fue transmitida por los seguidores de David a través de relatos populares y baladas (Capítulo 1: pp. 31-59). Esta tradición oral fue posteriormente unida a las “tempranas memorias de Saúl” del siglo X a.C., las cuales habían sido elaboradas de manera oral en una “saga trágica por los aldeanos israelitas del norte” (Capítulo 2: pp. 61-89) y, subsecuentemente, en relatos del siglo IX a.C. sobre el reinado de David que habían sido transformados en “baladas” de corte y unidas a las “leyendas de las conquistas de David” que, se supone, “coincide con la extensión histórica del territorio del... Estado omrita” (Capítulo 3: pp. 90-117). Luego de más de dos siglos de expansión de dicha tradición oral, los autores sostienen que la primera versión escrita fue finalmente creada a fines del siglo VIII a.C. para funcionar “como una épica nacional unificadora para el reino de

Ezequías” (Capítulo 4: pp. 120-149). A esto se agregaría una crónica del reinado de Salomón en la generación siguiente, en algún momento de los inicios del siglo VII a.C. (Capítulo 5: pp. 150-177). Otra vez, durante los últimos años del siglo VII a.C., estas “fuentes escritas” serían elaboradas e incorporadas en una forma temprana de la “Historia Deuteronomística” para “servir a los propósitos de las reformas religiosas de Josías” (Capítulo 6: pp. 178-207). Otra etapa más de redacción y desarrollo, generosamente fechada desde el siglo VI hasta el IV a.C., pondría el texto “al día” –esto es, para reflejar la narrativa básica representada por el Texto Masorético de la narrativa de Samuel y Reyes, y los varios roles que David y Salomón poseen en los libros de Crónicas, Hageo y Zacarías (Capítulo 7: pp. 210-231). En suma, los autores sostienen haber descubierto siete estratos orales y cuatro escritos a través de su “arqueología del texto” de 1-2 Samuel y 1 Reyes¹³. Un capítulo final trata algo eclécticamente a David y Salomón como figuras de fervor religioso desde el período helenístico hasta la Edad Media (Capítulo 8: pp. 232-257). El libro concluye con siete apéndices, en los que se trata una variedad de temas relacionados con la arqueología de la Edad del Hierro y la historicidad.

2. El David histórico y las leyendas antiguas

El Capítulo 1 concibe los relatos de 1 Samuel como enraizados en “una memoria comunal compartida acerca de eventos históricos reales” (p. 40), y específicamente, presentando a David como un jefe-bandido en las tierras altas de Judá. El contexto en el siglo X a.C. que Finkelstein y Silberman proponen para David incluye una comprensión de Jerusalén como una pequeña aldea y a Judá como un desierto escasamente habitado, *con una gran población pastoral* (?), y patrones de asentamiento continuos, comparables a los de la Edad del Bronce Tardío e inicios de la Edad del Hierro. Aun así, solamente el siglo X a.C. parece ofrecerles un contexto para la existencia de tal David. Las narrativas centrales en las que los autores encuentran a su David son primariamente aquellas que van de 1 Samuel 22 a 30 (también 2 Samuel 21:15-22; 23:8-39), en las que David reúne una banda de 400 descontentos y deudores en apuros (1 Samuel 22:1-2; variante 600 hombres: 1 Samuel 27:2). La liberación de Keilah de manos filisteas (identificada con

¹³ Véase la crítica de tales métodos en Diebner (1984).

Khirbet Qeila, en el borde oriental de la Shefelá) ofrece un contexto histórico-arqueológico único para el David histórico de Finkelstein y Silberman. La Judá del siglo VIII a.C., mucho más poblada y con predominio de la agricultura, queda excluida por definición. El lector hace bien aquí en reconocer ecos de la "hipótesis amorita" de la Escuela de Albright, que había identificado de un modo similar los inicios del segundo milenio a.C. como el *único contexto posible* para las migraciones nómades de los patriarcas¹⁴. El argumento para presentar a un David histórico como un jefe-bandido posee las mismas debilidades: 1) las tierras altas de Judá como un área desértica es algo que difícilmente se limita al siglo X a.C.; más aún, inclusive en el mucho más poblado siglo VIII a.C., la interrelación de la aldea agrícola con la estepa de pastoreo a duras penas excluye una incursión como la de David en el área que rodea Khirbet Qeila. Como los propios Finkelstein y Silberman sostienen, los patrones de asentamiento en el siglo X a.C. en las tierras altas de Judá continúan a los establecidos con mucha anterioridad, en la Edad del Bronce y en los inicios de la Edad del Hierro I¹⁵. Más aún, si estos relatos sobre David fueron originalmente tradiciones orales, como Finkelstein y Silberman sostienen, uno difícilmente puede restringirse a una tardía cronología bíblica que ubica a David en el siglo X a.C. No sólo la Edad del Bronce, por ejemplo, podría ser considerada como potencial contexto, sino también períodos posteriores. Se sabe que Senaquerib provocó el despoblamiento de regiones en su campaña contra Judea a fines del siglo VIII a.C. De manera similar, el período neo-babilónico tardío o incluso el persa podrían haber ofrecido un contexto histórico viable para nuestros relatos, si tal realismo fuera requerido. Comparada con la Shefelá misma, o con las tierras altas centrales, la región de las tierras altas al este de la Shefelá y al sur de Belén siempre se encuentra en el límite de la aridez¹⁶. La elección del siglo X a.C. está solamente basada en las narrativas bíblicas.

Es más importante notar aquí que el método de Finkelstein y Silberman para asociar leyendas con un contexto histórico implícito es demasiado directo y for-

¹⁴ Albright (1935; 1940), Kenyon (1966). Para más bibliografía y crítica, cf. Th.L. Thompson (1974: 17-171).

¹⁵ Para una discusión de estos patrones de asentamiento y la influencia de la aridez en el área, cf. Kochavi (1972), esp. p. 85; Th.L. Thompson (1979: 48-50; 1992: 288-292); Finkelstein (1988: 47-53).

¹⁶ Th.L. Thompson (1992b).

zado. No considera de manera apropiada la complejidad de la transformación de la realidad que la metamorfosis de la literatura incorpora¹⁷.

Si bien el esfuerzo por incluir el mundo ficticio en su análisis es bienvenido y se aparta de modo significativo de la "arqueología bíblica" tradicional, se debe enfatizar que el contexto primario de relatos y leyendas se encuentra ante todo dentro de su mundo ficticio. Sólo cuando tales relatos son comprendidos *de manera independiente* dentro del sistema de símbolos de la ficción antigua, donde poseen significado, podemos comenzar a comprender su asociación con el evento histórico y su contexto¹⁸. Antes que una asociación de los motivos literarios de David como el elegido de Dios y su rol como "mesías" con el relato de David en el desierto, dentro de un contexto de realidades históricas del siglo X a.C. de Palestina, los autores deberían considerar el mundo literario históricamente conocido en el cual tales tropos tienen su lugar. El motivo de un rey elegido por un dios no se origina en la narrativa bíblica, mucho menos en los relatos de David. Varios siglos antes, posee un lugar de honor tanto en la ideología real egipcia como en la mesopotámica. Es una cualidad esencial de la legitimación de cualquier rey en las biografías reales del Cercano Oriente antiguo. Yahdun-Lim es elegido por Shamash; Assurbanipal II es el favorito de los dioses, amado de Ninurta y elegido como pastor del mundo, y Esarhaddon es llamado por Marduk. Tuthmosis III y Merneptah no sólo son elegidos para su reinado, sino que se les otorga el rol mesiánico del guerrero conquistador divino que en el Salterio y en el libro de Samuel se le otorga a David¹⁹. La figura de David que es utilizada en estos relatos no es original de la Biblia. Pertenecce a un tipo de relato bien definido en la literatura del Cercano Oriente²⁰. No hay necesidad —mucho menos, garantía— para el David histórico de Finkelstein y Silberman. El tema del relato de David y sus bandidos en el desierto comienza ya en la narrativa en cadena de Goliat²¹, en donde el rey ofrece riquezas y a su hija en matrimonio a quien responda el desafío del gigante (1 Samuel 17:25). Fiel al contexto heroico del relato, sin embargo, el rey utiliza la promesa de su hija para tender una trampa de muerte al héroe, hacia

¹⁷ Para una antigua discusión sobre tales transformaciones literarias, véase Publius Ovidius Naso (1953), *Metamorphoses*; para una discusión de teorías concernientes a la transición de fórmulas orales a literatura, véase Skaftø Jensen (1980: 96-106).

¹⁸ Véase Th.L. Thompson (1974: 294-297; 1991).

¹⁹ El motivo del rey como elegido por los dioses es un tema central de la ideología del rey bueno en el Cercano Oriente antiguo; véase Th.L. Thompson (2005a: 139-169, 337-344). Para el rol del guerrero conquistador divino, véase la discusión en Th.L. Thompson (2005a: 176-196).

²⁰ Para una discusión sobre tipos de relatos, véase S. Thompson (1961).

quien siente un odio celoso (1 Samuel 18:17). Retornando al tema de la humildad que estructura la narrativa desde 1 Samuel hasta el relato de Eli y sus hijos, David escapa al plan de Saúl en un despliegue tripartito del relato de Goliat. Nuestro joven pastor es de orígenes humildes, pobre y poco apto para ser el hijo de un rey, y vacila. Al fallar el primer plan, Saúl intenta una vez más atrapar a David al ofrecerle su otra hija, Mica, quien ama al hombre que su padre odia. Su dote no es en dinero sino en un centenar de prepucios filisteos, y así el segundo plan del rey se activa. Es una oferta que un héroe bravo no puede rechazar. Retornando de su desafío imposible no con cien sino con doscientos prepucios, el relato sobre el fervor religioso del joven pastor, derrotando el orgullo de Goliat, es coronado con la victoria oculta del hombre humilde sobre el gran rey con segundas intenciones (1 Samuel 18:18-30).

El relato en cadena, embebido de las virtudes de la monarquía, nos presenta a un joven pastor, hijo menor y héroe sin dinero, despreciado por el fuerte y odiado por el grande, y desarrolla el tropo clásico de la victoria del pobre sobre el rico y orgulloso, para el que la canción de Ana con su juego de palabras dirigido al lector sobre el nombre de Saúl, había preparado al lector desde el mismo comienzo de la narrativa mayor (1 Samuel 2:4-9). El cuento de hadas que representa la conquista de Mica por David, además, se ubica proféticamente al comienzo de una cadena narrativa que no concluye hasta que el último hijo de David y todo el orgullo de Jerusalén son llevados al exilio, *en tanto que solamente los pobres permanecen* (2 Reyes 24:14; 25:12). Es precisamente este tema, el del éxito del héroe que poco promete y que nada tiene, el que proporciona el contexto narrativo del relato del futuro rey que es obligado a huir hacia el desierto para transformarse en el líder del pueblo de Dios (cf. el rol de Moisés en Éxodo 2:11-15), quien hace justicia revirtiendo las fortunas de los hombres, al estilo de Robin Hood, y finalmente –elegido por la voluntad de Dios– ingresa a su reino²². La historia en la que David conquista a su novia encuentra sus motivos temáticos en un tipo de relato que se equipara a otro similar, en tres partes, del antiguo Egipto, en el que un hombre pobre debe huir de su hogar hacia el desierto de Siria y en el que finalmente obtiene la mano de una joven que lo ama de manos de un orgulloso padre con segundas intenciones, el príncipe de Naharina²³. De la misma manera, otros motivos, temas y tramas

²¹ Para una discusión de la estructura de narrativas en cadena, véase Th.L. Thompson (1987: 155-189).

²² Th.L. Thompson (2005a: 125-129); para el tema del “éxito de quien poco promete”, véase Irvin (1978).

²³ Lichtheim (1976: 200-223).

argumentales en la cadena narrativa que continúa, lo conducen a David al desierto, huyendo de Saúl, y se conforma así una serie de tropos comunes a todas las historias del buen rey en el Cercano Oriente antiguo²⁴.

La cuestión de los orígenes y las raíces de la historia de David no tiene lugar en un desierto histórico del siglo X a.C. y no tiene necesidad de una banda histórica de bandidos y sus memorias para alimentar una tradición oral. La historia ya estaba disponible desde antes en la literatura. Todos los relatos egipcios, sirios, asirios y babilónicos comparten una base literaria común desde, al menos, los inicios de la Edad del Bronce Medio. Relatos sobre el viaje de Sinuhé el egipcio a Palestina así como relatos del sufrimiento de un rey en su juventud y su puesta a prueba en el camino hacia el trono, se encuentran en inscripciones que presentan, por ejemplo, las biografías de Idrimi, Panamuwa, Esarhaddon y Nabónido²⁵. Las tramas narrativas de estos relatos poseen muchas variaciones y cada relato que poseemos despliega su propia voz fuertemente independiente. Aun así, una asociación realizada a partir de un agrupamiento común de elementos temáticos resulta indudable.

En el muy antiguo relato de Sinuhé, el príncipe inicia la narración acerca de su sufrimiento cuando sucede la repentina muerte de Amenemhat I (ca. 1960 a.C.) y el temor al desorden civil obligan al joven a huir al exilio en el desierto del Retenu, quizás algún lugar al este de Biblos. Obtiene refugio con un jefe tribal, con quien permanece, y se enriquece y se transforma en el líder de una tribu. A través de los años, en los que sus propios hijos se convierten en jefes de tribus, Sinuhé *cuidó del extranjero, dio agua al sediento, ayudó al viajero extraviado y ofreció rescate por quien había caído en manos de ladrones*, una descripción estereotipada de la más alta virtud, la cual es estándar según la mayoría de las figuras heroicas del Cercano Oriente antiguo²⁶. Su patrón lo hizo comandante del ejército. Exitoso en el combate, fue ubicado a la cabeza de los hijos de sus gobernantes. Es desafiado a un duelo por un "hombre fuerte del Retenu". Al amanecer, mientras todo el Retenu se congregaba para observar, preocupado por su muerte segura, Sinuhé derrota al enemigo. Concediéndole primero al gigante la primera oportunidad para matarlo, Sinuhé hábilmente elude la batería de armas del poderoso hombre, y luego le dispara una

²⁴ Th.L. Thompson (2007).

²⁵ Para un acceso a estos relatos, véase (para Sinuhé) Hallo y Younger (1997: 77-82); para Idrimi, véase Sasson (1981); Pritchard (1969: 557-558); para Panamuwa, véase Tropper (1991: 39); Hallo y Younger (2000: 158-160); para Esarhaddon, véase Luckenbill (1927: 665); y para Nabónido, véase Gadd (1958); Röllig (1964). Para una paráfrasis y un análisis comparativo, véase Th.L. Thompson (2007).

²⁶ Véase Th.L. Thompson (2005a: 107-138, 323-336).

sola flecha que atraviesa su cuello. Finalmente, mata a su enemigo con su propia hacha. Con esta victoria, Sinuhé se eleva a la grandeza. Luego de una larga negociación con Egipto en donde él es injustamente tratado como un extranjero, recibe—tras su declaración de inocencia— el decreto del faraón que le permite regresar a su hogar.

Cuando el tema del exilio hacia el desierto se vincula al motivo del ascenso de un rey al poder, el rol del héroe a menudo toma las características mesiánicas del salvador del pueblo, con todo lo que es propio del elegido por la divinidad. Aunque Idrimi no tiene un gigante contra quien luchar, su historia utiliza el mismo tipo de relato que el que hallamos en la historia de Sinuhé. Idrimi y su familia se ven obligados a huir de Alepo. Él es el más joven de sus hermanos y—con pensamientos que nadie más tiene— se dirige a través del desierto hacia la tierra de Palestina, en donde se transforma en el jefe de un poblado y convive con los *Hapiru* por siete años. Finalmente, elegido por Adad para convertirse en rey, construye un barco, reúne soldados, y regresa a su hogar, en donde Alalakh y tres poblados más le dan la bienvenida. Sin embargo, su gran señor, el rey hurrita Barratarna, es su enemigo durante siete años. Luego de largas negociaciones, en las que Idrimi declara su lealtad como vasallo, se transforma en rey de Alalakh. Rey durante treinta años, hace lo que le place: combate a los enemigos hititas, comparte su riqueza con su familia, se construye él mismo un palacio, revierte el destino del pobre y establece propiamente el culto.

Aunque la historia de su exilio es breve, los sufrimientos de Panamuwa compiten con los de Saúl y su familia. El rey, su padre, y todos sus setenta hermanos son asesinados, pero Panamuwa escapa. Las prisiones y las ruinas se vuelven más numerosas que los poblados. Elegido por el rey de Asiria como rey de Ydy en lugar de su padre, Panamuwa finalmente “elimina la piedra de destrucción”, protege al pobre y a la viuda, organiza el buen gobierno y se vuelve famoso, rico, sabio y leal. Da batallas en nombre del rey de Asiria y deporta a sus enemigos como un gran rey. Su muerte—como la de José en Egipto—, es lamentada por aquejumbrosos asirios, mientras su cuerpo es transferido con grandes honores de Damasco a Assur.

La historia de Esarhaddon comienza con los dioses enojados y Babilonia sufriendo el exilio y un diluvio, decretados por unos setenta jeremiacos años. Marduk, sin embargo, elige a Esarhaddon para ser el salvador de Babilonia, revierte su destino y ordena su retorno en el onceavo año²⁷. Esarhaddon es elegido, como

²⁷ La similitud de los signos cuneiformes del valor de 1 y de 60 es tal que el número 70 (60+10), al escribirse en modo reverso, se lee 11 (10+1).

David e Idrimi, a pesar de que él también era el más joven entre sus hermanos. Al principio con dudas y humilde, intimidado por su gran tarea, reconstruye los muros de Babilonia y restaura su templo. Libera a los esclavos y ayuda al pobre, y ora por la eternidad de su casa, el templo y Babilonia y por un reinado de sabiduría hasta alcanzar una avanzada edad.

El relato de Nabónido también expande este rico espectro de elementos temáticos que posee este tipo de historias. Hijo único y solo en el mundo, es elegido por los dioses a través de un sueño para reconstruir el templo de Harran. Los habitantes de Babilonia, sin embargo, eran pecadores y Nabónido se ve forzado a abandonar la ciudad y vagar por el desierto durante diez años, en tanto el dios Sin nombra deidades guardianas para que velen por él. Ishtar obliga a sus enemigos a que se plieguen a él como amigos, en tanto que Nergal destruye todas las armas de sus enemigos en Arabia y los obliga a someterse a su patronazgo. Shamash hace que la gente lo vuelva a amar. En un tiempo divinamente elegido, los dioses regresan a Babilonia y Nabónido regresa a casa para construir el templo de Sin y restaurar los dioses a sus lugares.

Tal vez sea la celebración de la victoria de Ciro sobre Babilonia, en el cilindro de Ciro, la que epitomiza de mejor manera tanto el motivo del rey salvador, elegido por su dios, como el de la cualidad eterna de su dinastía real. La dinastía de Ciro, hijo de Cambises, es amada por Bel y por Nabu y es declarada “una línea eterna de monarquía” (ll. 20-22a). El motivo del salvador elegido ingresa en la historia al comienzo como una respuesta misericordiosa de Marduk hacia el sufrimiento ubicuo de los dioses y los pueblos, cuando los dioses habían abandonado Babilonia y “todos los pueblos de Súmer y de Akkad se habían transformado en cadáveres”, Marduk “miró a través de todas las tierras, buscando al rey justo a quien apoyar. Clamó por su nombre: Ciro, rey de Anshan; él pronunció su nombre para que fuera rey sobre todo el mundo” (ll. 9-12)²⁸.

El tema de la huida al desierto y la formación de una banda de héroes es también tomado en los capítulos iniciales de 1 Macabeos. Cuando Antioco tomó Jerusalén, los residentes de la ciudad huyeron al desierto (1 Macabeos 3:18), “obligando a Israel a esconderse en toda clase de refugios” (1 Macabeos 1:53). A medida que la resistencia se expandía, Matatías pidió el apoyo de todos aquellos que residían en la ciudad y que eran “celosos de la ley y fieles a la Alianza” para seguirlo mientras él y sus hijos “huían a las colinas y dejaban atrás todo lo que tenían en

²⁸ Para la traducción, véase Cogan (2000).

la ciudad” y “todo aquel que buscaba rectitud y justicia fue hacia el desierto para habitar allí” (1 Macabeos 2:27-29). Entre los rebeldes que se les unieron había “una compañía de asideos, poderosos guerreros de Israel” (1 Macabeos 2:42). En este relato es Judá, hijo de Matatías, quien es caracterizado como “un gigante” y “un león”, logrando ser “de renombre en los confines de la tierra” (1 Macabeos 3:3-9). Es él quien se enfrenta a Apolonio en una heroica batalla, lo vence y lo mata, “tomando la espada de Apolonio para usarla en batalla por el resto de su vida” (1 Macabeos 3:10-12). También derrota a Serón, con una fe digna de David, puesto que la victoria no llega a causa del tamaño del ejército, o de la fuerza, sino del cielo (1 Macabeos 3:19; cf. 1 Samuel 17:47)²⁹.

3. Una saga israelita del norte sobre Saúl

Cuando Finkelstein y Silberman recurren una vez más a “memorias” históricas y tradiciones orales para tratar con las capas más antiguas de la tradición de Saúl, se torna evidente que dicha explicación no se basa ni en la naturaleza de las narrativas ni en la evidencia presentada para garantizar la asunción de la existencia de eventos en el siglo X a.C. Antes bien, se basa solamente en su deseo de sostener un núcleo histórico de la tradición perteneciente al siglo X para que concuerda con la cronología bíblica y para sugerir algunos medios de transmisión hacia la forma literaria posterior a partir de la cual la tradición es, de hecho, conocida. La literatura del Cercano Oriente, hace tiempo establecida, que da expresión a la ideología real del mundo antiguo, difícilmente necesite vagas teorías de oralidad para explicar las narrativas de Saúl o de David³⁰. Hay cuatro elementos en el argumento de Finkelstein y Silberman con respecto a las tempranas tradiciones orales sobre Saúl: 1) un “incremento notable” en el número de asentamientos en las tierras altas centrales, los cuales se conocen a partir de las exploraciones de superficie; 2) un abandono inexplicado de los asentamientos de la Edad del Hierro I en el área alrededor de Guibeón; 3) la relación bíblica de la historia de Saúl con el área de las tierras altas al norte de Jerusalén; y 4) una armonizadora transferencia al reino de Saúl de la campaña del faraón Sheshonq (*Sheshonq* equivale al *Shishak* bíblico; 1 Reyes 14:25) en el quinto año de Rehoboam.

²⁹ Más al respecto en Hjelm (2004a: 273).

³⁰ Th.L. Thompson (2005a: 139-219).

Finkelstein y Silberman comienzan su discusión con una pregunta simplificada con respecto al tema de la historia de Saúl: ¿por qué fue rechazado Saúl y a David le fue otorgada la promesa de un reinado eterno? A continuación, los autores señalan algo obvio, implícito en la mayoría de las preguntas sobre historicidad; a saber, que la ausencia de evidencia sobre Saúl no excluye la *posibilidad* de su existencia. Ellos señalan la incertidumbre sobre la cronología bíblica para el reinado de Saúl y afirman que los cuarenta años atribuidos al reinado de David y Salomón son, a lo sumo, una “simple aproximación” (pp. 64-65)³¹. Más aún, se sostiene que el propio Saúl procede de la región de Benjamín y que sus actividades —además de perseguir a David— se restringen a las “tierras altas septentrionales” y a Guilead y se concluye que Saúl no gobernó sobre “todo Israel”, sino que las “memorias fijadas en la Biblia” sugieren, antes bien, que fue un líder de las tierras altas septentrionales durante el siglo X a.C. con base en la región de Benjamín (pp. 66-67). Finkelstein y Silberman expanden este argumento por analogía, apuntando a una expansión de los asentamientos de la Edad del Hierro I en las tierras altas centrales y en el norte de la meseta de Transjordania, y estableciendo un fuerte contraste con el patrón de asentamientos que puede hallarse en la región de Judá (pp. 67-69). Ahora, si bien este *contraste* en el patrón de asentamientos del Hierro I es en verdad históricamente significativo³², el carácter singular que posee el vínculo sugerido entre las tierras altas centrales y Guilead parece relacionarse más con el relato bíblico que con las prospecciones arqueológicas. No sólo los autores ignoran de manera significativa otras regiones de la gran Palestina, sino que a duras penas distinguen Efraín de Manasés³³ o de las más que distintivas regiones de la Transjordania septentrional. Aunque existe una amplia similitud entre los patrones de asentamiento en las tierras altas centrales de la Edad del Hierro I y los de la meseta transjordana, los paralelismos más cercanos se ubican entre la planicie de Irbid y la región de Siquem en el periodo del Bronce Tardío. Durante la transición de la Edad del Bronce Tardío a la del Hierro II, la planicie de Irbid mantiene una mayor estabilidad y continuidad que su contraparte en la Palestina central. Los cambios en el patrón de asentamiento alrededor de Irbid pueden ser comparados, tal vez de mejor manera, con los desarrollos moderados en las colinas de Manasés, en tanto que los *nuevos* sitios del Hierro I en Ajlún quizás puedan compararse mejor con los similares *nuevos* asentamientos en Efraín.

³¹ Para un entendimiento diferente de la cuestión, no obstante, véase Lemche (2001).

³² Véase Th.L. Thompson (1992a: 288-300).

³³ En contraste con Finkelstein (1988: 89-91).

La región de “Benjamín” –al igual que Manasés e Irbid– muestra una considerable continuidad con los asentamientos de la Edad del Bronce en la región³⁴. Los patrones de continuidad desde la Edad del Bronce en cada una de estas regiones parecen ser mucho más importantes para asociaciones regionales que cualquier paralelismo entre los patrones de nuevos asentamientos durante el Hierro I. Después de todo, ésta es tan sólo una observación que Finkelstein y Silberman proveen con su analogía que describe al reino de Saúl a partir de la Siquem y la Jerusalén del período de El Amarna! (véase p. 69).

Los autores encuentran algo único en los sitios de la “meseta de Benjamín” (al norte de Jerusalén). En contraste con las tierras altas centrales, en donde la continuidad de los asentamientos durante el Hierro II es notable, el patrón de asentamientos del área al norte de Jerusalén está caracterizado por el abandono de un “número significativo” de sitios (pp. 70-71). Al notar que Shiló fue destruido por el fuego a fines del siglo XI a.C., que et-Tell, Khirbet Raddana y Khirbet Dawwarra fueron abandonados a fines del siglo X a.C. y que ej-Jib puede también haber sido abandonado por un período considerable, los autores concluyen que el “gran crecimiento demográfico” en un área “correspondiente al núcleo del reino de Saúl” tuvo un *repentino* (¡sic!) final; a saber, ¡a fines del siglo X a.C. (p. 70)! Lo dudosamente “repentino” de su “evento” es la única garantía que tienen para revisar la cronología bíblica tradicional (que ubica a Saúl a fines del siglo XI a.C.) y la datación dependiente de la Biblia de la campaña del faraón Sheshonq (en la tradición bíblica, Shishak saquea Jerusalén en el quinto año de Rehoboam, ca. 926 a.C.: 1 Reyes 14:25-26). Como Jerusalén se halla ausente de la inscripción egipcia de la campaña de Sheshonq contra Palestina, pero Guibeon es nombrada, los autores crean un escenario que sugiere que dicha campaña fue parte de una política exitosa del resurgimiento de Egipto para eliminar “una agresiva entidad de las tierras altas que la tradición bíblica asocia con Saúl”, en algún momento entre mediados y fines del siglo X a.C. (pp. 74-81)³⁵. El resto de este capítulo (pp. 81-89) está dedicado a un esfuerzo igualmente arbitrario y sin confirmación para explicar las tradiciones bíblicas sobre la base de un conflicto original de tradiciones orales locales, a través del cual una tradición anti-Saúl y pro-David reemplazó a una tradición pro-Saúl de Guibeón-Benjamín. A partir de esta elaboración, los

³⁴ Véase Kochavi (1972); Th.L. Thompson (1979: 18-20, 45-48, 48-50; y la lista de sitios; 1992a: 288, 294-295).

³⁵ Por supuesto, las tradiciones bíblicas asocian, más bien, “una agresiva entidad de las tierras altas” con Jeroboam y Rehoboam, antes que con Saúl.

mercenarios del relato (los filisteos) obtienen la victoria final sobre Saúl en la Biblia y gradualmente eclipsan a sus amos egipcios en las historias que fueron “contadas una y otra vez entre el pueblo de Judá” (p. 84)³⁶.

4. Las leyendas de la corte de David

El Capítulo 4 se dedica a un esfuerzo por ubicar la elaboración de las leyendas orales sobre el reinado de David en las baladas del siglo IX a.C., recitadas en la corte de Jerusalén, al interpretarlas como un intento de reemplazo que presenta al reino legendario de David como equivalente al reino histórico de Omri—un argumento sugerido por primera vez y de manera más elaborada en el libro anterior de Finkelstein y Silberman³⁷. Aquí, los autores inician la discusión presentando sus dudas sobre la historicidad de la “historia de la corte”. Un elemento central de su escepticismo, que quien escribe comparte³⁸, se basa en los magros restos arqueológicos de Jerusalén antes de mediados del siglo VIII a.C. y en la observación, a partir de las prospecciones de superficie, de que la población de Judá a través de todo el siglo X a.C. “se mantuvo en bajo número y las aldeas eran modestas y escasas” (pp. 91-96). En un intento por evitar “utilizar la narrativa bíblica como base de la interpretación arqueológica” (p. 97), los autores sostienen que las transformaciones sociales y políticas implicadas en la “historia de la corte” más bien habían tenido lugar en las tierras altas septentrionales (p. 98). Algo central en este argumento es que, en contraste con la existencia de un notable Estado de Israel en el siglo IX a.C., Judá permanecía aún, a lo sumo, como una pequeña jefatura en ese periodo. Los relatos del gran reino de David y Salomón, se sugiere, fueron desarrollados a través de un proceso que involucra la transferencia simbólica de la grandeza de Omri hacia Jerusalén (pp. 98-101). A mediados del siglo IX a.C., bajo el reinado de Josafat, Judá—a través del matrimonio de Jehoram, hijo del rey, con la hija de Ahab— parece haberse vuelto “un virtual vasallo” de Israel. Según señalan Finkelstein y Silberman, ésta es la base de la transferencia simbólica y de la monarquía unida “histórica” de Israel, con un territorio que iba desde Dan hasta Beersheva y con posesiones tanto en Siria como en Transjordania—una monarquía unida gobernada por los ómridas! (p. 103)—.

³⁶ Sobre los métodos utilizados para el desarrollo de este argumento, véase de Vaux (1970).

³⁷ Finkelstein y Silberman (2001). Para una reseña, véase Th.L. Thompson (2001).

³⁸ Véase Th.L. Thompson (1992: 329-334, 401-412).

Aunque osada, su conclusión parece contradecir su esfuerzo explícito de evitar “la utilización de la narrativa bíblica como base de la interpretación arqueológica”. La circularidad de su argumento implica que los autores no dudan en utilizar un escenario bíblico como matriz interpretativa de su evidencia histórica y arqueológica. La población de Judá había crecido y existen indicios arqueológicos de formación estatal y de una administración centralizada en el valle de Beersheva; esto es, fortalezas limítrofes establecidas por el rey de Judá *para los ómridas* (pp. 103-104). Es para este “período” que ellos datan un capitel eólico de proveniencia desconocida hallado en Jerusalén, el cual representaría evidencia de un “complejo gubernamental del estilo del de Samaria” sobre la muy debatida estructura escalonada de piedra que K. Kenyon había excavado en los ’60 y que ellos re-datan hacia el siglo IX a.C.³⁹ Hasta donde puedo ver, esto es todo lo que los autores señalan como “evidencia histórica y arqueológica” para su escenario. El resto del capítulo prosigue con el esfuerzo de crear armonía entre su narrativa y la bíblica, sosteniendo que la “narrativa de sucesión” no puede ser datada hacia el siglo X a.C. porque implica una “conciencia de clase” y una “aristocracia de base cortesana”, involucrando propaganda pro-salomónica. La narrativa, sin embargo, tampoco puede ser datada más tardíamente, sostiene los autores, porque menciona a la “tierra de Geshur” —un Estado arameo del siglo IX a.C.— como aliada de David (p. 110; cf. 2 Samuel 3:3). Si este argumento se sostuviera, sin embargo, también debería ubicarse a su David histórico en el siglo IX, ¡porque el David de las narrativas en el desierto saquea Geshur (1 Samuel 27:8)! Los argumentos basados en referencias geográficas, presentados para sostener una datación en el siglo IX, proceden del principio que sostiene que éste es el único período que proporciona a las narrativas un contexto histórico apropiado —precisamente, el mismo argumento que había sido utilizado cincuenta años antes en la hipótesis amorita para las narrativas patriarcales—. El hecho de que otros textos hagan uso, en efecto, de estos nombres geográficos sin este contexto “apropiado” particular, vacía, por supuesto, el argumento de toda sustancia. El Absalón de David también posee su período de piratería en el desierto en Geshur (2 Samuel 13:37s.; 14:23-32; 15:8). Los geshuritas son también mencionados varias veces en Deuteronomio, Josué y 1 Crónicas, libros que no pueden ser fácilmente fechados en el siglo IX a.C. Este

³⁹ Una graciosa nota al pie protectora señala que esta interpretación no sugiere que “un templo y un palacio más modestos, construidos por los anteriores jefes de las tierras altas de Judá, no estuvieran allí antes” (p. 105)! M. Steiner (2001: 50-53) fecha esta estructura hacia el siglo X o la primera mitad del IX a.C.

capítulo considerablemente defectuoso concluye de la manera más decepcionante con una afirmación exegéticamente desdeñosa: “los bardos de la Jerusalén del siglo IX a.C. proveyeron a los posteriores monarcas y príncipes occidentales con una justificación vívida y poética tanto para sus propias debilidades humanas como para su indiscutible derecho a gobernar”. La narrativa de David que poseemos, sin embargo, concluye de un modo bastante diferente: un David pecador, humilde y arrepentido, confiando finalmente en Dios y su piedad antes que en los hombres, retrasa de manera exitosa la destrucción de Jerusalén y previene la plaga que ha traído consigo por agobiar a Israel (2 Samuel 24:14-25). No encuentro ningún esfuerzo por justificar la debilidad humana en este relato, ni tampoco se puede hallar un intento por promover el indiscutible derecho del rey a gobernar. La narrativa concluye con una escena que expresa una posposición del juicio.

5. Una épica escrita

Por cierto, la identificación de elementos portadores de función en una narrativa, tal como aquel que cierra la narrativa del libro de Samuel, requiere que el crítico bíblico disponga de un texto escrito. El tratamiento de dicho texto se presenta en la discusión de Finkelstein y Silberman en el Capítulo 4, que trata sobre las últimas décadas del siglo VIII a.C. No obstante, éste no es un texto real, que pueda ser leído. Es una primera versión hipotética del relato, el cual ya no poseemos. Debería ser un axioma de los estudios bíblicos que un texto no legible no puede tener un lector crítico. Este texto no legible no es una excepción.

El contexto para la “épica” que proponen los autores se ubica luego de la caída de Samaria, específicamente durante el reinado de Ezequías, como parte del relato de Isaías sobre la supervivencia de Jerusalén⁴⁰. Debido al carácter hipotético de esta primera versión escrita de la “narrativa de sucesión”, el argumento de los autores es excesivamente frágil. La “épica” está identificada con lo

⁴⁰ Qué tanto comprende esta “épica” es algo que no queda claro. Como el siguiente nivel de tradición literaria que Finkelstein y Silberman reconstruyen es la “crónica de Salomón”, fechada hacia el siglo VII a.C., asumo que la línea narrativa desarrollada durante el reinado de Ezequías debe haber sido clausurada—siguiendo a Robert Alter—con la muerte de David en 1 Reyes 2. Para una atribución del relato de Ezequías al libro de Isaías —excluyendo la construcción del túnel y el tributo a los asirios—, véase Hjelm (2004a: 93-168).

que ellos proponen como sus dos principales temas: cómo fue elegido David para transformarse en el “rey y salvador de Israel”, con Salomón como su sucesor, y cómo Jerusalén se transformó en la “capital sagrada” de Israel. La función propuesta para esta “épica” es definida como propaganda dinástica, buscando legitimar la dinastía davidica y la centralización política y religiosa de Judá en Jerusalén (pp. 121-122). Finkelstein y Silberman, sin embargo, nuevamente alcanzan conclusiones sobre la manera en que la historia se ve reflejada en el relato demasiado rápida e ingenuamente. Al concentrarse en su supuesto contexto, historizando el relato de Ezequías como algo aún no escrito y defendiendo su escenario a través de una paráfrasis de dicho relato basada en la arqueología, los autores terminan pasando por alto el análisis de la composición de la narrativa de David, que es de hecho el objetivo propuesto para dicho capítulo. El hecho de que la función del relato sobre la elección de David por Yahvé como salvador y de Salomón como su sucesor sea la creación de legitimidad dinástica se sostiene como una refutación de los argumentos tendenciosos sobre supuestas y tempranas tradiciones orales.

Aun así, el tema de la promesa eterna tiene profundas raíces en la ideología real del Cercano Oriente antiguo. De manera similar a los temas relacionados de la promesa eterna para Jerusalén y su templo, la promesa de una eterna Casa de David posee muchos antecedentes. Por ejemplo, la historia de Esarhaddon concluye con una nota sobre la paz trascendente en la cual Babilonia, su templo y la dinastía real, así como su gobierno de justicia permanecerán para siempre, mientras el propio Esarhaddon gobernará hasta su vejez. De igual manera, la “Casa” y el “trono eterno” de Salomón reiteran los motivos de las Casas y tronos eternos de Nabucodonosor, Nabónido y Ciro⁴¹. El propio reinado de Tuthmosis III, más que su Casa, es eterno. El rey se sienta en el trono de Horus por un millón de años y la paz que él establece, como la que establece Merneptah, es “para siempre”⁴². Este tema de la ideología real es transformado en la Biblia con propósitos pedagógicos y se presenta en una cadena de relatos que lo caracterizan como condicional: Yahvé será el Dios de Israel y éste será su pueblo; dos posiciones de un diálogo permanente en los libros de Samuel y Reyes, reiterando un discurso comparable en Éxodo y Números. El motivo particular de la promesa eterna a la dinastía de David (2 Samuel 7:12-16), tal como se lo emplea en el relato de David,

⁴¹ Th.L. Thompson (2007).

⁴² Th.L. Thompson (2002).

tiene una centralidad especial en este capítulo. El tema es desplegado con un gran énfasis dentro del elaborado rechazo del rey David por parte de Yahvé, cuando aquél se encontraba descansando en su "casa de cedro" (2 Samuel 7:1) y proclamando estar preocupado por el hecho de que el arca de Dios se hallara en una tienda (2 Samuel 7:2). En una visión del profeta Natán (2 Samuel 7:4-16), Yahvé pregunta, con ironía, si David va a construir una "casa" para Yahvé. ¿Ha habitado Yahvé alguna vez en una casa? ¿Le ha pedido a cualquiera de los gobernantes de Israel que le construyan una "casa de cedro"? Antes bien, ¡ha permanecido siempre en "una tienda y un tabernáculo" (2 Samuel 7:5-7; cf. Éxodo 26)! Yahvé rememora todo lo que ha hecho *por David* y declara que también establecerá para Israel, su pueblo, un "lugar" (2 Samuel 7:10) donde pueda vivir sin problemas. La promesa de David se dirige hacia los hijos de David: Él "creará una dinastía" (2 Samuel 7:11) *para David*. El heredero de David construirá un "templo" (2 Samuel 7:13) *para el nombre de Yahvé* y Yahvé establecerá el trono de su hijo para siempre.

Esta escena se encuentra dentro de una larga y compleja cadena narrativa, la cual tiene su punto de partida en el relato de Elí, centrado en el tema de una similar promesa eterna para la Casa de Elí, el sacerdote ungido de Yahvé. En el castigo luego del juicio, la promesa eterna hacia Elí se transforma en maldición eterna (1 Samuel 2:30-34; 3:14). En esta apertura temáticamente precursora del relato de Saúl-David, la maldición tiene tres etapas de cumplimiento: la derrota humillante de Israel a manos de los filisteos, el fin de la Casa de Elí con la muerte de sus hijos y la vergonzosa pérdida de la "gloria" de Israel, al llevarse los filisteos el tabernáculo y con él a Yahvé. La función de este castigo es sentar las bases para la competencia de los roles salvadores que tienen Saúl y David, desplegados ante la ausencia de Yahvé (1 Samuel 4:22). La humildad de David logra lo que la arrogancia de Saúl no puede hacer (2 Samuel 6:16). Cuando el profeta Natán visita a David en la cima de su éxito, cuando el arca ha retornado finalmente a Jerusalén, le habla de un futuro hijo suyo. Yahvé "será su padre y él será su hijo". Cuando le sea desobediente, Él lo golpeará y azotará con palos y látigos para que aprenda (2 Samuel 7:14; cf. Salmos 89:27). La "promesa eterna" de Yahvé hace explícitas las condiciones pedagógicas del relato, continuando un tema con antecedentes en el relato de la alianza en la tradición del desierto. Allí, el ángel del terror de Yahvé es enviado para cuidarlos y protegerlos, pero también para castigar la rebelión y la transgresión (Éxodo 23:23-33) y para asegurar el seguimiento de la senda de Yahvé. Esta alianza también involucra a Yahvé. Aun cuando se hubiera deshecho del rebelde Israel y lo hubiera reemplazado con un nuevo pueblo de Moisés, su profeta le recuerda que Yahvé no tenía op-

ción; Él debe estar “con ellos”, o *los perniciosos rumores de las naciones se burlarán de Él* (Éxodo 32:7-14; Números 14:10-20; cf. Éxodo 3:12). El tema principal se desarrolla como un discurso sobre la recompensa, el castigo colectivo y la misericordia, cuya matriz principal es el retorno del exilio del remanente de Jerusalén, aquellos que han aprendido de su sufrimiento. Esto es algo evidente, según creo, a partir de cuatro elementos en los que el tema de la “promesa eterna” informa los relatos sobre Salomón: 1) la promesa condicional de que Salomón tendrá una larga vida, *si* transita por la senda de David (1 Reyes 3:14), habilita un discurso sectario que domina la polémica anti-samaritana del autor⁴³; 2) El argumento de Salomón en su plegaria con respecto a que “todos los hombres son pecadores” implica a todos los hijos de David en la pérdida de la promesa y sirve como argumento para solicitar la futura misericordia. Dado que la justicia no puede salvarlos, Salomón ora para que la compasión de Dios los haga retornar desde el exilio arrepentidos y más sabios (1 Reyes 8:46-53); 3) Las promesas de que el nombre de Yahvé habitará en el templo por siempre y de que el trono de Salomón será eterno, son la condición de la aceptación de Israel de su rol como pueblo elegido. Tanto el templo como el pueblo serán descartados si abandonan a su Dios. En este pasaje, existe una referencia directa y explícita a los mismos *rumores perniciosos* que Moisés había evocado en Éxodo 32 y en Números 14 para obligar a Yahvé a estar con Israel como su Dios. Yahvé *dará a las naciones motivos para murmurar* (1 Reyes 9:1-9); 4) Finalmente, en el pasaje que Finkelstein y Silberman utilizan para sostener una datación temprana de la promesa davidica (“y humillaré a la estirpe de David a causa de esto, aunque no para siempre”, 1 Reyes 11:39), los autores interpretan la garantía de “una herencia eterna para los descendientes de David” como una función creadora de identidad en la narrativa de una época dorada (p. 9). Uno debe objetar esta lectura por dos razones: a) los autores citan 1 Reyes 11:39 fuera de contexto. En este punto, ¡el relato bíblico trata el tema de la caída en desgracia de Salomón! Como castigo, el reino para los hijos de David es reducido a una sola tribu. En su lugar, Jeroboam es elegido para ser rey sobre el resto de las tribus de Israel. Él es el nuevo receptor de la promesa eterna que debería haber sido de Salomón. *Si Jeroboam transita en la senda de Yahvé como David lo hizo*, Yahvé estará con Jeroboam y le dará una dinastía eterna como lo hizo con David (1

⁴³ Sobre la cualidad particularmente sectaria de los motivos de transitar la “senda de David” o de transitar la “senda de Jeroboam”, véase Th.L. Thompson (1999: 237-244).

Reyes 11:26-43); b) claramente implícito en la predicción de que *la humillación de la Casa de David no será para siempre*, está el hecho de que, en contraste con las futuras tribus perdidas de Jeroboam y su rey infiel, el remanente de la Casa de David retornará del exilio y, de acuerdo con la plegaria de Salomón, aprenderá de su sufrimiento y se arrepentirá. Si David había abandonado el relato con una espada eterna pendiendo sobre su Casa (2 Samuel 12:10-12), su hijo Salomón lo abandona en un fracaso casi total.

Al observar el aspecto histórico y arqueológico de esta síntesis bíblico-arqueológica, el argumento difícilmente mejora. Finkelstein y Silberman objetan firmemente la datación hacia el siglo X a.C. de la "narrativa de la sucesión" sobre la base de la ausencia de una política estatal en Judá hacia esa época. Antes bien, el final del siglo VIII a.C. constituye un período en el que el texto (en su forma inicial) podría haber sido escrito (pp. 122-123). Cuatro observaciones son presentadas para sostener el contexto histórico propuesto: la súbita expansión de Jerusalén al recibir refugiados de Samaria; la expansión de los asentamientos en las tierras altas de Judá; la aparición de fortalezas, depósitos y centros administrativos, integrando la región dentro de la economía asiria; y la evidencia de "alfabetismo público" (pp. 129-131). La expansión de Jerusalén a partir de un pequeño poblado de menos de 15 acres a una ciudad fortificada de unos 150 acres se entiende a causa de la aparición de los refugiados de Samaria. Se sugiere que los desarrollos estatales en el sur comenzaron durante el reinado de Ahaz, aunque el reinado de Ezequías es preferido, ya que el túnel de Siloam y la inscripción hallada en él son atribuidos a este último período.

La debilidad central de este escenario propuesto reside en su cronología, puesto que difícilmente se pueda distinguir entre la cerámica del siglo VIII y la del VII a.C. La expansión de Jerusalén y la integración de Judea en la economía asiria podrían ubicarse fácilmente tanto en la primera mitad del siglo VII como en el último cuarto del siglo VIII a.C. De hecho, los refugiados provenientes de la destrucción de Laquish a manos de Sennaquerib y su campaña punitiva contra Judea constituyen un escenario mejor para explicar el crecimiento expansivo de Jerusalén, antes que aquél que atribuye los refugiados a la destrucción de Samaria. Al concluir este capítulo, los autores sostienen que la campaña de Sennaquerib —dejando una Judá territorialmente encogida, *demográficamente vaciada* y subordinada a Asiria— había destruido el sistema económico "que Ahaz y Ezequías habían creado". Sin embargo, ¡la propia evidencia referida a la existencia de dicho sistema había sido construida a partir de la ambigua garantía del crecimiento demográfico de Jerusalén! El libro de Reyes —y en particular, la revisión que Reyes ofrece del relato de

Ezequías en Isaías— ha guiado tanto las interpretaciones arqueológicas de los autores como sus presunciones de posibilidades históricas. La revisión ubica la historia de Isaías sobre Sennaquerib dentro de un contexto literario que se ocupa del tema de los reyes buenos y malos de Judá, un contexto que es obviamente posterior a los reinados reales de los reyes mencionados. Rehoboam construyó lugares sagrados y levantó postes y pilares sagrados dedicados a la diosa Asherá. Su crimen es reiterado por Ahaz, Manasés y Amón. Estos cuatro reyes malos son contrapuestos a cuatro reyes reformadores: Asá (1 Reyes 15:9-24), Joás (esp. 2 Reyes 12:2-4), Ezequías (esp. 2 Reyes 18:4-5) y Josías (esp. 2 Reyes 22:2, 23:25)⁴⁴. La reiterativa narrativa de Reyes, que constituye un patrón estereotipado de reyes buenos y malos, de reforma y anti-reforma, socava la cronología de esta armonía bíblica de “base arqueológica” que proponen los autores. Aun así, la información arqueológica que es asociada con el relato de Ezequías es, en sí misma, oscura. Como evidencia histórica de la “reforma” de Ezequías, los autores señalan la existencia de tres santuarios del siglo VIII en Arad, Beersheva y Laquish, los cuales —se sostiene— caen en desuso durante el reinado de Ezequías. Más aún, existe una aparente ausencia de tales santuarios en Judá durante los siglos VII-VI a.C. (pp. 138-141). En el breve Apéndice 5, que trata de estos santuarios, los autores alcanzan la conclusión de que dichos espacios deben haber sido suprimidos durante o al menos *no después del reinado de Ezequías*. “La ciudad que fue destruida por Sennaquerib en 701 [a.C.] no poseía ningún santuario” (p. 288). Sin embargo, en la discusión sobre el santuario de Arad, Finkelstein y Silberman indican que existían, de hecho, dos etapas en este proceso: “el altar mayor fue retirado a fines del siglo VIII a.C., en el transcurso de la reforma cultural de Ezequías (estrato VIII), pero el santuario fue cerrado y desmantelado por primera vez un siglo después, durante el reinado de Josías (estrato VII), *concurriendo así, de manera muy cercana, con la descripción bíblica de las dos reformas de culto más famosas de la historia de Judá*” (pp. 285-286). El lector precavido debe dudar antes de aceptar esta conclusión respecto de la historicidad de la reforma de Ezequías. Arad, después de todo, tenía un santuario cuando la ciudad fue destruida por Sennaquerib y, por lo tanto, no existe evidencia de su desaparición a causa de la “reforma” de Ezequías. Claramente, toda descripción histórica de cambios de culto en Judá necesita proceder a través de su propio camino, independientemente de las perspectivas bíblicas.

⁴⁴ Para una mayor discusión sobre este tipo de narrativa, véase Th.L. Thompson (2005b); Hjelm (2004a: 254-293).

6. La gloria de Salomón

El Capítulo 5 está dedicado a la proyección de una “crónica del reinado de Salomón” escrita en el siglo VII a.C. durante el reinado de Manasés (p. 150). A pesar de que la cronología de la expansión de Jerusalén y la incorporación de Judá en la economía asiria es incierta, Finkelstein y Silberman eligen el reinado de Manasés, aunque restringido a las tierras altas y estepas de Judea (p. 158), como la analogía histórica a partir de la cual proyectar el reinado de Salomón como un tiempo ideal de paz y prosperidad, involucrando a todo Israel. Los autores sostienen que “si algún personaje histórico nos recuerda al Salomón bíblico”, ése es Manasés (p. 155). Es la administración de Manasés y sus proyectos de construcción que los autores perciben como reflejo de la administración y los proyectos de construcción de Salomón, incluyendo los sistemas de abastecimiento de aguas en Hazor y los establos en Meguido (pp. 159-167). De modo similar, el relato de Salomón y la reina de Saba se concibe a partir de la asociación histórica con Manasés. La función del retrato de la grandeza de Salomón es vista como un esfuerzo para legitimar el importante crecimiento del poder real bajo Manasés y el creciente rol de Judá en el comercio internacional (p. 162). Es un esfuerzo para promover y defender la legitimidad del comercio con Asiria (p. 167) y con Arabia (p. 171). Breves discusiones sobre el templo —y su origen desconocido—, sobre las relaciones con Hiram de Tiro, sobre el rey *Hirummu* del siglo VIII a.C., y sobre las minas de Salomón y la actividad minera en Arabá durante los siglos VIII y VII a.C. cierran el capítulo a partir de una discusión del carácter cosmopolita de la figura de Salomón en la Biblia: “un líder ideal a partir del modelo del rey asirio” (p. 173). Una sugerencia final sostiene que el relato hace un uso considerable de las tradiciones del norte y atribuye a Salomón grandes logros y asociaciones comerciales que históricamente pertenecieron a los “más poderosos reyes israelitas” (p. 176).

Tanto la evidencia como los argumentos para la asociación de la narrativa de Salomón con Manasés, para la calidad asiria de la figura de Salomón y para las actividades comerciales de Salomón imitando a los reyes de Israel son consideradas arbitrarias por quien escribe estas páginas. La insistencia en que las narrativas bíblicas deben tener una base en eventos históricos es excesiva y nunca posee un argumento razonable para ser sostenida. Por otro lado, la comprensión que los autores tienen de la figura de Salomón como *legitimadora de una expansión del comercio y del poder real*, así como su presentación del Salomón rico y poderoso como la figura ideal del rey en la Biblia, ofrece una muy cuestionable lectura de la narrativa bíblica. En el libro de Reyes, la grandeza de Salomón reside no en su riqueza y esplendor, sino en su humildad. Esto está claramente representado en la respues-

ta del rey a la fabulosa oferta que le realiza Yahvé en 1 Reyes 3 acerca de cualquier cosa que él pueda desear. Salomón es sólo un pequeño niño y, por lo tanto, pide el don del discernimiento entre el bien y el mal, *no la grandeza* (1 Reyes 3:7-9). Es así que su reino se transforma en un nuevo paraíso, el cual sobrevive hasta el vigésimo año de su reinado, cuando el arca de Yahvé es conducida al templo (1 Reyes 8). Más aún, antes que un reinado eterno de paz, el relato de la gloria verdadera de Salomón concluye con la dedicación del templo. Salomón como ideal bíblico del rey sabio se ubica como preludeo al reinado del pecado, el cual se despliega a medida que multiplica caballos, esposas, plata y oro, realizando la profecía de Moisés en Deuteronomio 17:14-17. 1 Reyes 9 comienza con la advertencia de que el templo terminará en ruinas (1 Reyes 9:1-9). Evoca la profecía de Moisés sobre la destrucción que vendrá cuando el rey deje de hacer lo que es bueno a los ojos de Yahvé (Deuteronomio 4:26, 8:19-20, 28:36, 30:19, 31:28). El relato sobre la expansión de la riqueza y la autoridad de Salomón, que Finkelstein y Silberman han interpretado erróneamente como la “edad dorada” de la grandeza de Salomón, es más bien el relato de su desgracia. La estructura de la historia de Salomón se articula a través de dos teofanías. La primera marca su aparición y se centra en su humildad y su sabiduría. La segunda introduce su caída y se centra en la riqueza, la fuerza y la traición de un hombre. Es un relato sobre el gran *shalom* que debería haber sido⁴⁵. Si en verdad existe un relato sobre una edad dorada en la Biblia, es aquel en el que Yahvé gobierna a Israel como rey en el desierto. No es un tiempo de reyes, templos y grandeza, sino un tiempo en el que Yahvé “habitaba en una tienda y en el tabernáculo” (Éxodo 26; 2 Samuel 7:5-7).

7. El relato de Goliat como paradigma para la “Historia Deuteronomística”

Como se mencionó al inicio de este artículo al discutir el prólogo del libro, el mensaje de la alegoría de Goliat que presentan Finkelstein y Silberman es que Josías se proyecta como un nuevo David que “derrotaría a las tropas de élite griegas del ejército egipcio de igual manera que su famoso ancestro venció al poderoso y aparentemente invencible Goliat”. En esta reconstrucción, se dice

⁴⁵ Th.L. Thompson (2005a: 267-269).

que los sueños imperiales de Egipto chocan con las similares ambiciones expansivas de Judá (p. 199). En tanto la cuestión de si El-hanan o David había sido el primer matador del gigante de la leyenda es dejada a elección del lector, los autores se concentran en un argumento tripartito para ubicar la forma escrita de la historia de David y Goliat a fines del siglo VII a.C. como un argumento que dio lugar a la así llamada “Historia Deuteronomística”.

Obviamente, de algún modo conscientes de la flexibilidad de la tradición oral, los autores refieren relatos alternativos, como el del asesinato de Goliat por parte de El-hanan (véase esp. 2 Samuel 23:8-39). Sin embargo, parece existir poca conciencia de que precisamente tal flexibilidad en las tradiciones orales hace imposible el esfuerzo de los autores por ubicar este relato “oral” dentro de cualquier contexto histórico específico⁴⁶. El uso de términos tan carentes de evidencia, como “memorias”, para lo que es una tradición oral enteramente hipotética socava, al menos, la confianza de quien escribe en la discusión de los autores. Relatos de duelos entre héroes de ejércitos opuestos y de pruebas de hombría que involucran el asesinato de gigantes han sido el tema central de antiguos relatos *escritos* desde que Gilgamesh luchara por primera vez contra Enkidu e iniciara su búsqueda de la aventura al tomar la cabeza del gran Humbaba. No disponemos de evidencia de que este relato esté basado en una tradición oral, pero llamarlo “memoria” carece de sentido. ¿La memoria de quién? ¿Y qué era recordado? Este relato está escrito con muchas variantes y no necesita ser recordado. Como los propios Finkelstein y Silberman señalan, 2 Samuel presenta un pequeño resumen de relatos similares asociados con la banda de héroes de David, pero el contexto literario de tales relatos difícilmente se limita –aun en la Biblia– a Goliat o a David; tampoco la etiología del relato se limita a una escena de un duelo entre héroes, aunque tal escena posee muchos paralelismos desde Sinuhé hasta Judas Macabeo y más allá. La tradición judía conoce a Goliat como el más fuerte de cuatro hermanos quienes –como el Jacob del Génesis– desafiaron a combate a Dios mismo⁴⁷. Con los *nefilim* de Génesis 6:1-4 y Números 13 o con Nemrod de Génesis 10:8-9 tenemos breves vistazos de un mundo de gigantes vinculados tanto a relatos heroicos como a relatos de ángeles, de manera similar a los Gigantes del mito griego quienes –como la población de Babilonia luego del diluvio– atormentan al cielo al construir una torre y, como la estrella matutina de 1 Enoc y

⁴⁶ Véase Lord y Parry (1960), S. Thompson (1955). En los estudios bíblicos: Irvin (1978); también Th.L. Thompson (1978).

⁴⁷ Véase Ginzberg (1909: 536-538).

la Babilonia de Jeremías, caen del cielo a la tierra. Especialmente en 1 Enoch, hay figuras monstruosas que constituyen una alegoría del mal, que en Job 29:17 toma la forma de un dragón cuyos dientes son rotos por el héroe justo para liberar a su inocente presa. Esta alusión tiene antecedentes en antiguos relatos cósmicos egipcios sobre el dragón Apofis, amenazando el pasaje de la barca solar y el ciclo de la eternidad, y en última instancia desarrollando una rica tradición milenaria respecto de la cual estamos más familiarizados a partir de la historia de San Jorge y el dragón. Esta conexión no se distancia mucho de los *gigantes* con pies de serpiente de la tradición griega, nacidos de las gotas de la sangre de Urano sobre la tierra. El tránsito de los motivos y temas de las historias es múltiple y variado, y no posee barreras geográficas ni cronológicas. El relato específico de 1 Samuel 17, dentro de la narrativa de David, puede vincularse también, a partir de la espada de Goliat, al gran tropo de la espada mágica del rey, que fuera popular desde el Reino Nuevo egipcio hasta la Inglaterra medieval. En este caso es la espada de Goliat, la cual David utiliza en sus batallas contra los filisteos. En la historia de Urías, la espada de Goliat adquiere un doble filo —una espada de retribución eterna— cuya sombra nunca desaparece y cuya hoja se torna en contra de la Casa de David⁴⁸.

Cuando Finkelstein y Silberman concluyen (pp. 196-199) que el relato de Goliat debe ser fechado hacia fines del siglo VII a.C., el frágil argumento ofrecido (Isaías 36:6) se refiere a la posible congruencia cronológica. Los autores sostienen: 1) que la descripción de la armadura de Goliat en 1 Samuel 17 apenas si coincide con lo que conocemos de la temprana armadura filisteo, y que, más bien, nos recuerda las descripciones de los hoplitas griegos conocidos a partir de una variedad de fuentes datadas entre los siglos VII y V a.C., especialmente las referencias de Heródoto a los mercenarios carios y jonios sirviendo en el ejército egipcio (p. 197); 2) Los autores también hacen referencia a los paralelismos del duelo entre Dávid y Goliat en la *Iliada*, incluyendo los discursos de los héroes y un relato de un gigante que lucha con Néstor. Se sostiene que una influencia homérica es “poco probable” antes de los fines del siglo VIII a.C., pero “crecientemente probable” durante el siglo VII a.C.; 3) Finalmente, los autores interpretan la escena de Goliat, “vestido como un hoplita griego”, como propaganda políticamente motivada de fines del siglo VII a.C. al servicio del sueño (¿histórico?) de Josías de “restablecer la monarquía unida de David y Salomón” al oponerse a la visión (¿histórica?) de Egipto “de revivir su antiguo imperio en Asia” (p. 199). “El nue-

⁴⁸ Cf. Th.L. Thompson (2005a: 264-266).

vo David, Josías, derrotaría a las tropas de élite griegas del ejército egipcio de igual manera que su famoso ancestro había vencido al poderoso y aparentemente invencible Goliat⁴⁹. El anclaje cronológico es arriesgado. Minna Skafte Jensen, con una cautela más apropiada, otorga la fecha de 650 a.C. como el más temprano *terminus post quem* para la escritura de la *Iliada* y la *Odisea* y una fecha probable *mucho* más tardía. Un *terminus ante quem* apenas puede ser establecido antes de Platón⁴⁹. Una cosa es utilizar la retórica para crear convicción con respecto a los paralelismos literarios tanto con Homero como con las identificaciones de hoplitas griegos del siglo VII a.C., sobre la base de las *dos* descripciones en 1 Samuel 17 de las armas y la armadura del gigante Goliat, pero invocar sueños que Josías nunca expresó y sostener que la historia de Josías sostiene una lectura anti-egipcia de la historia de Goliat, debido a un posible reconocimiento de parte de la audiencia de un hoplita imitando a Goliat, fuerza su argumento de manera impropia. Los autores ignoran el énfasis del relato sobre las cualidades de Goliat como gigante —con una armadura de malla de bronce que pesa 5000 shekels—, tan centrales para la historia, y sostienen que la descripción de Goliat en 1 Samuel 17:5-7 —un yelmo de bronce, una armadura de malla de bronce, grebas de bronce, una jabalina y una lanza— es una descripción de un hoplita griego, usando un “yelmo de metal, una armadura de placas, grebas de metal, dos lanzas, una espada y un gran escudo” (p. 197). Si la descripción de Goliat fuera escrita para despertar el miedo a los hoplitas griegos en la audiencia, uno debe asumir que las dos lanzas de un hoplita, la espada y el escudo eran relativamente insignificantes. La descripción de Goliat en 1 Samuel 17:5-7 suministra a este personaje una armadura que pesa 5000 shekels, una jabalina y una sola lanza —“del tamaño del rodillo de un telar”. La segunda descripción de Goliat —en 1 Samuel 17:45— es más realista, pero a duras penas si ofrece un estereotipo implícito de cualquier hoplita griego conocido. No sólo Goliat carga con una espada, junto con su gran lanza y jabalina, sino que no posee ni un escudo ni la segunda lanza de un supuesto hoplita. Antes bien, la triple reiteración bíblica acerca del bronce en la grandiosa pero disfuncional armadura de Goliat parece sugerir el motivo de un hombre que confía en la fuerza protectora del bronce de un soldado, antes que en Dios, un motivo que prepara al lector para la reiteración irónica y en siete instancias del saqueo del templo desde Shishak hasta Nabucodonosor en el libro de Reyes, ¡que comienza con la toma de Shishak de los escudos de oro de Salomón que Rehoboam reemplaza con otros

⁴⁹ Skafte Jensen (1980: 96-106).

de bronce, los cuales son luego conscientemente guardados como si fueran un tesoro (1 Reyes 14:25-28)³⁰! Finkelstein y Silberman nunca explican la similar descripción irónica de la armadura de Saúl, que incluye un yelmo de bronce, una armadura de malla y una espada que cuelga sobre la armadura, los cuales, debido a su propio peso y fuerza, son inservibles para David (1 Samuel 17:38-40). La victoria de David está marcada no por una invencibilidad segura, sino por el clásico tema de los relatos populares: “el éxito de quien poco promete”³¹. Su éxito es el resultado no de la fuerza militar sino de la confianza en Dios. Finalmente, es decididamente difícil interpretar el relato de Goliat como reflejo del Josías de 2 Reyes bajo el rol de un nuevo David, asesinando a su gigante invencible, alegóricamente reflejando el poder brutal de un Egipto del siglo VII a.C. El relato que el libro de Reyes posee en realidad de Josías, hijo de David, presenta al rey siendo *asesinado* por el faraón egipcio, exceptuándolo, por gracia divina, de ser testigo de la caída de Jerusalén (1 Reyes 22:20)³².

Silberman y Finkelstein, en su esfuerzo por hallar paralelismos históricos para sostener el contexto de su versión de la “Historia Deuteronomística”, han ignorado principios fundamentales de la literatura comparativa³³. Aunque los autores ofrecen un argumento firme en contra de una lectura del relato como referencia a soldados filisteos de inicios de la Edad del Hierro y animan al lector a ver un posible realismo en la descripción de la armadura de Goliat, el argumento a favor de una alusión específicamente griega y del siglo VII a.C. –difícilmente convincente en sí misma– procede sólo a costa del relato. Identificar un paralelismo vago y elegir una posible fecha entre muchas es algo, en efecto, inadecuado. Al tratar con la asociación de tropos literarios, se hace necesario atender al mundo de la literatura para comprender cómo funcionan las alusiones alegóricas. Existen pocas fronteras infranqueables, ya sean geográficas o cronológicas. Dichos motivos poseen una vida en sí mismos, cuya integridad debe ser respetada. Cada tropo posee su propio contexto y necesita ser analizado en su propio derecho. Uno encuentra elementos tanto tempranos como tardíos dentro de la misma historia. Después de todo, existen muchas asociaciones conocidas de tradiciones

³⁰ Th.L. Thompson (2005b: 188-190).

³¹ Irvin (1978: *passim*).

³² Th.L. Thompson (2005a: 260-262).

³³ Los principios básicos del método comparativo están formulados en Th.L. Thompson (1974: 52-57, 294-297). Para una temprana crítica de la búsqueda acrítica de paralelismos por la arqueología bíblica, véase Smith (1969).

literarias que tratan sobre héroes y sus duelos con gigantes. Cientos de historias y sus variaciones pueden ser asociadas tanto con el relato de 1 Samuel como con relatos comparables en Homero, y las descripciones de armaduras en los relatos de guerra son legión. La necesidad de la Hipótesis Deuteronomística de una fecha de fines del siglo VII a.C. para vincularla al reinado de Josías domina y conduce la interpretación de Samuel-Reyes. Hasta que no sea hallado un apropiado hueso de dimensiones considerables en el cementerio de Gat⁵⁴, la contribución de la arqueología a la comprensión de la historia de Goliat será insignificante.

Junto con muchos investigadores del movimiento de la arqueología bíblica de los años '50 y '60, Finkelstein y Silberman comparten la suposición de que no sólo los relatos bíblicos reflejan originalmente situaciones y eventos históricos, sino que también comparten la necesidad de difícil satisfacción de que existan, en efecto, cualidades genéricas en las historias orales que puedan distinguirse en la literatura escrita. Los autores no han demostrado que tales cualidades orales existan, muchos menos que reflejen un estadio relativamente temprano de una compleja narrativa tradicional. Tampoco han tenido éxito en identificar algún residuo oral en el relato a partir del texto material disponible. Nada acerca la distancia cronológica entre el supuesto "contexto original" de la arqueología bíblica y el relato que poseemos⁵⁵.

8. ¿El texto de la Historia Deuteronomística?

En su esfuerzo por hacer que los hallazgos arqueológicos sustenten la interpretación de la "Historia Deuteronomística", Finkelstein y Silberman nunca llegan a tratar directamente el texto de 1 Samuel 16 hasta 1 Reyes 11. La edición de este relato, que los autores entienden que ha sido escrito durante el reinado de Josías y que ha "alcanzado su forma bíblica reconocible" a fines del siglo VII a.C., estaba, en su interpretación, no sólo profundamente influenciada por los hechos, reflejados en la narrativa de 2 Reyes, sino que había sido "escrita para servir a la estrategia de reforma del culto de Josías" (p. 203). No obstante, dicha

⁵⁴ Cf. la tibia del Pequeño Juan en el museo de Sheffield —a menos que alguien la haya robado.

⁵⁵ Cf. mi discusión sobre préstamos y dependencia en Th.L. Thompson (2005a: 21-26). Para la dificultad de distinguir elementos orales de otros literarios en las historias patriarcales del Génesis, véase Th.L. Thompson (1987: 42-51), y ahora especialmente van Seters (2006: 173-184).

estrategia no corresponde con el texto. Es en verdad decepcionante que, cuando llegamos finalmente al Capítulo 7 y a un estrato redaccional de la así llamada "Historia Deuteronomística", la cual podemos leer, el ejemplo singular atribuido a este estrato final y utilizado para demostrar "hábiles toques editoriales y adiciones" que hacen que nuestro texto incluya "la muerte de Josías y la catástrofe de 586 [a.C.]", sea un pasaje que trata con la "maldad irredimible de Manasés"; a saber, 2 Reyes 21:10-14 (pp. 213-214). Es difícil imaginar un peor ejemplo de "toque" o "adición" que pudiera cambiar la comprensión de la tradición al ligarla a la destrucción de Jerusalén. 2 Reyes 21:10-14 no introduce nada nuevo en el texto, sino que solamente agrega una ilustración gráfica de la inminente destrucción implícita en 2 Reyes 21:9. Más aún, la referencia en 2 Reyes 21:12 a la grandeza del mal, la cual *hará que los oídos zumben* a causa del rumor, no puede ser descripta como una "adición" secundaria al texto. En efecto, completa una cadena de referencias, conformando un leitmotiv, que los propios autores han asociado con el tema primario de la promesa eterna y la Casa de David en 2 Samuel 7 (cf. pp. 121-122 y más arriba; cf. Éxodo 32:7-14; Números 14:10-20; 2 Samuel 7:4-16; 1 Reyes 3:14, 9:1-9). Vale decir, es una parte integral de la narrativa primaria. Al resumir la función de lo que los autores imaginan que es el estrato final de la "Historia Deuteronomística", consideran que varias cuestiones son tratadas por tales adiciones: ¿Por qué Josías no tuvo éxito? ¿Cómo pudo haber sido muerto por un extranjero? ¿Y cómo pudo Dios permitir que el templo fuera saqueado y Jerusalén destruida?. Estas preguntas, sin embargo, ya habían sido respondidas anteriormente por fórmulas identificables del relato y que son esenciales para su función como relatos. El fracaso de todos los hijos de David ya se encuentra implícito en la profecía de Natán acerca de la espada pendiente sobre la Casa de David (2 Samuel 12:10); la muerte de Josías es inevitable y predecible ya en la percepción de Salomón de que "todos los hombres pecan" (1 Reyes 8:46). Tanto el destino de Jerusalén como el de Josías habían sido sellados hace tiempo. Lo que se presenta como misericordia en el relato es que la destrucción de Jerusalén ha sido retrasada y que a Josías se le evita ser testigo de ella (1 Reyes 22:19-20). El saqueo del templo por parte de Nabucodonosor también pertenece a la estructura esencial de 1-2 Reyes, concluyendo en una cadena de siete partes de historias de saqueo, iniciada con el relato sobre Shishak⁵⁶.

⁵⁶ Th.L. Thompson (2005a: 270-273).

Con un solo ejemplo para sostener el peso de su teoría, Finkelstein y Silberman concluyen su discusión sobre la "Historia Deuteronomística" y su esfuerzo por ofrecer información arqueológica para confirmar la revisión que hiciera Cross de la teoría de Martin Noth (p. 213). El resto del capítulo está dedicado a un breve esbozo de los textos proféticos que abordan el tema de una restauración davídica –con referencias a Isaías, Jeremías, Ezequiel, Ageo y Zacarías (pp. 214-222), con una versión cronística post-exílica del relato (pp. 222-225), y con una discusión de los conflictos samaritano/judíos de acuerdo con lo reflejado en Esdras y Nehemías (pp. 225-230). Si bien su discusión del Pentateuco Samaritano como "sectario" y de las cronologías relativas y absolutas de los templos samaritano y judío del período persa es más completa, su identificación de este conflicto como el contexto de la revisión del libro de Crónicas *en contraste con la historia "Deuteronomística"* parece ignorar que el libro de Reyes recurrentemente comprende el continuo gran pecado como superado precisamente con tal escisión entre Samaria y Jerusalén desde tiempos de Jeroboam⁵⁷.

En el capítulo final, Finkelstein y Silberman esbozan muy brevemente lo que ellos comprenden como un cambio en el significado de las figuras de David y Salomón desde sus roles como fundadores dinásticos hasta su personificación de la verdadera fe –figuras de redención para la comunidad, tanto en el judaísmo como en el cristianismo–. Los autores ubican este desarrollo en el período helenístico y en particular en la atribución de los salmos a David en el Salterio, en la adscripción de los Proverbios y el Cantar de los Cantares a Salomón y en los textos de Kohelet y Ben Sirá. Este esbozo continúa e incluye referencias a la Sabiduría de Salomón, los Macabeos, Qumrán, Herodes el Grande, los Salmos de Salomón, Flavio Josefo, el Nuevo Testamento, la tradición rabínica, los padres de la Iglesia y la tradición medieval. Aunque este esbozo es demasiado comprensivo como para ser comentado, se advierte la falta de esfuerzo para justificar la inclusión de este desarrollo piadoso en un período en el que la "Historia Deuteronomística" ya era un trabajo literario finalizado –sin explicar la inclusión de canciones en 1-2 Samuel tales como la canción de Ana (1 Samuel 2:1-10), el salmo 18 (2 Samuel 22) y la canción de las "últimas palabras de David" (2 Samuel 23:1-7), como si estas inclusiones no asumieran ya dicha transferencia al mundo de la piedad. Al ubicar el texto de 1-2 Samuel siglos antes que la comprensión de la figura de David como representación de la piedad, tal como se expresa en el libro de Salmos, los autores crean muchos más problemas de los que resuelven⁵⁸.

⁵⁷ Véase Hjelm (2000, 2003, 2004b).

⁵⁸ Th.L. Thompson (2005a: 285-321).

Los apéndices

Como ya se ha indicado, el Apéndice 5 –sobre la historicidad de la reforma de Ezequías (pp. 285-288)– necesita una mejor integración con el Capítulo 5, que trata de las implicaciones de esta reforma en el “relato de la sucesión”. De manera similar, el Apéndice 6 –que trata los “elementos culturales griegos” en los relatos sobre los filisteos (pp. 289-292)– y el Apéndice 7 –con sus notas post-exílicas (pp. 293-295)– funcionan enteramente como una *addenda* menor a los Capítulos 6 y 7, respectivamente. No poseen un valor particular como tratamientos independientes. Los cuatro apéndices restantes sirven a una función incierta. Si bien pueden tener un propósito importante en el campo político de la arqueología israelí, parecen ser periféricos al proyecto del libro. En ellos se tratan argumentos arqueológicos particulares relacionados con la historicidad de los relatos de David y Salomón. El Apéndice 1 ofrece una descripción secundaria y moderadamente polémica de lo que se conoce como “minimalismo histórico” (pp. 261-266). La inscripción de Tel Dan es utilizada por los autores para distanciarse de tal “minimalismo” y para animar al lector a pensar “más positivamente” acerca de alguna forma de un David histórico como posible⁵⁹. El Apéndice 2 discute los hallazgos arqueológicos en Jerusalén de principios de la Edad del Hierro (pp. 267-274), concluyendo que no se encuentran indicios de que Jerusalén haya sido algo más que un pequeño poblado entre los siglos XVI y VIII a.C.⁶⁰, mientras que el Apéndice 3 aborda el debate sobre la datación de los “portales de Salomón” de 1 Reyes 9:15 (pp. 275-281), concluyendo que la cronología de los portales necesita ser reducida casi un siglo, a la época de Omri. Finalmente, el Apéndice 4 reseña la refutación concluyente de Beno Rothenberg del descubrimiento por parte de Nelson Glueck de las minas de cobre de Salomón en el valle de Timna (pp. 282-284).

⁵⁹ De manera similar, Hoffmeier y Millard (2004); para mi respuesta, véase Th.L. Thompson (2006). Una similar estrategia retórica es usada en Day (2004); véase también mi respuesta en Th.L. Thompson (2005c). Compárese asimismo el artículo de Shaper (2001) con el de Henige (2006).

⁶⁰ Véase también Th.L. Thompson (1992a: 290-292, 331-334).

Bibliografía

- AHARONI, Y. 1967. *The Land of the Bible*, Filadelfia, Westminster Press.
- AHLSTRÖM, G. W. 1993. *The History of Ancient Palestine from the Palaeolithic Period to Alexander's Conquest*, ed. by Diana Edelman and with a contribution by Gary O. Rollefson, (JSOTSup, 146), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- ALBRIGHT, W. F. 1935. Palestine in the Earliest Historical Period, en: *Journal of the Palestine Oriental Society* 15, 193-234.
- ALBRIGHT, W. F. 1940. *From the Stone Age to Christianity*, Garden City (NY), Doubleday.
- ALT, A. 1925. *Die Landnahme der Israeliten in Palästina*, Leipzig, Universitäts Verlag.
- ALT, A. 1930. *Die Staatenbildung der Israeliten in Palästina*, Leipzig, Universitäts Verlag.
- BRIGHT, J. 1956. *Early Israel in Recent History Writing*, (SBTh, 19), Londres, SCM Press.
- COGAN, M. 2000. Cyrus Cylinder (2.124), en: W.W. HALLO y K.L. YOUNGER, JR. (ed.), *The Context of Scripture 2: Monumental Inscriptions from the Biblical World*, Leiden, E.J. Brill, 314-316.
- COOTE, R. B. y WHITELAM, K. W. 1987. *The Emergence of Israel in Historical Perspective* (SWABAS, 5), Sheffield, Almond Press.
- CROSS, F. M. 1973. *Canaanite Myth and Hebrew Epic: Essays in the History and Religion of Israel*, Cambridge, Harvard University Press.
- DAVIES, P. R. 1992. *In Search of 'Ancient Israel'*, (JSOTSup, 148), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- DAY, J. (ed.) 2004. *In Search of Pre-Exilic Israel. Proceedings of the Oxford Old Testament Seminar, 2001-2003*, (JSOTSup, 406), Londres, T & T Clark Continuum.
- DE PURY, A., RÓMER, TH. y MACCHI, J.-D. (eds.) 1996. *Israel Constructs Its History: Deuteronomistic Historiography in Recent Research*, (JSOTSup, 306), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- DE VAUX, R. 1970. On Right and Wrong Uses of Archaeology, en: J.A. SANDERS (ed.), *Near Eastern Archaeology in the Twentieth Century: Essays in Honour of Nelson Glueck*, Garden City (NY), Doubleday, 64-80.
- DE VAUX, R. 1971. *L'Histoire ancienne d'Israël: Des Origines à l'installation en Canaan*, Paris, Gabalda.
- DEVER, W. G. 1974. *Archaeology and Biblical Studies: Retrospects and Prospects*, Evanston, Seabury-Western.
- DEVER, W. G. 1982. Retrospects and Prospects in Biblical and Syro-Palestinian Archaeology, en: *Biblical Archaeologist*, 103-107.
- DEVER, W. G. 2001. *What Did the Biblical Writers Know and When Did They Know It? What Archaeology Can Tell Us about the Reality of Ancient Israel*, Grand Rapids, Eerdmans.
- DEVER, W. G. y PAUL, S. M. 1973. *Biblical Archaeology*, Jerusalén, Keter.
- DIEBNER, B. J. 1984. Wider die 'Offenbarungs-Archäologie' in der Wissenschaft vom Alten Testament: Grundsätzliches zum Sinn alttestamentlicher Forschung im Rahmen der Theologie, en: *Dielheimer Blätter zum Alten Testament* 18, 30-53.

- FINKELSTEIN, I. 1988. *Archaeology of the Israelite Settlement*, Jerusalén, Israel Exploration Society.
- FINKELSTEIN, I. 2005. From Canaanites to Israelites: When, How and Why, en: LIVERANI (ed.), *op.cit.*, 11-27.
- FINKELSTEIN, I. y SELBERMAN, N.A. 2001. *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, Nueva York, Free Press.
- FINKELSTEIN, I. y SELBERMAN, N.A. 2006. *David and Solomon: In Search of the Bible's Sacred Kings and the Roots of the Western Tradition*, Nueva York, Free Press.
- FRIIS, H. 1986. *Die Bedingungen für die Errichtung des davidischen Reiches in Israel und seiner Umwelt*, (DBAT, 6), Heidelberg, DBAT.
- GADD, C. J. 1958. The Harran Inscriptions of Nabonidus, en: *Anatolian Studies* 8, 35-92.
- GARBINI, G. 2005. Final Considerations, en: LIVERANI (ed.), *op.cit.*, 197-200.
- GINZBERG, L. 1909. *Legends of the Bible*, Nueva York, JPS.
- HALLO, W. W. y YOUNGER, K. L., JR. (eds.). 1997. *The Context of Scripture 1: Canonical Compositions from the Biblical World*, Leiden, E.J. Brill.
- HALLO, W. W. y YOUNGER, K. L., JR. (eds.). 2000. *The Context of Scripture 2: Monumental Inscriptions from the Biblical World*, Leiden, E.J. Brill.
- HAYES, J. H. y MILLER, J. M. (eds.). 1977. *Israelite and Judaeae History*, Filadelfia: Westminster.
- HENIGE, D. 2006. A War of Pots and Kettles: The Dubious Discourse of W.G. Dever, en: *Scandinavian Journal of the Old Testament* 20, 77-95.
- HJELM, I. 2000. *The Samaritans and Early Judaism: A Literary Analysis*, (JSOTSup, 303/ CIS, 7), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- HJELM, I. 2003. Brothers Fighting Brothers: Jewish and Samaritan Ethnocentrism in Tradition and History, en: Th.L. THOMPSON (ed.), *Jerusalem in Ancient History and Tradition* (JSOTSup, 381/ CIS, 13), Londres, T & T Clark Continuum, 197-222.
- HJELM, I. 2004a. *Jerusalem's Rise to Sovereignty: Zion and Gerizim in Competition*, (CIS, 14), Londres, T & T Clark Continuum.
- HJELM, I. 2004b. What Do Samaritans and Jews Have in Common?: Recent Trends in Samaritan Studies, en: *Currents in Research: Biblical Studies* 3, 9-59.
- HOFFMEIER, J. K. y MILLARD A. (eds.). 2004. *The Future of Biblical Archaeology: Reassessing Methodologies and Assumptions, The Proceedings of a Symposium, Aug 12-14, 2001 at Trinity International University*, Grand Rapids, Eerdmans.
- IRVIN, D. 1978. *Mytharion: The Comparison of Tales from the Old Testament and the Ancient Near East*, (AOAT, 32), Neukirchen, Neukirchener Verlag.
- KENYON, K. 1966. *Amorites and Canaanites*, Londres, The British Academy.
- KOCHAVI, M. 1972. *Judaea, Samaria and the Golan: Archaeological Survey 1967-1968*, Jerusalén, Israel Exploration Society.
- JANOWSKI, B. y LOHFINK, N. (eds.). 1995. *Religiongeschichte Israels oder Theologie des Alten Testaments?*, (JBTh, 10), Neukirchen, Neukirchener Verlag.

- LAPP, P. W. 1969. *Biblical Archaeology and History*, Garden City (NY), Doubleday.
- LEMICHE, N. P. 1991. *The Canaanites and Their Land: The Tradition of The Canaanites*, (JSOTSup, 110), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- LEMICHE, N. P. 1998a. *Prelude to Israel's Past: Background and Beginnings of Israelite History and Identity*, Peabody, Hendrickson.
- LEMICHE, N. P. 1998b. *The Israelites in History and Tradition*, Louisville, Westminster John Knox Press.
- LEMICHE, N. P. 2001. Pregnant tid i Det gamle Testamente, en: G. HALLBÄCK y N.P. LEMICHE (eds.), "Tiden" i bibelsk behyning, (FBE, 11), Copenhagen, Museum Tusculanum Forlag, 29-47.
- LICHTHEIM, M. 1976. *Ancient Egyptian Literature 2: The New Kingdom*, Berkeley, University of California Press.
- LIVERANI, M. (ed.). 2005. *Recenti Tendenze nella Ricostruzione della Storia Antica D'Israele, Roma, 6-7 Marzo, 2003*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei.
- LORD, M. y PARRY, M. 1960. *Serbo-croatian Heroic Songs*, 2 vols., Cambridge, University of Cambridge Press.
- LUCKENBILL, D. D. 1927. *Ancient Records of Assyria and Babylonia, vol. II*, Chicago, Chicago University Press.
- MAZAR, B. 1969. The Historical Background of the Book of Genesis, en: *Journal of Near Eastern Studies* 28, 73-83.
- MC KENZIE, S. L. 1991. *The Trouble with Kings: The Composition of the Book of Kings in the Deuteronomistic History*, (VTS, 42), Leiden: E.J. Brill.
- MC KENZIE, S. L. y RÖMER, TH. (eds.). 2000. *Rethinking the Foundations: Historiography in the Ancient World and in the Bible: Essays in Honour of John Van Seters*, (BZAW, 294), Berlin, W. de Gruyter.
- NA'AMAN, N. 1997. Prophetic Stories as Sources for the Histories of Jehoshaphat and the Omrides, en: *Biblica* 78, 153-173.
- NA'AMAN, N. 2003. *The Past that Shapes the Present: The Creation of Biblical Historiography in the Late First Temple Period and After the Downfall*, (Yediot, 3), Jerusalén, Orna Hess.
- NA'AMAN, N. 2005. The Sources Available for the Author of the Book of Kings, en: LIVERANI (ed.), *op.cit.*, 105-120.
- NOTH, M. 1943. *Überlieferungsgeschichtliche Studien I: Die Sammelnden und bearbeitenden Geschichtswerke im alten Testament*, Tübinga, Max Niemeyer.
- NOTH, M. 1950. *Geschichte Israels*, Gotinga, Vandenhoeck & Rupprecht.
- NOTH, M. 1960. Der Beitrag der Archäologie zur Geschichte Israels, en: *Vetus Testamentum Supplement*, 7, Leiden, Brill, 262-282.
- PROVAN, I. W., LONG, V. P. y LONGMAN III, T. 2003. *A Biblical History of Israel*, Louisville, Westminster John Knox Press.

- PRITCHARD, J. B. (ed.). 1969. *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 3ra ed., Princeton, Princeton University Press.
- PUBLIUS OVIDIUS NASO. 1953. *Metamorphoses* (ed. por A.G. LEE), Bristol, Bristol Classical Library.
- RAMSEY, G. W. 1981. *The Quest for the Historical Israel: Reconstructing Israel's Early History*, Atlanta, Wipf and Stock.
- RÖLLIG, W. 1964. Erwägungen zu neuen Stelen König Nabonids, en: *Zeitschrift für die Assyriologie* 22, 218-260.
- SASSON, J. M. 1981. On Idrimi and Sarruwa the Scribe, en: D. OWENS (ed.), *Nuzi and the Hurrians*, Winona Lake, Eisenbrauns, 309-324.
- SHAPER, J. 2001. Auf der Suche nach dem alten Israel? Text, Artefakt und 'Geschichte Israels' in der alttestamentlichen Wissenschaft vor dem Hintergrund der Methodendiskussion in den Historischen Kulturwissenschaften, Teil I, en: *Zeitschrift der Alttestamentliche Wissenschaft* 118, 1-21.
- SHEARING, L. Y MCKENZIE, S.L. (eds.). 1999. *Those Elusive Deuteronomists: The Phenomenon of Pan-Deuteronomism*, (JSOTSup, 368), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- SKAFTE JENSEN, M. 1980. *The Homeric Question and the Oral-Formulaic Theory*, Copenhagen, Museum Tusulanum Forlag.
- SMITH, M. 1969. The Present State of Old Testament Studies, en *Journal of Biblical Literature* 88, 19-35.
- STEINER, M. 2001. *Excavations by Kathleen M. Kenyon in Jerusalem 1961-1967. Volume III: The Settlement in the Bronze and Iron Ages*, (CIS, 9), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- THOMPSON, S. 1955. *Narrative Motif Analysis as a Folklore Method*, (Folklore Fellows Communications), Helsinki, Suomalainen Teideakatemia.
- THOMPSON, S. 1961. *The Types of the Folktale: A Classification and Bibliography*, (Folklore Fellows Communications), Helsinki, Suomalainen Teideakatemia.
- THOMPSON, TH. L. 1974. *The Historicity of the Patriarchal Narratives: The Quest for the Historical Abraham*, (BZAW, 133), Berlin, W. de Gruyter.
- THOMPSON, TH. L. 1978. A New Attempt to Date the Patriarchal Narratives, en: *Journal of the American Oriental Society* 98, 76-84.
- THOMPSON, TH. L. 1979. *The Settlement of Palestine in the Bronze Age*, (BTA VO, 34), Wiesbaden, Dr. Reichert Verlag.
- THOMPSON, TH. L. 1987. *The Origin Tradition of Ancient Israel: The Literary Formation of Genesis and Exodus 1-23*, (JSOTSup, 55), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- THOMPSON, TH. L. 1991. Text, Context and Referent in Israelite Historiography, en: D.V. EDELMAN (ed.), *The Fabric of History: Text, Artifact and Israel's Past* (JSOTSup, 127), Sheffield, Sheffield Academic Press, 65-92.
- THOMPSON, TH. L. 1992a. *Early History of the Israelite People: From the Written and Archaeological Sources*, (SHANE, 4), Leiden, E.J. Brill.

- THOMPSON, TH. L. 1992b. Palestinian Pastoralism and Israel's Origins, en: *Scandinavian Journal of the Old Testament* 6, 1-13.
- THOMPSON, TH. L. 1994. Martin Noth and the History of Israel, en: S.L. MCKENZIE y M.P. GRAHAM (eds.), *The History of Israel's Traditions: The Heritage of Martin Noth*, (JSOTSup, 182), Sheffield, Sheffield Academic Press, 81-90.
- THOMPSON, TH. L. 1999. *The Bible in History: How Writers Create a Past*, Londres, Jonathan Cape = *The Mythic Past: Biblical Archaeology and the Myth of Israel*, Nueva York, Basic Books.
- THOMPSON, TH. L. 2001. Methods and Results: A Review of Two Recent Publications, en: *Scandinavian Journal of the Old Testament* 15, 306-325.
- THOMPSON, TH. L. 2002. Kingship and the Wrath of God: or Teaching Humility, en: *Revue Biblique* 109, 161-196.
- THOMPSON, TH. L. 2005a. *The Messiah Myth: The Near Eastern Roots of Jesus and David*, Nueva York, Basic Books.
- THOMPSON, TH. L. 2005b. A Problem in Historical Method: Reiterative Narrative as Supersessionist Historiography, en: LIVERANI (ed.), *op.cit.*, 183-195.
- THOMPSON, TH. L. 2005c. How the Heroes Have Fallen, en: M. MÜLLER y Th.L. THOMPSON (eds.), *Historie og Konstruktion: Festskrift til Niels Peter Lemche i anledning af 60 års fødselsdagen den 6. September 2005*, (FBE, 14), Copenhagen, Museum Tusulanum Forlag, 374-386.
- THOMPSON, TH. L. 2006. Review of J.K. Hoffmeier and A. Millard (eds.), *The Future of Biblical Archaeology: Reassessing Methodologies and Assumptions, The Proceedings of a Symposium, Aug 12-14, 2001 at Trinity International University*, Grand Rapids, Eerdmans, (<http://www.bookreview.org>).
- THOMPSON, TH. L. 2007. A Testimony of the Good King: Reading the Mesha Stele, en: L.L. GRABBE (ed.), *Ahab Agonistes: The Rise and Fall of the Omri Dynasty*, (LHB/OTS, 421; ESHM, 6), Londres, T & T Clark Continuum, 236-292.
- TROPPER, J. 1993. *Die Inschriften von Zairüli. Neue Edition und vergleichende Grammatik des phönizischen, sam'aritischen und aramäischen Textkorpus*, (ALSP, 6), Münster, Ugarit Verlag.
- VAN SETERS, J. 1975. *Abraham in History and Tradition*, New Haven, Yale University Press.
- VAN SETERS, J. 1983. *In Search of History: Historiography in the Ancient World and the Origins of Biblical History*, New Haven, Yale University Press.
- VAN SETERS, J. 2006. *The Edited Bible: The Curious History of the "Editor" in Biblical Criticism*, Winona Lake, Eisenbrauns.
- VON RAD, G. 1960/1961. History and the Patriarchs, en: *ET* 72, 213-216.
- WRIGHT, G. E. 1959/1960. Modern Issues in Biblical Studies—History and the Patriarchs, en: *ET* 71, 292-296.
- ZEVIT, Z. 2002. Three Debates about the Bible and Archaeology, en: *Biblica* 83, 1-27.

Reseñas críticas

GRAJETZKI, WOLFRAM. *Burial Customs in Ancient Egypt: Life in Death for Rich and Poor*. London, Duckworth, 2003, 165 pp., 158 figuras, ISBN 0-7156-3217-5.

Las costumbres y rituales funerarios del Antiguo Egipto han despertado siempre la curiosidad no sólo de los especialistas en el campo sino también del público no académico. En los últimos años una gran cantidad de trabajos han abordado cuestiones asociadas a enterramientos, rituales y creencias en la vida de ultratumba. *Burial Customs in Ancient Egypt: Life in Death for Rich and Poor* de Wolfram Grajetzki debe incluirse en este conjunto de producciones. El autor se propone un objetivo ambicioso: cubrir el periodo comprendido entre el Predinástico y la dominación romana en 130 páginas explorando los diversos modelos de enterramiento atendiendo a las particularidades que caracterizan a aquellos asociados a los miembros de la élite en contraposición con los del campesinado.

Cada uno de los once capítulos que componen la obra introduce brevemente una síntesis de los acontecimientos político-económicos que caracterizan el lapso que se trabaja a continuación. En los capítulos 1 y 2 el autor aborda los periodos Predinástico y Dinástico Temprano focalizando en las diferencias que caracterizan a las pautas de enterramiento del Delta y del Valle del Nilo (orientación y postura del cuerpo del difunto, tipos de bienes depositados en la tumba). Se analizan también aquellos criterios arquitectónicos que comportarían un cambio en las creencias relacionadas con la vida de ultratumba, tales como el predominio de la parte externa del monumento funerario en detrimento de la estructura subterránea del mismo a partir de la Tercera Dinastía. Los capítulos 3 y 4 examinan discontinuidades en los modelos de enterramiento durante el Reino Antiguo, el Primer Periodo Intermedio y parte del Reino Medio. El autor explora las consecuencias que en la organización edilicia de las tumbas tiene el predominio del culto osiriaco desde finales de la Quinta Dinastía (la decoración de las cámaras funerarias iniciada con el rey Unas se hallaría en relación con la emergencia de este culto). El equipamiento de las tumbas se ve también modificado e incorpora objetos vinculados a prácticas rituales además de las vasijas y bienes asociados a los quehaceres de la vida cotidiana. La pluralidad de modelos y costumbres paralelas durante el Primer Periodo Intermedio y la unificación de criterios en el Reino Medio son referidas en el capítulo 4. En el capítulo 5 se trabaja el último tramo de la Dinastía XII, la Dinastía XIII y el Segundo Periodo Intermedio, prestando especial atención a las variaciones en la decoración de los sarcófagos. Se destacan las diferencias entre las pautas de enterramiento de los hicsos en el Delta y de los Nubios en el Sur en relación a las costumbres funerarias propiamente egipcias. En los capítulos 6 y 7 se explora la reconfiguración del espacio en la organización de las plantas de las tumbas, el equipamiento de las mismas y los objetos que visten el cuerpo del difunto contraponiendo los usos de la Dinastía XVIII con los de la XIX y XX. Las alteraciones en el diseño de los vasos cánopes, el aumento del número de figurillas *shabti* que acompañaban al difunto, la reducción en la cantidad de mobiliario y de objetos asociados

a la vida cotidiana depositados en las tumbas se constata en los enterratorios de las Dinastías XIX y XX. El capítulo 8 aborda el Tercer Período Intermedio destacando la proliferación de patrones en la producción de sarcófagos. El autor examina las variaciones en los usos funerarios de la Dinastía XXI y XXII, verificando las modificaciones que se perciben tanto en la decoración de los sarcófagos, como también en la caída en desuso de los papiros funerarios que tiempo antes acompañaban a los cuerpos de la elite. Los capítulos 9, 10 y 11 describen, principalmente, las influencias extranjeras en las normas de enterramiento y en las costumbres funerarias locales durante la dominación persa, griega y romana.

Decíamos que el propósito de W. Grajetzki era ambicioso: intentar determinar rupturas y continuidades en las pautas funerarias del Antiguo Egipto de manera detallada y marcando diferencias entre la elite y el campesinado en el transcurso de un período extenso en una cantidad tan resumida de páginas es una tarea compleja. Probablemente por este motivo los debates sobre las conductas rituales y creencias sobre la vida de ultratumba no han sido considerados. Las concepciones que configuran los cambios en los modelos de los enterramientos y en las variadas técnicas de conservación artificial de los cuerpos son apenas mencionadas y no hay lugar para una reflexión crítica sobre ellas. Si bien es cierto que el título parece prometer una aproximación que focalice en las diferencias entre las costumbres funerarias de la elite y el campesinado, no es en tales diferencias en las que se centra el contenido del libro. Ciertos cementerios de aldea son mencionados de manera concisa, pero sólo como contrapunto de los de la nobleza y la elite. Tal vez también sería de utilidad revisar el empleo de categorías tales como riqueza y pobreza, las cuales sin una adecuada definición teórica terminan afianzando conceptos poco precisos derivados de manera directa de los datos cuantitativos que emergen del análisis arqueológico del espacio funerario.

No obstante, el mérito del trabajo consiste en alcanzar una aproximación sistemática a las discontinuidades y las persistencias en las pautas ligadas a este ámbito. Más allá de las salvedades antes mencionadas, el lector puede considerar en escasas páginas, y de manera general, el recorrido de las costumbres y pautas funerarias de los antiguos egipcios. Acompañado de un breve glosario, de numerosas ilustraciones—muchas de ellas realizadas por el autor—y de una sección de bibliografía recomendada organizada temáticamente, la lectura se hace amena tanto para el especialista como para el público general interesado en estos temas.

Marina Méndez

LIVERANI, Mario. *Myth and Politics in Ancient Near Eastern Historiography*, edición e introducción de Zainab Bahrani y Marc van de Mieroop, Ithaca (New York), Cornell University Press, 2007 (paperback; edición hardback 2004), xvi + 214 pp., ISBN 978-0-8014-7358-6.

Este libro reúne un conjunto de estudios de Mario Liverani, publicados originalmente en italiano (con una excepción en francés), y que no habían tenido mayor difusión entre los investigadores angloparlantes a causa, obviamente, de la barrera del lenguaje. Como lo indica el título, el criterio de selección radica en la vinculación entre los mitos y la representación política y, en última instancia, social en Mesopotamia, Anatolia, Siria y Palestina/Israel. El libro abre con una introducción de los editores Z. Bahrani y M. van de Mieroop (pp. vii-xi), detallando la importancia de las contribuciones de Liverani al campo general de los estudios del Cercano Oriente. La Parte 1, «Mesopotamia», se compone de un solo artículo: «Adapa, Guest of the Gods» (pp. 3-23) [orig.: «Adapa ospite degli dei», *Religioni e civiltà* (Bari, 1982), pp. 293-319], en el que Liverani desarrolla una magistral interpretación, de corte estructuralista lévi-straussiano, acerca de la manera en que se comprendía y explicaba, por un lado, la mortalidad de los hombres y, por el otro, el rol sagrado de los sacerdotes en Mesopotamia, tomando en cuenta prácticas estudiadas por la labor antropológica de campo, como la hospitalidad y el consumo de alimentos entre huéspedes y anfitriones.

La Parte 2, «Hittite Anatolia», comprende dos artículos sobre historiografía política hitita: «Telipinu, or: On Solidarity» (pp. 27-52) [orig.: «Storiografia politica hittita – II. Telipinu, ovvero: della solidarietà», *Oriens Antiquus* 16 (1977), pp. 105-131], y «Shunashura, or: On Reciprocity» (pp. 53-81) [orig.: «Storiografia politica hitita. I. Šunaššura, ovvero: della reciprocità», *Oriens Antiquus* 12 (1973), pp. 267-297]. En el primero de ellos, Liverani aborda un estudio historiográfico en torno al Edicto de Telipinu, rey hitita que –según dicho documento– accede al trono para restaurar el orden y la equilibrio jurídico en la sociedad hetea que existía en los primeros tiempos y que había sido degradado durante los reinados de sus antecesores. En el inicio de este estudio (pp. 28-31), se expone una justa crítica sobre la “pereza de los historiadores” al interpretar antiguos textos historiográficos (la crítica no debería reducirse solamente al caso heteo, pensamos), reduciendo la reconstrucción histórica de un periodo determinado a una mera paráfrasis racionalizada de la cronología de eventos presentes en tales documentos antiguos. Liverani hace una lectura en verdad profunda de dichos textos, en los que se debe percibir tanto la ideología explícita del texto como el trasfondo social en el que es producido. Así pues, la conclusión del autor sostiene que Telipinu no reformó realmente nada sino que produjo “a fiction of reform” (p. 52) para legitimar su usurpación del trono y presentarse como rey y juez justo en la sociedad.

El segundo artículo de esta sección también aplica el principio metodológico explicitado más arriba, esta vez con el texto de un tratado “paritario” entre el rey de Hatti y el rey de Kizzuwatna. Si bien el tratado se presenta como simétrico, con garantías y derechos para ambas partes, Liverani destaca la asimetría implícita en muchas de sus cláusulas a favor del rey heteo, quien es, en definitiva, quien produce el tratado. Hatti y

Kizzuwatna son los actores principales; sin embargo, en un nivel más profundo de análisis, es posible contemplar que el tratado implica también al reino de Hurri, quien es el verdadero igual del rey de Hatti (cf. pp. 64, 68-9). En su contexto histórico, el tratado refiere a la degradación sociopolítica de Kizzuwatna, de Gran Reino (igual de Hatti) a reino "vasallo" (primero de Hurri, ahora de Hatti), lo cual explica la permanencia de la fraseología aparentemente simétrica, pero que encubre una actualizada asimetría sociopolítica. El cambio de paridad sociopolítica implica también un cambio real en el carácter del tratado, que se presenta más como un edicto: se produce una transformación histórica, de una relación inter-estatal a una intra-estatal.

En la Parte 3, «Syria», el primer artículo, "Leaving by Chariot for the Desert" (pp. 85-96) [orig.: "Partire sul carro, per il deserto", *Annali dell'Istituto Universitario Orientale di Napoli* 22 (1972), pp. 403-415], ofrece una interpretación del relato autobiográfico del rey Idrimi de Alalakh a partir de las categorías morfológicas de los cuentos de hadas (*fairy tales*), estudiadas por V. Propp. En efecto, tanto la autobiografía de Idrimi como la épica ugarítica de Keret y el relato egipcio del Príncipe Predestinado poseen un similar patrón narrativo, si bien su función sociopolítica es divergente. Especialmente en los casos de Idrimi y el Príncipe Predestinado, existe un *topos* literario preciso: el del héroe que abandona su tierra y su familia (o su gente) y se dirige al desierto, donde habitan pueblos de diferente condición sociopolítica que la del personaje (i.e., nómades, etc.). Dicha partida implica la inmersión en un estado de soledad del héroe que, en última instancia, lo ubica ante una prueba de valor en un escenario concebido inicialmente como hostil. Más allá de lo histórico en el contenido de esta narrativa, "Idrimi needed to demonstrate to public opinion that his accession to the throne was the result of his heroic capabilities and of supernatural assistance" (p. 96). Y la manera de hacerlo era recurriendo a un patrón de representación de la realidad conocido por su audiencia.

Las dos siguientes contribuciones, "Rib-Adda, Righteous Sufferer" (pp. 97-124) [orig.: "Rib-Adda, giusto sofferente", *Altorientalische Forschungen* 1 (1974), pp. 175-201], y "Aziru, Servant of Two Masters" (pp. 125-144) [orig.: "Aziru, servitore di due padroni", en O. Carruba, M. Liverani y C. Zaccagnini (eds.), *Studi Orientalistici in Ricordo di Franco Pintore* (Pavia, 1982), pp. 93-121], tocan temas relativos a la época de El Amarna en el Levante. En el primer caso, se analiza la representación que Rib-Adda, soberano de Biblos y sujeto del faraón, hace de su condición sociopolítica en la correspondencia amarniana. Claramente, sostiene Liverani, se puede apreciar que Rib-Adda se presenta como el "sufriente justo", como el sirviente fiel de su señor que, no obstante, es abandonado por éste (en este caso, el faraón, representado como un dios lejano, tanto física como políticamente) ante sus enemigos. Esta figura se puede hallar a través de toda la literatura del Cercano Oriente, paradigmáticamente en el relato bíblico de Job. Por otro lado, en el siguiente capítulo, se analiza la figura de Aziru de Amurru, también sujeto del faraón, aunque no tan fiel a éste como su enemigo, Rib-Adda. En efecto, un análisis profundo de la correspondencia amarniana entre Aziru y el faraón permite observar el doble juego político del rey de Amurru, presentándose como fiel súbdito del faraón a la vez que entabla tratativas con el rey de Hatti, bajo quien finalmente se ubicará políticamente. Habría sido interesante que Liverani, además de haber analizado en estos dos artículos

los elementos comunicativos en la escena política del Levante amarniano, hubiese abordado también los elementos relativos a situaciones de patronazgo, los cuales son absolutamente evidenciables en el corpus epistolar.

En la Parte 4, «Hebrew Bible», se presentan dos virtuosas demostraciones de exégesis textual del Antiguo Testamento: “The Story of Joash” (pp. 147-159) [orig.: “L’histoire de Joas”, *Vetus Testamentum* 24 (1974), pp. 438-453], y “Messages, Women, and Hospitality: Inter-Tribal Communication in Judges 19-21” (pp. 160-192) [orig.: “Messagi, donne, ospitalità. Comunicazione intertribale in Giud. 19-21”, *Studi Storico-Religiosi* 3 (1979), pp. 303-341]. Ambos estudios son ejemplos preciosos de lo que se puede hacer con un texto bíblico sin recurrir irreversiblemente a discusiones sobre la historicidad putativa de las imágenes, los eventos y los personajes evocados. El análisis de la narrativa del rey Joás de Judá detecta las notables similitudes estructurales que posee con la autobiografía de Idriimi de Alalakh, ambas presentadas como justificación y legitimación de la ocupación del trono (ocultando la usurpación original). De manera análoga, en el análisis del relato de Jueces 19-21, Liverani explicita las convenciones de comunicación, hospitalidad, enemistad y de espacio social interno y externo en las tribus israelitas que ofrece la historia de la violación de una mujer de Efraín, por parte de los hombres de la tribu de Benjamín. Finalmente, el libro concluye con una lista bibliográfica (pp. 193-208) de todas las obras citadas en los artículos originales así como de aquellas referidas por los editores al inicio de cada uno de los artículos y que actualizan la discusión, además de un índice general (pp. 209-214).

En la opinión de este recensor, esta colección de artículos representa tal vez los mejores ejemplos interpretativos de toda la obra de Liverani, cuando se trata de analizar un mito en el contexto intelectual que lo produjo. En todos los casos, la exégesis de cada texto se aparta notablemente de una comprensión simplista o literal de las imágenes evocadas. La indagación es igualmente profunda en cada uno de los artículos y la relación entre texto y mundo social está presentada de una manera tanto novedosa como clarificadora. En rigor, uno puede acordar o no con los resultados de Liverani, pero no puede cuestionarse la calidad de la metodología utilizada por el autor para arribar a ellos en esta espléndida antología.

Emanuel Pfoh

OESTIGAARD, Terje. *Political Archaeology and Holy Nationalism: Archaeological Battles over the Bible and Land in Israel and Palestine from 1967-2000* (Gotarc Serie C, N° 67), Gothenburg, Göteborg University, 2007, 165 pp., ISBN 978-91-85245-31-3.

Este libro podría catalogarse tanto dentro de la crítica arqueológica e historiográfica como bajo la categoría de “ideología política del conflicto palestino-israelí”, no sólo por lo que trata directamente sobre esta última temática sino, fundamentalmente, por lo que implica para su estudio. Terje Oestigaard, arqueólogo sueco, ha realizado trabajo de campo

en Nepal e India, entre otros lugares, investigando el culto de los muertos, los enterramientos, la función del agua en los rituales, etc., y su vinculación con el estudio de la dimensión política de la práctica arqueológica en Israel/Palestina es una más que reciente intervención. A pesar de ello, tal intervención es realmente apropiada, puesto que el autor sostiene, en este breve estudio, una crítica autorizada de parte de un arqueólogo profesional tanto a la metodología y los resultados de la "arqueología bíblica" como a las consecuencias políticas e ideológicas de tal práctica.

En el Capítulo 1, «Nationalism, Archaeology and the Bible» (pp. 11-28), se introducen las problemáticas que dan argumento al resto del libro: ¿cómo se construye el pasado, en general y a partir de la práctica arqueológica? ¿Qué relación existe entre pasado y el nacionalismo, y entre el nacionalismo y la práctica arqueológica? Todas estas cuestiones son analizadas para sentar la base principal del problema que trata el libro y que se resume hacia el final del capítulo: *"The acceptance and presence of an Israeli [sic] ethnicity in the past is always inevitably a part of the research horizon and the archeological quest to biblical or Israeli nationalist archaeologists"* (p. 27).

En el Capítulo 2, «Ethnicity and Culture-Historical Archaeology» (pp. 29-93), Oestigaard presenta el núcleo de su crítica, que en definitiva constituye la *raison d'être* del libro. Identidad y etnicidad —siguiendo la obra de F. Barth— son construcciones sociales que no se reflejan directa o inequívocamente en el registro arqueológico. El intento de gran cantidad de arqueólogos bíblicos por identificar a Israel en el registro arqueológico de Palestina (el ataque directo aquí se realiza contra William G. Dever, por ser el más representativo de esta práctica) sigue los mismos procedimientos analíticos de Gustav Kossinna y la arqueología nazi de la primera mitad del siglo XX, en busca de los germanos (arios) en el registro prehistórico de Europa (cf. pp. 40-93), a saber: 1) que la cultura material constituye un reflejo directo de etnicidad (pp. 55-61); 2) que las "provincias" culturales identificadas en el registro arqueológico se corresponden con grupos étnicos determinados (pp. 61-69); 3) que la continuidad en la cultura material indica continuidad étnica (pp. 70-80), entre otros. Es a partir de estos criterios, duramente criticados y revisados por la arqueología social contemporánea, que la arqueología bíblica busca los orígenes de Israel.

El Capítulo 3, «Religious Beliefs and Research» (pp. 94-125), ofrece una discusión epistemológica acerca de los presupuestos que fundan la búsqueda de Israel en la arqueología de Palestina. Está claro aquí que el enemigo del pensamiento científico crítico no es la religión sino el irracionalismo con que los investigadores bíblicos utilizan la investigación arqueológica con fines exclusivamente apologéticos.

En el Capítulo 4, «Beyond the Past – Towards a Future» (pp. 126-152), a partir de una perspectiva foucaultiana, se analiza el rol que los arqueólogos desempeñan en la sociedad, en tanto productores de conocimiento sobre el pasado, y de su responsabilidad ante la ejecución de ese conocimiento en diferentes ámbitos sociales. Esta crítica se dirige hacia el modo en que parte considerable de la arqueología israelí ha avalado una ponderación de imágenes del pasado para construir mitos nacionales modernos en la sociedad secular de Israel (cf. pp. 136-150, en donde se analizan los casos de la fortaleza de Masada y del Monte del Templo de Jerusalén). Por otro lado, existe un problema en torno a cómo

evitar que los palestinos se apropien legítimamente del pasado que les corresponde sin que recurran a similares prácticas espurias. La conclusión final es contundente respecto al dilema que la práctica arqueológica representa para la política actual en Israel/Palestina: *"Based on history, archaeology, common principles for nation-states and indigenous rights, the Palestinians have equal rights to territory and land as the Israelis. If archaeology and the Bible cannot contribute to this aim, but rather stimulate and encourage nationalism, chauvinism, political misuse, struggle and war, society is better off without both archeologists and biblical scholars"* (p. 152). En verdad, esta conclusión es compartida por quien escribe.

Al final, se presenta la lista de obras citadas en el estudio («Bibliography», pp. 153-162). Desafortunadamente, el libro no utiliza literatura especializada posterior al año 2000, produciéndose así una ausencia de opinión con respecto a importantes obras aparecidas desde entonces. Si bien esta desactualización de siete años no atenta contra el argumento principal de la crítica del autor, habría sido en verdad interesante apreciar las opiniones de Oestigaard sobre las dos obras más importantes que sintetizan la historia de Israel, aparecidas poco antes de la publicación de este libro: I. Finkelstein & N.A. Silberman, *The Bible Unearthed* (Nueva York, 2001) y M. Liverani, *Oltre la Bibbia* (Bari-Roma, 2003). También una opinión sobre el importante libro de N. Abu El-Haj, *Facts on the Ground* (Chicago, 2001), que trata sobre la manera en que la sociedad israelí, pre- y post-1948 (y, especialmente, luego de 1967, cuando a partir de la Guerra de los Seis Días y con la conquista de la Ribera Occidental, los arqueólogos israelíes pudieron acceder al "núcleo duro" del territorio del Israel bíblico), ha percibido y trata actualmente su patrimonio arqueológico, en estrecho vínculo con cuestiones de identidad, etnicidad y política, habría sido ciertamente relevante.

- Desde un punto de vista general, el trabajo realizado por Oestigaard es tan positivo como necesario en el campo de los estudios bíblicos e histórico-arqueológicos de Israel/Palestina. En efecto, este libro expone brillantemente cómo la "arqueología bíblica" no forma parte, en realidad, del discurso arqueológico internacional sino del discurso de los estudios bíblicos, del cual es subsidiario. Por supuesto, la dimensión epistemológica es la que mayormente se ve afectada con respecto a los resultados de la indagación histórica del pasado de las sociedades que habitaron el territorio del Levante meridional. En este último sentido, el libro de Oestigaard condensa una serie de bases críticas para escribir futuras historias de Israel y de toda la región sud-levantina que no estén basadas ni en la cronología ni en los eventos bíblicos sino en fuentes primarias, vale decir, arqueológicas y epigráficas. Este requerimiento metodológico fundamental ha sido defendido durante el último cuarto de siglo en los escritos de los investigadores agrupados en la así (y tal vez erróneamente) llamada "Escuela de Copenhague" (N.P. Lemche, Th.L. Thompson, P.R. Davies, especialmente), y si bien Oestigaard no está formalmente vinculado a estos especialistas bíblicos, la crítica arqueológica presentada agrega un peso considerable a dicha petición de principio historiográfico. En suma, la publicación de este libro debe ser bienvenida por todos los investigadores de la antigüedad oriental y del pasado de Israel y del Levante en particular.

SIMONETTI, Cristina. *La compravendita di beni immobili in età antico babilonese* (Collana Studi Egei e Viciniorientali 2), Paris, De Boccard, 2006, 256 pp., 4 tablas y 2 mapas. ISBN 2-7018-0197-4.

Esta obra se basa en los estudios llevados a cabo por Cristina Simonetti en su tesis de doctorado. A partir de la reunión, lectura directa del cuneiforme y análisis de todos los documentos éditos de compra-venta de bienes inmuebles del periodo paleobabilónico que se conocen para la Mesopotamia meridional (1062 textos), esta investigadora intenta desentrañar qué significa la práctica de la compra-venta y, en particular, la compra-venta de bienes inmuebles. Para ello, plantea que no es suficiente establecer qué es lo que una sociedad considera importante retener en un documento escrito sino que lo significativo es comprender: a) qué era legítimo de ser comprado y vendido; b) qué tipo de derechos se transferían a través de la compra-venta; c) qué efectos producía; d) si tales efectos eran permanentes o temporarios; y e) si existían otras formas de transferir inmuebles entre personas vivas, todo esto sin perder de vista el contexto social y económico en el que esta institución se desarrolla.

Este posicionamiento inicial, permite encuadrar la investigación de Simonetti dentro de una línea de trabajo desarrollada por diversos estudiosos italianos, cuyo máximo exponente fue Edoardo Volterra. Esta dirección, tributaria en parte de la tradición germana de estudios de Historia del Derecho, conjuga el uso de las herramientas conceptuales propias de los juristas con análisis filológicos exhaustivos y una contextualización histórica rigurosa.

En cuanto a la estructura del libro, éste se divide en seis capítulos. En el primero se presenta el objetivo central del trabajo: comprender la institución de la compra-venta de bienes inmuebles considerando diversas aristas enunciadas *supra*. Asimismo, se establece el marco cronológico y espacial y los criterios empleados para la periodización; básicamente, los documentos de épocas anteriores son menos numerosos y diferentes en cuanto a su estructura, mientras que para el periodo casita los textos de compra-venta prácticamente no existen, siendo reemplazados por falsas adopciones como las de Nuzi que, según Simonetti, podrían ser mecanismos puestos en práctica para evitar las anulaciones periódicas a las que estaban sujetas las transacciones de compra-venta. En este mismo capítulo son presentados estudios anteriores sobre la temática que aparecen divididos según se hubiera puesto el eje en los aspectos filológicos o analíticos; dentro de este último conjunto, establece matices entre quienes realizan estudios sobre la estructura de los documentos, sobre cláusulas específicas y, finalmente, estudios generales de carácter jurídico.

El estado actual de la cuestión se completa con un recorrido por la obra de investigadores que, trabajando problemas específicos, han marcado el rumbo de los estudios sobre la compra-venta en el Cercano Oriente antiguo hasta la actualidad. Así, aparecen diversos interrogantes en algunos casos retomados desde nuevas posiciones teóricas. Uno ha sido el carácter de la compra-venta, su formalización y sus efectos (San Nicolò, Volterra, Koschaker, Boyer, Westbrook, Glassner, Diakonoff, Van de Mieroop). Otro ha sido el concepto de propiedad y la naturaleza de la misma analizando variaciones regionales (Cardascia, Diakonoff, Renger, Steinkeller, Goddeeris). También son

consideradas las limitaciones a las ventas (Zaccagnini, Renger, Selz). Simonetti repasa en un tercer apartado algunas de las características de los sistemas normativos mesopotámicos, entre las que sobresale la ausencia de lo que la investigadora denomina una "ciencia jurídica", es decir, un nivel de abstracción y de especulación como el que alcanzó el Derecho romano, aunque si es posible rastrear las muchas nociones sobre las que se sustentaba el derecho mesopotámico, que era fundamentalmente pragmático.

El segundo capítulo está dedicado al análisis de los documentos con los que trabaja la autora. Establece los criterios de selección, por los que ha excluido aquellas tablillas extremadamente fragmentarias que no pudieran ser identificadas fehacientemente como de compra-venta. Luego procede a determinar la procedencia de los documentos, así como a realizar un ordenamiento cronológico de los mismos. Finalmente, describe las características específicas de la lengua en que fueron escritos: una suerte de jerga jurídica formada a partir de la conjugación de expresiones sumerias y acadias. En un segundo punto del capítulo, Simonetti compara las estructuras y organización de los textos en los que se asientan compra-ventas de inmuebles desde el período Proto-dinástico I a Ur III. Dedicó el tercer punto a los documentos paleo-babilónicos. Formula a un esquema general considerando los elementos que aparecen siempre: 1) el contenido de la compra-venta; 2) el contenido del juramento; 3) testimonios y fecha. Cierra con la transcripción, traducción e interpretación de documentos a manera de ejemplo.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto resultan un pormenorizado análisis de cada una de las cláusulas y expresiones de las diversas secciones, que en conjunto inscriben e introducen al acto de compra venta en un contexto jurídico. Las características analizadas le permiten sostener que el documento de compra-venta inmobiliaria constituye una tipología de texto jurídico bien preciso, cuya estructura está firmemente normalizada y constituida por tres secciones: operativa, juramento y registro. De esta forma, en el documento se insertan los datos necesarios para individualizar el inmueble a partir de la descripción de sus dimensiones, la enumeración de sus confines, así como también al comprador y al vendedor. Se distingue el acto de adquisición a partir de la atestación del precio (aunque en muchos casos no figura el monto) que siempre aparece pagado en su totalidad. Una parte central del documento es el juramento pronunciado por el vendedor. A través de este acto, renuncia al derecho a reivindicar en un futuro el inmueble vendido y a garantizar al comprador en caso de evicción. Finalmente se asienta la fecha, el listado de testimonios y se sella la tablilla.

En el capítulo sexto, Simonetti retoma las preguntas iniciales y presenta respuestas y, en algunos casos, líneas de indagación a futuro. En cuanto a la estructura de los documentos de compra-venta concluye que ésta se presenta de manera formalizada y homogénea en todo el período Paleo-babilónico en la Mesopotamia meridional por lo que concluye que, evidentemente, tenía un valor jurídico preciso, idéntico en cada ciudad y en cada reino, más allá de las particularidades que puedan haber tenido algunos documentos en el lapso de cuatro siglos. Por otro lado, el pago del precio, no podía ser diferido.

Otro aspecto relativo a la compra-venta que emerge de los datos recogidos se refiere a la escasa atestación de compra-ventas en la región meridional de Babilonia. Según Simonetti, esto está ligado al hecho de que no podían alienarse bienes concedidos por el

rey y éstos eran los que abundaban en la baja Mesopotamia. En estrecha relación con esta problemática aparece otra que se refiere a los sujetos jurídicos que estaban habilitados a comprar y a vender. Evidentemente, podían vender todas aquellas personas que fueran titulares de bienes "privados", es decir, heredados o anteriormente comprados. En este sentido, es cierto que frecuentemente quienes vendían eran personas que estaban en dificultades, pero no necesariamente era así. También es cierto que en muchos casos el adquirente era algún personaje notable, funcionario templario o palatino. Estas situaciones llevan a concluir a la autora que no se pueden realizar generalizaciones ya que las situaciones concretas son muy variadas.

En cuanto a los efectos que se producían a partir del acto, Simonetti piensa que la presencia de un juramento, proyectado a un futuro ilimitado, implicaba la renuncia a un derecho por parte de quien juraba (y de sus herederos) pero al mismo tiempo indica que la sola atestación del acto no era suficiente y no transfería por sí el derecho del vendedor sobre el inmueble, sino que era necesario que renunciara explícitamente a él. Esto llevaría a considerar a la compra-venta como un negocio jurídicamente débil, fácilmente impugnabile por una de las partes y, por lo tanto, el juramento se constituiría como una tentativa de remediar esa debilidad. La última parte del documento, la sección de registro, también era importante para constatar las consecuencias del acto ya que el fechado permitía establecer el momento a partir del cual se iniciaban los efectos jurídicos del mismo. Por un lado, era importante porque el vendedor renunciaba a sus derechos sobre el bien a partir del momento en que recibía el precio y juraba que no reclamaría; por otro, era sustancial a la eficacia retroactiva de los edictos de remisión de deudas. En cuanto a la validez del documento, puede decirse que la misma se prolongaba hasta que la tablilla fuera rota, suceso que podía ocurrir por una contestación posterior o por la implementación de un edicto. Puede sostenerse, por ello, que en muchos casos (como aquellos de las tablillas que han llegado hasta nuestros días) su validez perduró por la misma cantidad de tiempo que la sociedad que la produjo.

Finalmente Simonetti hace referencia a la distribución temporal de los documentos, lo que habilita ciertos comentarios; se asiste a una presencia mayor bajo los reinos que van desde Warad-Sin de Larsa y Sin-muballit de Babilonia hasta Samsu-iluna de Babilonia. Considera que esta situación está en consonancia con la documentación que precede y sigue a este período. Antes de la época de Isin y Larsa, los documentos de compra-venta eran escasos porque era mucho más difusa la presencia de la familia extensa, en la que se siente menos la exigencia de comprar y vender bienes inmuebles. Esto explicaría por qué los textos de compra-venta serían inicialmente menos numerosos; es en esta fase en que empieza a difundirse la familia nuclear. Durante el período sucesivo al paleo-babilónico, en cambio, cobra fuerza, sobre todo en Nuzi otro tipo de documento estrechamente vinculado con la compra-venta: la falsa adopción. Tal documento, en realidad, sustituirá a aquél de compra-venta inmobiliaria, aunque no absolutamente. Posiblemente, en la fase final del paleo-babilónico este tipo de documento ya no fuera adecuado, probablemente porque era jurídicamente débil y esto minaba la eficacia jurídica de la compra-venta atestada, lo que estaría presentando un desequilibrio de fuerzas entre las partes. Muchos estudiosos han demostrado que desde el punto de vista económico, la

parte fuerte era la compradora en tanto que, desde el punto de vista jurídico, lo era la parte vendedora. Este desequilibrio debe haber llevado a las partes, fundamentalmente a la adquirente, a buscar nuevas tipologías documentales que pudiesen establecer más convincentemente la correlación de fuerzas.

Las falsas adopciones podían estar ideadas con este fin. La diferencia entre las llamadas falsas adopciones y las verdaderas esta dada por las penas previstas en caso de que el adoptado quisiera finalizar el vínculo de filiación. En las adopciones verdaderas, el adoptado podía recibir castigos que podían ir desde la pérdida de la herencia, pasando por el pago de penalizaciones, llegando en algunos casos a la esclavitud. En las falsas adopciones, en cambio, no hay penas previstas, o pueden ser absolutamente irrelevantes y no implican nunca la pérdida de la herencia.

Es muy probable, por lo tanto, que los escribas hayan preferido modificar un documento más sólido desde el punto de vista jurídico, antes que reforzar aquél de compra-venta. Además de su debilidad intrínseca, los periódicos edictos de remisión anulaban de hecho aquellas ventas de bienes en las que los vendedores resultaban particularmente débiles desde el punto de vista económico. A través de un documento de adopción, oportunamente modificado, no sólo se podían representar de manera más ajustada la verdadera relación de fuerzas entre las partes, sino que se excluía el riesgo de ver anulada la compra-venta. Básicamente, esta hipótesis puede ser sostenida para el período casita y para Nuzi. El caso del paleo-babilónico tardío es algo que la autora deja para ser estudiado con más detenimiento.

Para concluir, es posible afirmar que el trabajo de Simonetti es un avance en el conocimiento de los principios –nunca explicitados por los antiguos mesopotámicos– del “Derecho cuneiforme”. Es una aproximación que partiendo de la experiencia jurídica y considerando aspectos sociales y económicos del período, explica la eficacia de las disposiciones y los instrumentos vinculados a la compra-venta de bienes inmuebles. Asimismo, ve en los cambios socio-económicos los indicios que le permiten percibir las modificaciones en los dispositivos jurídicos.

En su obra subyacen dos ideas que considero centrales y que en otros trabajos sobre la temática o bien aparecen desdibujadas, o directamente no aparecen: la primera, de índole teórica, es aquella que entiende al derecho como una *práctica social específica* que, al mismo tiempo, es un factor de conservación y de transformación de las relaciones sociales existentes; la segunda, de índole epistemológica –y para nada nueva– se vincula a la pregunta sobre la posibilidad de establecer transposiciones de categorías en el dominio de los estudios interculturales. Si bien la autora no desarrolla en profundidad su posición en términos teóricos, toma partido por utilizar categorías generadas por la propia sociedad productora de los textos, aunque construye un marco explicativo con herramientas conceptuales que le permiten lograr una comprensión reconstructiva, que es a lo que debería aspirar la labor científica en el campo de las Ciencias Sociales.

WENGROW, David, *The Archaeology of Early Egypt. Social Transformations in North-East Africa, 10,000 to 2650 BC*. Cambridge, Cambridge University Press, 2006, 343 pp., 82 figuras, 5 cuadros, 1 mapa, ISBN 13 978-0-521-543743.

No son frecuentes, pero hay momentos en los que la bibliografía sobre el Antiguo Egipto se expande no sólo en cantidad sino también en calidad. Son los momentos en los que aparecen libros cuyos autores combinan la habitual dimensión del especialista con la mucho menos frecuente dimensión del intelectual. La publicación de *The Archaeology of Early Egypt* de David Wengrow constituye ciertamente uno de tales momentos, no sólo por las cualidades discursivas de la obra o por la multiplicidad de autores referidos para adherir o polemizar —de Henri Frankfort a Claude Lévi-Strauss, de Foustel de Coulanges a Pierre Clastres, de Norbert Elias a Pierre Bourdieu— sino también porque, en las antipodas de un manual de arqueología del Egipto temprano, el libro de Wengrow se centra en el vasto problema de las transformaciones sociales que desembocan en la constitución de la sociedad estatal en el valle del Nilo y, lejos de aplicar algún modelo preconcebido, propone una interpretación original y atractiva para semejante proceso de cambio.

Hay, en el recorte temporal que establece el autor, una clave de su posición analítica: en efecto, de acuerdo con Wengrow, las formas que adquiere el proceso de neolitización tienen una influencia decisiva en los modos en que suceden los posteriores cambios políticos. A partir de esta premisa, el autor determina una divergencia y una continuidad, que se formulan a contrapelo de las perspectivas corrientes. Por un lado, en contra de la idea de una prehistoria genérica para toda la humanidad, se enfatiza el carácter divergente del Neolítico en el valle del Nilo respecto del que sucede en el contemporáneo mundo mesopotámico. Y por otro lado, se subraya que *"hay una continuidad temporal, una inercia, entre los modos neolíticos de compromiso con el mundo material y social, y los modos de autopresentación adoptados por las élites dinásticas. Tales continuidades, persistiendo dentro del cambio, no son adecuadamente tenidas en cuenta por los modelos evolutivos que enfatizan el crecimiento progresivo de la complejidad tecnológica y organizativa, o que evocan la coherencia interna estructural y simbólica de las 'altas culturas' y las 'grandes tradiciones'"* (pp. 8-9).

Desde un punto de vista formal, el libro se estructura en once capítulos, agrupados en dos grandes partes organizadas según un criterio temporal y temático. Los cinco capítulos que se reúnen en la primera parte ("Transformaciones en la prehistoria") abarcan el largo periodo que se extiende entre el 10.000 y el 3300 a.C., haciendo foco principalmente en las dinámicas socioeconómicas que tienen lugar con el proceso de neolitización, así como las formas de identidad que emergen de dicho proceso. Los últimos seis capítulos, que forman la segunda parte ("La creación de la realeza"), se concentran en los siglos que transcurren entre la fase Nagada III y el comienzo del Reino Antiguo, y hacen mayor hincapié en las dinámicas estatales, tanto las relacionadas con la organización político-institucional como las conectadas con la simbolización de la realeza, tomando especialmente en cuenta los contextos funerarios reales. Cada una de las partes dispone de un capítulo específico (los capítulos 1 y 7) en los que el autor resume los datos más importantes de cada periodo (la expansión de las economías neolíticas, los procesos de

urbanización, la conformación de redes de intercambio, la constitución de culturas de élite), considerando no sólo la información procedente del valle del Nilo—desde Nubia hasta el delta— sino también aquella que procede del Levante y de Mesopotamia, lo que facilita la posibilidad de percibir similitudes y diferencias entre los procesos que tienen lugar en cada región.

Más específicamente, podría decirse que los capítulos que componen la primera parte del libro se hayan estructurados en torno de dos grandes propuestas. A saber, la ya referida importancia del modo específico de neolitización en el valle del Nilo para comprender el tipo de sociedad que allí se constituye; y el carácter decisivo de la evidencia funeraria para interpretar las dinámicas simbólicas centrales de tales organizaciones sociales. Así, los capítulos 2 y 3 destacan fuertemente el hecho de que, a diferencia de lo que sucedería en Mesopotamia, en el valle del Nilo, la adopción de animales domésticos se dio con sensible precedencia respecto de la incorporación de cereales, lo que indujo la formación de una “comunidad pastoral primaria”, centrada en una estrategia económica móvil y, por ende, sin la constitución de espacios residenciales permanentes de tipo aldeano, lo cual no implica ningún tipo de “inferioridad” cultural, como tradicionalmente se ha ponderado a los grupos nómades respecto de los sedentarios. Antes bien, se trataría de otra forma de neolitización, que quizá debería desistir del uso del término “domesticación” (connotado etimológicamente con la idea de “casa”): Wengrow plantea que las transformaciones en el valle del Nilo se centran en los cuerpos de la gente y los animales y que, por ello, quizá se comprenderían mejor bajo el término “incorporación” (“incorporation” / “embodiment”, p. 71).

El capítulo 4 ingresa en el IV milenio a.C. (fases Nagada I-II) para considerar los procesos iniciales de formación de núcleos urbanos, a los que el autor denomina como “urbanización de la muerte”, tomando en cuenta la importancia de las dinámicas funerarias en su concreción. En efecto, Wengrow plantea que la dimensión más permanente de los asentamientos en el valle del Nilo no se halla en la superficie sino debajo de ella (p. 83). Haciendo foco principal en las informaciones procedentes del sitio de Hieracópolis, el autor destaca que el incremento en la disponibilidad de bienes de prestigio a través de las redes interregionales de intercambio durante Nagada II habría estimulado la aparición de grupos que controlarían tales redes, así como los procesos de elaboración de manufacturas relacionados con aquellos bienes. En especial, la preparación de bienes destinados a los ajuares funerarios—incluyendo alimentos tales como el pan y la cerveza—implicarían la creación de nuevas prácticas suntuarias, que legitimarían a los grupos que las controlaban. Estas transformaciones económicas y funerarias se producirían primeramente en el Alto Egipto, extendiéndose luego hacia el delta del Nilo, a partir de la segunda mitad de la fase Nagada II. El capítulo 5, con el que se cierra la primera parte, se concentra en dos aspectos de las prácticas funerarias predinásticas. Por un lado, partiendo de consideraciones teóricas sobre la construcción de paisajes culturales, el autor analiza la forma y la función de los objetos decorados colocados en las tumbas, así como de las composiciones pictóricas, con particular referencia a la Tumba 100 de Hieracópolis; el autor destaca aquí la creación de imágenes debajo de la tierra, que implican su salida de circulación respecto del mundo cotidiano, para integrar “una economía

ritual mayor, en la que algo de la historia social distintiva del donante quedaba vinculado a la memoria del difunto" (p.115). Y por otro lado, se consideran las prácticas de desmembramiento y de preservación de los cuerpos —que Wengrow asocia al posterior proceso de momificación—, que implican la transformación del cuerpo en una imagen apta para "*su replicación y extensión en mayores cadenas de significación*" (p. 123); tales tratamientos elaborados del cuerpo, así como los rituales que debieron acompañar los enterramientos, estarían en sintonía con la emergencia de nuevas formas de "poder social" durante aquella época.

La segunda parte del libro se inicia con unas breves consideraciones sobre la construcción y legitimación de jerarquías sociales en el valle del Nilo a partir de la existencia de una arraigada "memoria monárquica" (capítulo 6), seguidas del capítulo 7, en el que se incluye el ya referido contexto histórico del período 3300-2500 a.C. El capítulo 8 aborda la cuestión de la formación del Estado a partir de una mirada que, lejos del *cliché* evolucionista que postula que el Estado implica el paso de unas formas sociales más simples a otras más complejas, subraya los procesos de simplificación y sustracción que tienen lugar con su advenimiento. En efecto, tanto las prácticas cotidianas como las funerarias de la mayor parte de la población asisten a un considerable proceso de simplificación que se advierte en la estandarización de la cultura material de la mayoría y en la concentración de la producción artística y la ampliación de la gama de bienes consumidos en los círculos de élite. En particular, la expansión de la producción agraria en el delta se desplegaría a partir de establecimientos jerárquicamente organizados, con capacidad para abastecer las necesidades de un nuevo tipo de población dependiente y subordinada. En estas condiciones —que serían las de la emergencia de un "*Homo hierarchicus*"—, la preservación del orden tradicional asociado a los enterramientos y rituales mortuorios devendría cada vez más un patrimonio exclusivo de las élites.

Los capítulos 9 y 10 exploran dos contextos centrales para la acción simbólica de esas emergentes élites estatales: la disposición y control de objetos ceremoniales —abarcando aquellos que atestiguan escritura— y la realización de los ritos mortuorios durante el período Dinástico Temprano, incluyendo la construcción de grandes recintos funerarios. Así pues, se analiza la concentración de los objetos ceremoniales decorados en manos de las élites, lo que implicaría una apropiación, y a la vez una transformación, de un tipo de bienes "*imbuidos con la fuerza legitimadora de la costumbre y la memoria ancestral*" (p. 186). Wengrow considera aquí una gran cantidad de objetos con iconografía (mangos de cuchillo, paletas, estatuas), así como la técnica de los cilindros-sellos procedente de Mesopotamia y los primeros testimonios de escritura, procedentes de la tumba U-j de Abidos. Respecto de estos últimos, el autor destaca el contexto ritual y conmemorativo en que aparece esta escritura temprana, distanciándose de las interpretaciones que le atribuyen un sentido puramente administrativo. En líneas generales, los objetos ceremoniales considerados serían portadores de un conocimiento ritual que anteriormente se hallaba asociado a "modos generalizados de vivir y morir", y que quedarían luego asociados al ámbito conceptual del Estado; en tal sentido, la recurrente presencia de animales salvajes y "monstruos" peligrosos sobre tales objetos afirmaría y legitimaría el poder real "*en su rol protector como guardián del orden social*" (pp. 216-217).

En cuanto a las prácticas funerarias de la élite en los inicios del III milenio a.C., Wengrow enfatiza el hecho de que, por aquella época, se consolidaría *"la noción de que ciertos aspectos del ser del difunto debían permanecer en el mundo como partes de una trama de objetos ritualmente integrada, incluyendo tumbas, sarcófagos, estelas, estatuas y las imágenes e inscripciones que ellas portaban"* (pp. 223-224). El autor analiza entonces, detenidamente, los complejos funerarios de Saqqara y Abidos, tomando partido por la posición que sostiene que ambos deben ser relacionados con los monarcas difuntos y no sólo uno de ellos, como suele afirmarse. Cada una de las necrópolis en las que yacerían los "dos cuerpos del rey" enfatizarían dimensiones diferentes aunque complementarias. Mientras las grandes mastabas de Saqqara serían una imagen transformada y permanentemente visible del *household* real, los complejos de Abidos combinarían unos recintos funerarios destinados a los rituales mortuorios –sacrificios humanos incluidos– y unas tumbas emplazadas en un lugar apartado y continuador de las antiguas tradiciones. Pero ambas necrópolis permitirían resolver un problema: así como el cuerpo del rey viviente se concebía en una continuidad directa con el país y el cosmos, tales prácticas funerarias tendían a *"resolver la paradoja de su muerte, haciendo que el rey muerto estuviera presente en la misma escala"* (p. 228).

Finalmente, en las conclusiones (Capítulo 11), el autor reconsidera los ejes centrales de su trabajo. Tomando distancia de las tesis de P. Clastres acerca de las fuentes de la autoridad estatal como algo externo a la sociedad, Wengrow plantea que *"el proceso de la formación del estado debe dilucidarse a través de las tendencias de largo plazo de las continuidades y los cambios en las prácticas materiales íntimas a través de las cuales se constituían las identidades sociales"* (p. 265). En particular, el autor enfatiza las prácticas asociadas a la preservación del cuerpo y la apropiación de los recursos simbólicos derivados de éstas en la creación de un "cuerpo político". A medida que sucedía tal proceso, las dinámicas económicas se irían reformulando y concentrando en la persona del monarca, y de tal modo tendría lugar un proceso de *"traslación de una autoridad ritual en formas durables de poder institucional y económico"* (p. 266). En última instancia, el "control ritual sobre la muerte" estaría en la base de la consolidación de los procedimientos burocráticos propios del estado egipcio.

Desde el punto de vista del presente revisor, dos observaciones requieren ser planteadas. Por una parte, la estrategia analítica de Wengrow, centrada fuertemente en las evidencias de índole funeraria, lo conduce a plantear unos escenarios donde los cambios sociales vienen principalmente pautados por las variaciones que suceden en las dinámicas relacionadas con la gestión de la muerte. Los procesos asociados a la urbanización y a la emergencia de una élite estatal son así contextualizados –y en buena medida, determinados– por las propias prácticas funerarias. Es evidente que, tanto antes como después de la aparición del estado, el ámbito funerario fue de enorme importancia para las percepciones de los antiguos egipcios. Pero también es cierto que, en función de las condiciones de preservación en el valle del Nilo, actualmente se conoce muchísimo más de su mundo mortuorio que de los diversos ámbitos asociados a la vida en las aldeas o el palacio. El riesgo de centrar las explicaciones de los cambios sociales en el ámbito funerario es el de elaborar unas propuestas que, aun siendo fieles a la evidencia disponible, pueden, por ello, quedar excesivamente sometidas al azar de lo que se ha preservado mejor. De allí que –sin postular en absoluto que se trate de procesos idénticos– quizá convendría

matizar el énfasis en las diferencias respecto de las transformaciones que casi simultáneamente tienen lugar en la Mesopotamia, donde, precisamente, las evidencias que han perdurado permiten conocer mejor los ámbitos urbanos que los contextos funerarios.

Y por otra parte, en conexión con la observación anterior, el proceso en el que surge una élite estatal—central para el temario del libro— queda, en función de la mencionada estrategia analítica, básicamente conectado al modo en que una “autoridad ritual” centrada en la gestión de los prácticas mortuorias alcanza “formas durables de poder político y económico” a través del control de los procesos ligados a la obtención de los bienes requeridos para los rituales funerarios, cuya efectiva concreción legitimaría a las élites y, en especial al rey, y cuya creciente sofisticación los pondría cada vez más lejos del alcance de la población general. Ahora bien, ¿cómo se alcanzaría tal control? ¿No hay espacio para el conflicto en ese proceso? Nada se dice acerca de ello. ¿En qué momento esas élites podrían aplicar la coerción—rasgo clave de lo estatal— y tratar como súbditos a los antiguos miembros de sus propias comunidades? Aun más, una vez surgidas tales élites en núcleos como Hieracómpolis, ¿cómo se produciría la unificación política del territorio situado entre Elefantina y el Delta? Probablemente, un eje analítico centrado en las prácticas funerarias no facilita una respuesta a este tipo de preguntas. Sin embargo, se trata de cuestiones decisivas para dar cuenta de las transformaciones sociales que desembocan en el surgimiento y la consolidación de un orden estatal en el valle del Nilo.

Ciertamente, estas observaciones proceden de una perspectiva analítica diferente de la que propone el autor de *The Archaeology of Early Egypt*. Por ello, se trata de otras posibilidades de análisis, con las que se podrían entablar diversas formas de diálogo, y no sería lícito plantearlas como indicativas de un fallo interno en el libro de Wengrow. Antes bien, la coherencia de los argumentos es notoria, y el lector queda con la sensación de haber leído una obra acabada, en la que cada capítulo conecta con el siguiente de una manera articulada y coherente, a partir de unas tesis originales, que recorren todo el libro. Esa coherencia y esa originalidad son los pilares centrales de una intervención que reivindica el Antiguo Egipto no sólo como un objeto de estudio para especialistas sino también como un terreno apropiado para la reflexión intelectual.

Marcelo Campagno

NORMAS EDITORIALES Y DIRECCIONES PARA ENVÍOS DE COLABORACIONES

Política Editorial

La *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental (RIHAO)* es la publicación periódica del Instituto de Historia Antigua Oriental Dr. Abraham Rosenwasser (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires). Se considerarán para publicación trabajos relacionados con la historia de las sociedades del Cercano Oriente Antiguo y del Mediterráneo Oriental desde el Paleolítico a la época romano-helenística inclusive. Otros trabajos con enfoques teóricos e interdisciplinarios que guarden relación con estas problemáticas también serán considerados. RIHAO se publica con una frecuencia anual e incluye artículos y reseñas bibliográficas en español, inglés o francés. Las colaboraciones se recibirán hasta el día 31 de mayo.

Los artículos enviados para consideración que no cumplan con las normas abajo especificadas serán devueltos al remitente.

Instrucciones para los Colaboradores

1. Los autores deben enviar artículos y reseñas bibliográficas de la siguiente manera:
 - copia papel por duplicado por correo postal y una copia por correo electrónico (en Word para Windows). La extensión máxima del trabajo debe ser de 10.000 palabras (incluyendo notas a pie y apéndices), tamaño de la hoja A4, fuente Times New Roman 12; interlineado 1,5; alineación justificada. Debe incluir un resumen en inglés (hasta 200 palabras) y cuatro palabras clave en ambos idiomas, español e inglés.
2. Debe acompañar el trabajo una carátula que incluya la dirección del autor, números de teléfono y/o fax, dirección de correo electrónico, pertenencia académica y lugar de trabajo.
3. Los trabajos enviados a RIHAO son evaluados por uno o dos especialistas externos al editor. Se evalúa la importancia del tema, la calidad y claridad de la expresión escrita y la metodología empleada. El evaluador recomienda la aceptación, rechazo o aceptación con modificaciones del trabajo. En este último caso, la aceptación de un trabajo será condicional hasta que las revisiones necesarias sean hechas y hasta tanto el editor considere que el trabajo está listo para su publicación.
4. A cada colaborador se le enviará un ejemplar de RIHAO o 10 separatas de su artículo.
5. Las notas deben aparecer a pie de página y en ellas las referencias a bibliografía deben seguir el sistema de citas autor-fecha (y eventualmente páginas). Por ej. Redford (1986: 15).

6. El autor debe incluir al final del artículo una lista bibliográfica con todos los trabajos citados en él, con la siguiente información en forma completa:

- Autor(es), por apellido e iniciales. Cuando se incluya más de un trabajo del mismo autor, debe establecerse su ordenamiento cronológicamente; si existe más de un trabajo del mismo autor en un mismo año, ordenarlo alfabéticamente y agregarle al año las letras a, b, c, etc., tantas como sea necesario.
- Fecha de la edición utilizada y a continuación, entre corchetes, la fecha de la primera edición (ej. FRANKFORT, H., 1976 [1948], etc.).
- Título del trabajo en letra normal. No use comillas ni cursivas para los títulos de los artículos y capítulos de libros. Los títulos de libros deben ir en cursiva.
- En el caso de capítulos en libros colectivos, simposios, etc. indique el o los editores, después del título del capítulo y antes del título del libro.
- Información de la serie o colección, incluido número de volumen, entre paréntesis, luego del título del libro.
- Título de la publicación periódica en cursiva y número del volumen. Escriba el título de la publicación periódica en forma completa, no use abreviaturas.
- Número de página, inicial y final, de los artículos en publicaciones periódicas o de los capítulos de libros.
- Información de publicación: ciudad, estado –si es necesario– y editorial.

Ejemplos:

REDFORD, D.B. 1992. *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times*, New Jersey, Princeton University Press.

TE VELDE, H. 1977. *Seth, God of Confusion. A Study of his Role in Egyptian Mythology and Religion* (Probleme der Ägyptologie 6), Leiden, E. J. Brill.

FRIEDMAN, R. 1996. The ceremonial centre at Hierakonpolis: locality Hk29a, en: SPENCER, A. J. (ed.), *Aspects of Early Egypt*, London, British Museum Press, 16-35.

CERVELLÓ AUTUORI, J. 2003. Narmer, Menes and the Seals from Abydos, en: HAWASS, Z. y PINCH BROCK, L. (eds.), *Egyptology at the Dawn of the Twenty-first Century. Proceedings of the Eighth International Congress of Egyptologists. Cairo, 2000*, vol. 2: *History, Religion*, Cairo-New York, American University in Cairo Press, 168-175.

HALLO, W. 1962. New Viewpoints on Cuneiform Literature, en: *Israel Exploration Journal* 12, 13-26.

Direcciones para envío de artículos y reseñas bibliográficas

Dirección Postal: Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 25 de Mayo 217, 3° piso. C1002ABD. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina.

Dirección electrónica: ihao@filo.uba.ar

Teléfono: 4343-1196 int. 107

INSTRUCTIONS FOR CONTRIBUTORS AND ADDRESSES FOR SUBMISSIONS

Editorial Policy

Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental (RIHAO) is the scholarly journal of the Instituto de Historia Antigua Oriental Dr. Abraham Rosenvasser (Institute of Ancient Near Eastern Studies), Faculty of Philosophy and Letters, University of Buenos Aires. It will consider for publication manuscripts related to the history of the societies of the Ancient Near East and the Eastern Mediterranean from the Paleolithic through the Roman-Hellenistic period. Other manuscripts with theoretical or interdisciplinary approaches will also be considered. RIHAO is published once a year and includes articles and book reviews in Spanish, English or French. Deadline for submissions: May 31st.

Papers which do not take into account the instructions for contributors will be returned to the sender.

Instructions for Contributors

1. Authors should submit articles and book reviews in duplicate by post and one copy by electronic mail (in Word for Windows). The maximum length of the paper should be 10,000 words (including footnotes and appendixes), A4 size, Times New Roman 12 font; spaced 1,5. It should include an abstract in English (maximum 200 words) and four keywords in Spanish and English.
2. The cover letter accompanying a paper should include the author's address, telephone and/or fax number, e-mail address, academic affiliation and working place.
3. Papers submitted to RIHAO are sent to one or two referees. They evaluate the importance of the topic; the quality and clarity of the writing and the methodology of

the author(s). They recommend whether the paper be accepted, rejected or accepted with modifications. In the last case, the acceptance of a manuscript will be conditional until the necessary revisions have been made, and the editor considers the paper ready for publication.

4. One copy of RIHAO will be sent to each contributor or 10 off-prints of his/her article.
5. Notes appear at the bottom of the page and references to bibliography should follow the author-date (eventually, pages) system of documentation (i.e. Redford 1986: 15).
6. The author should include at the end of the article a list bibliographical references with all the works quoted in the article with the following information:
 - Author(s) of the work, by last name(s) and initials. When more than one work by an author is included, arrange the entries chronologically; for more than one entry by an author in a single year, arrange them alphabetically and modify the year citation with a, b, c, etc., as needed.
 - Date of the current edition and the first one, this last between square brackets (i.e. FRANKFORT, H., 1976 [1948], etc.).
 - Title of the work. Do not use quotation marks for article titles and chapters of books. Titles of books in Italics.
 - Chapters in collective works, symposia, etc.: include editor or editors after the title of the chapter and before the title of the book.
 - Series or collection information between brackets, including number of volume, after the title of the book.
 - Journal title in Italics and volume number. Write the complete journal title, do not use abbreviations.
 - First and last page numbers of articles in journals or chapters in books.
 - Publication information, including city, state –if necessary– and publisher.

Examples:

REDFORD, D.B. 1992. *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times*, New Jersey, Princeton University Press.

TE VELDE, H. 1977. *Seth, God of Confusion. A Study of his Role in Egyptian Mythology and Religion* (Probleme der Ägyptologie 6), Leiden, E. J. Brill.

FRIEDMAN, R. 1996. The ceremonial centre at Hierakonpolis: locality Hk29a, in: SPENCER, A. J. (ed.), *Aspects of Early Egypt*, London, British Museum Press, 16-35.

CERVELLÓ AUTUORI, J. 2003. Narmer, Menes and the Seals from Abydos, in: HAWASS, Z. and PINCH BROCK, L. (eds.), *Egyptology at the Dawn of the Twenty-first Century. Proceedings of the Eighth International Congress of Egyptologists. Cairo, 2000*, vol. 2: *History, Religion*, Cairo-New York, American University in Cairo Press, 168-175.

HALLO, W. 1962. New Viewpoints on Cuneiform Literature, in: *Israel Exploration Journal* 12, 13-26.

Addresses for submissions (papers and book reviews)

Postal address: Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenvasser", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 25 de Mayo 217, 3° piso. C1002ABD. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina.

E-mail address: ihao@filo.uba.ar

Telephone: 4343-1196 int. 107

La presente publicación se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de la
Facultad de Filosofía y Letras
en el mes de abril de 2008

ISSN 0325-1209